HERMANOS DE CASTA IV
Larisa Álvarez Freer
EL MU LATO
Cuando tu nombre no dice nada de ti

HERMANOS DE CASTA IV
Larisa Álvarez Freer
EL MULATO
Cuando tu nombre no dice nada de ti

HERMANOS DE CASTA IV

Larisa Álvarez Freer

EL MULATO

Cuando tu nombre no dice nada de ti

HERMANOS DE CASTA IV
Larisa Álvarez Freer
EL MU LATO
Cuando tu nombre no dice nada de ti

A la buena salud; porque la aprecio más hoy que cualquier día antes a perderte. A quien pide deseos; porque sé que a veces me beneficio por eso. A los que creen que los personajes los basé en ellos; porque tal vez tengan razón.

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo

Prólogo

Cada quien habla según su casta

Costas en las afueras de la Villa Rica de la Vera Cruz

Día de san Erasmo del año de nuestro señor de 1665.

(Segundo día de junio)

Cuatro de los cinco hombres remaban con dificultad hacia la playa dejando su barco lentamente atrás. Los rayos del sol empezaban a alumbrar la mañana permitiendo al líder observar el bulto que yacía en el centro del bote mientras discretamente apretaba la talega[1] que llevaba en la bolsa del saco. Distraídamente recorrió con la punta de los dedos las arracadas y anillos de oro que en vida pertenecieron al cuerpo envuelto en mantas que transportaban a tierra. Con eso debía bastar para proporcionarle un buen entierro. No, se corrigió mentalmente, ¡el mejor! Si algo hacía falta, ya vería él como completarlo con su bolsillo.

El mar estaba muy picado y el esfuerzo del viaje empezaba a perlar de sudor la frente de los marineros. Claro que podían haber atracado más cerca de tierra, pero en la piratería jamás se dejaba una nave a simple vista cuando no se quería negociar un pacto de no agresión con la capitanía. A lo lejos vio las luces de la localidad que se reflejaban en el agua que se iban apagando con la llegada del nuevo día.

Siete inviernos hacía desde que la leva lo recogiera de una de las

calles que ahora veía. Le habían obligado a firmar servicio por diez años en la balandra[2] del infame Doblón del Diablo. La muerte de este último le había acortado la pena por tres. Aunque, ya nada quedaba del muchacho que fue, a veces ni siquiera el recuerdo.

Para ser justos, él ya había perdido su nombre y su vida antes de ser reclutado. No obstante, no le hizo gracia que lo forzaran a servir en condiciones apenas superiores a los esclavos del barco. Al ser «contratado» obtuvo el dudoso privilegio de recibir una hamaca además de la hogaza de pan y el tarro de agua dulce que se les daba diariamente a los encadenados.

—Este mocito está mezclado, no me fío en ponerle grilletes. ¿Será que alguien lo reclame? Que firme contrato y que empiece por servir como grumete en las cocinas —sentenció Bernardino de Talavera arrastrando las palabras con una voz ronca y pastosa. Era el capitán de aquel barco y pirata de vocación. Tanto así que sus hombres habían preferido llamarle Doblón a su nombre cristiano o su rango.

Tales palabras le quedaron grabadas en su mente, pues no solo habían implicado que lo forzarían a servir, sino que se había salvado por muy poco de convertirse en esclavo. Tampoco olvidaba la vara con que le dieron hasta que aceptó firmar su servicio, tardó meses en sobreponerse a esa primera paliza. El capitán creía en el castigo corporal y su cuerpo era prueba fehaciente de ello.

El bote estaba ya cerca de la playa y los marineros aseguraron los remos. Saltó junto con ellos para empujar la embarcación hasta un banco de arena y esconderla de ojos curiosos usando ramas que cortaron en completo silencio. Con un movimiento de cabeza indicó a

los hombres que le siguieran. Lo hicieron sin parpadear siquiera. Le costó sangre, pero se había convertido en el contramaestre de *El Peregrina*, mandaba en el barco solo por debajo del hombre que llevaban a cuestas.

Caminaron en silencio hasta llegar a la ermita del Rosario en Antigua[3], que según recordaba la habitaban frailes franciscanos. Confiaba que le ayudarían a darle sepultura al capitán. Las miradas desconfiadas de las personas que empezaban a llenar las calles no dejaban duda que sería inútil pedirles ayuda a ellos, no los culpaba. Él y sus hombres vestían la ropa que habían obtenido en sus pillajes. Así que junto con casacas de lana y pantalones holgados que les permitían mejor movimiento, usaban camisas con holanes y bordados muy finos además de los sombreros de tres picos de sus víctimas adineradas. Aquella pinta, les proporcionaba la típica apariencia incoherente de los piratas.

El portón se abrió para mostrar a un monje larguirucho y delgado que miró al grupo de forma penetrante, especialmente al cadáver envuelto que habían depositado en el suelo. Sin decir palabra se apresuró a cerrar la puerta, pero se detuvo al advertir el oro y joyas que le ofrecían.

—No le podéis negar cristiana sepultura. El oro pertenecía al muerto, lo aprovisionó con ese fin. Su voluntad era gozar del mejor de los funerales, la mía es que se cumpla cabalmente ese deseo. Si algo hace falta lo cubriré sin chistar —dijo señalando una de las pesadas arracadas en sus oídos.

—Eso llevará tiempo.

—Tenéis hasta mañana a medio día, ni un minuto más. ¿Os quedó claro que el dinero no es inconveniente?

No era la primera vez que un franciscano celebraba el funeral de un pirata, incluso eran los únicos que se atrevían. El dinero nunca le caía mal a la congregación que luchaba por mantenerse en pie. El grupo lo sabía y dio media vuelta dejando el cuerpo a cargo del hermano.

—¡Mulato, esperad!

Dando vuelta sobre sus pies respondió apenas disimulando su enojo.

—Juro por el rey, por nuestro Dios y por la salvación de mi alma que solo os dispensé una vez por llamarme así —odiaba que lo identificaran por su maldita casta, que era la causa de todas sus desgracias. Trató de atemperar su furia al ver que el fraile perdía el color.

—Nos dirigimos a la taberna, a beber, a descansar y a comer. Llamadme cuando tengáis lista esta encomienda. No tengo nombre, pero si habéis de dirigiros a mí de algún modo, me llaman Tordo y nadie osa hacerlo de otra forma. ¿Os ha quedado claro? —Concluyó tratando de serenar su tono pues después de todo se dirigía a un religioso.

El religioso únicamente acertó en asentir mientras veía alejarse a aquellos hombres. El mulato, quien parecía ser el líder, le causó mucha impresión. No solo destacaba por su altura y el largo pelo peinado en cientos de trencitas que le llegaba a la mitad de la espalda. Poseía los ojos más claros que había visto y que contrastados con su tez oscura, le daban una apariencia maligna. Sacudió la cabeza tratando de disipar el desasosiego ocasionado por el encuentro y se

dirigió a buscar a los demás hermanos. Tenían mucho por hacer y no quería enfadar a ese rufián, sin contar que no les caía nada mal aquel dinero.

A la mañana siguiente, todo estaba dispuesto. El funeral dio inicio con el toque luctuoso de las campanas llamando a los feligreses a la misa de difuntos. Los frailes habían decorado la ermita y el camino al cementerio con velas, cirios y flores de tal manera que parecía que no cabría ni un adorno más. Cuando terminó el servicio una procesión de «dolientes» vestidos de riguroso luto iban siguiendo el cajón que llevaba al muerto con gran pompa y ceremonia. Recorrieron la mayor parte de la calle principal para finalmente, depositar el cuerpo del capitán en su túmulo. Mientras esto ocurría, con aparente pesar, media docena de plañideras lloraban y se quejaban por la muerte de aquel que jamás conocieron. Los coros que se contrataron para acompañar al difunto a su última morada, rivalizaban con los que se cantarían para cualquier par del reino. Por último, se pronunció un sermón fúnebre donde se enumeraron las hazañas del fallecido, mismas que serían publicadas para honrar su memoria en la gaceta del pueblo al otro día.

El mulato escuchó pacientemente las exequias, él había vivido los últimos siete años con el fallecido y jamás fue testigo de ninguna de las bondades que se enumeraban. Aquel frailecillo definitivamente tenía madera de novelista. Cruzó los brazos buscando una posición más cómoda ya que parecía que el discurso no terminaría nunca y se extrañó al sentir las manos sin sortijas. También sus arracadas de oro

se habían utilizado para cubrir los gastos.

Un pirata llevaba el oro destinado para su funeral en sus joyas, si moría en combate sus compinches se encargaban de asegurarle una decorosa última morada vendiéndolas. El Doblón, aunque guardó algo de sus pillajes con ese propósito, nunca se caracterizó por ahorrar. Despilfarraba todo lo que conseguía al momento. Lo único que tenía que reconocerle es que, durante los años de servicio, le hizo prometer que se aseguraría de que en caso de fallecer vería que lo enterraran como a un rey. No había dado para tanto, pero era hasta donde se pudo y más de lo que esperaba lograr. Estaba satisfecho con el trabajo del franciscano.

Regresó de sus recuerdos cuando escuchó el primer palazo de tierra caer sobre el ataúd.

—¡Deteneos! —Al notar que no le obedecían repitió la orden en un tono que hasta los niños guardaron silencio —Ustedes dos, abrid el cajón.

—Pero, Mulato... Tordo —se corrigió uno de los piratas al observar la torva mirada de este. Decidió que era más inteligente obedecer. Dejando de lado cualquier objeción, le dio un codazo a su compañero y saltó junto con él dentro de la fosa para cumplir el mandato.

Desde su lugar en lo alto el mulato observó por última ocasión la cara de su antiguo capitán.

—Dadle la vuelta, deseo que quede boca abajo.

Un murmullo generalizado fue interrumpido por el fraile quien había organizado el sepelio.

—Hijo, eso no es posible.

—Es posible porque este circo lo he pagado yo. ¡Dadle la vuelta he dicho!

Guardó silencio mientras veía cómo se cumplía su orden. Siguió con una explicación que más que para los presentes era para sí mismo —Si llega a despertar en la otra vida, ¡qué su alma se pudra en el infierno! Por fin os veo donde tanto añoré Doblón, habéis muerto joven, pero demasiado viejo para mi gusto. Se acabó hijo de perra, me he librado de vos.

Escupió al féretro y dio media vuelta sin esperar a que cubrieran por completo de tierra la tumba. Se marchaba a casa. Cuando uno de los hombres que lo acompañaba adivinó sus intenciones trató de detenerlo.

—No podéis marcharos, *El Peregrina* os necesita.

—Es ahí donde erráis. En esta vida solo existen los que son mazo y los que tienen suerte de ser yunque. Por siete años he recibido los impactos de su ira sin chistar. Es hora que sea yo el que cante los golpes y regrese a mi hogar.

Sin decir más se acomodó el tricornio, dio media vuelta y comenzó a andar dejando a los presentes azorados, a las plañideras olvidadas del llanto en pleno chismorreo, a los frailes apurándose a terminar con el entierro y a sus compañeros aturdidos sin saber qué hacer.

Ciudad de México, Palacio de los Coyotes

Una semana después…

—Rosita, dejad ya ese bizcocho. ¡Por Santa Patricia, daos un poco de prisa! —Josefina vio a su hermana menor con aire crítico. No era una muchacha muy atractiva, pero tenía un carácter que valía oro. Se había convertido en la tía consentidora de todos sus sobrinos y era una lástima que no tuviese hijos propios. Si tan solo dejara de comer tanto, no le estorbaría bajar unos kilos. Estaba bastante pasadita. —A ver, dejadme acomodaros el vestido… ¡No os habéis puesto el corsé!

—No desesperéis hermanita, lo he intentado. Lo que sucede es que me ha quedado chico.

—¡Rosa!

—Pues la culpa la tenéis solamente vos. Cocináis como los ángeles y no soy quien para despreciar vuestros guisos.

—Pero si nadie os pide que desprecies nada, solo que comáis moderadamente. Vuestros abuelos están empeñados en encontraros un marido y con sobrepeso las posibilidades disminuyen. Me aterra que quieran casaros con un viejo al que no le importe una esposa algo pasada de carnes.

Rosa palideció, ella también temía aquello. A los veintidós se le consideraba ya toda una solterona, pero tenía un plan secreto.

—¿Es verdad que viene Gil?

—¡Si! Estoy tan contenta. No lo he visto en años... desde la tragedia. ¿Por qué preguntáis? No será que estéis tramando un plan… ¿Es así? Rosita, sería estupendo que pudieras casaros con él. Los quiero tanto a ambos y verlos juntos siempre ha sido el mejor de mis sueños. ¡Decidme por favor! —dijo juntando las manos y llevándolas a la barbilla con emoción.

—Nada Josefina, nada. De niños en algo quedamos, pero solo fue un juego.

La manera en que Josefina se quedó mirándola la hizo sentir incómoda, era como si no la hubiera visto antes. Rosita casi podía notar los engranajes de su cabeza dando vueltas, estaba armando un plan. No se necesitaba ser un genio para saber de lo que trataba.

—Me marcho, debo buscar a Mercedes. Tenemos un asuntillo que arreglar antes que empiece la fiesta.

Rosa se quedó sola frente al espejo. En verdad debía dejar los pastelillos. Sus hermanas Josefina y Mercedes tenían ya varios hijos y mucho mejor figura que ella. Tampoco tenía su altura. Había heredado el cuerpo de su madre Jovita. Según las malas lenguas, lo mejor que la pobre llevó al matrimonio, fue una cuantiosa dote. Que crueles eran las personas. Suspiró al recordar que el caudal que ella ofrecía al casarse superaba con creces el de su mamá. Tal vez, hasta se podrían agregar unos cientos de reales más, sus abuelos no se irían de regreso a Cuajimalpa sin casarla en esta ocasión.

Trató de acordarse de las facciones de Gil, quien había sido su amor infantil. Lo recordaba como un chico alto y delgado de andar calmado y elegante. Sonrió como gato relamiéndose los bigotes, cuando se le vinieron a la cabeza sus ojos y piel de caramelo.

—Jamás pude resistirme a un dulce. —Pensó riéndose de su propio chiste. Sin embargo, se quedó muy seria mientras miraba críticamente su imagen en el espejo, preguntándose si Gil la encontraría atractiva.

—Debí cuidarme. —Incómoda con su apariencia, se apresuró a buscar una faja que le quedara. Lo más bonito que poseía era sin dudas la

textura de su piel. Pero, como no podía ir por ahí pidiendo que la tocaran, decidió cambiarse el peinado para lucir un poco mejor, vio el reloj y apuró el paso a su habitación.

La velada se desarrollaba tranquilamente. Rosa se refugió en la mesa de los entremeses, no le agradaba mezclarse con extraños y hablar de trivialidades. No fue ningún apuro lograrlo, incluso su sobrina Leonor estaba generando mayor atención que ella. La joven llevaba su primer vestido largo para la impotencia de su padre y orgullo de su madre. Lucía preciosa, los pretendientes no le tardarían en llover. Contrario a lo que se pudiera pensar, no le daba envidia. Si acaso algo de desesperación. Las mujeres de su parentela parecían todas muñequitas. Incluida Josefina, con media docena de chiquillos y luciendo un pesado embarazo, se veía más delicada que ella. ¿Porque debía ser siempre la única que desentonaba en el grupo? En una familia todos debían ser guapos o cabalmente feos, simplemente para que nadie se sintiera fuera de lugar.

Casi podía sentir su libertad, a pesar de los esfuerzos de Mercedes y Josefina para arreglarla estaba segura que sus abuelos no le conseguirían un pretendiente. No se veía a nadie interesado y menos en medio de tantas beldades. No le molestaba ser la tía soltera que día sí y otro también servía de niñera. Adoraba a sus sobrinos y era feliz con su vida. Si se casaba, debería renunciar a ella, y eso no lo querría jamás.

—Solo debes resistir unas horas, Rosa. Cuando la fiesta llegue a su fin, serás libre— Pensó, dándose ánimo. Era la última reunión de la

temporada y el próximo año sería demasiado vieja estar en el mercado matrimonial. Lo que más le agobiaba de desposarse, sería alejarse de su hogar para vivir con su marido y dejar a sus hermanas y sobrinos. Claro, que si regresara Gil no tendría ese problema... pero, no lo había hecho.

Mordiendo un bizcochito, miró con añoranza a las parejas que se movían al son de la música. Le encantaba y bailar se le daba bien, pero solo lo había hecho dos veces. En su presentación, con el hijo de un amigo del marqués, quien fue obligado a ser su acompañante en una cuadrilla, y la última vez en la celebración de año nuevo, con el hombre que pensó que pediría su mano. Lo cual no sucedió, pues el caballero terminó encontrando una dama de mayor belleza. No eran figuraciones suyas, tuvo el cinismo de confesarle que había encontrado a una doncella de más grata presencia. El bellaco ni siquiera era de su gusto y le horrorizaba pensar que habría tenido que contraer matrimonio con ese zoquete por mandato de su abuelo y tutor.

Estaba a punto de ser considerada una solterona y de librarse de todo ese tipo de penurias. En el fondo le dolía no haber podido bailar más. Ya no lo haría, a las «cotorritas» no se les permitía. Pasaría a compartir el sitio de las chaperonas, damas de compañía y demás ancianas.

Josefina carraspeó a su lado, llamando su atención.

—Allí vienen —dijo, señalando a su derecha. Rosa siguió la dirección de su mano y vio al marqués acercándose junto a su esposa, doña Inés.

—Josefina, ya he saludado a sus ilustrísimas al llegar —le recordó,

extrañada.

—Lo sé, Rosa. No es a ellos a quienes quiero que saludes, sino a quien viene detrás —respondió en un murmullo sin mirarle.

Rosa arqueó las cejas, desconcertada. Algo raro estaba aconteciendo allí. A continuación, los marqueses se apartaron, y un caballero se adelantó. Caminaba con gracia, pero con paso firme. No comprendía nada en absoluto.

Aunque Josefina seguía hablando, su voz se oía cada vez más lejos. ¡No podía creerlo! Todos sus sentidos quedaron totalmente avasallados por la imponente presencia del caballero que ahora tomaba la mano que ella había extendido sin percatarse. Los latidos de su corazón se aceleraron enloquecidamente cuando él la besó, sin despegar un segundo los ojos de los suyos. Eran asombrosamente claros y grandes, con una multitud de pestañas enmarcando su penetrante mirada. El cabello color ébano, peinado en infinidad de trencitas, estaba más largo de lo corriente y pulcramente sujeto en una coleta.

—Gil, ¿no recuerdas a mi hermana menor? —Siguió la voz de Josefina, invadiendo el inusitado momento que ella estaba pasando.

¿Qué rayos estaba pasando con ella? ¿Por qué se sentía temblorosa y acalorada? ¿Y qué era esa extraña fuerza que le impedía apartar la vista de esos bellos ojos color acero?

—Es un placer veros de nuevo, Rosaura —dijo, con una voz profunda. El sonido de su voz vibró por todo su cuerpo, haciéndole estremecer interiormente. Rosaura… nadie le llamaba así, sintió que toda ella caía en un excitante y misterioso abismo de deleite. Encanto que solo

creció cuando se dio cuenta que al soltar su mano, discretamente le había dejado una cadena de oro con un hermoso dije en forma de rosa. Si eso no era una declaración, no sabía que podría serlo.

Gil depositó un beso en la mano de Rosaura y no pudo evitar quedarse mirándole fijamente.

—¡Por caridad, la muchacha era más fea de lo que imaginaba! —Ella parecía estar paralizada y le miraba con la cabeza algo inclinada, tímidamente. No contestó a su comentario, ni manifestó reacción alguna.

Con mucho esfuerzo, logró contener su impaciencia y mal humor. Sin dejar de sonreír, saludo a Josefina, que por supuesto, era tan hermosa como la recordaba. Había tenido la esperanza que Rosaura madurara mejor y se pareciera un poco a sus hermanas.

—¡Por los clavos de Cristo! Esto no puede estarme sucediendo —pensaba contrariado.

Mientras a su alrededor se iniciaba una conversación. Gil continuaba observando a la mujer con la que pretendía obligarse a casarse. La dama había agachado la cabeza, rehuyendo a su mirada y sus mejillas estaban furiosamente coloradas.

Con ojo crítico, examinó su apariencia, sin hallar nada que salvase su feo aspecto; era de estatura bajita, demasiado abultada y gruesa, el vestido, sencillo y poco elegante, le daba una estampa aniñada, desprovista de atractivo. Su rostro, solo lo había visto una fracción de segundos, pero le bastó. Tenía una nariz chata y cejas excesivamente gruesas.

—Oh, diablos... no voy a poder hacerlo —se lamentó acongojado, lanzando una mirada asesina a Josefina, quien mantenía el rostro impasible. ¿Sería que en realidad no se percataba de la situación?

Volvió su vista a Rosaura y se dio cuenta de que, para adornar el pastel, ella era en exceso tímida y retraída. Se limitaba a quedarse parada allí, mirando sus manos y dándole mordisquitos a su bizcocho.

Gil observó a su hermano el marqués que seguía charlando con los demás invitados y reprimió sus ansias de interrumpirlos. Regresó la vista a la joven, y constató que continuaba en la misma postura. El silencio entre los dos era ensordecedor y muy incómodo. ¿Qué había ocurrido con la niña parlanchina que conoció en su infancia?

Su actitud comenzaba a irritarle, ella le ignoraba deliberadamente y eso, por alguna extraña razón, le molestaba; no estaba habituado a que las féminas pasaran de él. Depositó el dije en la mano de Rosaura. Lo había elegido con gran esmero con la idea de acompañarlo con una propuesta de matrimonio. Sin embargo, incapaz de realizar su plan, como un cobarde solo acertó a alejarse del lugar.

—Esto es el colmo—se dijo molesto. Se casaría con ella, no encontraba otra solución. Era un de Vivero y Aberrucia, hermano menor del marqués de Tecamachalco quien años atrás se había visto forzado a desconocerlo. Un matrimonio con Rosa lo integraría legítimamente de nuevo a la familia y a su antigua vida. —Era absurdo, pero bien o mal, casado sería.

***

—¡Niña Rosita! Levantaos de prisa. Han pedido vuestra mano, estáis prometida. El señor conde quiere veros para daros la noticia. Seguro desea que firméis el contrato lo antes posible.

Con un grito de alegría brincó de la cama —¡Ay Esperancita, me caso! ¿Qué he de ponerme? Deseo verme guapa para mi prometido. ¿Creéis que él es el único que me llama Rosaura? Me hace sentir tan respetable, no como una niña. ¿Le gustará el vestido de cuello bajo? Quiero lucir mi dije.

La joya constaba de un colgante en forma de círculo que daba marco a un pajarillo en vuelo que llevaba en el pico una rosa completamente abierta de mayor tamaño. Con mucho esmero los artesanos grabaron la frase «por siempre» en la circunferencia del dije. La cadena era larga y de una filigrana muy delicada. Rosaura sonrió, era obvio que ella estaba representada por la flor y Gil era definitivamente el tordo. De joven le habían comparado con el ave por su talento al cantar. Se sentía emocionada al percibir la belleza de la alhaja y aún más por lo que significaba.

—Tranquila niña, dejad de dar vueltas que me dan mareos —a la criada le daba gusto contemplar a la joven tan contenta. Ya había perdido la esperanza de verla casada. Estaba por cumplir veintidós demasiado tarde para empezar su vida adulta. Ojalá no tardase en ser madre.

Rosa estuvo lista tan rápido como le fue posible, lo que más la dilató fue enfundarse el malvado corsé, pero ningún sacrificio le parecía poco en ese momento. No recordaba haberse sentido tan feliz, y daba gracias por la suerte que le había tocado.

Que boba se sintió por añorar la soltería, claro que eso fue antes de saber que estaba por casarse con el único amigo que había tenido. Además, que hubiera madurado para ser tan buen mozo, simplemente la hacía reír de puro deleite. Apretó el paso y corrió por los pasillos para llegar a la biblioteca que utilizaba su abuelo cuando visitaba el marquesado. Se paró un momento frente al espejo del corredor para ajustarse el vestido. Se arregló lo mejor que pudo mientras trataba de regular la respiración entre otras emociones que la estaban embargando.

Alzó la mano para tocar a la puerta cuando como por arte de magia se abrió y casi chocó de bruces con su prometido y el marqués.

Este último siempre había afirmado que Gil era el hermano que más se parecía a él y ahora lo podía constatar. Ambos eran altos y delgados de rasgos muy finos. Si no fuera por el distinto tono de pelo y piel, podrían confundirse. Hasta lucían el mismo gesto de rabia, de mirada torva y los labios fruncidos. Si no hubiera estado tan sorprendida se habría reído.

—¡Con un mulato jamás! Primero elijo devolverla al convento.

—Cuidad vuestras palabras señor conde, de quien con tanta vehemencia os referís, da por casualidad ser mi muy estimado hermano. Comprenderéis que después de conocer tan obtusas opiniones, no seáis bien recibido en mi hogar y que tampoco me interese apoyaros en ninguna de las empresas que patrocináis.

Rosaura comprendió entonces lo sucedido. Le costaba respirar. No sabía si era por el corsé, la impresión o la mirada de desprecio que le obsequió Gil antes de salir a toda prisa seguida por el marqués. ¡Su

abuelo lo había rechazado! Debía ser una broma, la cabeza le empezó a dar vueltas.

Para colmo de males reconoció el contrato nupcial que seguramente le iba a mostrar su abuelo y por el cual había sido llamada a su presencia. Presentaba el escudo del Vizcondado de Ilucan, un viejo conocido de la familia. Trató de recordar si don Pedro Tesifón de la Cueva tenía algún hijo o sobrino, el hombre ya estaba muy entrado en la tercera edad. No quiso pensar por el momento en ello y dio media vuelta sujetando inconscientemente el dije que recién le obsequiara Gil y corrió detrás de él.

No tardó mucho en encontrar a los hermanos en el patio principal, el marqués detenía la brida del caballo en el cual ya iba montado Gil.

—No os marchéis, esperad a calmaros un poco. Hemos esperado todos estos años a vuestro regreso y me parte veros marchar en enojo.

—Debo irme, he perdido ya mucho tiempo aquí.

—Este es vuestro hogar, aquí se encuentran las personas que os aman. No he de parar hasta poder regresar el buen nombre a mi hermano más querido. No estoy dispuesto a sufrir de nuevo el dolor de vuestra ausencia.

—Ferri, habéis notado que no hay alianzas, lazos ni oro que me hagan parecer digno en vuestro mundo. La mancha que cubre mi honor y mi nombre no puede ser borrada, sin contar que mi casta no ayuda. El color de mi piel motivó el rechazo de mi madre, el de hoy y todos los que he sufrido entre los dos. Lo habéis visto y no lo dejaréis de atestiguar mientras vivas. Sé que deseáis lo mejor para mí, sin embargo, daos cuenta que las influencias del marquesado no pueden

comprar mi honra o dignidad. Debo labrarme un título y os aseguro, que me forjaré uno que inspire respeto. ¡Eso o la tumba, lo prometo poniendo por testigo a vos y a la santísima Virgen del Refugio!

—No olvidéis que contáis con una familia. Dejáis dolor con vuestra partida.

Dicho esto, Ferri soltó las riendas que mantenía aferradas para frenar la marcha de su hermano y la posó sobre el muslo del mulato. Este la tomó y la apretó con fuerza llevándola a la altura de su corazón en una despedida muda muy sentida. Al soltarla espoleó su caballo y se alejó galopando sin mirar ni una sola vez atrás.

No se dio cuenta que dejaba a dos almas sollozando. El marqués que discretamente se limpiaba una lágrima y a Rosaura que entre un mar de llanto y un pesado nudo en la garganta apenas pudo enunciar unas ahogadas palabras;

—No os marchéis… ¡Llevadme con vos!

Capítulo 1

La joya y la doncella: sin mella

En algún lugar en el Golfo de Honduras cerca de la península de Yucatán

Día de la Virgen del Carmen de 1672

(Décimo sexto de julio)

Siete años después

La cubierta del barco se encontraba en completa ruina. Hombres muertos o agonizantes hacían difícil moverse de un lugar a otro. La mayor parte de la carpintería estaba destrozada incluyendo el mástil que se había partido en dos. Las velas estaban caídas y ennegrecidas de pólvora y mugre. Aun así, lo que más llamaba la atención era el hedor a muerte que se metía en las narices y que nublaba los sentidos.

El retumbar de un cañón lejano y el chillido de la bola que este lanzó, anunció otro proyectil que apenas logró pasar entre las jarcias para caer a poca distancia de la popa del galeón salpicando al capitán Perrot. La nave se tambaleó y pareció inclinarse pesadamente hacia babor casi tirando al hombre por la borda.

—¡Comandante!

—Sí, *monsieur mon capitaine* —respondió un marino que había bajado a la carrera hasta la cintura del barco donde se hallaba el oficial.

—¡Ordenad a los soldados que se preparen para la lucha!

Sin responder el lugarteniente se apresuró a acatar la orden de su capitán. Los pocos soldados que quedaban ilesos después del bombardeo, se cubrieron con corazas de acero que tenían dispuestas para tales eventos y se amontonaron en la popa del navío. La mayoría iban armados con picas y alabardas. Algunos más, sostenían nerviosamente espadas de doble filo, pero todos miraban fijamente hacia el mar por donde los venía persiguiendo un barco pequeño que avanzaba veloz y firmemente. Una bandera roja con la cruz blanca de san Jorge y un corazón san Gile[4] ondeaba del palo mayor.

—Es el Mulato —susurraban entre sí. Si habían tenido alguna duda, ahora estaban seguros que todo terminaría en una lucha cuerpo a cuerpo. La mayoría levantaban una plegaria al cielo en silencio pidiendo por sus almas y despidiéndose de sus seres queridos. También había quien siendo más ingenuo se alegraba por tener la opción de defenderse pensando que aquella era la única oportunidad de salir con vida. ¿No eran acaso los franceses los mejores soldados de la cristiandad?

La escurridiza balandra española se mantuvo fuera del alcance de los misiles franceses en la última hora. En cambio, el bombardeo incesante del que había sido presa *Le Triomphant* dejaba patente que, a pesar de ser un barco mucho más pequeño, lo aventajaba con mejores cañones.

—¿Qué posibilidades tenían? —Los soldados se preguntaban nerviosos e inquietos ante el inminente enfrentamiento. Su forzada inacción a la espera del ataque no ayudaba a menguar su ansiedad. *El Peregrina* iba acortando la distancia rápidamente ayudado por el viento a su favor

que ensanchaba las velas blancas y lo empujaba sobre las olas urgiendo al combate.

El capitán Perrot atacó tan pronto como tuvo al barco contrario a buena distancia, vio con orgullo su armamento abriendo fuego al unísono con un ruido atronador. Sin embargo, causó poco daño. Desesperó al comprobar que la mayor parte de los cañones calcularon mal la tirada y dispararon por encima de las velas del enemigo. Bajó él mismo a las troneras para apurar a gritos a los hombres y cargar las piezas de artillería nuevamente. Aun así, todo fue en vano, no hubo tiempo de alistarlas. *El Peregrina* se abalanzaba sobre ellos impávido.

La balandra del Mulato descargó su fuego sobre la cintura del barco francés y pasó de largo ilesa. Se adelantó un poco y en un movimiento ágil cruzó la proa enemiga rastrillando cruelmente con las púas que adornaban su costado desde el frente hasta la popa del galeón causando gran daño.

Le Triomphant se hallaba mal herido y gimiendo. El pánico no se hizo esperar causado por la confusión que provocaba ver al barco paralizado y muy cerca de quedar inservible. El capitán Perrot maldijo entre dientes tratando de reunir el coraje suficiente para dirigir a sus hombres. No todo estaba perdido, la balandra del Mulato también había sufrido daños.

Con desesperación notó como *El Peregrina* se estaba recuperando para enfrentarse a ellos nuevamente.

—Aquí es donde yo gano, vuestra osadía se vuelve nuestra esperanza —el francés se negaba a perder la confianza, todavía había manera de ganar algo de todo aquel desastre.

El capitán sabía que *Le Triomphant* estaba condenado, pero a bordo de El Peregrina se encontraba el Mulato. ¡El pirata demente que se había burlado tantas veces de Francia! Su captura valdría incluso la pérdida de un galeón tan noble como el suyo. Si lograba atrapar a aquel hombre y condenarlo a pasar el resto de su vida en *la Bastille*, el buen rey Louis no le dejaría desear nada mientras respirara.

Con las riquezas por venir en la mente, el capitán Perrot se preparó para enfrentar a su oponente. Otros barcos habían tratado de apresarlo anteriormente y aunque él no lo había buscado no iba a desperdiciar su suerte. Trató de olvidar que muchos de sus colegas juraban que el cabecilla de *El Peregrina* era hijo de Satán y que echaba mano de artes oscuras, además de brujería, para cometer sus fechorías. En su momento, rio y se burló de las habladurías, ahora que lo tenía enfrente y podía constatar las inverosímiles maniobras que realizaba, no estaba tan seguro que no tuviera un pacto demoníaco.

Fijó su vista nuevamente en la bandera roja tratando de decidir si rendirse era una buena opción. No podía darse el lujo de cometer un error. Se mordió el labio y sintió una punzada de remordimiento. Abajo, en las bodegas, se encontraban nada menos que ochenta y cinco negros. Todos estaban en peligro ahora, pero al pelear mano a mano confiaba en que las tornas aún podían cambiar. No había tiempo de liberar a los esclavos, si era necesario los dejaría hundir junto al galeón.

Los soldados se prepararon dispersándose entre la cintura y el castillo de la proa. Había artilleros, sucios y manchados de sudor, de pie junto a las troneras; el breve pánico fue rápidamente sofocado por el

espíritu de supervivencia y lucha.

—¡Qué venga *El Peregrina*!

Los cañones de ambos bandos empezaron a tronar cada vez más cerca. El humo y el fuego estorbaban la visión, pero poco a poco se comenzaron a distinguir a los hombres sobre la balandra armados con hachas de abordaje y espadas. Estaban listos para recibir la orden de ataque.

Entonces, de pronto, hubo un estruendo y el fulgor de la explosión junto con el humo negro de cerca de veinte cañones que apuntaban a la cintura de *Le Triomphant* dieron inicio al asalto pirata. Los estragos entre los soldados franceses; gritos, gemidos y juramentos, rasgaron el aire. Rápidamente, mientras duraba el caos, *El Peregrina* se deslizó y se abalanzó sobre el alto galeón.

Los hombres subieron por los lados, usando sus hachas de abordaje para formar medios de escalada. Desde el astillero de velas, saltaron a la cubierta del *Le Triomphant* con dagas entre los dientes y largas espadas en la mano. Ningún poder de la soldadesca francesa, mutilada como estaba por el repentino ataque, pudo detenerlos. Siguieron adelante y la lucha fue desesperada sobre las cubiertas resbaladizas: espada contra espada, tajo y corte, y rápidas puñaladas de daga.

El capitán Perrot estaba a la cabeza de la lucha, espada en alto buscaba al líder de entre los intrusos, pero no alcanzó a ver a ninguno en medio del humo, el olor a pólvora y todo el alboroto.

Fue una lucha dura, angustiosa y con uno que otro chasquido de disparos a quemarropa. El pandemónium fue intenso; no se podía distinguir una sola palabra entre los gemidos, las órdenes dadas a todo

pulmón, los lamentos y el sonido del chocar de las armas. Durante un tiempo no se pudo decir quién tenía la ventaja: la contienda se balanceaba precariamente sobre el barco francés que se encontraba cada vez más dañado.

Una figura apareció de entre la bruma y por un momento permaneció de pie mirando directamente al capitán Perrot. Llevaba una espada larga en la mano y un manto enrollado alrededor del brazo izquierdo a modo de defensa. El pelo arreglado en un sin fin de trencitas le llegaba a media espalda. Era mucho más alto de lo que el galo había imaginado, y el color claro de los ojos no encajaba con el oscuro tono de su tez.

—¡Acercaos, perro! —Gruñó.

El forastero se rio y le respondió en perfecto francés.

—*Non monsieur, venez à moi.*

—¡Venid a despediros de los vivos, Mulato! Sois quien busco.

—Qué novedad. Pareciera que toda Francia lo hace *sieur* —respondió alegremente. —El trueno asusta a los niños, vuestras advertencias tal vez a un necio. Mis amenazas en cambio, las temen en vuestra tierra y en la mía. Por San Elmo, nadie que me llame Mulato logrará arrebatarme la vida, o vivir para repetirlo —terminó con un tono más fiero.

Se acercó saltando los tres escalones que lo separaban del francés y golpeó con su espada la del capitán Perrot que trató de parar el embiste. No logró hacerlo con la fuerza necesaria y esta se fue de lado. El corsario aprovechó el momento para arremolinar su manto en el arma de su oponente, dejándola temporalmente fuera de combate. El

galo sacudió su acero para liberarlo de la capa y echó mano de un estilete que llevaba al cinto tratando de embestir por sorpresa a su atacante. El color poco a poco se le iba de la piel al notar que mientras él estaba dando su máximo esfuerzo, el Mulato apenas parecía afanarse. Las amenazas del pirata no habían sido hechas en balde. El miedo se aferró a sus entrañas al sentirse superado ampliamente. Se vio obligado a cruzar la cubierta hacia los baluartes con brío y luchando con dureza cada centímetro del camino.

—¡Aún puedo mataros, pirata! —Jadeó Perrot en un último esfuerzo tratando de aparentar fortaleza e infundir algo de temor en su oponente.

Finalmente, el Mulato dejó de jugar e hizo un final rápido. Su enorme espada giró en alto y cayó hacia abajo silbando al rasgar el aire para terminar partiendo la hombrera de la armadura del capitán Perrot quien se desplomó sobre sus rodillas aturdido después de perder sus armas por el impacto.

—Lanzaos al mar.

—No comprendo...—Miró a su alrededor para comprobar que estaba perdido. Los piratas habían abatido a sus hombres por completo. Regresó la vista a su oponente y se sobresaltó al advertir su rostro frío e impávido.

—Saltad.

—Pero, ¡no sé nadar!

—Al igual que los doscientos negros que tirasteis al mar antes de llegar a las costas de Jamaica. Os doy la ventaja de ir sin grilletes o amarrado a uno de vuestros compañeros. ¡Obedeced o mandaré traer

los hierros!

Presa de pánico el capitán trató de huir, pero… ¿adónde podía escapar? Uno de los tripulantes del *Peregrina* pronto lo interceptó y cumplió las órdenes de su superior echando al francés por la borda.

—El que desee morir en libertad, que siga el camino de su capitán. Si deseáis vivir, en este momento os aviso, que compartiréis el mismo destino de los negros que viajan en las bodegas. Tenéis cinco minutos para decidir.

No escuchó a nadie saltar. Dirigiéndose a su subalterno giró las últimas órdenes antes de retirarse.

—Que se disponga de los muertos de ambos barcos como se debe y que el doctor cure a los heridos empezando por los nuestros. A los prisioneros encerradlos con los negros y averiguad que idioma entienden estos. Buscad el caudal con el que contaba este barco y no me molestéis hasta que todo esto esté cumplido. ¿Ha quedado claro Tulio?

—Sí, mi capitán.

Habiendo girado las órdenes se marchó de aquel barco en ruinas. Ahora era cuando empezaba el verdadero trabajo. Suspiró pesadamente y se concentró en lo que debía hacer. El galeón era una decepción. Habían corrido un alto riesgo y no parecía que iban a lograr mucha ganancia.

—¡Daos prisa que todavía quedan varios navíos franchutes que despelucar!

El Peregrina era un barco muy veloz, pero los camarotes eran

incómodos y pequeños. Incluyendo el suyo que solo poseía un camastro, un pequeño escritorio y un mueble para sus enseres personales que apenas usaba, pues contaba únicamente con tres mudas completas. A pesar de haber vivido en aquel lugar por muchos años, no había nada que diera algún indicio de sus gustos o personalidad.

El oro que «decomisaban» se encontraba en un cofre empotrado en una esquina del recinto. Contrario a lo que se pudiera pensar, solo contenía el fruto de sus dos últimos atracos. Tenía por costumbre pagar a sus hombres cotidianamente y mandar a México sus ganancias para que el marido de Mercedes, Fernando, las invirtiera en su nombre como mejor le placiera. Era el genio financiero de la familia y confiaba plenamente en él. Era un ser raro que, por algún motivo ajeno a su entendimiento, no podía mentir y era altamente confiable.

Se levantó un momento del escritorio donde había estado haciendo cuentas para mirar el mar a través del ojo de buey. No obtuvieron ganancias del asalto al galeón francés y el dinero guardado de los atracos anteriores no serviría para compensar a la tripulación. Aquello podría generar problemas, sus hombres esperaban una buena paga y él no debía olvidar que eran mercenarios. Su lealtad estaba directamente vinculada con sus bolsillos.

Rezaba porque Tulio encontrara oro escondido en el galeón antes de hundirlo. Si no habría más pérdidas que ganancias. Odiaba los barcos negreros, no generaban dividendos.

Era claro que los esclavos serían vendidos, no era monje sino corsario y no era él quien fuera por el mundo liberando gente. Pero, trataba

que los miserables siquiera tuvieran la posibilidad de comprar su libertad con el tiempo y que los futuros dueños no se destacarán por su crueldad. Eso reducía mucho el precio que pedía por los africanos. Los prisioneros franceses le ayudarían a compensar la pérdida. A ellos los vendería a monto completo como remeros a los berberiscos.

Siempre le había parecido curioso que el sur de África surtiera de siervos negros a las américas y que Europa, Asia y alguno que otro viajero americano abastecieran de esclavos blancos el norte del mismo continente. Vender seres humanos era el negocio más rentable del siglo, no que le fuera a servir mucho en ese momento.

Regresó a la mesa para tratar de sacar los costos, pero por más que les daba vueltas a los números no salían las cuentas. Alimento y bebida para ochenta y cinco negros y treinta y siete blancos aparte de los marineros en nómina. El porcentaje del rey Felipe, las reparaciones del barco, municiones, armas, las indemnizaciones por los muertos y la repartición entre los marinos… no era suficiente. Sus hombres eran fieles, sin embargo, sin una buena paga no metía al fuego las manos por nadie.

—Mi capitán, un momento por favor—Gil volteó para ver a su segundo al mando.

—Decidme Tulio.

—Del grupo de esclavos hay cuatro que hablan castellano y que están dispuestos a firmar servicio por diez años para reponer a los marineros caídos.

—Muy bien prepara los papeles entonces.

—Los tengo listos, ya esperan afuera para que les dicte las reglas y

tomen protesta.

Tulio, al igual que los africanos que traía, fue confiscado de un barco negrero. Lo conoció el año en que él mismo había sido obligado a firmar servicio. Así que llevaban casi quince años trabajando juntos. No eran amigos, pero le confiaría la vida y daría la suya por él. Ojalá pudiera decir lo propio de todos los que habían servido a su lado.

Notó ansiedad en la cara del africano. Sabía el valor que le daba al asunto de los esclavos negros, así que, aunque no era de primordial importancia decidió resolver la cuestión y darle paz a su segundo al mando.

—Que entren.

Cuatro jóvenes pasaron con los ojos abiertos como platos y los nervios a flor de piel. Así debió de haberse visto cuando firmó servicio para el maldito Doblón. Suspiró y siguió con su deber.

—Me aseguran que habláis nuestro idioma, ¿es eso cierto? —Los jóvenes asintieron al unísono y de manera nerviosa. Seguramente ya habían sido esclavos en algún lugar de América y habían sido robados o permutados. —Si no sabéis leer, el señor Tulio se encargará que aprendan. Mientras tanto prestad atención a las leyes que rigen el barco. Incumplirlas puede ser motivo de ejecución. Tenéis derecho de escoger entre diez años de servicio en *El Peregrina* bajo mi mando o ser llevados a las plantaciones en el nuevo mundo para seguir a un amo que os compre. Pensadlo detenidamente y con rapidez que puede ser vuestra sentencia de muerte.

—Queremos servicio capitán —respondió el que parecía ser el vocero de los cuatro, o simplemente el que pudo pronunciar palabra. Daban

la impresión de desmayarse en cualquier instante. Con una señal de cabeza indicó a Tulio que leyera las normas mientras él se sentaba cómodamente tras su escritorio. Seis personas en aquel cuartito le empezaban a incomodar.

—Tendréis derecho a provisiones frescas o licores fuertes a cualquier hora tras su confiscación excepto si hay escasez. Podréis votar en asuntos del momento. Seréis llamados equitativamente según la lista, donde por ahora sois los últimos, para el reparto del botín. Ese día deberán asearse y cambiarse para la ocasión—. Al oír este punto Gil dejó de escuchar la lectura para preocuparse por la raya de los marineros.

—Si llegaréis a defraudar o robar a la compañía por valor de al menos un real de oro sufriréis pena de muerte. Si el robo fuese entre alguno de vuestros compañeros, se os trozará la nariz y las orejas y se os abandonará en el siguiente puerto donde se ancle. Se os cortará la mano derecha si sois sorprendidos jugando dados o naipes. Las velas se apagan a las ocho de la noche. Si no pueden dormir, deberéis iros a cubierta para que no molestéis a nadie o treinta azotes. Vuestras armas deberán estar limpias y listas para el ataque, no hacerlo se paga con veinte varas. Están prohibidos las mujeres y niños en el barco, si disfrazan a alguna fémina ambos serán ejecutados. Morirá también el que deserte en medio de la batalla, los marineros deciden el tipo de ejecución. Las peleas con otros marinos se resuelven en tierra y solo uno debe sobrevivir. Pueden pagar el fin de su servicio con mil reales de oro. Si antes de lograrlo pierden una extremidad, se condonará el monto del finiquito y se les dará una indemnización de un fondo

común. El dinero incautado en las redadas se distribuirá de la siguiente manera dentro de las primeras veinticuatro horas; una parte del botín para los marineros, una parte y un cuarto para todos los oficiales. Los cañoneros y maestros reciben un tanto y medio y el capitán dos completos. Lo que resta le pertenece al Rey Felipe. ¿Dudas?

Al reparar en que no respondían Gil asumió que no había ninguna y los urgió con una seña a que estamparan sus huellas en los papeles. —Muy bien, llevadlos a sus puestos y designadles a alguien que se encargue de adiestrarlos.

En un momento habían salido de sus aposentos, dejándolo a sus anchas preocuparse del asunto del dinero. Unos golpecitos en la puerta lo interrumpieron nuevamente.

—Ahora que deseáis Tulio, hoy no deseo disfrazar mi desesperación por paciencia.

—Encontramos esto capitán —dijo depositando un cofre mediano sobre la mesa. Gil lo abrió con esperanza y no se desilusionó al notar que estaba lleno de luises de oro además de algunas joyas.

—¡Lo habéis hecho por arte de birlibirloque[5] como siempre! —Por primera vez desde que decidiera atacar a *Le Triomphant* se sintió relajar y empezó a reír. —San Rodrigo es mi testigo que juraba que tendríamos motín. Venid a ayudadme a hacer la repartición, que los hombres deben de estar emperifollándose para recibir su parte.

Volteó la arquilla para vaciar su contenido sobre el escritorio para empezar con la repartición cuando de repente un objeto llamó poderosamente su atención. Como si su mano tuviese voluntad propia

lo tomó para examinarlo con detenimiento; «Por siempre». El tordo y la rosa labrados dentro de un ovalo no dejaban lugar a dudas. Apretó el dije en la palma tratando sin éxito resolver este nuevo misterio. ¿Qué hacia el collar de Rosaura en un galeón esclavista francés?

Capítulo 2

Morir de pie o de rodillas

Costa norte de África, alrededor de la misma fecha

Rosaura estaba en el lugar oscuro. En esa zona negra en la cual se encerraba para fugarse de la realidad. El sitio donde la luz no entraba. Al fondo de aquella negrura escuchó al esclavista ofrecer sus mercancías a pleno pulmón dispuesto a venderlas al mejor postor.

—Habla de mí. Ahora soy mercancía —pensó Rosaura con gravedad.

—No. No lo pienses. No lo dejes entrar… Soy un artículo difícil de vender.

Moriría en este lugar. El único incentivo que tenía para sobrevivir era cobrar la reparación del agravio que sufría, aquel malnacido debía morir. El dolor constante en el hueco en el estómago era ya parte de su normalidad, trató de olvidar la molestia. No había algo que se pudiera hacer para remediarla. El esclavista la dejó de alimentar pues consideraba que era dinero malgastado. No conseguía quien comprara a una esclava tan vieja, oscura, poco agraciada y lo más importante para estos bárbaros; carente de virginidad. De nada servía añorar su vida junto a Josefina y sus sobrinos, la sumía en una dura desesperanza. Incluso, en momentos extrañaba la que tuvo al lado de su marido el vizconde de Ilucan. No era verdad, se corrigió, prefería la

muerte a pasar otro día con Pedro Tesifón.

Trató de reprimir el pensamiento y el recuerdo que venía con él, pero era difícil…tan endiabladamente duro. Especialmente con los gritos del esclavista resonando en sus oídos.

«¡Esclavos a la venta! Recién llegados de tierras lejanas, fuertes y entrenados».

Respiró hondo y luego lo hizo de nuevo. Calma. Tenía que mantener la calma.

Nadie que la mirara se habría enterado de sus planes homicidas. Su estatura y condición de mujer no le habían obstaculizado para luchar y conservar algo de su dignidad cuando llegó al mercado. La desnudaron sin gritos, órdenes ni reclamos. No servían de nada. Aquella era la manera en la que se ofrecían al público las mercancías.

Había sido una pelea lúgubre y completamente silenciosa con los esclavistas armados que la golpearon y aturdieron hasta la sumisión para despojarla por completo de sus ropas. No logró nada sino estacazos en la cabeza y pellizcos en lugares poco visibles. No podían dañar la mercancía. La habían bañado, tallado y embadurnado con una pasta rojiza que le daba una apariencia arrebolada y sana, más atractiva para la venta. Pero, poco a poco iba fraguando un plan. Alguien debía morir y no le importaba si ese alguien era ella misma.

Cuando despertó en cautiverio, después de la traición de Pedro, se encontró en un barco francés. La mantuvieron encerrada por días en un camarote maloliente donde creyó ser víctima de un secuestro. Sin embargo, la ilusión que pronto pagarían un rescate para regresar a casa, duro poco. Una mañana sin aviso alguno la sacaron a empujones

y la vendieron a los otomanes. En el barco berberisco le colocaron en grilletes en el cuello y en los tobillos para abandonarla en la bodega.

Perdió a noción del tiempo mientras la trasladaban al *souk*[6] de esclavos en *Al—Souk al—Kabir*[7] en Argel, y no pudo evitar abstraerse en sí misma al quedar incomunicada. Pues, aunque había entendido lo que sucedía en el primer navío, ya que era fluida en el idioma franco, en ese momento no comprendía los sonidos de la gente a su alrededor. No obstante, su instinto de supervivencia le forzó a prestar atención y lentamente empezó a aprehender aquel idioma que al principio no había tenido ni pies ni cabeza.

Ahora, aunque exteriormente estaba calmada hasta el punto de la catatonia, se agitó al entender lo que pasaba a su alrededor. Jamás debió viajar a Veracruz con Pedro. Nunca le había llevado de paseo. De ningún modo hubo de tomar la copa que le ofreció. ¡Ni siquiera debería haber aceptado casarse con ese anciano rufián!

Nada de eso importaba ya. Todo lo que atañía ahora era salir de allí y recuperar su libertad. Después de eso, podría regresar para vengarse, eso o morir. Claro, que prefería seguir viva para cumplir su venganza, no deseaba ponérsela tan fácil al viejo sátiro.

Pero nada de eso sería posible hasta que no se liberara, y con el doloroso collar alrededor de su cuello y las esposas que sujetaban sus brazos detrás de la espalda, era imposible por el momento. Esperaría a ser vendida. Luego…

—Entonces mataré al malnacido que me compre y me marcharé de esta tierra infernal. —Pensó con gravedad. —¡Salí del convento de las Carmelitas, me largaré también de este lugar!

Un hombrecillo fornido y barbado vestido con una túnica bordada demasiado lujosa para aquel distrito se detuvo junto a la plataforma donde se encontraba la mujer arrodillada de mirada perdida. Lo que veía confirmaba sus sospechas: tenía los ojos fijos al frente sin un rastro del miedo que embargaba hasta los esclavos más fuertes. Su pelo era castaño y la piel, sin ser morena, no era de la extrema blancura que buscaban los compradores. Tratando de no mostrar interés, pidió que le enseñasen sus dientes y palmas. Que interesante, no mostraban indició de penurias o trabajos forzados. Aparentó interesarse en otras dos mujeres para no revelar su deseo.

Examinó a una esclava bastante hermosa que parecía provenir de la Europa occidental debido a su exótico pelo rojo y piel exageradamente blanca. No tendría más de quince años.

—No es para mí. Puedo obtener mil de estas en una sola *razzia*[8] — pensó con indiferencia.

Aun así, se demoró junto a la pelirroja mirando de reojo a la plataforma donde la cristiana se encontraba arrodillada. Tenía un presentimiento, casi estaba seguro que esa joven era de buena familia, si no se equivocaba podría pedir un excelente rescate por ella. Dientes sanos, manos tersas, y buen porte. Esa moza debió estar acostumbrada a ser servida y a comer bien. Casualmente la vio andar hacia el mercado por la calle principal, era costumbre que los esclavistas exhibieran sus mercancías mientras gritaban por las calles buscando atraer a posibles clientes hasta llegar a sus puestos. De inicio no la había notado, pero su forma de caminar finalmente fue lo que le llamó

la atención. Aquella era una mujer educada, con la barbilla en alto y los hombros un poco hacia atrás. Si no tuviera las muñecas atadas sin dudas apostaría a que llevaría entrelazados los dedos al frente la altura del abdomen como una dama. Se alegraba que el comerciante estuviera tan ciego para no ver su valor.

—No me has podido tentar mercader. Tal vez la pelirroja, pero acabo de comprar una joven para mi *harem* y todavía tiene que desquitar —dijo socarrón riéndose de su chiste. —Venía en busca de una moza para labor, aunque no veo a ninguna adecuada por aquí.

—¡Pero que decís! Está la castaña.

—¿La mujer avinagrada de ahí? No queráis tomarme el pelo. Costará entrenarla para cualquier labor.

—Pero *syid*, usted se ve como un hombre enérgico, no debe ser un problema para vos. Ofrezca, puede llevarse una sorpresa.

El hombre y su sirviente no contestaron, pero siguieron viendo que más había a la venta simulando desinterés. Después de un rato, pretendieron abandonar el lugar y no se sorprendieron cuando el comerciante lanzó su primera oferta.

—Veinticinco reales de plata[9]. Para alguien tan próspero es una bagatela.

—No la deseo. Algo malo tendrá si estás dispuesto a deshacerte de ella por tan poco. Es mejor ser desconfiado que estafado.

—Veinte y solamente porque es un honor hacer negocios con el Capitán Jeireddín[10] —dijo para no poner tan fácil la negociación.

—Traigo quince y no daré más.

—Ponedle una túnica y entregadla a su nuevo amo —dijo muy

sonriente el vendedor que estaba seguro de haber timado al señor y no quería dar tiempo para que este se arrepintiera. Sus mejores esclavos podía venderlos por trescientos reales. Los regulares entre cien y doscientos. Pero, a esta mujer la hubiese regalado si alguien hubiera estado interesado, no tenía ninguna gracia y poseía un pésimo carácter. El día le parecía un poco más soleado al presenciar cómo se llevaban aquel problema. Comenzó a canturrear mientras le echaba polvos rojos a una joven que se iba poniendo pálida.

Jeireddín silbaba para sus adentros mientras daba instrucciones al lacayo para que llevara a la mujer a su galera. Se sentía muy satisfecho consigo mismo, estaba seguro que era noble, ahora solo hacía falta interrogarla para localizar a sus familiares para pedir rescate. Ya vería, lo regular era demandar entre ochenta y trecientos escudos de oro[11]. Ese negocio era el dinero más fácil que había ganado en años, se merecía unas babuchas nuevas o tal vez un turbante. Se concentró en otra mercadería con el fin de recompensarse.

Rosaura tal vez era la más contenta de los tres. Era por todos sabido que morir era seguro, el cuándo, el cómo y el dónde, incierto… sin embargo, le alegraba saber que el hombrecillo que le antecedía tenía sus días contados. Los mismos que faltaban para su libertad ya fuera en la tierra o en el más allá.

***

Ferri estaba en uno de los jardines privados de la mansión de los

Tecamachalco. Se hallaba en un lugar alejado, pues necesitaba privacidad. Se reprendía intensamente por ser tan complicado. Cuando se encontraba en casa con Inés y Adolfo, su pequeño hijo, hacía hasta lo imposible por unir a la familia. Además, tenía la ridiculez de entristecerse por no contar junto a ellos a Gil.

—Cada hermano una cruz —se dijo sabiendo que el dicho era diferente. Pero, ¿qué le iba a hacer? Esos tres eran una fuente de ansiedades. Por otro lado, su hijo a quién correspondía el centro de dicha frase, era perfecto. Jamás le causaba preocupación. No por nada él era su padre. Ya se había desviado del tema… necesitaba un poco de paz. Algo un pelín menos que imposible dado a la cantidad de personas que actualmente moraba en el castillo.

Su hermano Fernando el mestizo y familia, que no era poco ya que además de cargar con sus tres hijos siempre viajaban con un puñado de jovencitas Cansino. Finita y Alvar, a quien seguía sin hacerse a la idea de llamarlo por su verdadero nombre, no se quedaban atrás con su tropa. Le daba miedo ver a Leonor, primogénita de la pareja, tan crecida. No le sorprendería que en una próxima reunión resultara comprometida y si salía igual de fecunda a la madre… Josefina pareciera que solo era feliz trayendo bebés a este mundo cruel. Todo aquel ejército de familiares era coronado con una caravana igual de nutrida de tutores, institutrices y sirvientes que eran necesarios al tener tanta gente en la casa. Lo iban a enloquecer. Solamente su gran capacidad de organización le ayudaba a sortear la cuestión.

Se ajustó el holán del puño que se había desacomodado y se pasó la mano por el pelo corto extrañando un poco los rizos que solía llevar.

La moda a rape no le atraía mucho, pero le gustaba menos no seguir las últimas tendencias.

Escuchó el tintinear de una campanilla y se volvió para recibir a su esposa Inés. Era sorda desde la infancia y le había sido prohibido hablar al crecer. Así que no se sentía cómoda haciéndolo y anunciaba su presencia o llamaba a las personas agitando suavemente el utensilio. Como de costumbre llevaba un relojito colgado del cuello que él le había regalado y una bella sonrisa que siempre aparecía cuando se veían.

Al llegar a su lado se inclinó para darle un casto beso y ella aprovechó para arreglar lo poco que quedaba de su pelo y ponerle el abanillo[12] en su lugar. Se alejó por un momento y después de observarlo críticamente asintió con satisfacción. Simplemente la adoraba. Era la única con la que compartía aquella manía de vestir con extrema propiedad.

Inés se acercó una vez más sonriendo con travesura y principió a sacarle el jubón de las calzas, escenario que por supuesto le encantó. Lo miró de forma juguetona sin dejar dudas de lo que tenía en mente. No entendía porque justo después de acicalarlo pretendía tan pronto despojarlo de sus ropas, pero si quería pasar un tiempo de adultos, ¿quién era él para negarse? Con bastante disposición emprendió a planear la situación. En un movimiento se deshizo de su capote y lo tendió en el suelo mientras entre beso y beso miraba a los alrededores. Una cosa era sumarse al escarceo y otra era ser atrapado en plena acción. De repente, algo empezó a salir mal.

—Esperad Inés, que me dan cosquillas —no que lo pudiera a oír, pero

él tenía por costumbre hablar desde pequeño. Trató de parar el ataque, más le fue imposible. Claro que podía imponerse por tamaño y fuerza, sin embargo, no quería lastimar a su pécora mujercita. Lo que, por supuesto fue un error, no calculó que el embate fuera *in crescendo* hasta que terminó tirado sobre su capa jadeando y llorando de una manera muy diferente a la que había anhelado.

De pronto, todo acabó tan repentinamente como había empezado. Sintió sobre su pecho la cabeza de su mujer e instintivamente la abrazó mientras intentaba calmarse. No era tanto por amor, que la quería no quedaba duda, pero la afianzó pues no estaba dispuesto a sufrir un nuevo ataque. Podía asegurar que noventa y cinco de cada cien personas que participaban en guerras de cosquillas terminaban besándose, desgraciadamente él siempre fue especial y era de los pocos que acababan por golpear al atacante. No deseaba arriesgar.

—Pum, pum, pum…

—¿Qué hacéis Inés? —la joven repitió los latidos hasta que Ferri se calmó. Cuando las vibraciones en su pecho fueron menos perceptibles, alzó los ojos para mirar a su marido con la cara arrebolada de felicidad subrayada por una amplia sonrisa. Que sorpresa, empezaba a comprender a las noventa y cinco. La acercó un poco y la beso con ternura, ¿cómo no hacerlo? A aquella moza le hacía feliz sentir su corazón latir. Que podía decir, él también se complacía de estar vivo y tener en sus brazos a una mujer que se alegraba de su existir.

—*Ti ammo* —Inés rara vez hablaba, cuando lo hacía era para expresar algo importante. Ferri la acercó lleno de emoción para cumplir con su plan original, aunque no tuvo oportunidad. Su esposa lo apartó para

que pudiera ver los gestos que usaban para comunicarse. Primero extendió la mano derecha con la palma hacia arriba, llevó el pulgar de la izquierda a su boca para bajarlo y estamparlo en la primera como pegando un timbre, terminando al mostrarle dos dedos.

—Dadme un momento. Si no he de poder, o de saber interpretarla… cambiad la seña, y bien contentos nos vamos a entender… ¡Ya caigo! Una carta, ¿no? Si seré bobo, que me habéis puesto un dos. ¡Un par de noticias! ¿Estoy en lo cierto?

Inés con cuidado sacó un sobrecito de un bolsito que traía en el vestido. Se veía algo arruinado debido a los acontecimientos previos, pero no tanto como cabía esperarse. La tomó y la abrió presionándose para hacerlo lentamente y con elegancia, sin embargo, todo se fue al traste al reconocer la refinada letra de Gil. Siempre se había maravillado de su caligrafía, aún más teniendo en cuenta que escribía desde un navío en movimiento.

La leyó rápidamente y no es que fuese rápido lector. Gil podía ser tan artístico como escueto. Preguntaba por Rosita, avisaba de su arribo a Veracruz en el día de san Gregorio y mandaba su afecto. Ni una coma más de lo estrictamente necesario. Sonrió feliz, debía preparar su viaje al puerto. Deseaba profundamente ver a su hermano menor. Ya estaba haciendo planes mentales cuando vio a Inés de reojo leyendo la carta y se acordó que había un mensaje en añadidura.

—Que sepa vuestra merced que la gloria de Dios Todopoderoso me ha brindado muchas batallas que, dicho sea de paso, ha librado mi persona en vuestro nombre, dotándome de todo menos de paciencia. Es algo de lo cual carezco y sabéis que no me avergüenza. Así que

revelad ya la segunda sorpresa.

Claro que Inés no entendía cuando hablaba por hablar. Sin embargo, él era muy parlanchín y le divertía formar oraciones complejas y escuchar el sonido de su voz. Cosa que a su esposa no parecía molestarle, ellos se entendían en silencio. Entonces su mujer le tomó la mano y la llevó a su vientre.

Tardó un momento en comprender la enormidad de aquel gesto. Sintió un escalofrío recorrer su espalda y le faltó de pronto saliva para articular palabra. El miedo y el amor todo intensifican… estaban esperando un niño otra vez.

Día de san Gregorio

(Tercero de septiembre del mismo año)

De nuevo se encontraba en Veracruz sin Inés. Se esforzaba por que su ánimo no se ahogara por la lluvia sostenida que le había seguido todo el trayecto desde la Ciudad de México. Hizo el camino para ver a Gil en tan terrible clima ya que era una de las cinco personas que más amaba en el mundo. Una admisión extraña, cuando apenas se habían visto en quince años. Estaba seguro que Ramón, el verdadero nombre de Alvar, y el Lobizón no tardarían en arribar. Su hermano pequeño los había convocado y en aquella extraordinaria hermandad, de ningún modo se faltaba a un llamado. Esta familia suya jamás le dejaría formar panza o aburrirse.

El marqués siempre había pensado que formaban un grupo de

supervivientes de la vida. Habían crecido entre guerras, lágrimas y duras experiencias que los forzaron a formar un vínculo estrecho. Eran un criollo, un mestizo, un saltapatrás y un mulato con poco o nada de lazos sanguíneos que, sin embargo, se convirtieron a golpes en los hermanos más entrañables que pudiera desear.

Estaba preocupado, el tiempo no había tratado bien a Gil y no hablaba de lo económico. El muy díscolo se las había ingeniado para acumular una gran fortuna. Contaba ya con una flota de galeones que se dedicaban a actividades lícitas. Sin embargo, él se aferraba a seguir comandando *El Peregrina*.

El marqués miró lo mejor que pudo a través de la lluvia que ahora le golpeaba la cara. Podía ver la silueta del barco de su hermano no muy lejos. Estaría a bordo en cuestión de minutos. Tenía un mal presentimiento, las cartas que habían recibido eran muestra de ello. Las dificultades seguían a su familia. No debía quejarse pues, habían gozado de algunos años de paz. Parecía que de nuevo era el momento de pelear... Pero aún no pensaría en eso.

Se detuvo al pie de la pasarela que conducía a la cubierta del *Peregrina* y se balanceó durante unos momentos sobre esta. Se preguntó si los otros habían llegado ya. Se sentía como un niño que asiste a una fiesta, pensó con cierto disgusto, todo ansioso con anticipación y lleno de nerviosismo en el estómago. Gil evitaba estas reuniones, que fuera él quien la convocaba daba por sentado que tendría que ser por un gran problema, aunque si era sincero, en el fondo le emocionaba tener al equipo junto de nuevo.

De entre las sombras apareció una figura que bajó por el puente a

pesar de la lluvia. No era el tipo de hombre que normalmente abrazaba a otras personas o incluso las tocaba innecesariamente. Pero, muy bien pudo haber sido él quien inició el fuerte abrazo en el que ambos pronto se envolvieron.

—Dios mío —dijo el marqués, aflojando su agarre después de unos momentos y dando un paso atrás para mirar a Gil. —No os habéis encogido en dos años, ¿verdad? No soy más vuestro rival tanto en altura como en anchura. Eréis una de las pocas personas que pueden hacerme sentir pequeño. Vamos, entremos para cubrirnos de la lluvia y revisar mis costillas. Quiero descubrir cuántas habéis aplastado.

No fue el primero en llegar, vio al Lobizón tan pronto como estuvieron dentro del camarote. Alvar se levantó para recibirlo.

—No comprendo el porqué de aferraros a esta barcaza si tenéis navíos más cómodos. ¡Si aquí apenas cabéis vos! —dijo con preocupación al ver los ojos opacos de su hermano y fingiendo aburrida languidez. El abrazo compartido anteriormente, debía ser una excepción a su comportamiento habitual, ya que su mirada estaba casi carente de vida.

—Eréis el último en llegar, hemos estado impacientes —dijo Alvar sentándose al lado del Lobizón quien pareció no notar su llegada. Todos sabían que no era tal, con los años había afinado su capacidad de observación. A pesar del afecto que le tenía, Fernando siempre lo había puesto nervioso y agradecía que estuviera en su bando.

—He pedido que nos traigan un poco de café, prefiero evitar el alcohol[13] cuando estoy anclado en puerto—aclaró Gil.

—En realidad —dijo Ferri—, una taza de café caliente suena perfecto.

—Pues al punto. Por motivos de vuestra carta, he visitado el vizcondado de Ilucan cerca del mayorazgo de Jaso en Tula. Me topé con la sorpresa de la desaparición de Rosa. Desde su matrimonio, el vizconde la mantuvo alejada de nosotros. Los aldeanos y pobladores concuerdan en que se fugó con un amante. En lo que no coinciden es si era un caporal, un peón o incluso un clérigo ya que nunca fue vista en compañía de otro hombre que no fuera don Pedro Tesifón. Visité la hacienda del viejo quien después de reusarse a verme en varias ocasiones terminó por decirme que mi cuñada estaba de viaje. Pregunté en los caminos y le pude seguir el rastro hasta este puerto. Esto no tiene buena pinta y tiene un profundo tufo a traición —expuso Alvar.

—Concuerdo —añadió el marqués. — Si Rosa se hubiera fugado, don Pedro nos lo habría hecho saber al instante. A pesar que el viejo rara vez se deja ver, y solo se comunica a través del virrey, no es de los que dejen de exigir remuneración y menos si es para darse importancia. No dudéis que ya habrían llegado noticias al alcázar y más ahora que sus abuelos están muertos. Incluso sospecho que la pobre reposa con ellos.

—Si estuviera muerta, se habría declarado viudo. Ilucan tiene el vicio del juego y se rumora que tiene necesidad de dinero. No sería la primera vez que se case por una gran dote.

—El vizconde os ha dicho la verdad, Rosaura está de viaje. Es claro que la ha vendido o entregado a los musulmanes. Si no es así ¿cómo ha llegado este colgante a un barco negrero? —completó el Mulato mientras colocaba en medio de la mesa el dije del pájaro y la flor. —

Avisados quedáis, hasta aquí mi labor. Descanso ya mi conciencia y me deslindo de esta situación.

Un murmullo de incredulidad inundó el camarote. La turbia desaparición de la joven era de por sí intimidante, pero el desinterés de Gil le hacía escocer las tripas.

—¿Cómo osáis decir tal cosa de vuestra compañera de infancia y de la hermana de Josefina que os ha amado como una madre? Es vuestro deber ayudar si la moza no se encuentra en la Nueva España. ¿Quién sino vos podría encontrarla? —Reclamó Alvar reprimiendo apenas el enojo.

—Contratad a alguien. Yo pongo la mitad de los costes.

—¿Os decís cristiano con esa afirmación? ¿No sois vos quién ha pasado la noche de rodillas en la capilla del Rosario rogando por el perdón de vuestros pecados? ¿No habéis convertido en magnífico templo lo que antes fue una mísera ermita como acto de vuestra fe? ¿Acaso no vivís como monje en este cuartucho a modo de penitencia? Gil, si quieres abrazar los votos, esa es vuestra decisión. Si vuestro deseo es ayudar al desprotegido y dilapidar el dinero, no lo debato. Pero entonces, ¿por qué desamparas a la familia y causáis tal dolor a Josefina? —concluyó Alvar mirando al marqués para que lo ayudara a hacerlo entender.

—Gil, os necesitamos.

—Yo mismo pagaré al marinero que la busque si se encuentra en ultramar. No haré más.

—El padre Ignacio se revolcaría en la tumba si pudiese escuchar vuestras palabras —remató Alvar.

—¡El padre Ignacio y un comino! Yo ya me estoy revolcando y sigo vivo. Gil, que siempre hemos sido los cuatro. En sufrimiento y en dicha nos hemos apoyado y arreglado los reveces de la vida. Necesito que estéis a nuestro lado en esta empresa.

—Perdonad marqués, es mi última palabra.

Quedaron todos en silencio, viendo realmente por vez primera a Gil. Lo alarmante de su facha no era ni su vestido ni su porte. Lucía pulcramente ataviado con sobriedad. El cabello que invariablemente usaba trenzado se encontraba cuidadosamente recogido sin vanidad. Su cara, un poco ajada por los años y el sol. Todavía quedaba algo que recordaba al muchacho que corría y andaba por el alcázar. Pero esa mirada… carecía de luz o calor. No se podía reconocer al niño en el adulto de ahí.

—Culpa.

—Por el amor de Dios Fernando, o ya no deduzco lo que está pasando o ya pasó lo que estaba yo entendiendo —dijo exasperado el marqués, jamás entendía los monosílabos del Lobizón.

Fernando se levantó de su lugar y asió a Gil de las solapas hasta ponerlo en pie. A pesar de ser más bajo que el mulato lo miró fijamente. Vaya si tenía pesada la mirada.

—Es culpa lo que os aflige —en un ágil movimiento le bajo la calza[14] izquierda y le desprendió a la fuerza un cilicio[15] de hierro que tenía atado a la pierna arrojándolo por el ojo de buey y sorprendiendo a los presentes. —«*Pocas o ninguna vez se cumple con la ambición que no sea con daño a tercero. Que esto no interrumpa vuestro camino, cuando hayas llegado a la meta, recuerda en enmendar en lo posible el perjuicio que de*

tu mano haya acaecido, al bien hacer jamás le falta premio». Lo dijo mi madre, y es cierto.

Ferri seguía sin comprender, pero el parpadeó del Gil le demostraba que al menos el Lobizón lo había sorprendido, o más… tal vez lo estaba haciendo recapacitar.

—Habéis matado, robado y vendido personas para lograr una fortuna. Ha llegado la hora de resarcir los daños y empezaréis por compensar el dolor que has causado a nuestra familia. Son reparaciones cobardes el rezar y flagelarse. Cumplid con vuestro deber y mejora una vida por cada muerto, libera a un esclavo por cada encadenado y compensad al hurtado. El ayuno y las falsas oraciones me provocan repugnancia —finalmente soltó al mulato para escupir el suelo y salir sin importar que el cielo se estuviera cayendo a pedazos.

—¡Madre mía de Guadalupe! Aquí es cuando recuerdo que prefiero verlo en silencio —murmuró Ferri.

Gil se volvió a la pared causando que el momento se volviera más tenso si cabía. Después de un rato y cuando habían perdido toda esperanza que pronunciara palabra, suspiró profundamente y finalmente los encaró. Lo único que denotaba su fiero humor era la tensión de la quijada.

—Bien, buscaré a Rosaura. Prometo que la traeré viva o muerta si se encuentra en ultramar. Con eso pago mi deuda con Josefina. No me pidáis más. Zarpo en el momento, si no queréis dejar tierra haréis bien en bajar del barco.

Ferri le hizo una seña a Alvar y se dispusieron a cumplir la orden sin chistar. Trató de no darle importancia al hecho que los estaban

echando como viles perros. ¿Le parecía tal decisión de su hermano? Era claro que no, pero ya había tenido suficiente triunfo, si es que eso que habían vivido podía llamarse así. Le dio una palmada en la espalda a Alvar y se alistó para pasar la noche dando tumbos por la carretera cuando sus posaderas no se recuperaban todavía del traqueteo de la venida.

Se marchaba con mayor preocupación que con la que llegaba. No había notado ni un pequeño rastro de su hermano en aquel mulato. Tal vez se encontraba más perdido que Rosita, a quien por lo menos tenía esperanza de recuperar. Se estaba poniendo viejo para las emociones y por un momento pensó en ponerse de rodillas para pedir que los acontecimientos de toda la semana fueran solo un mal sueño.

Capítulo 3

El otomano

En el mar de Indias Occidentales cerca de las Antillas Españolas[16]

Día de san Honorio Abad y dos meses cumplidos como propiedad del otomano

(Vigésimo de octubre del mismo año)

El capitán Jeireddín emergió a cubierta acomodándose el turbante para proteger los ojos del abrupto cambio de luz. Avanzó sin prisas hasta un barril del cual saciaban la sed los marineros. Sus creencias les impedían beber alcohol, pero estaban muy lejos de las costas mediterráneas donde les era sencillo abastecerse de agua fresca. La tinaja estaba mezclada con ron para evitar que se estancara. Se arremangó la túnica y sin preámbulos, sumergió su brazo izquierdo que todavía sangraba. La ira lo invadió de nuevo al tiempo que sentía la herida cauterizarse.

Controló con voluntad su enojo y solamente se sintió apaciguar al recordar como la cristiana había revelado su identidad, no que le interesara su nombre, la muy tonta se lo guardó. Lo que le importaba de ella era su relación con un viejo amigo. Tenía que reconocerle que no había logrado que divulgara nada por medio del dolor. Para su suerte, la necia echó su esfuerzo al traste al amenazarlo.

—«Si vivo o muero poco importa. De cualquier manera, os las veréis

con el Mulato».

Al principio creyó estar soñando o escuchar mal. Sabía que la moza era de buena familia, pero era un golpe de suerte que aparte tuviera algo que ver con su antiguo compañero. Sintió una satisfacción que tenía mucho tiempo sin gozar.

Hasta esa mañana, había pensado que el viaje estaba saliendo demasiado caro. Claro que seguía siendo costoso en especie, pero, ya no le importaba. Había encontrado un medio para vengarse del Capitán de *El Peregrina*.

Acariciando la sospecha de obtener una provechosa ganancia por los quince reales invertidos en el mercado de esclavos, se había aventurado a cruzar el Atlántico. Ahora estaba seguro del beneficio que obtendría, un golpe de suerte que le costaba creer. Sintió enormes ganas de festejar su buena fortuna. Sin embargo, se recordó que primero era la obligación y después la diversión.

—Traedme a Kadir y avisad al contramaestre que reúna a los hombres —ordenó a un marinero cercano.

Esperó pacientemente a que se cumplieran sus órdenes mientras observaba el horizonte. Uno diría que el mar era el mismo en cualquier lugar. Pero, había algo de mágico en el agua caribeña. Debían estar cerca de alguna isleta, ya que unas gaviotas volaban no muy lejos de ahí.

—Diga mi capitán —un marinero sudado y mal vestido se presentó algo nervioso ante Jeireddín.

—Kadir, ¿fuisteis vos el encargado de la falanga[17] de la infiel?

—Sí, señor. Justo como habéis indicado, cuarenta varas.

—Excelente. ¿Se ha retorcido como es debido la moza?

—Sí señor, la he visto rizarse tanto que he llegado a pensar que se iba a romper —dijo socarrón relajándose al notar que el oficial reía de su ocurrencia.

—Como diríais que lo hacía, ¿tímidamente como gusano o de manera más valerosa como serpiente?

—¡La joven parecía que estaba mudando de piel! —Los demás compañeros rieron modestamente al principio y comenzaron a bromear más a sus anchas al notar que Jeireddín los acompañaba en la diversión. Incluso, poco a poco entre las burlas que siguieron empezó a soltar tremendas risotadas por alguna que otra gansada de los marineros. Cuando las chanzas empezaron a escasear y las risas menguaron, el capitán recobró su atención.

—Si el dolor ha sido tanto, ¿me pregunto cómo ha tenido fuerza para morder mi brazo? Es curioso, me parece muy difícil que algo así suceda. Quiero atestiguarlo —declaró de pronto completamente serio.

—¿Qué ha dicho? —Preguntó tambaleante el celador.

—Lo que habéis escuchado. ¡Traed el bastín de la falanga para a mi buen compañero Kadir! Ya veremos si después de cuarenta varas bien ejecutadas le queda talante para mordiscar a los demás.

Rápidamente, los marineros lo afianzaron para someterlo y en cuanto llegó el pedazo de madera utilizado para el correctivo y le aseguraron ambos pies a la altura de los tobillos. Lo tiraron al suelo y elevaron sus plantas para facilitar el correctivo. Kadir un poco estupefacto por la sorpresa apenas en ese momento empezó a suplicar. No que alguien fuera a conmoverse por sus ruegos. Sin más demoras cayó el primer

azote.

—Traedme de comer y mi asiento. Que todos los demás regresen a trabajar —ordenó a su segundo al mando. En seguida apareció frente a él un plato con *simit*[18] de avena, café y melaza. —Vaya, vaya. ¿quién iba a pensar que un hombre tan menudo tuviera aquel par de pulmones? —pensó mientras untaba con la miel el panecillo. —¿Qué opinas Mehmed, se retuerce como gusano o como serpiente?

—Definitivamente como gusano mi señor.

—Eso pensaba yo. Pegadle más fuerte entonces. Deseo que se retuerza ahora lo mismo que la cristiana, como serpiente, de acuerdo con sus palabras. ¿Gustáis un poco de pan?

Al notar que el segundo al mando se negaba continuó comiendo mientras observaba unas gaviotas posarse en uno de los mástiles, ahora estaba seguro que debían estar cerca de una de las pequeñas islas por las que era famoso el archipiélago. Otro grito lo regresó al correctivo.

—Es interesante como cada golpe de la vara no sólo se siente en la planta de los pies, ya que estos están posicionados con el madero hacia arriba con efecto de intensificar el padecimiento —explicó como si de una clase se tratara sin la más mínima preocupación por el doliente. —El calambre sube por los músculos extendidos de la pierna y generalmente estalla en la parte trasera del cráneo. Lo puedo atestiguar, en mi juventud requerí de algunos castigos —sonrió con lo que a su segundo le pareció nostalgia. —El atormentado experimenta inmediatamente dolor e hinchazón, y los tobillos y las extremidades pierden su funcionamiento. Cuando se realiza correctamente, todo el

cuerpo padece y la víctima se enrosca a manera de culebra. ¿Os parece que Kadir se retuerce como una?

—Sí, mi señor.

Los últimos azotes transcurrieron en un penoso silencio. Kadir, aunque seguía consiente, no tenía fuerza para soltar ni un alarido. Cuando el castigo hubo terminado, le soltaron los pies y le arrojaron un poco de agua para evitar que perdiera la conciencia. Sin prisas el capitán se acercó al desgraciado para estudiarlo detenidamente.

—¿Podéis morderme? ¡Soltadme un mordisco, he dicho! —El miserable apenas pudo voltearlo a ver. Con asco contenido Jeireddín continuó. —Lo ves Mehmed, cuando se ejecuta la falanga comedidamente, al infractor no le quedan ganas de defenderse o mascar. Amarrad a este desgraciado al mástil en lo alto y untadle la melaza que me ha quedado del desayuno en la boca y en los ojos.

—Pero, mi señor. ¿No os parecen suficiente castigo los azotes?

—Mi querido Mehmed, pero si eso no ha sido un correctivo. Solamente os he probado mi punto. Atadlo pronto y que pague su ineptitud. No queremos que las gaviotas tengan que esperar mucho por su premio.

***

El Grao[19] de Valencia

Día de san Dámaso

(Onceavo de diciembre del mismo año)

Gil se encontraba al borde de la desesperación. No era posible que ahora que había logrado su más caro anhelo, este se viera empañado por la infructuosa búsqueda de Rosaura.

Todavía no alcanzaba a entender las jugarretas del destino, apenas se decidía a emprender una causa justa, cuando sin dilación salía recompensado. ¿Cómo iba la frase del Lobizón?

«Cumplid con vuestro deber y mejorad una vida por cada muerto, liberad a un esclavo por cada encadenado y compensad al hurtado.»

Sucedió que en plena empresa de buscar a Rosaura había llegado a las costas de Argel en una fragata berberisca de alquiler. No deseaba ser reconocido en un barco tan famoso como *El Peregrina*, pues se adentraba en tierra de una buena porción de sus enemigos. Caminó por el mercado de esclavos buscando cualquier pista.

Sin embargo, a pesar del esfuerzo no hubo éxito. El desaliento que sintió por la falta de rastro de la muchacha casi lo hizo renunciar. Estaba agotado, antes de viajar a Argel, había recorrido la mitad del mundo preguntando a cada barco negrero e indagando con sus contactos hasta que, en un golpe de suerte, encontró al esclavista que había hecho tratos con el Vizconde de Ilucan. Sonsacarle la información tuvo su mérito, el desgraciado no deseaba inculparse. Pero, no se es un pirata sin aprender uno o dos trucos que ayudan para ese efecto.

Se tuvo que recordar en más de una ocasión, cuando le embargaban las dudas y la indigestión, que la impotencia siempre acaba por

desaparecer. Ya sea porque se deja de perseverar o debido a que se logra el premio. Él estaba decidido a encontrar la paz junto con su victoria. Así que con vigor siguió la pista de un intermediario a otro hasta perder el rumbo nuevamente en el mercado argelino.

Teniendo en cuenta que él era el único que conocía a la moza, se disfrazó junto a Tulio para recorrer el lugar durante días sabiendo que se jugaba el pellejo. Por casualidad escucharon a un esclavista hablar español y bajo la pretensión de hacer negocios le pidieron cincuenta esclavos que entendieran el idioma.

El mercader muy amable y dispuesto a ganar dinero les mostró un lote de cristianos, pero en el establecimiento no había ni luces de Rosaura. Al notar que esperaban más opciones, les aseguró que tenía otros tantos dispersos en diferentes puestos. Pero, que si deseaban los podía llevar a las barracas por la mañana donde encerraba toda su mercancía prometiéndoles que allí podrían escoger lo mejor que ofrecía en privado.

Para no hacer el cuento largo, esa noche irrumpieron en dicho barracón con la idea de encontrar y libertar tan solo a Rosaura, pero terminaron rescatando un total de treinta y siete personas entre hombres, mujeres y niños, que lograron llevar sanos y salvos a las costas españolas tras una velada por demás angustiosa.

Tal tipo de rescates no solían ocurrir, por lo tanto, estaban en extremo reconocidos. Pocas eran las personas secuestradas que regresaban con sus familias. Como es bien sabido, el mismo Miguel de Cervantes, intentó escapar de Argel en cuatro ocasiones, dos de ellas por mar sin suerte. Sobra agregar, que el agradecimiento de familiares, granjeros y

vecinos lo sorprendió bastante.

Aunque la hazaña fue peligrosa, no fue una aventura novedosa o especialmente difícil. A los quince años había ayudado en la liberación de un mayor número de esclavos en la Ciudad de México llevándolos a justo resguardo a San Lorenzo de los Negros. Fue ahí donde perdió el buen nombre, en el más amplio sentido de la expresión. Su hermano tuvo que desconocerlo para salvarle la vida.

Ahora, el rescate de los españoles se lo regresaba. El cabildo municipal[20] le otorgó un reconocimiento de hidalguía por su arrojo, con orden de nombrarlo en la Nueva España. Todavía no se decidía por cual título ofertar, puesto que no costaba lo mismo una baronía que un marquesado. Nada era gratuito, eso lo había aprendido desde joven. Ya lo decidiría después, poco importaba en ese momento. En su arca se encontraba el legajo con el dictamen para reconocerle como hidalgo en las dos Españas.

El azar parecía quererle gastar una broma. Durante años había anhelado un nombre de respeto junto con reconocimiento que superara su casta y color de piel. Sin embargo, no se sentía eufórico ahora que lo había conseguido sino más bien derrotado. El paradero de Rosaura seguía siendo un misterio y le impedía volver a la Nueva España para reclamar su título. Prometió no regresar sin ella y jamás incumplía un juramento.

—¡Capitán! Traigo nuevas, ¡por fin una pista!

Su primer oficial entró sin protocolos al camarote. Gil no pudo decidir si se encontraba agitado por el esfuerzo de correr o por alguna preocupación. No le importó. Estaba en un punto muerto de la

búsqueda y un rastro era de agradecer.

—La buenaventura por fin nos sonríe Tulio. Sentaos, apurad un vaso de vino y vuestra información.

—No os va a gustar.

—Tampoco me gusta lo ajeno, pero lo he de conseguir y con esmero. Compartid vuestro informe que me hacéis sospechar.

—El tabernero de *Las Escobas* dice que escuchó de una esclava cristiana con tiple guadalupano. Un marinero le reveló, después de unas copas, que era tan fea y de tan mal genio que no la querían ni regalada. El hombre que se la compró es la comidilla del pueblo, no lo bajan de memo.

—Debe ser ella. —Que podía decir, Rosita nunca se había distinguido por su belleza, pero lo que le daba esperanza era definitivamente la manera de hablar de la sierva. No eran comunes las esclavas novohiespanas en el Norte de África. Sintió crecer la confianza. —¿Es todo? ¿No os dio el nombre del truhan?

—Jeireddín.

—Volvemos a lo de marras[21] —dijo pasándose la mano por la cara con desesperación. No podía pensar en peor suerte que esa. Guardó silencio y se concentró en lo que recién había oído. No deseaba enfrentarse con ese viejo enemigo sin estar seguro que en realidad tenía a Rosaura. Aunque, era la única pista que les quedaba. Se quitó el tricornio y empezó a pasar los dedos entre su cabello en profunda reflexión. No le gustaban sus opciones, tampoco quería luchar con Jeireddín y menos sin razón. Suspiró profundamente y finalmente decidió que era hora de zanjar la rivalidad y si las cosas salían bien,

además rescatarían a la joven.

—Preparad todo, empezaremos la búsqueda en Tenerife…

—Disculpe capitán, sé de buena fuente que ha marchado a las américas en *El Savarona*.

Gil alzó las cejas sorprendido. Se trataba de un galeón y no una de las galeras de poca altura propulsada por esclavos que tanto le gustaba usar a su antiguo camarada. *El Savarona* era un barco enorme, aunque no especialmente rápido. Compensaba su lentitud con casi trecientas toneladas de poderío, treinta y cuatro cañones de largo alcance y una tripulación de ciento sesenta marineros. *El Peregrina* no era un contrincante para esa nave. El otomano iba a las américas a buscar retribución. Pero, ¿acaso importaba? Tenía cuentas que saldar con ese traidor y si lo iba buscando, él no se escondería.

—Pues habrá que desatar el nudo gordiano[22]. —Guardó silencio considerando la información. La decisión podía costarles la vida y no debía hacerse al vapor. La cautiva debía ser Rosaura, sino ¿por qué ha viajado a occidente? Jeireddín no solía actuar así, ¿lo odiaba lo suficiente para gastar tanto en un viaje, o su propio ego lo estaría cegando? *El Peregrina* no competía con *El Savarona*, ¿lo habría escogido para enfrentarlo? Si aquello era lo que parecía, era imposible permitir que un familiar de Josefina estuviera en esas manos. ¿Convenía arriesgar a sus hombres por un rastro tan incierto? Lo único claro de todo el embrollo, era que no tenía más pista que esa. Respiró hondo, cuadro los hombros y se dirigió al africano.

—Pídele a los santos Tulio para que nos concedan matar dos pájaros de una sola pedrada. Alistad a los marineros, salimos inmediatamente.

¡Alea iacta est![23]

Observó a su segundo apurarse a cumplir la orden y sintió como un ardor subía por su esófago. Hasta ese momento no se había preocupado realmente por la joven. Sabía que podría encontrarse en una situación bastante precaria, pero había confiado que un esclavista trataría de mantenerla viva para no perder su ganancia. Si estaba equivocado, no tenía sentido inquietarse por una fallecida. Todo cambiaba ahora que se sentía casi seguro que se encontraba en manos de Jeireddín.

Costas en las afueras de La Española[24]

Verano del año de nuestro señor de 1658. Catorce años antes.

Se acercó a tomar un poco de agua del barril en cubierta, el sol le quemaba la nuca y aprovechó para mojarse la cabeza y tratar de bajar un poco la temperatura de su cuerpo.

—¡Eh, Mulato! Dejad de haceros el sueco y continuad con la faena. Qué la cubierta no se talla por obra divina.

Con rapidez humedeció un pañuelo tratando de calmar su enojo por el apodo y regresó al lado de Tulio que seguía limpiando de rodillas la cubierta de *El Peregrina* junto con un grumete al que llamaban Fósforo. Agradeciendo que la balandra no fuera tan grande como los galeones con los que habían topado, le colocó en la cabeza el trapo fresco al pelirrojo. Su tono de piel no combinaba con el clima tropical y por las noches había que lidiar con fiebres, ampollas y vómitos. A veces se preguntaba si no sería más humano tirarlo por la borda al mar.

El Peregrina contaba con una tripulación de treinta y ocho hombres. Todos por encima de ellos y que les podían mandar.

—Hoy cumplo dieciséis. —Declaró Gil sin poder evitarlo, sintiendo una gran nostalgia por su hogar.

—Entonces, soy mayor. Hasta donde sé, soy dos años más viejo —dijo Tulio, un muchacho africano que ya empezaba a hablar razonablemente el español. —¿Y vos?

—Ni idea. Yo recuerdo haber vivido doce años, pero dicen que uno empieza a hacerlo ya grande.

Gil no se disgustó por la falta de parabienes. No había nada que celebrar en la cubierta de ese terrible barco y menos ahora que estaban pagando por no «cumplir» cabalmente con sus deberes.

El Peregrina era una balandra de bermuda. Se le llamaba así por las velas bermudinas que eran una combinación de lonas de forma trapezoidal en lo bajo, coronadas con cuadradas en lo alto. Atrapaban fácilmente la fuerza del viento en sus tres mástiles y la convertían en uno de los barcos más rápidos en el atlántico. Por ese mismo motivo era extremadamente difícil de maniobrar y precisaba de marineros experimentados.

Los grumetes, como ellos, eran reclutados para aliviar la tensión de los marinos que debían estar constantemente atentos a la navegación y el capitán Bernardino de Talavera se tomaba muy en serio esa misión.

Una de las más grandes sorpresas de Gil al empezar su servicio en el barco, fue el descubrir que las normas sociales con respecto a la sexualidad eran por decir lo menos, relajadas. La acción entre los del mismo sexo y el mar iban de la mano. Se toleraba sin tapujos y hasta

se promovían las relaciones homosexuales. Eran habas contadas[25] si se tenía en cuenta que se trataba de varones jóvenes que vivían en altamar y que muchas veces al ser forajidos no podían bajar a puerto. Aunque eran prácticas ilegales, también formaban una válvula de escape ya que reducían las tensiones, disipaban los resentimientos y creaban vínculos entre los hombres, más allá de la camaradería.

Lo entendía, pero preferiría morir a practicar algo así. Simplemente no era su naturaleza. Por otro lado, Tulio debía su vida a esas mañas. Al abordar un barco negrero uno de los marineros lo vio desnudo y lo reclamó como premio, el resto de sus compañeros fue hundido junto con la tripulación de aquel navío.

Del Fósforo, nadie sabía su origen ni su nombre, ya estaba en El Peregrina cuando había llegado. El juraba que era otomano, aunque no le creía. No le cazaba la idea de un turco con cabellos naranjas. Imaginaba que lo habían reclutado por su constitución frágil, parecía una mocita. Pero, no habían tenido en cuenta lo enfermizo que era y lo poco atractivo que se veía todo cubierto de ampollas y ronchas por los efectos del sol.

—Tulio, marchaos con vuestro señor a las cocinas. Atendedle como se merece y que os de algo de comer—. Ordenó el capitán mientras se sentaba en un barril muy cerca de donde se encontraban tallando. Estaba comiendo un ave que olía a cielo. Tenía meses sin probar carne, debían haberla traído del puerto.

—Pareces hambriento Mulato, ya sabes que hay que hacer en este barco para comer bien.

Por toda respuesta Gil escupió y lo miró retándolo. Después suavizo el

gesto al fingir que había usado el escupitajo para pulir la madera, pero el mensaje había quedado claro. El Doblón rio por el temperamento del muchacho.

—El hambre es mala compañera hijo. Emparejarte con tu capitán no es lo peor que te podría pasar.

—Yo puedo cumplir en su lugar.

Aquellas palabras sonaron como un murmullo que apenas se escuchó a su lado y que provenían del Fósforo.

—¿Tú? —pareció pensárselo un rato no muy convencido. Le tomó la cara para estudiar sus facciones y le dio una sonora nalgada. —¿Por qué no? Venid conmigo.

Aquella noche el pelirrojo no volvió a dormir junto a ellos, a partir de aquel día cuando lo encontraba en cubierta, el muchacho no se atrevía a mirarlo a los ojos. No lo culpaba, era muy dura la vida que soportaban.

***

Con el tiempo el Doblón le empezó a regalar vestidos al pelirrojo y le exigió usar colorete. De todas formas, debía trabajar, pero sus tareas eran mucho más livianas que las que soportaba junto a Tulio. No le importaba. Él era hermano de un marqués y no se doblaría. Así que redobló esfuerzos y eventualmente fue promovido a maestro de armas. Su labor consistía reparar armas de fuego como los trabucos y los mosquetes que eran realmente delicados. Nadie quería adiestrarse en el oficio ya que un mal manejo podía volarte por lo menos un brazo. Además, aquel armamento era más peligroso para el usuario que para la víctima y si algún pirata sospechaba que su pistola no había sido

bien calibrada podía mandarte al otro mundo sin que alguien reclamara. Era un asunto muy serio hacer un trabajo perfecto. También se encargaba de evitar el caos absoluto durante los abordajes teniendo los artefactos listos y en orden.

Poco a poco fue escalando puestos y la mirada del Fósforo pasó de ser de vergüenza a envidia y terminó por destilar celos y resentimiento. A él solo le causaba lástima. El pelirrojo en verdad se esforzaba, se convirtió en un experto con las jarcias y nadie le ganaba a arrear las velas. Pero, cualquiera de sus proezas era opacada con chistes soeces que aludían a su maridaje con el Doblón.

Su relación con él no era ni remotamente parecido al amancebamiento que había entre el cocinero y Tulio. El hombre regordete le tenía real afecto al africano y antes de cada abordaje lo buscaba para abrazarlo y desearle suerte. El capitán por su parte, había vuelto al Fósforo en el blanco de todas las burlas.

El Doblón era un capitán cruel y era temido más que respetado por sus hombres. Tal vez su única cualidad era ser extremadamente trabajador. Si robar en demasía podía ser catalogado como bondad. Pero, tanto va el cántaro al agua hasta que cae en el garlito[26].

Una tarde nublada notaron en el horizonte al *Saint Joseph*, un navichuelo[27] inglés. Sin demoras y como era costumbre se apresuraron a atacarlo, sin embargo, el éxito que generalmente los seguía los eludió miserablemente y fueron abordados. Hubo muchas bajas entre ellas el cocinero de Tulio y varios compañeros. El Doblón estaba a punto de anunciar su rendición para salvar la vida cuando Gil se le acercó.

—Capitán, no os rindáis aún, solamente simulad hacerlo.

—¿Qué decís? ¿Qué locura es la que estoy oyendo?

—Confiad, ¿qué podríamos perder si todo está arruinado?

Sin demoras compartió el plan y Bernardino sorprendido por la simplicidad del mismo, se convenció al instante que podía funcionar. Alistaron a los marineros que quedaban y respirando hondo el Doblón apareció en cubierta blandiendo un lienzo blanco.

—Me rindo, *I give up*. ¡Ostras! ¿Qué no entienden su idioma? *Listen, stop the fight, we must negotiate*—. Su acento era tan marcado y pobre que la bandera blanca fue la que facilitó la comprensión.

El capitán inglés, Alexander Westher, paró el combate y se dispuso a dialogar, a su juicio los piratas solo podían pedir clemencia pues no tenían oportunidad alguna de repuntar en la pelea.

El Doblón, su segundo al mando y otros oficiales fueron llevados al *Saint Joseph* sin demoras, donde este entregó su espadín en señal de rendición. Mientras los marineros ingleses sometían a los tripulantes de *El Peregrina*.

—*Bring some wine and paper. We are ready to settle the conditions.* —El inglés al estar del lado de la ley, debía seguir las normas de navegación sin importar que su rehén fuera un malhechor. Lo que no imaginó era el problema de comunicación, no hablaba español y el pirata se comunicaba tan mal que no se entendían.

Muy pronto se encontraron discutiendo y alzando la voz, pero cuando estaba a punto de encerrar a todos en las bodegas, el pirata mañosamente bajaba el tono y trataba de dialogar.

—*Very well, very well* capitán. I *agree*.

Westher suspiró con alivio, le estaba exasperando la situación. Firmaron el documento de rendición ante tres testigos y decomisaron los bienes robados por el Doblón. Estaban a punto de apresar a los sobrevivientes de *El Peregrina* cuando los dieciocho cañones de la balandra pirata se dispararon casi a quemarropa dañando considerablemente al barco inglés.

En la confusión, los piratas que se encontraban en el *Saint Joseph* emprendieron nuevamente la lucha con afán de regresar a su barco.

—*¡Fire the canyons!* —Ordenó Westher en medio de la confusión que solo se incrementó cuando sus propios cañones explotaron al iniciarse, causando más daño que los enemigos.

La pelea se desató nuevamente, sin embargo, el resultado no fue el mismo. Los piratas abatieron a los contrarios y terminaron por hundir el *Saint Joseph* no sin antes llevarse las riquezas de ese barco y recuperar todo lo que habían robado.

El capitán Westher estuvo entre los sobrevivientes, y fue liberado cuando su familia les hizo llegar un jugoso rescate algunos meses después.

Algunos no entendían muy bien como habían logrado el triunfo después de estar literalmente negociando la rendición. Lo que sucedió fue que Gil, aprovechando la pelea de los capitanes durante las negociaciones, se escurrió de *El Peregrina* al barco inglés valiéndose de su cercanía. Haciendo uso de sus conocimientos en armas, taponeó los cañones enemigos con cera, alquitrán y trapos ocasionando que explotaran al ser activados.

El navichuelo, contaba con la última tecnología en armamento, que

consistía en un dispositivo que permitía disparar los veinte cañones de proa con un solo movimiento. Esta ventaja, fue su más grande desgracia, ya que cuando notaron el estropicio no pudieron detener la catástrofe.

De ese día en adelante Gil fue nombrado segundo al mando y se convirtió en el favorito y sucesor del Doblón. Los hombres lo miraban con respeto y obedecían sin chistar sus indicaciones. Sin embargo, su amigo el Fósforo, no podía esconder su repulsión.

Una noche estrellada meses después, se encontraba en cubierta tratando de hallar un poco de paz. A pesar de ser el contramaestre le tocaba compartir dormitorio con siete de los hombres, y aquella velada habían decidido ponerse «románticos». Estaba sumido en sus pensamientos cuando percibió un chillido. Por un momento pensó que había sido su imaginación, pero en seguida volvió a escucharlo junto con un golpe seco.

Siguió el sonido tratando de no hacer ruido y cuál fue su sorpresa al ver a Fósforo con un joven grumete de unos doce años, al que no tenían mucho de haber reclutado. Lo mantenía firmemente agarrado y con un cuchillo le ocasionaba pequeñas heridas. Si solo hubiese visto eso, se habría descolocado. Pero, al mismo tiempo notó que la sangre del chiquillo le causaba excitación al pelirrojo. ¡Los gritos no provenían del niño que estaba fuertemente atado y amordazado, sino del Fósforo que gruñía de placer por el dolor que infligía!

—¡Soltadlo inmediatamente!

El pelirrojo se sorprendió de verlo aparecer durante su jueguito, pero no se apuró a obedecer. Es más, lo miró realmente fastidiado por

haberle interrumpido la diversión. Al ver que no se movía el mulato se acercó y le arrebató al niño.

—Eso no ha estado bien Mulato. Es ley de vida, el de abajo debe sufrir. El que no sobrevive, en principio no debía estar aquí.

—Fósforo, no repitáis el mal que os han causado. Cuando se llora por perder el sol, las lágrimas no permiten ver las estrellas.

El pelirrojo se acercó a él y pareció sopesar sus palabras. Lo miró lentamente y soltó una carcajada.

—¿Quién os creéis? ¿Ahora regalas los oídos con poemas baratos? Fui yo quien sufrió estos años las mañas del Doblón. Humillaciones que no hicisteis nada por remediar. Es fácil notar las faltas de los demás, pero qué difícil es apreciar las propias. Vuestro puesto era mío y me lo habéis robado. Bernardino me lo había prometido y no satisfecho con eso, me arrebatáis mi única diversión.

—Fósforo…

—Jeireddín[28], aunque os cueste trabajo. Si no he de tener nombre me llamaré como se me antoje.

Dicho esto, se marchó de su lado y así comenzó una animadversión que solo creció con los años. Gil pensó que, al dejar *El Peregrina* Jeidderín olvidaría su encono. Pero, se las arregló con el tiempo para hacerse de un barco y de meterle el pie cada vez que tenía ocasión de hacerlo.

Las malas lenguas contaban que era un capitán muy sanguinario y que gustaba de torturar a sus víctimas por largos periodos antes de arrebatarles la vida. Él, no lo dudaba. Debía darse prisa y rescatar a Rosaura.

Capítulo 4

El engaño

Cautiverio en El Savarona

Cuando notó que la llevaban a un barco nuevamente y que su destino era ser encadenada a un poste dentro de las bodegas para esclavos, comprendió que el cautiverio iba para largo. Había tenido la esperanza de servir a un caballero donde las oportunidades de escape fueran menos remotas, sin embargo, una vez que estuvo presa en las oscuras entrañas de la embarcación tuvo miedo y perdió toda ilusión. Podría haberse defendido de un musulmán o dos, permaneció atenta en el camino contando a sus captores a fin de sopesar las posibilidades de salvarse, pero abandonó la cuenta al llegar a los cincuenta marinos. Todo estaba perdido, no obstante, decidió que sin importar el costo personal les pondría cada obstáculo que pudiera pensar.

No se había adaptado todavía a la penumbra, cuando empezó su primer interrogatorio formal. Advirtió que, aunque estaba completamente a su merced, la información de sus captores era bastante escueta. Al menos en algo les llevaba la delantera, lo que le hizo sentir una sombra de alivio, ya que una pequeña parte de su suerte dependía de ella misma. El hombre que la compró, de alguna manera percibió su nivel social. Las preguntas que le formulaban eran

acerca de su cuna, lugar de origen y posesiones. No tardó mucho en caer en cuenta que querían usarla para extorsionar a su familia y embolsarse un jugoso rescate.

El tiempo perdió su sentido y no supo si eran días o meses los que purgó en cautiverio sin nadie que le hiciera compañía en tan completa negrura. Para distraerse de la desgracia que sufría en las horas de soledad, fue catalogando los períodos de acuerdo con sus aflicciones y sentires. La primera fase, la llamó «traición» y la sufrió en Veracruz tras el engaño de Pedro. La segunda; «choque». La padeció en el mercado de Argel, cuando no sabía que pensar, si lograría sobrevivir o sucumbiría en esclavitud. La siguiente la nombró; «desconcierto» y principió en cuanto el capitán se identificó con su nombre y le confirmó que se trataba de un rescate económico en vez de la servidumbre que esperaba.

Encadenada y completamente sola se las arregló para dormir en aquel lugar separado de todo contacto humano y cerca de las húmedas bodegas. La única alteración a su invariable rutina era que de cuando en cuando le alumbraban la cara, sabrá Dios con qué fin, segándole por la repentina claridad de la cerilla. Muy pronto se encontró ante el dilema de fabricarse algún hábito o enloquecer. Así que, en un momento de inspiración, fabricó un rosario con una crucecita utilizando unas hebras de cabello y unos palitos que descubrió a su alcance. Empezó a rezar para mantener la cordura, la fe y de alguna manera, también le ayudó a calcular el paso de los días.

El tiempo transcurrió y estuvo aislada por lo que a ella le parecieron meses, aunque después se enteraría que apenas habían sido unas pocas

semanas. Se sobresaltó cuando abrieron la puerta y de forma repentina la luz del día la encandiló. Alguien tiró de su cadena y como toda explicación escuchó; «levantaos el capitán desea veros», sin dar otra razón. No había necesidad, era la parte más negra de su encierro ya que siempre la requería para lo mismo. Para ese entonces ya había superado el desconcierto y empezaba la cuarta etapa; «resignación».

—Bueno, esto es lo que es y no hay más; ahora, ¿cómo he de afrontar los azotes que vienen? ¿No se cansará de hacerme la pascua[29]? — Solía pensar mientras era tirada por la cadena como una mascota.

No sabía si catalogar su sufrimiento en periodos serviría para algo. Pero, estaba entrando a una quinta etapa a la que llamaría; «decisiva». Los recuerdos, las cosas en que uno piensa, los deseos y la vida, se reducen a una sola cosa: descansar sin que importe que sea en el sueño eterno. Los continuos golpes demolieron su ya frágil voluntad que, de manera extrañamente inesperada, fue aliviada por Kadir, su carcelero.

El hombrecillo de pronto se había vuelto muy parlanchín y buena gente. Le hablaba en un español muy básico y lleno de errores que ella agradecía. Estaba enferma de aquella lengua extraña que siempre oía. En ocasiones le ofrecía agua con carne seca, le prometía que en cuanto diera el nombre de su familia la soltarían y, en tono de amigos, le preguntaba: «Será verdad lo que dice mi capitán de vos, ¿tenéis mil hectáreas sembradas de frutas finas y llenas de vacas gordas en una rica finca?».

Era tan campesino, tan falto de astucia para sonsacarla, que no le quedaba duda que el objetivo que tenía era el de arrancarle con

sutilezas lo que no habían logrado a golpes. Al no obtener resultados regresó al método original de los azotes y el silencio sepulcral; la interrupción de las pláticas definitivamente le dolió más. Pero, estaba decidida a no hablar de los suyos. De su esposo, de ese no se quería ni acordar, además sabía que no daría ni un céntimo por su bienestar.

No habló ni reveló dato alguno de su identidad, así que un día, Kadir se cansó de su tozudez y le fustigó los pies hasta que la inconciencia la reclamó. Cuando abrió los ojos vio al capitán que la había comprado y sintió tanto odio que se abalanzó hacia él y lo atacó como un animal. Tan fuerte lo prendió con los dientes que escuchó un tronido que no supo si fue de su quijada desencajándose o de un cachiporrazo que la mandó al valle de los sueños. Lo cierto fue que, desde aquella tarde, no volvió a ver a su carcelero y fue alimentada un poco mejor.

Se estableció una nueva rutina cuyo punto principal eran las comidas. Siete y media de la mañana, a asearse con un paño húmedo que le arrimaban; a las ocho, en una ollita le ponían un caldo que se tomaba, se enjuagaba y se la llenaban con agua; de once y media a doce, el almuerzo, consistente en un pan duro, la cena, un poco carne seca, cuando había. Para orinar, pedía permiso para que le arrimaran un bote y rezar y continuar orando hasta caer en la inconciencia por el cansancio.

Cuando pasó el choque inicial y el desconcierto de su situación, empezó por hacerse una pregunta obsesiva: ¿por qué a mí? Se acordaba de todo lo malo que había hecho en la vida y la carcomían los remordimientos. ¿Estaría purgando por abandonar el convento a la primera oportunidad? ¿Tal vez no había cumplido algún capricho

materno? Siempre procuró hacer el bien, no entendía que podía estar pagando. Desesperaba por la falta de respuesta, tan solo encontraba un pálido consuelo en su rosario de palitos.

No supo por cuanto tiempo vivió de aquella forma, si es que se le podía llamar vivir a aquello. Cuando un día creyó escuchar un susurro hablado en su idioma. Al principio pensó que era parte de un sueño, pero al abrir los ojos se sobresaltó al percibir en lo más lejano del almacén lo que le pareció un demonio. Sí, definitivamente era una bruja chaparra y encorvada que merodeaba por la bodega de prisioneros y no venía sola. Sus compinches se marcharon tras la orden de su líder, ella esperaba que agarraran al malvado de Jeireddín.

El diablejo caminaba a gachas de un lado para otro con sigilo colocando unos atados que no podía apreciar bien. Guardó silencio y se pellizcó para asegurarse que no era un espejismo apretujándose contra el poste procurando quedar fuera de su vista. Si algo tenía por seguro era que aquel ente no traía entre manos nada bueno. Ella no había sufrido y orado tanto durante su cautiverio, para que un ser demoniaco cualquiera la arrastrase a los avernos. ¡Eso sí que no!

A pesar del miedo, el movimiento de aquel ser maléfico la tenía hipnotizada. Entraba y salía del sitio como si buscara alguna señal. Sin embargo, cuando desapareció por última vez por la puerta, le dieron ganas de llorar. Se reprendió por añorar la compañía de una criatura maligna, tanto así era su desconsuelo. Con alivio observó cómo después de mucho rato, se introducía de nuevo a la bodega cargando un gran canasto sobre la espalda y se preguntó qué sería lo que

guardaba. Casi soltó un grito al notar que el ente se erguía en toda su envergadura y que dos palos emergían de sus rodillas. Se deshizo del faldón que los ocultaba y al quedar completamente al descubierto, el ánima cambió por completo. Dejó su andar bamboleante y comenzó a trabajar con agilidad acomodando unos bultos en varios puntos cerca de las paredes. Un chispazo la segó de pronto, pero, no pudo contener más su sorpresa cuando la criatura prendió un segundo cerillo que le iluminó plenamente el rostro.

—¿Gil?

***

Perseguir un navío, sin importar que fuese del tamaño de *El Savarona* no era asunto sencillo. Le parecía que era incluso más complicado que encontrar la mítica aguja del pajar, ya que los mares parecían infinitos. Por meses preguntó en puertos y muelles por una embarcación tan impresionante como la de su buen amigo Jeireddín sin resultados. Debía andar en malos pasos ya que se las había ingeniado para evadir los lugares reglamentados, cuidándose de evitar dejar cualquier rastro. Muchas veces perdió la paciencia y se dio por vencido y otras tantas recapacitó para empeñarse en cumplir la palabra dada. ¿En qué momento se le habría ocurrido jurar en una empresa tan descabellada? Estaba a punto de perder la esperanza nuevamente, cuando le llegaron los rumores que añoraba. En la Isla de

Jaina[30] ,donde anclaron por agua, encontraron a un pregonero que por una moneda relataba la historia de un fiero ataque al puerto de Campeche. Resultaba que había acontecido unas pocas semanas antes, efectuado por un enorme galeón que casualmente ondeaba la bandera morisca. Mandó traer al trovador al barco y le pagó de manera generosa para que le contara hasta el más ínfimo detalle, después de lo cual, quedó convencido que se trataba de *El Savarona*.

Un galeón de esas proporciones, no tenía la capacidad de moverse a más de diez o doce nudos[31] , así que calculó que aquella velocidad debía colocarlo en algún lugar de las Indias Occidentales. Dedujo que, si el Fósforo deseaba esconderse o abastecerse de comida y agua, debía hacerlo muy cerca o en la Isla de la Española. Si estaba en lo correcto, podría alcanzarlo al cubrir las casi dos mil millas en cuatro o cinco días. *El Peregrina* era famoso por superar velocidades superiores a los veinticuatro nudos.

Con la promesa de grandes ganancias convenció a la tripulación de pintar el casco azul de la balandra a verde, además cambió las velas que ya se veían un poco pardas por otras indiscutiblemente blancas. Era irónico que siendo *El Peregrina* el único barco que no era de su propiedad, era el que más disfrutaba navegar y del que se sentía más orgulloso. Sin contar que en ningún otro se dedicaba a la piratería. Él era capitán ahí, porque sus hombres lo habían elegido y esperaban que los comandara para lograr generosos dividendos y podía afirmar que hasta ese momento no los había defraudado. Pero, ahora se encontraban en una búsqueda netamente de su interés personal. Sabía que si no quería un motín debía callárselo y conseguirles al mismo

tiempo un jugoso botín.

Así que los piratas disfrazaron el barco con la sola intención de engañar a *El Savarona*. La tripulación anhelaba sus tesoros, él cumplir con la promesa que le hiciera a su familia, y quedar libre para regresar a la vida que estaba acostumbrado.

Isla de la Española

Día de san León de Catania; seis meses pasados en cautiverio

(Vigésimo de febrero de 1673)

Llegaron a la isla un poco antes de lo planeado. Atracaron en Guarico[32] , un cabo muy cerca del Fuerte de Navidad, donde las embarcaciones solían abastecerse de municiones y suministros. Era un lugar estratégico que solo algunos conocían y contaba con la ventaja que los barcos quedaban escondidos a simple vista y únicamente se veían desde la misma playa.

No eran los rumbos habituales de Jeireddín que solía «trabajar» en el Mediterráneo. Gil tenía la esperanza que se presentara en aquella isla ya que era una de las pocas plazas de suministro que quedaban. Las cosas habían cambiado desde la época en que sirvieron juntos con el Doblón y la mayoría de los sitios donde se habían aprovisionado en el pasado ya no existían. Precisamente ahí era el lugar más lógico para que un navío tan grande como *El Savarona* se abasteciera. Lo que le presentaba otra preocupación, ¿cómo lograría superarlo estando en

tan clara desventaja de marineros y armas? En el mar sería un suicidio. A veces, no comprendía como sus hombres mantenían la fe en él.

Desembarcaron en la playa del cabo y los tripulantes de *El Peregrina* aprovecharon para bajar del barco y liberar algo de tensión mientras buscaban agua dulce para llenar los barriles a bordo. Pisar tierra firme siempre había sido motivo de celebración para sus compañeros, así que no era raro presenciar cómo combinaban trabajo con pullas y juegos.

A veces los envidiaba, incluso Tulio se relajaba mientras él se partía la cabeza tratando de considerar formas de superar a su antiguo compañero. Pasó la mañana desechando un plan tras otro en su mente sin resultado alguno. Todos suponían demasiado riesgo y muy pocas probabilidades de éxito. Al pasar de las horas decidió distraerse un poco. Tal vez un chapuzón en las olas le despejaría las ideas.

Se disponía a ello cuando advirtió una plantita muy cerca de su bota. ¿Acaso era…? Se agachó con cuidado y la arrancó para sentir su aroma que lo transportó de inmediato a su primera infancia. Olía a la nana Amada, quien lo crio y fue su madre de leche. La olisqueó de nuevo para constatar que poseía el mismo perfume. La india sabía de hierbas y estaba seguro que la que tenía en la mano era una ramita de tosigo[33]. Estalló en carcajadas sin importar parecer un perturbado, pues ya contaba con su plan.

—¡Tulio! Pedidle a diez de vuestros hombres que se encarguen de buscar ramas como esta. Quiero todas las que puedan encontrar. No hay tiempo que perder, pues *El Savarona* puede aparecer en cualquier

momento y tenemos que estar preparados.

—En seguida, señor.

—También es necesario tener todo listo, una vez efectuado el golpe zarparemos de aquí con presteza. De ello depende que salgamos avante de esta empresa.

El africano partió en seguida para cumplir sus órdenes. Sabía que se haría justo lo que había pedido incluso hasta mejor que si lo dirigiera él. Tenía plena confianza en las habilidades de Tulio. Ya más tranquilo se puso a buscar un par de ramas rectas que pudieran soportar algo así como ciento siete kilos.

Cuatro días después, de acuerdo con lo que esperaban, *El Savarona* llegó al puerto. Afortunadamente en el lugar donde estaba atracado *El Peregrina,* quedaba completamente oculto de los recién llegados. Escondido junto con dos vigías en lo alto de un peñasco, Gil observó cómo varios otomanos bajaron a tierra en busca de agua. Llenaron algunos barriles que fueron apiñando en la playa y que más tarde serían cargados dentro del barco. Tuvieron que tener cuidado, pues otro grupo de cazadores se dedicó a peinar la isla rastreando animales para abastecerse de carne fresca. Cruzó los dedos para que no reconocieran su nave si por desgracia la topaban.

Advirtieron también como un tercer grupo se dirigía al fuerte seguramente para comprar especias, municiones y demás vituallas.

—Tulio, seguidlos y averiguad con quien hacen negocios. Llevad a dos hombres contigo.

Sin decir palabra, el africano asintió con la cabeza y siguió las

indicaciones al pie de la letra. Gil se quedó a espiar la playa. Con algo de asombro reconoció que el Doblón los había aleccionado bien. Jeireddín seguía las mismas acciones que hubiera ordenado él. Nada más tocar tierra, los hombres empezaron a afanarse en las labores de abastecimiento y no pararon hasta tener los barriles llenos y las bodegas repletas de alimento. Después, tendrían una tarde de esparcimiento donde tomarían agua fresca y comerían carne recién asada. El trabajo en cualquier barco era duro y esos momentos mantenían la cordura de los tripulantes.

Cuando juzgó que las partidas de caza no darían con su barco, calculó el tiempo en que los marineros tendrían sus abastecimientos listos para seguir con la segunda parte del plan, no sin antes darle una buena ojeada al enorme galeón. Las bodegas debían encontrarse en la sección más baja de este, la de los tesoros bajo la popa, ya que era un lugar seguro y resguardado. Los víveres en las del medio, para un mejor acceso. Las de esclavos estaban generalmente situadas en la zona más precaria del galeón, al frente. Se preguntaba si Rosaura estaría ahí. Bueno, pronto lo averiguaría.

Durante la noche comandó un grupo de hombres con bidones llenos de el extracto que habían elaborado con las plantas del tosigo y lo vertieron en los barriles que todavía quedaban en la playa con el mayor sigilo. Suponía que los que habían subido estarían almacenados en el fondo de las bodegas, cruzaba los dedos para que Jeireddín, siguiera las costumbres de antaño y apartara para el uso inmediato los toneles que aún estaban en tierra. No podía estar seguro del efecto que

tendría el veneno, todo dependería de cuanta cantidad se hubiese puesto en cada barril, la que bebieran los piratas y la resistencia de estos.

En el peor de los casos podía causar la muerte o estado de catatonia. Los marineros más afortunados enfrentarían diarrea, vómito o letargo. A él le daba igual, solamente esperaba que aquello igualara las fuerzas si es que se desarrollaba un combate.

Al regresar a su embarcación se encontró con las nuevas que le traía Tulio. La cuadrilla de *El Savarona* había hecho tratos en el fuerte y al siguiente día, esperaban una entrega de mercancía a primera hora. Decidió que no tenía sentido irse a dormir y preparó de inmediato a treinta hombres para dar inicio al plan. Los restantes se quedarían en el barco alistándolo para zarpar en cuanto volvieran sin dilación.

No era un plan complicado, incluso rayaba en la simpleza. Sin embargo, en su experiencia había comprobado que ese tipo de maniobras eran las que daban mejores resultados. En completo silencio se internaron en la selva y se agazaparon para esperar que los suministros fueran llevados al barco enemigo.

En la isla en lugar de carretas generalmente se usaban tamemes[34] negros con grandes canastos. No fue difícil encontrarlos ya que tarareaban una canción con claras raíces africanas que además de ayudarles a mantener un ritmo, los anunciaba.

Los asaltaron por sorpresa y ocuparon sus lugares vistiendo sus ropas y acomodándose en la frente los mecapales[35] sin ninguna dificultad.

A todas luces se notaba que los cargadores no iban a arriesgar la vida por suministros ajenos. El capitán Jeireddín no iba a estar nada

contento cuando llevaran a cabo su plan, así que decidió darles una recomendación.

—Regresad con vuestro amo y advertirle que se esconda hasta que el otomano deje la isla. Después que acabe con él, no estará de humor para teneros clemencia. Pero, menos la tendré yo si os vuelvo a ver o estorbáis en mis planes. ¿Entendido? —Al reparar que se iban cabizbajos agregó—; Tomad lo que deseéis de las canastas, completad con ello vuestro sustento ya que seguramente lo que recibís como paga no es suficiente.

Sin decir palabra y cubriéndose lo mejor posible la desnudez, cargaron con lo que pudieron y desaparecieron de su vista bastante contentos. Sin perder el tiempo, remplazaron el contenido de las canastas y escondieron todo con los víveres que quedaban.

Sus hombres no tuvieron problemas en disfrazarse y tomar el lugar de los tamemes. Sin embargo, él era otra historia. Siempre fue demasiado alto para pasar desapercibido. Con los años había ideado una especie de zancos que, en vez de andar sobre ellos, se ataban a las rodillas. Las pantorrillas quedaban a unos cuarenta y cinco grados de suelo y le permitían mantener el equilibrio con las puntas de los pies, lo que volvía su andar oscilante. No se quejaba, los maderos cumplían su cometido haciéndolo parecer más bajo que la mitad de sus compañeros. Se le había ocurrido la idea una vez que se probó una pata de palo de un marinero. No eran sencillos de maniobrar, pero con el tiempo les fue cogiendo la maña. La única dificultad que presentaban, era la de ocultar la parte baja de las piernas ya que quedaban en un ángulo extraño. Generalmente usaba un abrigo para

encubrir el engaño, pero en aquella ocasión solo contaba con un vestido.

—¡Al que descubra mofándose se las verá conmigo! —No creía que la advertencia fuera a servir de algo. Siempre había pensado que aquel artilugio era genial, sin embargo, los demás no compartían su opinión y les causaba muchísima gracia. Trató de soportar las puyas con buen humor y en el fondo, en esta ocasión, no los culpaba. Se veía como una vieja aldeana menuda y bastante pasada de carnes que, para colmos «caminaba» con la gracia de un pato. Permitió las burlas, aunque de mala gana, ya que ayudaban a disipar el nerviosismo. Cualquier cosa que beneficiara la misión era aceptada con gusto.

Continuaron hacia *El Savarona* y se alegraron al notar que la vigilancia estaba algo más relajada, parecía que el tosigo había hecho su trabajo. Subieron por el puente sin que ninguno de los marinos les prestara mucha atención, alguno incluso se veía descompuesto y dejó su puesto en cuanto tuvo ocasión.

El navío se veía más impresionante por dentro que a la distancia. Gil, quien no era un novato en lo que se refería a embarcaciones, se maravilló con la altura del palo mayor y la amplitud de la cubierta. Tuvieron que caminar un buen tramo por ella para bajar al camarote de los marinos. Siguieron bajando a un piso inferior donde se guardaban las municiones. El marinero que los guiaba les indicó el camino a las bodegas y algo aturdido les permitió proseguir sin escolta.

—Tulio, calculad veinte minutos para el escape y seguid el plan que acordamos. Encargaros de este piso. —Susurró mientras el aludido se

quedaba con tres compañeros a cumplir con lo trazado. Lideró al resto al bajar un nivel más para encontrar los almacenes. Con un movimiento de cabeza indicó a quince de sus hombres que se abrieran paso a la bodega de bienes que se ubicaba en el frente para que tomaran cuanto les fuera posible. Los restantes, recorrieron las entrañas del barco sin decir palabra siguiendo el ejemplo de su segundo al mando.

Gil soltó el aire que estaba conteniendo, por el momento, todo iba saliendo de acuerdo con lo esperado. Aunque, no sabía por cuánto tiempo más los hombres que había dejado fingiendo transportar víveres podrían seguir engañando a la tripulación de *El Savarona*. — Apuraos, que esta treta no puede funcionar por mucho más.

Él todavía tenía una misión secreta que cumplir. Bastante torpe por los zancos entró a la bodega de esclavos, la recorrió rápidamente y con desencanto advirtió que estaba vacía. No había guardias, aunque tampoco prisioneros. Sintió una enorme impotencia al no encontrar a Rosaura, pero se concentró en proseguir el plan. Aún no estaban fuera de peligro. Aliviando un poco su decepción, se puso de pie agradeciendo poder caminar con normalidad y empezó a colocar la carga de explosivos que traía a cuestas, al igual que habían hecho sus compañeros. Calculó la mecha para el tiempo acordado y la encendió al segundo intento. La flama que corría el camino de pólvora iluminó fugazmente el lugar. Con agilidad se incorporó dispuesto a huir a toda prisa del sótano cuando escuchó algo que le erizó los vellos de la nuca.

—¿Gil?

La voz provenía de un rincón en el fondo. Desesperado recorrió con la

vista la penumbra esforzándose por encontrar algo, hasta que percibió un movimiento en lo que al principio le pareció un hatillo de trapos. No se distinguía bien, pues la leve luz no lograba iluminar aquel rincón, todavía asombrado se acercó para darse cuenta que era una persona. Rápidamente encendió un nuevo fósforo y sintió un golpe en la boca del estómago al ver lo que quedaba de Rosaura. Jamás la habría reconocido si no la hubiera escuchado llamarlo por su nombre de pila. Nadie salvo su familia lo hacía.

—¡Los explosivos! —Se recordó, debían haber pasado por lo menos cinco minutos entumecido por el asombro y todavía tenía que liberar a la joven de la cadena que la sujetaba por el cuello. Buscó infructuosamente alguna llave o garrote, pero desistió al sentir como el tiempo se le escurría entre las manos. Empezaba a desesperarse, cuando se quitó uno de los zancos y trató de hacer palanca con este para zafar los pernos que sujetaban las argollas al poste. Sin embargo, la madera no aguantó y se desgajó, para su desesperación, el segundo palo siguió el mismo destino que el primero.

—¡Todos fuera, las cargas están completas!

La voz de Tulio junto con el miedo de morir en ese lugar le hizo sacar fuerzas de flaqueza y con un tremendo esfuerzo consiguió liberar un perno. Sin embargo, el tiempo no perdonaba y no logró hacerlo con la rapidez que requería. Estaba seguro que sus hombres ya habrían abandonado la nave. ¡Tenía que darse prisa!

—Entrad en el canasto, yo me encargaré de sacaros de aquí. —Al notar que Rosaura no podía moverse, la tomó en brazos y sin ceremonias la metió en el cesto con todo y la cadena que llevaba al

cuello. Se colocó el mecapal en la frente y con urgencia subió por la escalera al piso de municiones.

—¡Polizones! ¡Han penetrado la nave!

El grito provenía de las barracas de marineros en el piso superior. Había tardado demasiado, cargado como iba no podría defenderse. Nadie llegaría a auxiliarlo, el sonido de guardias bajando le revelaba que, si alguno de sus compañeros había sido incapaz de huir, seguramente ya se encontraría muerto. Tratando de mantener la calma, volteó a ver las troneras para buscar un sitio de escape, pero con consternación distinguió una carga de explosivos muy cerca de los cañones y sus municiones. Nunca se había sentido tan abatido por un trabajo tan bien hecho. A ciencia cierta la había colocado Tulio siguiendo el plan. No le costó trabajo decidir dar marcha atrás. La pólvora no tardaría en estallar y no parecía haber ninguna posibilidad de sobrevivir la explosión.

Bajó nuevamente a las bodegas con rapidez, pero en esta ocasión entró en las despensas de tesoros, se cubrió lo mejor que pudo con los artículos que encontró y con su cuerpo protegió la canasta donde llevaba a Rosaura.

—Encomiéndate a nuestro creador, haré lo posible para no conocerlo hoy… pero, por si las dudas, prepárate.

Una serie de explosiones empezaron a detonar, una más cercana que la anterior, provocando un tremendo destrozo en las entrañas del galeón. El plan se había cumplido cabalmente. Por último, estalló la carga que él mismo había colocado. El enorme impacto destrozó la pared que separaba ambas estancias y el agua empezó a inundar la

bodega.

—¿Os acordáis de nuestros juegos en la fuente? —le preguntó a Rosaura sacándola de la canasta y amarrándola a su espalda con la falda que había usado para disfrazarse. —Siempre me superasteis, ahora es momento de mantener esa marca.

Corrió hacia el lugar donde anteriormente encontró atada a la joven que se hallaba casi por completo inundado por agua.

—Aguantad la respiración, esperad, esperad… ¡ahora! —Se sumergió para tratar de salir por el boquete causado por los explosivos, pero el agua que entraba con fuerza, la mujer que llevaba a la espalda y el peso de la cadena que no le había logrado quitar, le estaban poniendo el rescate poco menos que imposible. Gil trató de alejarse del barco usando toda su potencia y energía sin resultado alguno. Estaba a punto de desfallecer sintiendo que le explotaban los pulmones por la falta de aire y el exceso de esfuerzo, cuando ocurrió una última detonación que los catapultó lejos del navío. Intentó proteger con su cuerpo al de Rosaura, aunque no pudo evitar golpearse con maderos y escombros productos de las explosiones.

Casi por un milagro llegó a la playa con el único anhelo de tirarse en la arena para recuperarse, sin embargo, desató primero los trapos para verificar el estado de la joven.

—Despierta Rosaura, no puedes rendirte ahora… —El temor empezó a invadirlo al ver que no abría los ojos, la sacudió sin miramientos causándole una tos que le devolvió la esperanza. —Aguanta un poco más, saldremos de esta.

No habían emergido muy lejos de *El Savarona*, así que claramente

escuchó la detonación de una pistola de chispa y el silbido de la bala que chocó contra una roca cerca de donde estaban.

—¡Mil escudos de oro al que me traiga al Mulato! ¡Cuarenta azotes a quien lo deje escapar!

Reconocería esa voz en cualquier lugar, de reojo vio como Jeireddín bramaba ordenes todavía en el puente del navío. Aunque estaba retirado, por un instante creyó verlo directo a los ojos y percibir el odio que destilaban. No tenía tiempo que perder, un puñado de marinos se abalanzaba con decisión sobre ellos y se veían en condiciones de atraparlos. La adrenalina le hizo olvidar el cansancio y corrió con su preciada carga a toda velocidad por su vida.

Durante la carrera cambió de posición a la muchacha colocándola al frente de su cuerpo para protegerla de las balas. Los gritos de los hombres que los perseguían le daban la impresión de irse haciendo más fuertes y claros, aunque esperaba despistarlos un poco en la selva que los separaba del lugar donde estaba anclado a *El Peregrina*.

Después de correr por lo que le pareció bastante tiempo, su visión se empezó a tornar borrosa y sintió un poco de aturdimiento. Sacudió la cabeza para despejarse y redobló esfuerzos. Para su fortuna y alegría Tulio tenía un bote de remos con cuatro hombres listos para embarcarlo y disparar sus mosquetes. Lo que no tardaron en hacer en cuanto subió a la lancha.

—No lo podía creer… ¡Ostras! Debía ser un milagro, si se hubiese tardado tan solo un minuto, no habrían sobrevivido. —Pensó para sí, ya que no tenía aliento para proferir ni un susurro. Todavía luchando por respirar, ojeó de nuevo a su carga y verificó que, aunque seguía

inconsciente, respiraba levemente.

Al abordar *El Peregrina*, se alegró al confirmar que todo funcionaba como un reloj bien aceitado. Las velas estaban arriadas y el ancla elevada. La huida estaba en plena marcha y muy pronto se encontraron lejos de peligro. Sin soltar a Rosaura, que seguía inconsciente y un poco escondida en los mantos en los que iba envuelta, observó el botín que sustrajeron del barco del otomano que se encontraba a la vista de todos en medio de la cubierta. Por primera vez conjeturó sobre los resultados de la misión, quedaba claro que era uno de los mejores pillajes que habían logrado. Los hombres se fueron acercando para reclamar su parte.

—¿Bajas o heridos?

—Ninguno mi capitán. —No podía creer la suerte que habían corrido. Con gran alivio impartió las órdenes que correspondían.

—Vuestro segundo al mando contará los bienes incautados, ustedes cuatro quedaros a verificar que se realice con exactitud. La repartición se hará como de costumbre. Quien tenga dudas puede quedarse con ellos para cerciorarse que se hagan bien las cuentas. Yo reclamo a este mocito que traigo en brazos, asignadle un precio y descontadlo de mi parte.

Dicho esto, y sin más energía se dirigió a su camarote. Cubrió bien a Rosaura de los ojos curiosos durante el camino. Estaba prohibido llevar mujeres y niños a bordo bajo pena de muerte. Era una de las reglas que había hecho valer sin compasión en el pasado. No se enorgullecía de ello, más en su momento le había parecido adecuado.

Conocía la norma desde el inicio de aquella aventura y era la razón por la que se había negado al principio en llevar a cabo la búsqueda. Ahora no le quedaba otra que confiar en Tulio quien era el único que conocía la identidad de la joven, los demás marineros no habían exigido explicaciones.

No hay razón para preocuparse, pensó para sí mismo, llevaría a Rosaura lo más pronto que pudiera a México y se olvidaría de ella. Estaba seguro de haber cumplido sobradamente con su deber.

—Traedme agua, ropa y comida… y no me molestéis hasta que yo os lo diga.

Los marineros lo miraron partir sorprendidos. Aunque, no era impensable el maridaje entre dos hombres en el mar, además de no ser tan mal visto como lo era en tierra, el capitán jamás había mostrado tal inclinación y menos por un reo.

—La melancolía nos llega a todos, supongo. ¡Contad bien compañeros, contad y bebed vino! —dijo un marino olvidando muy pronto el asunto. Era día de paga, música y fiesta como era costumbre después de asegurar un buen botín. Tal vez, también buscaría consuelo con algún camarada. Él no era sodomita, tenía familia en Veracruz y esperaba su cuarto hijo. Aunque la soledad volvía atractiva cualquier compañía, se trataba tan solo de un juego, nada serio. Si, seguramente seguiría el ejemplo del capitán.

Capítulo 5

Melancolía

Alcázar de los Tecamachalco. La muy augusta Ciudad de México

Día de san Oriol del mismo año

(Vigésimo tercero de marzo)

Ferri se encontraba parado frente al ventanal del estudio que daba a la fuente de San Jorge en la entrada. Era una mañana magnífica. Regularmente se complacía con los cambios que traía la primavera, le agradaba que los días fueran largos y que la temperatura subiera. Las flores en los parterres comenzaban a florear y los colibrís se volvían la alegría de los niños en el alcázar quienes no dudaban en corretear por ahí riendo o haciendo diabluras. Si, esa estación era por lejos la mejor época del año en su hogar. Nada de esto le importaba en esos momentos, estaba sumido en una profunda meditación y la alegría del exterior no calentaba la frialdad que sentía en el alma y que era causada por llana y simple angustia.

En su juventud, se había jurado permanecer soltero a cualquier costo pues temía convertirse en un padre como el suyo. Sin embargo, el viejo marqués con todos sus desplantes y defectos le obsequió lo que más quería; un título y la obligación de desposar a Inés. Bendito fuera donde quiera que estuviese. Ahora no se imaginaba un futuro sin su

mujer quien lo hacía sentir pleno, querido y sobre todo acompañado.

No era ningún misterio que él siempre había sido una persona peculiar, con frecuencia solía adaptarse a los demás para mantener la sana paz. No que su familia ayudara, eran todo un atajo de anómalos. Ya se había salido del tema… Retomando, su mujer además de quererlo con sus defectos era su compañera. Claro que tenían sus desavenencias, todas las parejas reñían de cuando en cuando…ahora no podía recordar algún altercado, pero tenía la seguridad que debía haber ocurrido por lo menos uno. Escudriñó en su mente tratando de rememorar una disputa sin éxito. ¿Sería la edad? En todas partes hay domingos que parecen martes, su matrimonio tenía que ser como el de cualquier otro, seguro tuvieron días aburridos, ¿o no? Bueno, si acaso discutieron no cabía duda que ella llevaba la razón.

A su juicio Inés era perfecta. Incluso su mutismo les había hecho desarrollar una comunicación libre de palabras donde, los sentires eran muy difíciles de malinterpretar. Si tan solo soportara bien el estado de gravidez pensó suspirando. Cada embarazo la ponía en peligro mortal, invariablemente una profunda pena rodeaba aquellos acontecimientos, sin mencionar el dolor físico que ella sufría. Antes de Adolfo, perdieron a tres niños y todavía pensaba que ambos habían sobrevivido el alumbramiento de su único hijo por algún capricho del destino.

—¡Entre salud y dinero, salud quiero! —murmuró para sí mismo. Algo le explicó el doctor sobre las sangres, parecía que su esposa la poseía tan noble que no toleraba la intromisión de la del crío durante la gravidez. Él estaba de acuerdo, la nobleza de Inés le brotaba por los

poros, lo que le daba un poco de reparo era que los hijos que salían de sus entrañas le causaran empacho. Ella soportaba valientemente cada mes ya que tenía un enorme deseo de ser madre, aunque desmejoraba cada día. Temió por su vida a lo largo del parto de Adolfo y cuando perdieron a los otros niños. Debido a ello, se había jurado jamás hacerla pasar por ese calvario y se recriminaba amargamente haberla puesto nuevamente en peligro de gestación.

Ya de siete meses se encontraba postrada en cama con intenso dolor de cabeza y sangrado. Tenía el color de la muerte y no podía retener alimento. Había traído a los más renombrados expertos, pagado los mejores cuidados, y seguido cada remedio indicado, solo para sentirse miserablemente inútil al no lograr mejorar en nada la condición de su mujer.

Se pasó las manos por la cara, suspirando profundamente. Decidió que era hora de marcharse, dio la media vuelta listo para hacerlo cuando encontró a su hermano Fernando a poca distancia mirándolo de manera penetrante sin parpadear.

—¡Ángela María! Qué susto me habéis dado, no os he escuchado llegar. ¿Cuánto tiempo lleváis ahí?

—Estáis agitado.

—Pues mira que observador. —Se detuvo antes de seguir, no había razón para ser cruel con su hermano, aunque este jamás notaba su ironía. Fernando era un ser extraño que, a pesar de ser endiabladamente inteligente, no entendía las cosas simples. A sus casi cuarenta y tres años debía reconocer que se había esforzado para percibir el dolor que lo invadía. —¿Qué me ha delatado?

Fernando extendió la palma de la mano y esperó hasta que el marqués juntara la suya con él. Lo hizo con extrañeza, apreciando el soporte que le aportaba. Su hermano no era muy dado al contacto físico o a las muestras de afecto.

—Primero, no vais ataviado con vuestro usual cuidado. Os encontráis desfajado y la calceta izquierda se encuentra caída. —Instintivamente, el marqués empezó a adecentarse. Se sentía como un niño pequeño reprendido por su desaseo.

—Segundo, guardáis silencio. —Que podía decir, era verdad. Parloteaba constantemente, le entretenía el sonido de su voz, ahora no estaba para diversiones.

—Lo que me lleva al tercer y más obvio punto: la botella de brandy que abrazáis.

El marqués se sorprendió al ver que era cierto y se apresuró a dejarla en una mesa cercana. Necesitaba alguien en quien confiar sus pesares. No sabía si era el alcohol o la desesperación, pero decidió sincerarse con su hermano.

—Me falta valor para lo que se avecina.

—No es lógico. —Contestó el Lobizón extrañado hurgando en el mismo paisaje que hacia un momento tenía tan absorto a el marqués.

—No veo peligro alguno. —Ferri suspiró algo desesperado cuestionándose si era prudente seguir con sus confidencias. Para cuando le explicara cada detalle a su hermano ya sería hora de la cena.

—Me refiero al futuro. Me aterra que Inés no sobreviva este embarazo. Desea mi promesa de cuidar bien de los niños si llega a faltar. A lo

cual, por supuesto, me he negado rotundamente y solo he logrado que se niegue a hablarme. Simplemente no he podido. Temo que al hacerlo abandone su lucha por vivir. No escucha razones…

—Es sorda.

Ferri guardó silencio, ¿había dicho la cena? Hasta la mañana siguiente.

Fernando percibía la tensión de su hermano y trató de ponerse en su lugar, era algo que Mercedes le hacía practicar. Imaginó a su esposa en peligro de muerte y alargó la mano para beber un sorbo del brandy que acababan de poner en la mesita.

—¿Qué os ha dicho el médico?

—Algo de las sangres, parece que el bebé le hace daño a la madre.

No hubo más palabras. Un rayo de esperanza inundó el corazón del marqués. Confiaba plenamente en la prodigiosa inteligencia de su hermano, tal vez podría darle la seguridad que los médicos habían fallado en otorgarle… o quizá no.

—Pues habrá que sacarle el niño.

Sin más preámbulo se levantó y salió con paso firme rumbo al patio principal. Ferri, quedó estupefacto en su sitio deseando aferrarse a cualquier ilusión, hasta que recordó las operaciones que se hacían en aquellos casos. «El parto inmaculado» como algunos lo llamaban, era la única forma de lograr que el bebé saliera antes de tiempo. Generalmente se hacía *post mortem*, ya que tenía un cien por ciento de probabilidades de matar a la madre. Nadie sobrevivía un corte tan enorme en el vientre. Se puso en pie con rapidez y maldijo la debilidad causada por el alcohol.

—Esperad Fernando, ¡no podéis iros sin más explicación! —Corrió con desesperación a trompicones tras el aludido hasta que chocó con algo duro que se le cruzó en el camino. Se sobresaltó al notar que aquella pared le empezaba a hablar.

—Hermano, desistid de vuestro proceder. —Le dijo Fernando mientras lo tomaba por los brazos evitando que cayera de bruces. —Inés necesita de vos y no de un chiquillo quejoso. Os prometo que hallaré una solución.

El marqués observó nuevamente a su hermano partir decidido hacia las caballerizas. ¿Qué podía decir? Llevaba razón. Él era un noble hidalgo y se estaba portando igual que un babuino. Con un suspiro se dirigió en busca de algún sirviente que le preparase el baño. Tímidamente fue sintiendo como la confianza lo embargaba.

No sabía cómo lo conseguiría, pero podía confiar que el Lobizón desmontaría la tierra para levantarla después hasta descubrir una solución. Durante años había olvidado la sangre indígena de su hermano, aunque recordaba haber escuchado que su madre era una reconocida curandera… ¿o hechicera? No estaba seguro, la gente no iba por ahí preguntando si sus madres habían sido brujas, faltaba a las buenas costumbres y educación.

Un poco más optimista decidió tomar un baño y a adecentarse para ir al lado de su mujer. Caminaba rumbo a la escalera cuando notó una sombra moverse con rapidez hacia él.

—¡Por la santísima María! ¡Pero qué diantres Alvar! Me habéis sacado al buen Jesús del cuerpo. ¡Tendré que contratar tutores para adultos que os enseñen a anunciar vuestras presencias!

—¿Qué os espanta tanto? No he pretendido traeros un buen susto, sino un gran gusto. —Contestó el aludido divertido por el malestar del marqués, se conocían de toda la vida. Aunque la relación no había empezado muy cordial, después de casarse con Josefina, había tomado afición en gastarle bromas a su amigo. Se interrumpió al darse cuenta de la condición. —¿No me digáis que habéis estado bebiendo? La facha en la que os encuentro indica que por fin es hora de cobrarme una vieja afrenta que tengo pendiente con vos.

—¿Afrenta? Dichoso aquel que entienda vuestras adivinanzas Alvar, haceros a un lado no estoy de humor para chanzas.

De un movimiento ágil el aludido tomó en brazos al marqués y se lo colocó al hombro como un costal de harina.

—Camino a Querétaro, después de nuestra estadía en Aculco, me habéis aventado a un rio para bajarme una borrachera. Me parece que hoy es el momento perfecto para saldar el agravio.

—¡Soltadme Alvar! No son más que calumnias, difamaciones e injurias. ¡Respeto que soy vuestro señ…!

El agua fría interrumpió su discurso. Nunca entendería, él era uno de los pares más respetados en el virreinato. Respeto que perdía en un tris tras con sus hermanos. ¿Sería porque todos eran de diferentes castas? Jamás lo sabría. Guardó silencio mientras observaba como Alvar se reía a sus costillas, el condenado incluso estaba empezando a hipar. Abrió la boca para reprenderlo, pero enmudeció con sorpresa al verlo entrar por libre albedrío a la fuente con la intensión de sentarse a su lado.

—Inés saldrá de este trance. Lo presiento, no sé cómo, pero dalo por

hecho. Si lo sabré yo que he estado en vuestros zapatos siete veces… si me descuido me encontraré una más. Las mujeres son seres muy resistentes.

—Se encuentra delicada.

—¡No he de permitir que le pase nada! La mitad de mis hijos morirían de tristeza si la perdieran y los demás no tardarían en seguirlos. —Ambos sabían que Alvar podía hacer poco si el Señor decidía reclamarla a su lado. Aunque, la vehemencia de su hermano por adopción de alguna manera lo reconfortaba. Le abrigaba el corazón saber que su Inés era tan querida.

—Fernando ha prometido encontrar una solución.

—Lo veis, no hay nada que temer. —Guardaron silencio mientras esperaban secretamente que un milagro pasara. Después de un rato Alvar continuó cambiando el tema. —Traigo nuevas de Gil. Don Pedro Tesifón lo ha acusado de raptar a Rosita e incluso de quitarle la vida. El muy ladino anda en busca de la dispensa para contraer nupcias nuevamente, se aferra en engendrar a su heredero.

—No veo problema, en cuanto se presente Rosa en la Nueva España quedará claro que no hay asesinato que castigar.

—Verdad carga vuestro juicio. Sin embargo, de buena fuente he averiguado que pretende refundirla en un convento si es que llega a aparecer. Seguramente su senilidad lo privó de prever que, al esparcir rumores de una fuga amorosa, quedaba como el cornudo más prominente de la ciudad. Ahora debe acallar las habladurías. En cuanto Rosa regrese tendremos suerte si la volvemos a ver a través de las celosías de algún claustro.

—Terrible decisión. Si Gil decide salvar a la moza de ese futuro, perderá su pacto con el Rey y su estatus de corsario junto con la protección de la corona. En caso contrario condenará a la chica a consumirse en un convento. Justo lo que trató de evitar años atrás.

—Somos esclavos del destino. Podemos huir con afán, sin embargo, este encontrará la manera de alcanzarnos. Tal vez haya sido siempre la voluntad del Señor, que Rosa se dedicara a la plegaria. En todo caso prefiero tenerla a salvo encerrada en un convento que desaparecida. —Guardó un corto silencio afectado por las circunstancias. —He buscado pruebas que el vizconde la ha vendido en Veracruz, pero ha sabido bien esconder sus pasos. No por nada había sido cacique cuando el actual virrey fue regidor del puerto. De ahí viene su amistad, si es que se pueda llamar así. Los malpensados le señalaríamos como «alianza de conveniencias».

Quedaron sumidos en sus pensamientos hasta que el frio del agua les empezó a calar en los huesos.

—No importa ya, no os desveléis por eso. La decisión recae en ellos. Les he escrito varias cartas relatándoles la situación, que ya se encuentran esperándolos en Veracruz si es que vienen de la Madre Patria, o en Acapulco si provienen de Filipinas o Perú. Vamos ya amigo mío, es hora de arreglaros para ir a acompañar a vuestra mujer. Escuchad esto que he aprendido a la fuerza; todos tenemos nuestros días contados en esta tierra, no hay más certeza en el mundo que esa. Jamás habremos vivido suficiente, no interesa si partimos mañana o dentro de cuarenta años. Lo que no tiene perdón de Dios, es desperdiciar el tiempo anticipándonos al dolor que algún día llegará.

Sin más, lo ayudó a salir de la fuente y en silencio se dirigieron a ver a sus respectivas familias. Haber nacido con cuchara de plata le había privado de sentir la incapacidad que se sufre por la pobreza. Gracias al dinero siempre encontró la manera de resolver conflictos. Con la enfermedad, por primera vez sentía como un lastre la única impotencia de la riqueza. Apuró el paso para visitar a Inés.

***

Una semana después a unas horas del puerto de Veracruz.

—¡Flota a la vista!

Gil subió a cubierta con presteza. Esperaba encontrar solamente un puñado de barcos en el puerto. Se pasó las manos por la cara dándose cuenta que el hallazgo complicaba el asunto de deshacerse de su carga. Se sentía mal por pensar en Rosaura como una, debido al sufrimiento que soportó en cautiverio. Sin embargo, no podía percibirla de otra manera. La joven se encontraba en un estado de vigilancia extrema y el más mínimo ruido la sobresaltaba. Apenas hablaba y desconfiaba hasta de su sombra. No soportaba quedarse encerrada en el camarote y tampoco creía estar segura rodeada de marineros. Un verdadero rompedero de cabeza.

No era que se sintiera insegura como única mujer en el barco, pues seguía disfrazada de mozalbete. No confiaba en nadie, ni siquiera en él.

Al principio se preocupó por verla tan desmejorada, daba impresión notar como los huesos de los hombros parecían querer rasgar su carne. Así que trató de alimentarla con lo mejor que tenían en el barco, causando suspicacias entre los marineros. A lo que la joven respondió reusándose terminantemente a probar bocado. Su condición empeoró a pesar de sus esfuerzos y estaba considerando seriamente en forzar una cuchara dentro de su boca, cuando la descubrió acabándose las sobras que él dejaba. No tuvo más remedio que habituarse a picar un trocito de cada comida y pasarle el plato para mostrarle que no pensaba envenenarla. La chica vivía pegada a su costado, se engañaría si pensara que iba ganando su confianza. Él tan solo le parecía el menor de dos males, ya que le tenía menos miedo que a los demás. Incluso le obsequió una daga y le enseñó unos cuantos movimientos defensivos para proporcionarle seguridad. Lo cual pareció ayudar, pero muy poco. Lo curioso fue que la pequeña arma le recordaba a aquella muñeca de juegos que solía tener de niña. No se separaba de su lado y dormía casi abrazada a ella. Por las noches despertaba con sudores y ataques de pánico y la única manera de calmarla era cantándole las canciones que compartieron durante su infancia en el alcázar de la Ciudad de México.

Era muy complicado manejar un barco con un manojo de nervios siguiéndolo a todos lados. Aunque si era sincero consigo mismo, le dolía reconocer a su antigua y regordeta compañera de juegos en el espectro en que se había convertido Rosaura. Deseaba entregarla a sus hermanos para que se hicieran cargo de ella y proseguir con su vida. Echó un vistazo hacia la costa y no tuvo reparos en maldecir como el

más soez marinero. La flota que se encontraba anclada cerca de las costas veracruzanas complicaba su objetivo.

—¡Prestad el catalejo! —Rechinó los dientes al darse cuenta que las banderas que portaban aquellos barcos eran francesas. —Ondead la bandera de señuelo, ¡pronto!

Esperaba que no hubiesen reparado todavía en su presencia y pasar por otro barco más. Se alegró de haber pintado *El Peregrina*, confiando que no serían fáciles de reconocer. Lo que le llevaba a su segundo dilema… atacar o no al enemigo.

El asunto de Jeireddín les había reportado jugosas ganancias, sin embargo, no debía olvidar que tenía bajo su mando a curtidos mercenarios que no estaban dispuestos a desaprovechar ninguna oportunidad de engrosar sus bolsillos. La vida en el mar era demandante y la fidelidad se pagaba a muy alto precio. Aunque, no lo podían culpar si huía de una flota… Alzó de nuevo el catalejo y reconoció al *Délice des Célibataires*[36] uno de los galeones comandados por Raveneau de Lussan, un filibustero francés que buscaba la justicia de España por violar la tregua de Ratisbona[37]. Junto con este se encontraban diez naves galas más y lo que parecía dos barcos españoles en no muy buenas condiciones, lo que no significaba nada bueno. Suspiró profundamente y cuadró los hombros, la decisión estaba hecha. No podía dejar ir al malhechor por tres simples razones: algo nefasto se traía entre manos, sus hombres ya se saboreaban el botín, y la de mayor peso, perdería su trato con la corona o sería sancionado si se daba a conocer que había dejado ir a un criminal tan buscado.

De reojo notó que Tulio esperaba instrucciones y le hizo un gesto para que se acercara. Acababa de tomar la decisión de atacar, y ya sus hombres esperaban que tuviera listo un plan. Era mucho pedir para cualquier humano.

—Izad las velas y retardad la marcha. Pedidle a los hombres que se disfracen con las ropas que han quedado de *Le Triomphant*. No deseamos descubrir nuestro arribo todavía.

Dicho esto, se dirigió nuevamente a su camarote recordando el problema que poco antes había abandonado ahí y abrió la puerta con cuidado tratando de evitarle algún sobresalto a Rosaura. Para su asombro, la encontró observando tranquilamente por el ojo de buey.

—Debéis atacar.

No era pregunta y la mujer simplemente afirmaba el hecho como si anunciara el tiempo. No que no apreciara las pequeñas bendiciones al notarla tan calmada, pero lo descolocaba un poco por decir lo menos un cambio de actitud tan radical.

—¿Recordáis a las zorras y lobos solitarios en los bosques de Coapa?

Aquel cambio de tema lo dejó mudo, por un instante creyó que la mujer había perdido la cordura.

—Abaten gamos y venados del doble de su tamaño mediante el rececho[38].

La miró fijamente comprendiendo al instante lo que quería decir. En su infancia, durante una excursión habían presenciado como una loba solitaria había ultimado a un enorme gamo que llevaban tiempo admirando. Aquel hecho provocó inmediatamente el llanto de Rosaura, al mismo tiempo que una profunda impresión en él. El padre

Ignacio para calmar a los dos críos, les había explicado la naturaleza y la ley del más fuerte. Usó como ejemplo el suceso para enseñarles que la fortaleza no era necesariamente física. Aquel animal tan pequeño, utilizaba el rececho para asegurarse comida. Además, no se beneficiaba únicamente de la presa que acababa de ultimar, sino que escogía bien para debilitar a la manada y asegurar la matanza en futuras incursiones. ¡Ya tenía su plan!

—Quedaos en el camarote. Afuera, los demás esperarán que entréis en combate.

Dio media vuelta olvidando completamente los recelos y dudas que lo habían invadido. Se dibujó en su rostro la resolución necesaria para entrar en batalla y llevar a cabo el plan de Rosaura.

—¡Tulio, traedme el catalejo!

***

La primera parte del plan transcurrió con relativa sencillez y sin contratiempos. Al salir del camarote se tomó algún tiempo en escoger al galeón más adecuado para secuestrar. El navío de Lussan, sería obviamente el más resguardado, así que el *Délice des Célibataires* quedó descartado. El filibustero era conocido por su inteligencia y no creía que guardara en alguno de sus mejores barcos el grueso de sus tesoros, podría estar en cualquiera. Así que decidió abordar a *Le Coquin*[39], que a pesar de no ser uno de los principales, supondría una sensible pérdida para el enemigo. Igualmente, cabía la posibilidad que sus

bodegas guardaran el botín del francés.

Aprovecharon su disfraz para acercarse a su objetivo. Con el resguardo de unas nubes que oscurecieron la noche nadaron sigilosamente la distancia que los separaba del barco al que abordaron sin problemas. Se sorprendió al encontrar a pocos marineros y no tuvieron problema para hacerse del control de la nave.

La sencillez con lo que ocurrió todo no presagiaba nada bueno, tampoco le inspiraba confianza, lo que constató cuando cuestionaron al contramaestre.

—Es un asedio *mon capitaine*, los locales están encerrados en la casa parroquial mientras la ciudad es saqueada. Yo le diré donde guardan el botín si me perdona y me acepta bajo sus órdenes.

No podía menos que admirar la astucia de aquel plan, se habían acercado al puerto sin levantar sospechas escudándose en los dos galeones españoles robados. Más de mil trecientos piratas franceses rodearon la ciudad y bajo el nombre del rey de Francia se encontraban saqueando el lugar a sus anchas después de apresar a los pobladores.

—¿Cuánto llevan las personas encerradas?

—Diez días *capitaine*.

Rechinó los dientes. No tenía ninguna relación duradera en Veracruz, pero era un puerto tranquilo que visitaba con regularidad. Recordó al panadero y las chancacudas[40] que vendía para acompañar el delicioso café. Su mujer era una india regordeta muy limpia que trabajaba a la par de su marido mientras cuidaba a cuatro chiquillos de distintas edades. Todos encerrados en medio del calor en una iglesia pequeña.

—¿Entonces, que barco decíais carga el botín?

—La galera española más grande, Lussan quiere quedarse con ella por su armamento y tamaño.

—Lo mismo haría yo, un buen barco en verdad. Tulio, disponed de este traidor como mejor os plazca.

—¡Pero, me habéis prometido!

—¿En qué momento buen señor? Habéis cantado las glorias sin la menor exigencia. Ni siquiera os he buscado pues acudisteis a mí dando libremente información por la que hubiese pagado cualquier precio. Solamente rogasteis por vuestro bien, olvidando por completo a vuestros compañeros. Definitivamente no me interesa tener a los de vuestra calaña bajo mi mando.

Sin decir más, se dio la media vuelta haciéndole un último gesto a Tulio, tratando de no prestar atención a los gritos del francés. Suspiró profundamente antes de proseguir hacia la proa donde se llevó nuevamente el catalejo a la cara. Tenía planeado robar el barco en el que Lussan guardaba su botín y disparar a quemarropa a las naves francesas para hundir la mayor cantidad posible. Claro que, con la información recién adquirida, los planes debían modificarse. ¡Mil trecientos piratas! No podían dejar desamparados a los moradores del puerto.

Tulio se acercó a él después de cumplir su último encargo. Ese hombre, nunca fue su amigo. No tenían nada que hablar entre ellos, ni compartían alguna afición. Sin embargo, confiaba ciegamente en él.

—Mi fiel compañero Tulio, es hora que os convirtáis en capitán. La galera española es vuestra, lo mismo que los hombres que os quieran

seguir. Este será el último pillaje que compartamos. No conozco a nadie que lo merezca más que vos.

—No mi capitán, escoged a otro. —Dijo con gravedad y con un tono que no aceptaba protestas.

Gil se asombró por aquella respuesta, lo dejó pasar pues no había tiempo de ahondar o andar con sutilezas.

—Lo hablaremos luego, este es el plan…

***

Mientras Tulio quedaba a cargo de *El Peregrina* y *Le Coquin*, Gil con un grupo de hombres armados siguió el mismo procedimiento para recuperar el galeón español secuestrado, con sigilo se acercaron lo más posible en un bote de remos y el final del camino lo hicieron a nado. El asalto no resultó tan sencillo como el anterior, el navío estaba mejor resguardado debido a que portaba los tesoros del Lussan.

Al principio, todo pareció ir bien. Sin embargo, en el momento que los marineros franceses se dieron cuenta del abordaje empezaron a brotar de las entrañas del barco y parecían no tener final. Aunque sus hombres eran espadachines expertos, no podían rivalizar con el número de contrincantes que trataba de repelerlos. Uno tras otro los corsarios de *El Peregrina* fueron abatidos y solo quedaban unos cuantos, cuando por un golpe de suerte Gil encontró las bodegas de prisioneros. Se hallaban llenas y listas para el comercio de esclavos en los puertos otomanos.

—¡Libertad y oro a todo aquel que ayude a terminar con los

franchutes!

Sin chistar el grupo se alistó al combate y no perdieron tiempo para unirse a la trifulca para someter a los francos que permanecían en pie.

La algarabía inundó el ambiente y se encontró tratando de calmar los ánimos, pues aún faltaba la mayor parte del plan. Hizo un rápido análisis de los liberados y sin dificultad confirmó que tenían más buenas intenciones que conocimiento. Se notaba a leguas que la mayoría no tenía idea de cómo manejar la pólvora y mucho menos de disparar un cañón. Bueno, no moriría sin dar pelea, así que los instruyó con lo básico y se apoyó en los pocos marineros sobrevivientes que había llevado consigo.

Bajo su mando cargaron y apuntaron los veinte cañones de estribor a las naves que flotaban tranquilamente en las aguas. Gil se tomó un segundo para encomendar su alma, pues la suerte estaba echada. Moriría ese día o se cubriría de gloria, jamás planeaba a medias tintas. Sus hombres lo sabían y estaban dispuestos a asumir las consecuencias.

—¡Fuego!

La primera carga rompió el silencio de la noche y fue seguida por otras similares desde las embarcaciones que comandaba el africano. El tino y el daño fue letal por la cercanía de la arremetida. Pocos galeones tuvieron la oportunidad de contestar el ataque, debido a la falta de marinos que quedaban a bordo, además del desconcierto. Incluso uno de los navíos fue abatido por uno de sus compañeros en medio de la confusión, ya que no estaban seguros de cuáles eran los barcos enemigos. En muy poco tiempo la tercera parte de las naves

francesas se encontraban en llamas y de camino al fondo del mar, incluyendo al *Délice des Célibataires.*

Los marineros que comandaba Tulio eran expertos artilleros y era impensable que fallaran un tiro. Su nueva tripulación, compensaba con afán su falta de pericia. Muy pronto los barcos de Lussan fueron hundidos o dañados pues cuando trataban de huir o de acomodarse para enfrentar el ataque, quedaban francos para ser abatidos por ambos lados.

El sudor corría por su cuello y el esfuerzo de recargar, apuntar los cañones y verificar que un puñado de inexpertos prisioneros bombardeara a los navíos a un mismo tiempo, casi lo hizo desfallecer. Sacando fuerza de la adrenalina de la lucha, no desistió hasta que consideró que Tulio podía manejar el ataque en el mar. Habían hundido cuatro barcos y otro número igual se encontraban irreparablemente dañados. Los restantes trataban de huir del lugar abandonando a los piratas en tierra, quienes al oír los disparos, se aglomeraban en la playa tratando de averiguar lo que sucedía o de regresar a sus naves.

Fue entonces que concentró todos sus esfuerzos en los cañones de babor que daban a la playa y con más ahínco continuó el ataque. Sin embargo, los noveles artilleros perdían preciadas balas tratando de abatir los botes que se acercaban remando con tesón.

—¡Traed clavos, cuchillos, punzones y las botellas de vidrio que encontréis!

Al poco rato se encontró rellenando los cañones con todo tipo de objetos cortantes que al ser disparados tenían un poder expansivo que

no era tan contundente como una bala, pero daban margen de error y eran letales. Los tripulantes de las lanchas frenaban su marcha al ser heridos y cada disparo, a pesar de no ser ejecutado con destreza, causaba un terrible daño al enemigo.

Estaba tan concentrado, que no advirtió como algunos lugareños junto con los pocos soldados del fuerte de San Juan de Ulúa aprovechaban la confusión para atacar a los piratas en tierra y repeler a los que quedaban al mar. Gil no detuvo su frenético paso hasta que terminó con todo lo que podía ser disparado en el barco. Se había enfocado en causar el mayor daño posible, los números desde el comienzo habían estado en su contra. Con esfuerzo se dirigió a estribor y con asombro notó que *El Peregrina* permanecía intacto entre los barcos abatidos. Los contó sin creer la hazaña que recién acababan de lograr. Solamente tres naves parecían haber escapado. Corrió a babor y lo que vio lo sacudió con un ataque de euforia.

—¡Hemos dado fin a la batalla y con ello ganamos la victoria!

Los vítores no se hicieron esperar y los hombres que quedaban en pie en completa excitación se abrazaban y reían. Gil suspiró aliviado, habían empezado la lucha con una clara desventaja y si no hubieran encontrado a ese atajo de prisioneros, el resultado no habría sido el mismo. Ya más calmado, se dio cuenta que la mayoría estaba en los huesos y algunos parecían enfermos.

—¡No hay celebración sin convite, buscad de comer que os habéis ganado el pan con creces!

El esfuerzo y el alivio que sentía debido a que aquel asunto estuviera terminado le hacía temblar las manos, pero se empeñó en aclarar su

mente. Puso a dos de sus hombres al resguardo de la bodega de tesoros y desembarcó al resto para que no fueran a surgirles ideas una vez que saciaran el hambre y la sed. No quería arriesgarse a que la avaricia se hiciera presente, ya se repartiría todo de manera justa bajo sus términos.

Los hombres de *El Peregrina* también desembarcaron, y en el puerto notaron lo que a la distancia era imperceptible.

Le dolió notar que la mayoría de las casas, tiendas y plazuelas se encontraban despedazadas o estropeadas por la mano de los agresores. Veracruz era un pueblo muy pintoresco donde solía disfrutar en tierra. Su condición de corsario por España lo protegía ahí. Incluso conocía bastante bien a sus pobladores. Le llenó de pesar encontrar las ruinas que quedaban del rincón en el que acostumbraba merendar. Inconscientemente, empezó a buscar a la familia que manejaba el lugar entre los sobrevivientes del asedio. Oprimió los labios cuando se percató que no se veían niños. Se aferró a la esperanza que los padres los hubieran mantenido escondidos hasta estar seguros y fuera de peligro.

—¡Gil! Bendito seas pachi[41], tan desquiciado como siempre. Agradezco a la corte celestial que no os haya atemperado con los años. No podía creer lo que veían mis ojos cuando empezaron a caer bombas de la nada. Sin vuestra locura no habríamos podido deshacernos de esos indeseables jamás.

—Málaga, ¿qué hacéis aquí? ¿No deberías estar en la Hacienda de Malibrán con vuestra condesa?

—Silencio mi negro, que si el conde se entera…

Entre tanta destrucción, le alegró ver una cara conocida. Había conocido a Málaga en San Lorenzo de los Negros cuando ambos tenían quince años. El afortunado se salvó de la leva del Doblón por pura casualidad. Por alguna razón, siempre fue muy solicitado por las mujeres. Aquella noche, pese a su juventud, se había salvado de la esclavitud o el servicio por dormir en los brazos de su primera conquista.

El destino los había llevado por rumbos diferentes a pesar de tener la misma edad y color de piel. Con el tiempo llegaron a coincidir varias veces en el puerto y hasta beber una que otra copa. Sin embargo, aunque era un compañero de juerga, no había llegado a ser un amigo real.

Fiel a sus costumbres, era el amante de la condesa de Malibrán, una mujer muy extraña y de gran belleza. Era bien sabido que a pesar de haber tratado por todos los medios de darle un heredero al conde, no había podido. Incluso tomó a varios amantes con la intensión de multiplicar sus posibilidades de concebir. Contra todo pronóstico, también a ese amigo suyo que manejaba su hacienda. Era peligroso ya que, si quedaba en cinta de él, al nacer un bebé morisco quedaría descubierta la traición. Si lo sabría él, que sufrió desde la cuna el color de piel que evidenciaba los deslices de su madre. Sin embargo, por primera vez creía que su camarada estaba realmente enamorado de su ama.

—He prometido a mi condesa que por ella me convertiría en marinero y retiraría a esos maleantes de aquí para proteger sus tierras. La Virgen de los Remedios debió escuchar mis ruegos, jamás lo

hubiéramos logrado sin vuestra locura. Por cierto, me ha costado deducir que erais nuestro salvador. *El Peregrina* luce distinto y os nombran diferente. ¿Cómo habéis conseguido que por fin os llamen Tordo?

La amigable conversación perdió su tono socarrón cuando se acercaron a la iglesia parroquial. La puerta del atrio tenía señales de haber sido forzada por fuera. Los tablones con los que había estado tapiada yacían en el suelo junto con varios cuerpos en diferentes estados de putrefacción. Suponía que los habían arrojado desde la cúpula o el campanario del templo. Sintió el cuerpo tensarse ante la crueldad que quedaba manifiesta en el hecho. Se prometió que no quedarían impunes los responsables.

—Los habitantes que sobrevivieron el primer ataque fueron encerrados aquí. Cuando empezasteis el bombardeo, mis hombres rompieron las tablas para liberarlos. Los piratas encerraron a más de seiscientas personas y se olvidaron de ellas. No quiero ni pensar lo que se sufría ahí adentro, hacinados, sin agua ni comida. Simplemente, empezaron a asfixiarse. Los primeros días algunos lograron fugarse, pero los agresores los asesinaron en el punto. Aunque los escapes cesaron, al pasar una semana vimos saltar desde el campanario a los que no toleraron.

El estómago se le encogió. Por alguna razón le parecía más dramático que los cadáveres afuera pertenecieran a personas que se habían quitado la vida. No quería ni imaginar la desesperación que sufrieron.

Quedaron en silencio al entrar al lugar, las mujeres y niños todavía estaban resguardándose de cualquier peligro. Notó en algunos la

mirada de las cien leguas, aquella que recién había visto en Rosaura y que solo portaban aquellos que habían soportado un gran sufrimiento. Miraban fijamente sin realmente observar nada, como si el mundo fuera translúcido y algo muy lejano captara su atención.

—Las escaleras. —Repetía sin sentido una niña pequeña.

Gil se sorprendió al notar de forma repentina aparecer a Rosaura a su lado, quien se tapaba discretamente la nariz debido al hedor que los cuerpos de tantas personas, junto a los desechos de sus necesidades naturales, habían dejado impregnado. Suponía que había llegado con los demás tripulantes de su barco. Miró como se sentó con un grupo de niños y contrario a todo lo que había hecho desde su rescate, empezó a contarles una de sus historias. Fue la primera vez que reconoció a la amiga de su infancia en aquel consumido cuerpo, justo así se sentaba a su lado cuando se sentía olvidado por su madre en el alcázar de Tecamachalco.

Al terminar la historia la niña que había hablado al principio, ya más calmada le hizo una confesión.

—Mi madre me dijo que se iba al cielo. Me dio un abrazo y subió por esas escaleras.

—Pues tal vez regrese, no estéis triste.

—Mi abuela no la pudo detener, me dijo que la vio volando como angelito. Yo también quise ir, pero no pude dejar sola a mi nana.

La niña empezó a llorar fijando la mirada en la escalera grande que llevaba al techo. Rosaura calculó que la caída desde ahí no aseguraba la muerte. Así que suponía que subieron también otra más pequeña hasta la cúpula para lanzarse. Conmovida por la tragedia continuó con

sus historias para distraer a los pequeños sin tanto éxito como antes.

Lo que le recordó a Gil que, a partir de su servidumbre con el Doblón, había perdido el gusto por cantar. Ahora veía la futilidad de pedir que le llamaran por un apodo que aludía a su pasión juvenil, si rara vez entonaba una nota. Paradójicamente, el tiempo que había compartido con Rosaura desde su rescate no había hecho otra cosa. Le dolía verla tan afectada, pero no deseaba pensar en sus desventuras y mucho menos le atraía preguntar al respecto. Así que la calmaba con las canciones que le gustaban de antaño. Debido a ello finalmente empezaron a llamarle Tordo, especulando que estaba enamorado.

—Uno no sabe lo que pide hasta que lo obtiene. —Se dijo a sí mismo suspirando, se consoló pensando que todo estaba a punto de terminar.

Le molestaba tremendamente que lo vieran como un pajarillo enamorado, pues los marineros no tenían reparos en gastarle bromas por su «mocito». Más tarde le encomendaría a Málaga el cuidado de Rosaura hasta que alguno de sus hermanos la recogiera.

Mientras tanto entonó una canción para calmar a los presentes. No alcanzó los tonos a los que solía llegar de joven, pero lo compensó con el enorme sentimiento que le daba la situación. Cuando terminó se sorprendió de escuchar algunos aplausos. El pecho se le agrandó de orgullo como siempre que su talento era apreciado. Sin embargo, no era tiempo de deleites.

Los cuerpos a las afueras de la iglesia debían ser recogidos inmediatamente para darles sepultura. Los familiares que habían sobrevivido no encontraban todavía el coraje para salir después de una experiencia tan traumática y lo menos que necesitaban era

encontrarse con los cadáveres en descomposición de sus seres queridos.

—¡Ustedes dos, venid! Encargaos de los fallecidos, que los inocentes sean llevados a la ermita del Rosario en Antigua donde los monjes verán que se les dé cristiana sepultura, a los impuros echadlos a un pozo y olvidaros de ellos.

Al ver que tardaban en llevar a cabo su orden, observó cómo miraban disimuladamente a Rosaura. Fingió no darse cuenta, pero el más bajo no aguantó para expresar su descontento.

—¿Qué hay del flacucho? No ha ayudado en nada desde que subió a la nave.

Ya lo veía venir, ¿dónde estaría Málaga?

—El flacucho tiene su nombre y no es marinero como vosotros. He pagado por él y se encuentra a mi servicio.

De mala gana se alejaron a cumplir las órdenes. No sin antes echar una última mirada llena de encono a Rosaura que seguía con los pequeños, preguntándose entre ellos si sabían cómo se llamaba aquel muchacho. Gil le pidió a la joven que se hiciera cargo de los niños y siguió a sus hombres para supervisar las tareas y organizar donde hacía falta.

Los monjes de la ermita instalaron un comedor comunal en el centro de la plaza y no escatimaron en carne y viandas para todos. El costo no tenía importancia, le había conmovido tanto la tragedia que se vivía, que cubrió con ese y otros gastos para que la ciudad pudiera tener un nuevo comienzo.

Era impresionante la resiliencia que las personas mostraban después

de comer un solo plato de sopa. Poco a poco, las manos para ayudar a la reconstrucción se fueron multiplicando y el poblado que hacía poco encontrara desolado y en ruinas se hallaba burbujeante de actividad. No tardarían mucho en recuperarse. Algunos hablaban ya de la necesidad de reforzar el fuerte de San Juan de Ulúa, indicando que era indispensable convertirlo en una fortaleza. Originalmente se había construido con piedra de coral, con el fin de proteger el fondo de las embarcaciones por el mal tiempo. Aunque, ahora que el sistema de murallas y baluartes había probado su falta de eficacia contra piratas y filibusteros era obvio que necesitaba mejorar su capacidad de defensa.

Se encontraba agotado y aceptó un plato de comida de Rosaura que se sentó como siempre en silencio a su lado. Comieron tranquilamente y empezó a sentirse relajado. Solo añoraba una tina de agua caliente, ropa limpia y una cama, cuando vio a Málaga entre la gente.

—¡Eh bribón! Venid, comed un plato conmigo ya que no hay vino ni cerveza que ofreceros.

—Justo a vos vengo buscando.

—Pues suerte la mía ya que tenía la misma enmienda. Necesito un favor de vos.

—Primero lo mío. Que me lo ha encargado vuestro hermano Alvar y no me apetece quedar en mal con él. Vos seréis un pirata, pero no me dais ni la mitad de miedo.

No se ofendió, que podía decir, era verdad. Aunque si era sincero, a él le daba menos miedo que su esposa Josefina. Tomó la carta que el mulato le tendía ansioso por las nuevas que traía. Lo cierto era que

extrañaba a su familia. La felicidad de su rostro cambio rápidamente por frustración. Resistió la tentación de arrugar el mensaje y arrojarlo al fuego. Jamás se desasía de ellas por muy malas noticias que llegaran. Posó su mirada en Rosaura que parecía estar más tranquila en tierra que en altamar. No obstante, todavía guardaba silencio y se sobresaltaba con facilidad. Se forzó en tomar una decisión. Muy pronto comprendió que la joven no sobreviviría otro encierro.

—¿Malas noticias?

—Si. ¿Pero, en que familia no las hay?

—Cierto, ánimo Tordillo. No hay nada que no se pueda resolver, aunque sea con una linda cruz sobre una tumba. ¿Cuál era el favor que queríais pedir de mí?

—Únicamente comunicarles que estoy enterado, sano y que en cuanto pueda escribiré. También que pierdan cuidado, cuidaré de la «carga» tan bien como hasta ahora.

Estuvieron un tiempo más conversando y departiendo. A Gil siempre le había caído bien Málaga que era dicharachero y divertido. A pesar de su mal humor, pronto se encontró riéndose de sus ocurrencias. También le relató que venía de ver al capitán de la guardia para exigirle que diera alcance a Lussan quién había sobrevivido al embate, en vistas que había sido de tan poca ayuda durante la ocupación.

—¿Qué creéis que contestó el mentecato? Ha tenido la desfachatez de recordarme que no es marinero, sino capitán[42]. A un «barco» tan cobarde ni Dios lo saca del puerto.

Poco tiempo después su amigo se despidió para regresar a la Hacienda de Malibrán dejándolo con Rosaura. Si hubiera sabido que era la

última vez que lo vería, habría retrasado la despedida o por lo menos le hubiera aconsejado que terminara su relación con una mujer casada. Tal pecado, no podría quedar sin castigo y en las últimas horas había empezado a valorar su amistad. Sin embargo, no lo hizo y se levantó sacudiéndose los pantalones para continuar con sus labores. La gente reanudó sus tareas siguiendo el ejemplo y se afanaron en completar lo que habían dejado en pausa.

—Pues, ¿cómo os llamaremos? Seguirán llamándoos «Flacucho» o como bien tengan a idear. Pero, exigirán saber vuestro nombre y está claro que el real no servirá.

Rosaura lo miró con aquella mirada vacía a la que empezaba a acostumbrarse. En que lío se estaba metiendo, pronto lo averiguaría. Únicamente esperaba que el botín capturado suavizara los ánimos en *El Peregrina*. No solía tomar, pero ahora si necesitaba una buena bota de vino.

Capítulo 6

Abandono

Aguas del Caribe. En algún lugar entre La Española y Tortuga

Día de san Francisco de Padua del mismo año

(Segundo de abril)

Rosaura se acomodó nuevamente el sobrero que la protegía del duro sol y de reojo, observó el color rojizo de sus antebrazos debido al cebo de parafina que Gil le embadurnaba como protector solar. En el pasado solía poner especial atención en cuidarse la piel, ya que la consideraba su único rasgo agradable. No era ningún misterio que era una chica de apariencia regular. Sus ojos y cabello eran comunes sin el matiz de sus hermanas. Incluso su hermano Rodrigo, que en paz descansara, tenía unos destellos cobrizos muy bonitos en la mirada. Lástima que poca gente los pudo apreciar por su pésimo carácter. Así que, usaba polvos de arroz y aceite de coco para mantener su cutis terso y blanco. Ahora, no le importaba. Solamente se untaba el maloliente ungüento por las dolorosas quemaduras que aparecían si no ponía cuidado.

Si bien se encontraban a mediados de primavera, el verano estaba en camino y el ritmo febril en cubierta apenas había disminuido desde el episodio en Veracruz. Rosa ardía con la fiebre de la libertad frustrada.

No era capaz de cambiar su realidad y le faltaba paciencia para sobrellevar su suerte estoicamente. ¿Quién podría culparla si sus tribulaciones parecían no tener fin? Aunque, tenía que admitir que la situación era mejor, ignoraba la razón por la que el Creador seguía castigándola con un infortunio tras otro. Siempre se juzgó como una cristiana piadosa y obediente de los mandamientos, incluso acató las disposiciónes de sus abuelos. Contra todos sus instintos y voluntad se casó con Pedro. Le parecía injusto que la vida la castigara tan cruelmente. Si pudiera entender el motivo de las pruebas a las que era sometida, tal vez encontraría resignación, pero no encontraba justificación a sus sufrimientos.

—¿Qué estaré pagando? ¿Por qué se me ha impuesto este destino?

Despacio y con fuerza de voluntad fue tranquilizándose con el tibio y húmedo aire. Había descubierto que enfrascarse en fantasías la calmaba, además de ayudarle a pasar el tiempo. Soñaba con un mañana que al despertar se encontrara llena de color, ya que ahora se sentía inmersa en un continuo gris. La sangre correría por sus venas y le calentaría el cuerpo con la dulzura del rompope que se preparaba en casa de su hermana. Huiría de su prisión invisible y encontraría la paz al ser capaz de olvidar y perdonar. Sonrió amargamente por aquel sueño, parecía tan poca cosa comparado al de su juventud, donde añoraba encontrar a alguien a quien amar. Que tonta y simplona fue, al pensar que la felicidad llegaría de la mano de un enamorado que la adoraría y respetaría. Un hombre que compartiría sus sueños, la pasearía por el mundo y le enseñaría sus maravillas. Una mueca se formó en su rostro al recordar que aquellas ilusiones estaban

protagonizadas por un príncipe azul con piel de cacao y ojos de anís. En ese momento no soportaba a nadie en ese barco y mucho menos a Gil.

Fungía como vigía de *El Peregrina* encaramada en el nido de pájaros ubicada en la mesana más alta del barco. Dos veces al día acudía un marinero a relevarla para que aliviara sus necesidades. Sin embargo, ella prefería quedarse ahí lejos de la tripulación. Había creído que después de la soledad en los calabozos de Jeireddín sería incapaz de estar aislada nuevamente, pero no era lo mismo. Ya no se encontraba a oscuras, hambrienta y encerrada, ahora podía ver el cielo, sentir el calor y el limpio aroma del mar. Además, se mantenía al corriente de todo lo que ocurría en la cubierta.

—«Flacucho» hora de poner algo de carne sobre esos huesos. No demoréis, vuestra tardanza os traerá problemas conmigo.

Estaba harta de dejarse intimidar, así que hizo caso omiso de la amenaza. Tampoco tenía intenciones de demorarse, le incomodaba dejar su refugio. En total silencio se sacudió incorporándose sin prisas para bajar a cubierta, en un reto callado. Le parecía una pérdida de tiempo hablar con ese o cualquier otro marinero. No sentía ningún afán de entablar conversación y trataba de evitar todo tipo de convivencia humana. Ahora el aislamiento le daba un sentido de seguridad. Sin contar que esta reciente inclinación era perfecta para mantener su disfraz. Su voz era demasiado dulce y a pesar de sus esfuerzos, no era capaz de asemejar la de un muchacho. Increíble lo que se podía lograr asintiendo, negando con la cabeza o gruñendo.

Descendió por la escalera de cuerda sintiendo un molesto cosquilleo

en la nuca. Trató de no demostrar incomodidad y discretamente se volvió para des cubrir a Tulio mirándola fijamente. Se relajó de inmediato. Él era el único que sabía su condición y le proveía de lo necesario sin apenas dirigirle la palabra, más perfecto no podía imaginar. Con una sonrisa y un gesto de cabeza el africano le indicó un lugar privado para comer y aliviar su vejiga, escondida de ojos que desaprobaran la deferencia que gozaba. Se dio prisa con todo para regresar a su puesto, donde podría seguir con su pasatiempo predilecto, ver el horizonte y plantearse si tenía sentido continuar con esa vida.

No le apetecía vivir en un barco pirata, además de las razones obvias, se encontraba en grave peligro si se descubría su género. Volver a México y recluirse en un convento le parecía un futuro tan desagradable como el que vivía. Regresar con los Tecamachalco, algo que creía poco probable, estaba fuera de toda cuestión. Se negaba a ser una carga para los que la llegaron a amar. Tenía una certeza en la mente, y esta era que había cosas peores que la muerte. Su vida la asumía perdida, sin hijos, esposo o cualquiera de las ilusiones que atesoraba en su adolescencia. Se veía sin fuerzas o motivaciones para seguir. Claro, también existía el incordio de la falta de valor para concluir su angustia, un chapuzón desde la altura y listo. Tan simple y tan trabajoso a la vez.

—«Bastante cruel es mi cobardía, que si valiente fuera ya habría dejado todos mis sinsabores.»

Apuró el paso para escalar al nido y proseguir su tarea, tal vez aquel día podría acabar con el vacío que envolvía su alma.

—¡Rosendo!

La voz de Gil junto al apelativo que se empeñaba en utilizar la detuvieron, arrugó la nariz, ya era suficiente tolerar dormir en su cabina.

—Debéis cuidaros, no es coincidencia que hasta los más curtidos marineros renieguen de ocupar el nido del barco. El sol no tiene piedad y el bamboleó puede causaros un gran disgusto. —La sermoneaba como de costumbre mientras verificaba el gancho que Rosaura llevaba a la cintura para amarrarse al mástil y le embarraba otra capa de aceite de parafina.

—Parad. —Al notar que no acataba la orden continuó: —Alejad vuestras asquerosas manos de mí.

Estupefacto Gil dio un paso atrás para notar la mirada de Rosaura que no admitía equivocación. Aunque le había hablado apenas en un susurro, no cabía duda que se sentía genuinamente repelida por él.

La vio alejarse para trepar nuevamente por la escalera de cuerdas. Suspiró hondo conjeturando cuanto faltaría para poder deshacerse de ella. No sentía la urgencia del principio debido a la forzada convivencia. Poco a poco le había recordado épocas mejores cuando la vida era más sencilla e inocente. Le dolía verla tan lastimada, pero entre tanto dolor a veces se asomaban vestigios de su antigua compañera. Le preocupaba también su seguridad a bordo. Se talló la cara con ambas manos en un gesto de desesperación.

—Yaced con ella.

La voz de Tulio lo sobresaltó sacándolo de sus cavilaciones. ¿No se daba cuenta que la joven se ofendía por su tacto? Sin contar que no

era libre, Rosaura estaba casada.

—Sería fornicación, está en contra de los sacramentos de nuestra madre Iglesia.

—Lo mismo que el hurto y el asesinato, no he visto que os detengáis por ello.

—Solo el buey pace donde yace Tulio. Esa pastura no es mía.

—Testigo soy que vuestro mando sostiene la concordia a bordo. Pero, la veréis perdida si no encontráis la manera de gobernar a «ese». Según dicen aquellos que hablan de lo que saben, y conocen lo que se dice, a una mujer se le dirige con amor. Pensadlo bien, que no soy solo yo quien cuenta con ojos en la cara.

Asintiendo levemente como despedida, Tulio regresó a sus labores dejando a Gil con un malestar en la boca del estómago. Su segundo jamás le sermoneaba y menos en cuestiones personales, solo le confirmaba lo que venía temiendo. De reojo volteó hacia el nido de la mesana para asegurarse que el motivo principal de sus quebraderos de cabeza estuviera a salvo en su puesto. Después bajó a su camarote con la firme intención de verificar los mapas y sopesar sus opciones. Descartó un plan tras otro, incluso se planteó dejarla en Jamaica o en algún puerto similar antes que se presentara una desgracia. No podía olvidar que una mujer sola no tardaría en encontrar problemas en tierra, la sociedad no las toleraba, razón por la cual siempre se había alegrado de haber nacido hombre. Maldecía las convenciones sociales que le obligaban a buscar una dama de compañía para Rosaura. No podía seguir disfrazada de Rosendo sin levantar sospechas. Se rascó la barbilla tratando de dar con una solución. Sospechaba que el tiempo

se le estaba escurriendo entre los dedos.

Al anochecer, Gil regresó nuevamente a su camarote y sin dilación se apuró a adecentarse para dormir. Usualmente dormía solo con un jubón, pero al compartir la estancia, no le quedaba más remedio que mostrar recato y usar unas calzas viejas también. Tomó algunas colchas y las acomodó a un costado del camastro. En su momento le había parecido correcto dejarle el lugar a Rosaura quien siendo lo ingrata que era, manifestaba sin modestias su desprecio por él. Lo que ocasionaba que los tablones del suelo le parecieran menos atrayentes cada noche. Se reprendió por el sentimiento y sacó su rosario para empezar a orar, costumbre que le fuera inculcada desde la cuna por el padre Ignacio.

—¡Sin oración, un hombre es como un soldado sin pan, agua, o munición! — Le había repetido hasta el cansancio. —Antes que la comida o bebida toque vuestros labios, haced la Señal de la Cruz y decid 'Bendecidnos Señor'. Realizad esto, sin importar donde, cuando o con quien os encontréis sin vergüenza o timidez; jamás neguéis a Cristo que al hacerlo Él hará lo mismo con vos.

Había seguido las enseñanzas del padre tibiamente al principio, pero cuando empezó su vida criminal, no escatimó en esfuerzos para redimirse con el Creador. No faltaba a misa mientras estuviera en tierra, leía la biblia meticulosamente y todas las noches hacía un examen de conciencia. Una de sus prioridades era dar caridad a iglesias y a menesterosos. Aunque, justo ahora le estaban molestando

las clemencias que le concedía a Rosaura, quien como era su costumbre, tardaba todo lo posible para reunirse con él en el camarote. Quería hablar con ella respecto a lo ocurrido aquella tarde. Sin embargo, si se demoraba más lo encontraría dormido.

Vio su reflejo en un desvencijado espejo y trató de recordar la última vez que había refrescado su peinado. Mantener el cabello trenzado era cómodo, pero requería mantenimiento. Cada tres o cuatro meses debía desbaratar todo aquello, limpiar el pelo y volverlo a peinar. Suspiró hondo al enfrentarse a tan tediosa tarea, aunque jamás consideraría cortarlo. Era el símbolo de su libertad. Los esclavos negros eran rapados inmediatamente después de ser capturados y su melena no podía pasar del centímetro de largo sin importar su género. Resignándose a su suerte, respiró profundamente y comenzó a deshacer la primera coleta.

Al entrar al camarote Rosa esperaba ver a Gil dormido en el suelo, no hincado al lado de un cubo de agua tratando de humedecer secciones de su cabellera. Por primera vez en mucho tiempo sintió ganas de reír, parecía un caniche gigante enmarañado. Su pelo era realmente largo, no recordaba haberlo visto jamás así. Sin embargo, la expresión de su rostro era la misma de cuando tenía doce años. Odiaba arreglarse el cabello casi tanto, como a ella le había gustado trenzarlo.

—Acomodaos en el banco.

Con una mirada agradecida Gil siguió la indicación justo después de pasarle un peine de cerdas gruesas y un frasco con aceite de coco que usaba para desenredarse. Sin prisa, pero con decisión Rosaura fue

alisando y cardando mechón tras mechón. Inconscientemente empezó a tararear una canción de la infancia que Gil acompañó como segunda voz.

Tantarantán a la guerra van[43], a la guerra van

Has visto a toda esta gente y soldadesca cristiana

Aunque son porte y poniente son todos desbarbados

Como este hombre que miras, hay en tu tierra guerrero

Tantarantán a la guerra van, a la guerra van…

Mientras apenas susurraban la canción Rosaura mojaba mechones de pelo de Gil para pasarle el peine previamente caldeado sobre el quinqué para alisarlo. Hábilmente procedía a trenzarlo para finalmente untarle aceite de coco para suavizar las fibras y mantenerlas en su lugar.

Sin apenas darse cuenta Gil dejó de cantar ya que el trabajo en su cabeza además de relajarlo, lo transportaba a su infancia. Josefina y Mercedes, las hermanas mayores de Rosa, solían arreglarle el cabello mientras charlaban y bromeaban en la cocina donde generalmente se dedicaban a la afanosa tarea que representaba su pelo. Solo fue cuestión de tiempo para que Rosaura se les uniera. Le pareció percibir el aroma a pan recién horneado junto con la paz que solía disfrutar. Un golpe se le atenazó en el pecho en algo que podía ser descrito como pura y llana nostalgia.

—Rosaura, debéis dejar la pelea.

—Callad.

—No soy vuestro enemigo.

—Chitón.

—Es peligroso…

—¡Chist!

Decidió obedecer, temía que al seguir insistiendo la joven dejara a medias su labor. No era tanto que odiara peinarse el mismo, la verdad se encontraba disfrutando del momento. Consideró que había pasado su mensaje y relajándose acompañó suavemente el tarareo de la canción que Rosaura no había interrumpido. Cuando la tarea estuvo completa, tomó un espejo pequeño que usaba al afeitarse y se asombró de lo bien que estaba realizado el tejido. Las hileras se encontraban acomodadas de manera simétrica, casi matemática. No recordaba haber tenido un trenzado tan bueno en años. Incluso descartó la idea de colocarse la pañoleta que utilizaba para ocultar sus mal hechuras. Se planteó una vez más hablar con Rosa, pero al notar que yacía tranquila en la cama juzgó conveniente mantener la sana paz. Ya habría tiempo de regaños o discusiones. Creyó que sería mejor disfrutar de las pequeñas bendiciones. En México, durante la infancia de ambos, siempre había sido así entre ellos. Feliz y relajado se acomodó en el jergón, convencido que todo se arreglaría.

Rosaura por su parte, se sentía profundamente contrariada. Había disfrutado de aquel momento tan nostálgico, pero se reprendía por su debilidad. A sabiendas, se había permitido engañarse con un burdo espejismo del pasado. No podía ser bueno, dejarse llevar por el anhelo de lo que había sido. Ese mulato no tenía nada de su compañero de juegos. El malestar le impedía dormir, y si no se hubiese sentido peor en cubierta que en aquella cabina, hubiera salido sin pensar.

Los días transcurrieron aumentando el enojo de Rosa. Le molestaba ver como la vida de Gil seguía sin cambios. Los marineros parecían disfrutar de su trabajo y, hasta las nubes en el cielo iban y venían a placer dejándose pasear por el viento. Se sentía como el único ser en el planeta forzado a llevar una existencia que aborrecía, a convivir con personas que no toleraba y a ver la jovialidad a su alrededor a pesar de su creciente malestar. ¿Para eso fue salvada? ¿Para coexistir con una partida de rateros hediondos y comer galletas duras de sabor rancio?

Escuchó a Gil cantar en la proa. La última semana su canto se había hecho más frecuente. Respiró hondo tratando de aminorar su furia. Por alguna razón, la enervaba saber que Gil se la pasaba de lo lindo. Sacó el rosario que cargaba para apaciguarse, pero fue imposible, pues un necio pelícano escogió ese preciso momento para robarle las galletas que le habían sobrado del desayuno. Para colmo de males al acabarse los bocadillos, se abalanzó a picotearle la cabeza. Acometida en la que, a pesar de sus esfuerzos, resultó vencida.

Intentó recuperar el aliento mientras observaba a la majadera ave volando a su alrededor. Un odio poco piadoso envolvió su cuerpo sorprendiéndola por su intensidad. Trataba de serenarse con respiros hondos, cuando escuchó un sentido falsete de Gil. El hombre sabía que tenía una gran voz y en su enojo sintió que la estaba presumiendo. No le bastaba con ser guapo, rico y capitán del barco, en cima le restregaba que podía cantar. Agarró un frasco con agua para humedecerse la boca que le había quedado seca, pero el temblor que

la ira le provocaba causó que el contenedor se resbalara de entre sus dedos y cayera estrepitosamente a cubierta.

—¡Upa, cuidado allá arriba! Parecéis un gusano con guantes. Poned atención en no descalabrar a un cristiano. ¡Al pirata torpe pronto se le atrapa! —Dijo riendo el capitán que estaba de tan buen humor, que después de reírse a sus costillas junto con algunos marineros prosiguió con su concierto.

Rosaura sintió tal resentimiento al escuchar aquellas risas, que dudaba que pudiera serenarse en el resto de la tarde.

—Tal vez, si no hablo con nadie, rezo y duermo acá arriba… —Pensó, tratando de contenerse.

Su plan se vino abajo cuando notó que, en medio del canto, Gil había rellenado una nueva garrafa y se alistaba para subirla. Lo último que deseaba era tenerlo cerca. Todas las emociones de rabia contenidas se agolparon cegándola.

—¡Cerrad el pico de una buena vez, maldito mulato! —Siguieron más gritos e imprecaciones difíciles de entender, pero prosiguió hasta que se quedó sin aliento. Cuando se desahogó, finalmente se sintió tranquila, aunque su paz no duró.

El tiempo en el barco se detuvo. Incluso el pajarraco que había estado rondando dejó de graznar. Rosaura con más esperanza que cordura, trató de investigar si alguien se había dado cuenta de su exabrupto.

Para su desmayo, desde la altura distinguió perfectamente los rostros de los marineros que la miraban de una manera inquietante, ¿era aquello sorpresa o rabia? Cualquier duda se disipó cuando unos cuantos hombres hicieron al mulato a un lado sin miramientos y

emprendieron el ascenso de modo poco amigable.

—¡Ostras! Nos han timado. ¡Es una mujer!

Era un infierno ser marinero, y más el capitán de *El Peregrina*. Siempre supo que en ese puesto su seguridad era incierta. No solo se refería a los cañones estrellándose o a la cubierta convertida en un caos ciego por el humo durante las redadas. Se pasó la manga por los ojos para secarse el agua que le escurría de la cabeza. Parado en un bote de remos observaba con un ojo, pues el otro estaba cerrado de un golpe, como el barco se alejaba. Mentiría si dijera que no se sentía traicionado, uno pensaría que después de tantas glorias sus hombres habrían mostrado un poco de respeto.

Recordó las aburridas lecciones de latín de su infancia con profundo pesar. En realidad, debería haber escuchado a su hermano el marqués y haberse dedicado a ejercer cualquier oficio digno como la abogacía. Malaya su maldito orgullo, ¿a quién le importaba ahora su nombre?

Un abogado, ese era un quehacer para un hombre inteligente. Dormir hasta tarde, levantarse descansado, café caliente y huevos frescos para desayunar... pero no, sería mejor que no pensara en huevo; comenzaría a alucinar después de ciento treinta y siete días en el mar sin uno y con nulas esperanzas de comer otro de nuevo.

Estaría eternamente agradecido con Tulio quien soltó una lancha mientras los demás marineros se concentraban en arrojarlos por la borda. Los habían dejado a su suerte para olvidarse de ellos. ¿Cómo lo sabía? Sencillo, él lo había hecho antes con cualquier infractor que lo mereciera. Siempre supo que podía pasar, pero nunca creyó verse en

esa situación. Juzgó ser demasiado listo para caer en tal desdicha, le dieron ganas de reír. Trató de atemperar su frustración exprimiendo su camisa y aferrándose a la insensata esperanza que sus hombres dieran media vuelta para recogerlo, después de todo se enriquecieron bajo sus órdenes. Sin embargo, perdió la ilusión junto con la silueta del barco en el horizonte.

—¡Mal rayo me parta pues sabe Dios que eres mi ruina! —Exclamó volteando a ver a Rosa que se encontraba mojada pero aparentemente tranquila atrás de él. La adversidad le impidió notar la forma en que los ojos de la moza parecían querer salirse de su cara y sus nudillos se tornaban blancos al aferrar su chaqueta. Siguió maldiciendo y regañando como nunca lo había hecho con ninguno de sus marineros, soltó las peores maldiciones que conocía junto con algunas otras que jamás se atrevió a pronunciar delante de una mujer.

—¡Callad! —Ordenó Rosaura controlando el miedo y empezando a recordar su rencor. Uso una voz tan suave, que Gil pensó que la había imaginado.

—¿Me habéis mandado callar mujer?

Estaba listo para empezar a clamar su frustración cuando se interrumpió al ver que la joven se había levantado y le apuntaba amenazante con el dedo índice.

—Os he pedido que cerréis la boca don Carlos Gilberto de Vivero y Aberrucia, que en esta barcaza no eres más que un náufrago al igual que yo. Dejad de gimotear como chiquillo, Dios es testigo que es una hazaña perdonaros.

—¿Tenéis la osadía de reprenderme? No son mis disculpas lo que aquí

se necesita, sino vuestra solicitud de perdón. Aunque, este sea por obviedad inmerecido.

—No encuentro en mi corazón fuerza para perdonaros don Gilipollas cabeza dura, me causáis fatiga y desdén.

—¿Perdonarme?, habrase visto…

—Como escucháis, que el culpable de todos mis males tiene nombre y apellido que es el que acabo de nombrar.

—¡Blasfemáis! ¿Cómo osáis? Si he perdido todo por salvaros. Bien haríais besando el piso por donde mis plantas…

—¡Guardad silencio! La vida cansa de escucharos. Nada de esto sería si el día que pedisteis mi mano, en lugar de abandonarme para desposar a Pedro Tesifón, hubieses honrado vuestra promesa. Las tornas hubiesen sido bien distintas, jamás hubiera sufrido un marido que coronó su maltrato con mi venta. Ni que ahondar de los agravios que he tolerado bajo tu mando.

—No puedes culparme por ello, os negaron a mí en matrimonio.

—Le pregunto yo a vuestra merced, si a nuestros veinticinco años no pudisteis obviar los deseos de un viejo. Si me lo hubieses pedido me habría ido con vos, al igual que lo hizo Josefina con su marido. Vuestro orgullo ha podido más que el pacto que hicimos de niños. Me diste la única opción de mal casarme y sufrir sin pensar ni una sola vez en lo que sería de mí. No hay sitio ni hilo que me convenza que no os percatasteis del contrato de matrimonio que mi abuelo había pactado. Sabíais el destino que me esperaba y aun así me abandonasteis sin dudar. Os merecéis cada gota de bilis que os corre por la garganta.

La miró mientras Rosaura se acomodaba en la popa del bote hecha un ovillo mirando el horizonte. «El pacto» del que hablaba fue escrito y firmado con sangre, una locura de adolescentes. Algo habían leído en una novela. Hacía bastante tiempo que aquel recuerdo estaba olvidado.

Se les ocurrió durante el secuestro de su hermano el marqués. Se había formado un lío tan grande que el padre Ignacio huyó de las garras de la inquisición abandonándolo. Las hermanas de Rosaura lo habían acogido sin importar las dificultades que sufrían y lo trataron como a un hijo. Desde entonces para él Josefina era su madre. Sin embargo, un sentimiento de abandono le ahogó el cuerpo y a pesar de llevar el nombre de la casa de los Tecamachalco, temía que lo rechazaran en cualquier momento. Su color tampoco lo tranquilizaba, su piel oscura evidenciaba que no era realmente parte de esa familia. Se sentía inseguro y trataba de agradar todo el tiempo, hasta que Rosita llegó con una solución.

—Sabe Dios que sois de palabra, decidme si estáis dispuesto a unir nuestros nombres. Así, estaréis dos veces emparentado con los Tecamachalco, y yo llevaré su apellido. Con tal hazaña nadie podrá objetar vuestro lugar.

No contestó de inmediato, pues daba impresión hablar seriamente de matrimonio, entrando apenas en la pubertad.

—Puedo decir que no aportare mucho a la unión, pues no hay dote para la menos agraciada de la casa. Sin embargo, ambos necesitamos estabilidad. —Concluyó la joven.

Él aceptó y firmó aquel contrato. Aun así, Rosa insistió en pincharse

un dedo para estampar con sangre sus firmas. Prometieron ante el Señor cumplir cabalmente y jamás se cuestionó casarse con nadie más. Nunca existió amor o pasión entre ellos, pero confiaba que la convivencia lo remediara. Hasta que la vio en la fiesta del alcázar. La muchacha no había madurado bien y la humillación del conde de Chimalhuacán había sido una perfecta excusa al mismo tiempo que una ofensa. Sintió el peso de la culpa hundirle el vientre al reconocer que, si hubiera crecido para parecerse un poco a la guapa de Josefina, o tener un pellizco de la elegancia y bondad de Mercedes como él había esperado, tal vez hubiera cumplido su palabra.

—Sentaos ya que me arruináis los nervios, incluso más que el estúpido pelícano que me hizo perder los papeles y que causó este daño.

¿Pelícano? Agradeciendo la interrupción a una culpa que no quería afrontar, se apuró a rebuscar en los bolsillos del chaleco que yacía secándose en el piso del bote y soltó un grito de júbilo al encontrar una pequeña brújula que a veces llevaba consigo. Era más una joya que un artilugio de navegación, aunque cumplía con su misión. Se quitó el sombrero para encasquetárselo a su compañera que al haber perdido el suyo se estaba poniendo roja como una cereza. Siempre pensó que la única cualidad de Rosaura era su piel, parecía la de un bebé. Odiaría que se quemara o le salieran pecas.

—Pasadme el remo. Donde hay aves hay tierra, y según los cálculos que realicé esta mañana debe de estar al oeste. Habrá que remar para evitar ser arrastrados por las corrientes. Sin decir más, colocó el compás enfrente de él para no perder el rumbo y empezó a bregar con brío.

***

Ciudad de México, Palacio de los Coyotes

Día de san Miguel de los Santos del mismo año

(Décimo día de abril, una semana después)

—Por María y la Santísima Trinidad, dejadlo ya. En verdad os tengo afecto Fernando, ¡pero no podéis hacer ese tipo de preguntas así nada más!

—Contestad entonces. ¿Habéis estimulado los pezones de Inés? ¿Ha sido a conciencia? Es ilógico que el parto siga demorándose si actuasteis adecuadamente. —Explicó considerando el problema con concentración mientras Ferri se atragantaba con su propia saliva. —La única razón del fracaso debe ser vuestro mal desempeño, me haré cargo inmediatamente.

—¡Atreveos a tan desagradable infamia trapisondista[44] de mierda y vivirás para arrepentiros!

Fernando lo observó detenidamente pues le parecía que el marqués se veía molesto. Arrugó la nariz, tampoco le agradaba la idea de tocar a Inés. Había tomado como su deber su salud y la del bebé, pero si Ferri no estaba de acuerdo, él no iba a discutir.

—De acuerdo. —¿Se ha bañado diariamente con agua caliente?

—Lo mismo que ha tomado té de ruda con frambuesa y chocolate caliente. Todos sus alimentos llevan orégano, albahaca o jengibre y por las mañanas come piña antes del desayuno. Exactamente como la curandera que trajisteis indicó, nada ha funcionado. ¿Estáis seguro

que no es una charlatana?

Su interlocutor lo ignoró por completo concentrado en organizar un nuevo curso de acción.

—Por la tarde acudirá a vuestros dormitorios para masajear su barriga con un rebozo. Es una técnica que se utiliza mucho entre los purépechas y María de la Luz es una experta.

Ferri recordó que aquella mujer era parte de la familia indígena del Lobizón. Trató de no perder la esperanza, pero aquellos remedios le parecían infructuosos. Él había esperado una solución más contundente y definitiva.

—¿Qué hay de la copulación?

—No es de vuestra incumbencia. ¿Sabéis que el chisme enfada además que el chismoso enfurece?

—Si eréis incapaz de satisfacer a Inés, debéis subir escaleras o caminar todo lo que la debilidad de su estado le permita.

—¡Madre Santa con toda la corte celestial! ¡Mandadme paciencia! Incapaz y vuestras narices, no hay problema en nuestros asuntos en la cama.

—Pensé que no era de mi incumbencia.

—¡Qué difícil es mantener la elegancia con vos! Eréis un hermano muy querido, aunque justo ahora no recuerdo la razón.

En el fondo el marqués se sentía agradecido por la devoción de su hermano de salvar a Inés Eugenia. Su mujer estaba cada vez más débil y la esperanza de todos estos remedios, le daba paz y le hacía sentir menos incompetente. Le era imposible vislumbrar un futuro sin su compañera. Suspiró profundamente y decidió llevarle otro té de

frambuesa. Tal vez si tenía suerte, y si ella fuerzas y algo de humor… no había que descuidar las indicaciones médicas, aunque fueran de una hierbera.

—¡Marqués!

Giró para notar al bellaco de Alvar acercándose acompañado de la esposa del Lobizón. Le alivió observar a Luz María, la joven hierbera de la familia Cansino, un poco atrás de ellos entreteniéndose en los parterres de flores. ¿No iría a recomendar una nueva infusión de azálea o crisantemo? No se sorprendería nada.

—Han llegado noticias. —El peso del papel que puso en su mano le llamó la atención, bajo la vista para corroborar que eran dos cartas bastante nutridas.

La seriedad de su amigo lo puso en alerta, pero al igual que su hermano Fernando su interés ya no estaba ahí, deseaba acompañar a Luz María con Inés, las nuevas tendrían que esperar sin importar su relevancia.

—Más tarde Alvar, ahora me diri…

—Ahora, bien decís. —Susurró amenazante acentuando la primera palabra mientras lo tomaba de la muñeca para retenerlo sin delicadeza. No lo tomó a mal, aquel bribón rara vez seguía la etiqueta con él. Sin embargo, su tono y el semblante desencajado lo intranquilizaron.

«Para obedecer a la verdad, le contaré aquí como transcurrió el talo matrimonial. El día en que me reuní con Rosita después de la boda, me puse primero con ella dentro de la galera, al ver que estaba nerviosa, opté por solo hablar amorosamente, hasta que llegamos a Tula donde se

encuentra mi humilde hogar, era algo tarde. Entre el tiempo que necesitó para desnudarse y despeinarse, llegó la hora de la cena y no hubo oportunidad de hacer nada, a pesar que tenía muchas ganas. Nos acostamos a las nueve y empezamos a besarnos. Enseguida estuve listo y principié. Al cabo de quince minutos la rompí, y en esa ocasión no pude derramar; entrada la madrugada, a las tres de la mañana, volví a empezar y lo logré. Desde entonces no hubo problema y cumplía con mi deber dos veces por semana».

—¿Es una broma? ¿Os habéis puesto de acuerdo con el Lobizón para tomarme el pelo? Me niego a leer una palabra más, esto es digno de una gaceta de burdeles. ¿Debo suponer que esta carta es de don Pedro Tesifón?

—Correcto.

—Pues el asco me impide continuar, no me parece urgente ni de buen gusto enterarme de los pormenores de su vida conyugal. —Se le enchinaba la piel con aversión solo de imaginar al viejo en tales faenas.

—El muy ladino describe sus andanzas como prueba que puede cumplirle a una nueva esposa. Exige a mi hija Leonor, pues declara haberse casado con Rosita esperando un heredero. Dice sentirse timado por su infertilidad y por su «desaparición».

—¡Si sabemos que fue él quien la vendió! Mira que listo, Leonor tiene una de las dotes más codiciadas de las dos Españas. No veo el problema, niégale su mano. Además, el trato lo hizo con el abuelo de Rosita, no tengo vela en ese entierro.

—Amenaza con llevar su queja al rey. Sin heredero, su buen nombre

le viene sin cuidado. Pero, el de Gil por otro lado, ahora que se le ha concedido un título nobiliario es otra historia.

Recientemente les habían comunicado la gallardía de su hermano pequeño en Argel, esperaban su regreso para reclamar su rango y nombre nuevo. El orgullo le embargaba y no permitiría que le arrebataran a Gil por lo que tanto había luchado. Del mismo modo, tampoco estaba dispuesto a sacrificar a Leonorcita y menos a manos de un viejo indeseable como el vizconde.

—Ya lo arreglaremos, venid…

—Falta la mala nueva.

Incrédulo que pudiese haber una noticia más macabra que la que acababa de recibir, empezó a leer la segunda misiva que venía firmada por Tulio de Zanzíbar[45]. ¿Sería el primero al mando de Gil? Lo confirmó después de unas líneas.

—Por lo más querido, decidme que en esta ocasión si mentís.

—Mi esperanza es confirmar que está equivocado.

—Muertos, perdidos en el mar. —Los papeles se escurrieron de entre sus manos con un visible temblor. Se tapó la boca buscando algún milagro al que aferrarse. —No puede ser. Debe haber un error, no sería la primera vez. Hace años me dieron la noticia de vuestro deceso e incluso planee vuestros funerales y aquí os encontráis ocho hijos después.

—No perdamos la fe marqués.

Más fácil decirlo que hacerlo, se había despertado completamente abrumado por la salud de su mujer. No estaba preparado para soportar encima la pérdida del hermano que en su corazón sentía

como a un hijo. Jamás deseo ser padre hasta que se vio casado, si este era el dolor que se sufría se pegaría un tiro antes de presenciar la desdicha de Adolfo.

—¡Padre! El bebé está por nacer. Venid de prisa, madre pide por vos.

Recuperando el talante y la fe, apuró el paso no sin antes levantar en vilo al pequeño para abrazarlo y recordarse que es un dichoso infortunio tener hijos.

Capítulo 7

Tiempos violentos

Aguas del Caribe.

Día indefinido

El viento le fustigaba el cabello a pesar del gorro de Gil lo llevaba amarrado con un trozo de tela para evitar perderlo. Como la suerte parecía tener algún resentimiento en su contra, después de dos días sin agua, se había soltado una magnífica tormenta. Cuando el mulato se giró hacia ella para gritarle una nueva instrucción, a Rosaura le pareció un diablo marino enloquecido. Le sorprendía que riera en medio de aquel caos y que su mirada fuera del mismo color que las sombras que se deslizaban sobre ellos con cada golpe de las olas.

—¿Habéis podido mantener el curso? —preguntó a gritos Rosaura—. ¿Sobreviviremos?

—Sabe Dios, ¡maldita sea! —contestó Gil a gritos. —Pero si perecemos, al menos evitaremos que alguien de la calaña de Jeireddín acabe con nosotros a sangre fría. Encomendad vuestra alma y tened la bondad de pedir también un poco por la mía.

Rosaura no se amilanó por las funestas palabras y siguió achicando agua mientras veía por encima del hombro la silueta de las nubes que

se iluminaban durante el tronido de los relámpagos. Algo doblemente aterrador desde la perspectiva de una pequeña lancha, rodeada por el alto oleaje. Sentía un nuevo terror que se sumaba a todos los anteriores, al verse de repente al nivel de las olas, y al siguiente en el punto donde se alzaban las crestas y rompían a la altura de su cabeza, salpicándola con espuma.

Parecía que la vida se burlaba de ella. Tanto que había considerado suicidarse mientras estaba segura y sin hambre, ahora que la muerte era inminente entre la falta de comida y el gélido clima, trabajaba con ahínco para salvarse. Sus dedos estaban entumecidos y los brazos le temblaban de miedo y frío por el esfuerzo de tirar agua por la borda. Se rio amargamente al entender la función de la cubeta que le había parecido inútil antes de la tormenta. Contaban solo con sus fuerzas, un pedazo de manta impermeable, y ese cacharro que ya era parte de su cuerpo. Un nuevo relámpago alumbró un rompiente al frente.

—¡Tierra a babor! ¡Estamos salvados! No podemos morir estando tan cerca de la victoria. ¡Aguantad un poco más!

Aquella afirmación le pareció bastante optimista, pues el viento abalanzaba la pequeña barca con violencia hacia las rocas. Se maravilló del esfuerzo del mulato para controlar la lancha tratando de dirigirla a otro punto que esperaban fuera seguro. Sin embargo, todo era un acto de fe, en plena oscuridad y con aquel clima, bien podrían estar en camino a una trampa mortal.

—¿Vamos a encallar?

—¿Cómo he de saberlo? Lo más probable es que tengamos que terminar a nado. Preparaos para cualquier suceso.

Rosaura cerró los labios para impedir que el agua salada entrara a su boca. El viento cargado de salitre hacía escocer sus mejillas. Cada vez que vaciaba el balde, parecía que surgía más líquido para achicar. Aun así, el tiempo empeoró. Una ráfaga de granizo empezó a golpearle el rostro. Trató de no prestar atención y se inspiró valor oteando el perfil de unas montañas en el horizonte sin descuidar su labor.

Por su parte Gil se mordía el labio adormecido por el frío con preocupación, se percató que se había hecho daño cuando sintió el sabor a sangre, no le importó. Durante un instante miró con el ceño fruncido a la pequeña figura, ahora acurrucada, que iba en la lancha con él. Seguía vaciando cubos de agua. Entre uno y otro, se llevaba los dedos a la boca y los chupaba para infundirles calor. No era exactamente la compañía que él habría escogido para una situación como aquella, pero se había sorprendido por la determinación que mostraba. A pesar de sus tribulaciones, jamás la había escuchado quejarse.

—Animaos —le dijo—. Tenemos una cita con una hoguera caliente y no la podemos saltar.

Apoyando su cuerpo para remar con brío en contra de los elementos, hundió el remo con fuerza para virar el rumbo. Una serie de dolores y calambres se despertaron en sus brazos y no pudo más que apretar los dientes e ignorarlos. La barca se inclinó peligrosamente empapándolos con agua fría. Con gran esfuerzo hizo de lado las incomodidades y enfiló el viento de proa para orientarse hacia mar abierto en busca de algún punto seguro para dirigirse a la costa. Dudó un poco al ver que se adentraría en el ojo de la tormenta. Era una decisión imposible,

pero consideró que ofrecía más posibilidades que estrellarse con las rocas.

Transcurridas lo que a Rosaura le parecieron horas, ya no le dolía la mandíbula de apretarla contra el frío. Simplemente había dejado de sentirla. Los pies se habían quedado insensibles hacía ya tiempo, los zapatos y las medias estaban empapados a causa del agua que chapoteaba en el piso de la barcaza. Sin embargo, no interrumpió el achique. Parecía la única cosa que podía hacer. Tenía los dedos tan rígidos que luchaba por sujetar el balde, pero las olas no cesaban ni por un instante de romper una y otra vez sobre la lancha llenándola continuamente. Había llegado a pensar en ellas como enemigos personales, que esperaban hasta que ella casi había vaciado el fondo de la barcaza para volver a toda velocidad a inundarla con un torrente gélido de color verde y blanco.

Qué rumbo había tomado Gil, ya no le importaba. Los acontecimientos se difuminaban en su mente ante su dura pelea contra las olas. La amenaza de Jeireddín se le antojaba lejana y trivial, la ilusión de obtener calor y comodidad era algo tan distante que no era capaz ni de recordar cómo se sentían dichas sensaciones. La lucha parecía interminable y le había preguntado a Gil, no sabía cuánto tiempo atrás, si estaba seguro de aquella ruta, a lo que él le había contestado que no. Así fue que sin esperanza y guiada por un fuerte instinto de supervivencia, no había dejado de achicar agua. Aun cuando su mente estaba a punto de colapsar, su cuerpo seguía adelante.

—Allí —dijo él de repente, la primera palabra que pronunciaba en toda una eternidad, y a continuación un ataque de tos lo hizo

convulsionarse.

El bote chocó contra una ola y, por un instante, él perdió el control. Rosaura dio un grito, pero Gil volvió a gobernar la embarcación. La joven continuó con su labor, ansiosa por librarse del peso del agua que entorpecía el avance de la lancha. A sus espaldas, Gil dejó escapar un sonido que era como un gemido de agonía, cuando se giró asustada, vio que solo trataba de dirigir la barca y sujetar la manta formando una vela al mismo tiempo.

—Dejadme.

Él la miró, y después se echó atrás, con un gruñido y un gesto de asentimiento.

—Oleaje a barlovento[46]. Sujetad la manta para aprovechar el viento, pero esperad a que yo pueda...

—Sé cómo—le interrumpió Rosaura con más seguridad de la que sentía—. ¿Queréis que la levante?

Le dirigió una mirada pensativa mientras el viento lo golpeaba. —Está bien —dijo al fin. —Poned empeño para que no se os escape, puede ser la única oportunidad con la que contemos.

Rosaura puso a funcionar sus ateridas manos y junto con Gil amarraron los extremos de la tela a los remos que había estado usando para formar una improvisada vela. Esperaban que de esa manera le fuera más sencillo controlarla. Se giró para ojear el mar cuando una ola los levantó. Vio una hilera de olas grandes, el tenue color blanco en la base y los penachos difusos que formaba el viento al chocar con las crestas de agua. La idea de navegar en aquella dirección le heló la sangre.

—Tenemos la corriente a favor —gritó Gil a sus espaldas, como si le estuviera leyendo el pensamiento. Sin dilación desató las trincas para tomar los largos remos propios de una lancha de bergantín. Había diez pares de paletas amarradas a lo largo del fondo, lo que indicaba sin lugar a dudas cuántos hombres les faltaban para manejar la embarcación. Con decisión el mulato se situó de cara a popa y los introdujo por la chumacera del centro. Las palas se movieron a bandazos, resistiéndose a su manejo, hundiéndose en las olas y saliendo de nuevo.

—Agachaos y recoged la vela —ordenó Gil—. Intentad conservar el rumbo hacia aquella punta. ¿La veis? ¡La más alta de las tres montañas en el horizonte!

La joven se admiró al ver la silueta de tierra firme a lo lejos, sintiendo un atisbo de esperanza. Sin embargo, todavía debían sortear el acantilado lleno de arrecifes a donde el viento los empujaba inexorablemente. Borró de su mente cualquier pensamiento que no fuera el de llegar a su objetivo y se concentró con empeño en cumplir con la tarea que Gil le había encomendado.

Un crujido los sorprendió cuando parecía que habían encontrado un viento favorable. La chumacera que sostenía uno de los remos no había aguantado, a pesar del esfuerzo que perlaba de sudor la cara del mulato. Tan pronto como se rompió, el caos pareció adueñarse de todo; la barcaza empezó a dar vueltas atenazada por las aguas, y se deslizó hacia abajo en el amplio seno de una ola próxima. Gil hundió desesperado el remo de estribor mientras tomaba otro para colocarlo frente al agua y la espuma. La embarcación se balanceó y se encaramó

de popa sobre la ola.

Con desesperación, Rosaura trató de recoger la vela y de sujetarla. La estaba arrastrando sobre la cubierta bajo una cortina de agua helada cuando tropezó y cayó de espaldas golpeando con fuerza el hombro de Gil, haciéndose daño los dos. La joven maldijo con violencia usando una imprecación digna del más grosero lobo de mar. Solo se dio cuenta al notar que él le dirigía una mirada sorprendida. Gil de inmediato ató con rapidez el último cabo y se dejó caer de rodillas en el asiento delante de ella.

—Cambiemos, me ocuparé de la vela. Tratad de mantener el rumbo. Creo que, si aprovechamos mejor el viento, se necesitará menor empuje con los remos.

Sus manos cubrieron las de Rosaura sobre la tela, eran dos veces más grandes y estaban el doble de frías. La fuerza con que las aferró le sorprendió, así que soltó los dedos. Gil tiró fuerte de la vela y no pudo evitar torcer la boca en una mueca de dolor cuando izó la manta por encima de ellos. Con gran esfuerzo, usó todo su peso para retomar el camino.

—Maldición —dijo, para a continuación dirigirle una sonrisa forzada —. Como decimos los marinos más educados. He notado que vuestro vocabulario se ha resentido en los últimos viajes. Yo diría que doña Jovita, vuestra madre, por lo menos os hubiese dado quince tablas por tan fino lenguaje.

Rosaura se frotó las doloridas manos e hizo caso omiso a sus palabras, sabía que trataba de aligerar el momento. El inesperado toque de humor le regresó en algo la esperanza que recién había perdido.

En el punto exacto donde las rugientes olas terminaban, Gil bajó la vela, al tiempo que tomaba grandes bocanadas de aire y miraba a través del vapor. La inmensa ola siguiente los levantó y los dejó caer después.

—¡Dios! —exclamó contemplando el oleaje—. No sé si seremos capaces de hacerlo. ¡Encomendaos al creador!

Rosaura estaba demasiado aturdida para responder al comentario. Sentada en la popa, no dejaba de temblar mientras trataba de adaptarse a la continua pérdida y ganancia de confianza e ilusiones.

—Vamos a esperar a que llegue una ola grande. Cuando la popa se levante, intentaré subir sobre ella. Tenéis que mantenernos firmes; no permitáis que nos lleve la marea de a través, la que pega de lado, o será el fin. Hay que seguir rectos. En el momento que alcancemos el fondo de arena, trataré que el impulso nos traslade hasta la playa.

Rosaura lo miró con aprensión, recordando los gemidos y las muecas de dolor.

—¿Seréis capaz de hacerlo? Pensé que estabais demasiado lastimado.

—Y lo estoy. ¿Tenemos opción?

Parecía tan tranquilo, hasta sonreía un poco, como si aquello no fuera más que una broma. Sus oscuras cejas destacaban en su rostro dándole un aire burlón. Rosaura se preguntaba si sentiría miedo. Por su parte, ella se encontraba aterrorizada. «No puedo hacerlo», repetía su mente mientras el oleaje los levantaba y los dejaba caer. Cambiaron nuevamente los lugares cuando Gil consideró que estaban en el lugar correcto. Bajó a la mitad la vela para que no desviara su rumbo y se preparó para remar con fuerza. A la joven no le quedó otra opción que

pensar en mantener la barca de popa recta y se dedicó a aprovechar el viento que los impulsaba hacia delante. El mulato se inclinó sobre los remos y con potencia los movió con una serie de golpes profundos y rápidos.

La popa se alzó en una ola monstruosa. El rugido de esta atronó en sus oídos al tiempo que luchaba con la improvisada vela. Gil pegó un grito y dio un último impulso, en un intento desesperado, cuando la ola los envolvió. Soltó los remos y los echó fuera; como dos fogonazos golpearon el agua, se curvaron hacia arriba y desaparecieron en la rugiente cresta. El bote planeó sobre la ola con tal rapidez que creyó volar. Mientras la elevación se hacía cada vez mayor, los arrastraba hacia delante y cortaba la espuma desde la proa formando un arco plateado.

Una sombra bajo el mar apareció a tan solo unas pulgadas del casco; Rosaura se dio cuenta que era una roca cuando ya había desaparecido; miró hacia delante, descubrió otra, y después también aquella quedó atrás al tiempo que la ola se curvó, rompió con estruendo y los lanzó sobre la arena mientras les caía una cortina helada de agua y espuma.

Antes que pudiese hacer el más mínimo movimiento, Gil ya estaba con el agua a la cintura tirando de la embarcación entre los burbujeantes restos de la ola. Tropezó y se hundió hasta el cuello. La barca chocó con el suelo de arena y se escoró por completo mientras el frío mortal de las olas caía sobre Rosaura. El mulato trató de mantener el control y aún de rodillas logró colocar el cabo de proa en el hombro. Las desgarradas costuras de la casaca empapada, dejaban asomar su cuerpo tensado que luchaba contra las fuerzas combinadas del peso de

la lancha y la resaca.

Cuando Rosaura consiguió saltar al agua, él había arrastrado la embarcación lo mínimo para evitar el arrastre. Con gran esfuerzo, entre los dos lograron poner la barca en tierra. Gil estaba de pie junto a la proa, jadeante y entre fuertes toses, y miraba más allá de ella hacia la creciente amenaza de la siguiente ola. La joven se apoyó temblando en la barca. Tenía el estómago retorcido de hambre y angustia. Se tragó las náuseas y miró a su alrededor. Era casi de noche; todo lo que se distinguía de la playa era una pálida extensión salpicada de oscuras rocas planas en ambas direcciones y un escarpado talud al frente, a considerable distancia. La fría lluvia empezaba a caer de nuevo.

—¿Y ahora qué? —preguntó dándose cuenta que agotada como estaba, solo era el principio de otra grave complicación.

Él tomó una profunda bocanada de aire y entre temblores, dibujó la caricatura de una reverencia.

—Si la señora Vizcondesa tiene la bondad de indicarme su sombrerera y su baúl...

Rosaura cruzó los brazos y un escalofrío le recorrió el cuerpo. El uso de su título de nobleza le arrebató el sentido de triunfo y le agrió el humor. —Pero ¿qué decís? —En su voz se apreciaba una nota de congoja y desesperación—. Estamos aquí atrapados, ¿no? Calados hasta los huesos. Congelados. Daría lo mismo estar muertos: no tenemos fuego, comida ni refugio.

Él hizo una mueca. —¡Qué suerte la mía! Perdido en una isla desierta, y con alguien tan pesimista y profundo por toda compañía. Haríais

bien en entusiasmaros con las «pequeñas» victorias.

—Está oscureciendo.

—Ya lo veo.

—Va a empezar a hacer más frío. Si no hacemos algo, estaremos congelados antes del amanecer.

Gil la miró con resignación y se acercó a abrazarla. —No discutáis más gordita tonta, hemos logrado lo imposible, y una vez que se ha hecho no es problema repetirlo. Alegraos un poco siquiera.

Rosaura se apoyó en su pecho y trató de contener las lágrimas al escuchar la forma que en le llamaba de niña y que tanto le molestaba.

—Sigo odiando que me llaméis así —dijo entre susurros.

—Al igual que a mí que me llaméis mulato. —La sonrisa que ella le dedicó fue apenas una curva triste en los labios. Los ojos le brillaron con los últimos restos de luz gris—. Eso está mucho mejor. Después de todo, continuáis con vida, os lo indica lo mal que os sentís.

Rosaura se apartó, demasiado cansada y deprimida para sentir odio de verdad, pero seguía negándose a mirarlo a la cara. Él le agarró el brazo izquierdo.

—Os habéis hecho un corte.

La joven se miró la mano. Tenía una mancha brillante en la palma que le manchaba el puño del jubón. Abrió los dedos para ver la herida y descubrió un profundo tajo entre el pulgar y el índice.

—No siento nada. —Se mordió el labio, unas inoportunas lágrimas llenaron sus ojos—. Tengo tanto frío que perdí la sensibilidad.

—Estupendo, así no dolerá cuando os lo limpie.

Tiró de ella con firmeza y la obligó a extender la mano mientras le

derramaba agua helada del cubo. A continuación, se quitó la casaca con gesto de dolor y se desabrochó la camisa.

Rosaura tragó aire al ver su pecho cuando se quitó la prenda.

—¡Dios mío! Estáis lleno de cardenales.

—Qué desagradable, ¿verdad? Supongo que es lo que pasa por ser el tipo de persona que queda al descubierto por cantar alegremente en una cubierta de barco y se lleva los golpes para proteger a una muchacha ingrata.

—Eso os pasa —dijo mezquina—, por ser un pirata despreciable que no sabe cumplir promesas.

—Eso. —Tiró de una manga y la desgarró por la costura—. Como carezco de toda decencia humana, egoístamente os hago una venda con un trozo de mi escasa indumentaria para que no prescindáis de la vuestra. ¿Sabéis, realmente no pretendo que sobreviváis a esta noche? —Le envolvió la mano y le ató el vendaje sin suavidad.

Rosaura lo contempló mientras se volvía a abrochar la camisa y se metía la húmeda casaca. El «gracias» se quedó atrapado en su garganta.

—Tengo hambre.

—No sois la única. —Miró a su alrededor y a la playa vacía—. ¿Alguna idea?

—Ninguna.

—Perfecto, en ese caso creo que solo nos queda tumbarnos y morirnos. Puede que vos vayáis por delante, entonces podré comerme una pierna de cena. —Ni él pudo reírse de su broma, pero trataba de minimizar el problema para poder enfrentarlo. Una técnica que había

servido bien en tiempos de crisis en *El Peregrina*. —Buscad hierbas, pasto o madera secas, no desistáis pues es poco probable lograrlo con esta lluvia. Mientras, haré lo posible para encontrar refugio.

Rosaura se alejó entrecerrando los ojos debido a la lluvia que caía densa y salpicaba el suelo. Caminó con dificultad entre la isla y el mar, buscando la forma de subir por las rocas. Su ropa estaba completamente empapada y el viento penetraba cortante la tela alcanzando su piel. Con cada paso le parecía más difícil mover las extremidades. Tropezó con un trozo de madera, volvió a recuperar el equilibrio con dolor y siguió hacia delante tambaleándose. Cuando al fin alcanzó un claro, se quedó mirándolo a través de la penumbra, intentando recordar lo que tenía que hacer. De repente, unos violentos temblores le sacudieron el cuerpo y apenas pudo mantenerse en pie.

Tras un largo rato, trató de agarrar una oscura mata de hierba que colgaba en lo alto y que quedaba protegida por la copa de un árbol. Sus dedos se negaron a abrirse, se echó atrás y los miró sin dejar de estremecerse. No sentía nada: ni las manos, ni la nariz, ni las orejas, ni siquiera cuando los tocaba. Aquello parecía tener un significado aterrador, pero su mente funcionaba con demasiada lentitud como para tomarlo en cuenta. Estaba somnolienta. Los párpados se le cerraban y las pestañas parecían enredarse entre sí. Hacía mucho frío. Gil se pondría furioso; estaría esperando que volviese con el forraje, no podía hacerlo. De todas formas, iban a morir allí. Dormirse era lo mejor. Se dormiría, y puede que entonces no sentiría el cuerpo tan helado. Solo un momento. Nada más que un ratito.

Mientras tanto Gil tuvo suerte en encontrar un terreno alto con la

tierra relativamente drenada y seca. Con gran esfuerzo había arrastrado el bote al lugar y lo acomodó a modo de techo. Lo cubrió con la lona impermeable que habían utilizado como vela, además de palmas y hojas para atrapar el calor y desviar el viento. Tan concentrado estaba en su labor que no se dio cuenta del paso de las horas. Sin embargo, cuando la tarea estuvo terminada empezó a preocuparse por Rosaura. No podía haber ido tan lejos, así que salió a buscarla.

Pese a seguir las huellas marcadas en el barro, Gil estuvo a punto de pasar a su lado de largo, pensando que no era más que otro montículo de hierba en la oscuridad. Cayó de rodillas junto al bulto formado por la chica acurrucada.

—Rosita. —Su voz se resquebrajó con miedo repentino—. ¡Por los clavos de Cristo! —Le clavó los dedos en los hombros y la sacudió frenéticamente—. Abre los ojos... Ay, Dios mío, despierta.

Rosaura se movió y emitió un leve gemido.

Gil sintió que algo terrible se liberaba en su pecho ante el sonido que demostraba que estaba viva.

—Mujer de cabeza de chorlito —murmuró, cerrando un instante los ojos—. Ay, Dios, ay, Dios.

Le echó la cabeza hacia atrás y le dio una nueva sacudida. Sin esperar a obtener respuesta, la rodeó con el brazo y la envolvió con las grandes matas de hierba que había podido recolectar antes de perder la conciencia. La tomó en brazos y se dirigió por el sinuoso camino de regreso a su improvisado refugio. En el trayecto encontró un macizo de espigas más alto que él; arrancó todo lo que pudo y prosiguió con

dificultad.

Al llegar la lancha, le quitó la ropa mojada mientras la joven se quejaba débilmente. Fue un logro desabrocharle los botones con las manos entumecidas.

—Tengo tanto frío... —musitó—. Siento que muero…

—Calla —dijo él, jadeando con el esfuerzo.

—No puedo... no puedo... hacerlo... —La cabeza cayó de lado cuando él le sacó el jubón de un tirón—. Morir aquí... no me entiendo, hace días lo deseaba y hoy solo quiero sobrevivir.

—No vais a morir, gordita tonta. Josefina me mataría si llegase con la noticia que no supe mantener con vida a su hermana pequeña. Sentaos.

La arrastró hasta el lecho de hierba seca que había formado, le apiló más paja encima y puso sobre el montón lo que quedaba de su capa como contrapeso. Después se abrió camino bajo todo el pasto y se tendió a su lado, haciendo contorsiones para quitarse su propia ropa. Atrajo hacia sí aquel cuerpo frío y desnudo, y lanzó un gruñido al sentir un codo clavarse en su magullado torso. Cuando el polvo de la mata y las briznas de forraje se asentaron a su alrededor, estornudó.

Se sentía tan cansado y congelado como Rosaura, pero al abrazarle le dolió distinguir que era un montón de huesos. La comida a bordo de *El Peregrina* no había sido la adecuada para ayudarla a recuperarse de su época de esclavitud. Con una enorme preocupación y recordando la valentía de la joven, trató de ceñirse más a la moza, introduciendo una pierna entre las suyas, rodeándole la cintura con un brazo y deslizando el otro bajo la cabeza. Se inclinó sobre ella, para frotarle el

vientre con la palma de la mano y exhaló bocanadas de aliento cálido en su cuello, sus mejillas y sus sienes. La abrazó contra el pecho y lentamente sintió como iba entrando en calor.

Una limpia, en verdad tenían que conseguirle una a esta mujer. Las calamidades parecían buscarla, después de meses sin lluvia habían sobrevivido el huracán más intenso que jamás había sorteado. Pero, estaban vivos, apenas tuvo fuerza para sonreír. El cansancio reclamo su sueño en medio de una luz de esperanza, que se habría extinguido si hubiera sabido que el aguacero no pararía en semanas.

***

Ciudad de México, Alcázar del Marqués de Tecamachalco
Semanas después…

Ferri se encontraba sentado en la capilla del alcázar observando las tres gavetas listas para ser utilizadas con su bebé en brazos. En ese momento no podía evitar dejarse llevar por la pena y el bultito de carne que dormía plácidamente le daba el consuelo suficiente para no derrumbarse de dolor. Los culpables pagarían. Lo juraba ante estas tumbas. Bien sabía que la venganza no curaba los males del corazón, pero sí que era un bálsamo que calmaba el escozor.

—Inés Carlota Gilberta de Vivero y Aberrucia… Lo sé querida mía, es un nombre todavía más terrible que el que me fue impuesto a mí, pero ya encontraremos una bella manera de llamaros. Sin embargo, ¿cómo

podría poneros diferente que vuestra madre y mi hermano amado?

—Recuerdo el día que conocí a vuestro tío, era más o menos tan grande como vos. Los mismos ojos y el pelo rizado. ¿Os digo algo? Era el hermano que tenía mayor parecido a mí.

La capilla estaba anegada de hortensias, no cabía otro ramito. El perfume no era su predilecto, pero eran símbolo de tranquilidad, afecto y gratitud. Las había escogido porque junto con todo el sufrimiento que lo embargaba, se sentía agradecido por el tiempo que compartieron su vida, por el amor que todavía los unía y la esperanza que encontrasen paz. No había nada más doloroso que una muerte temprana, varias… revelaban una terrible tragedia.

—Padre, estáis triste.

No había oído llegar a su hijo Adolfo a la capilla y ahora que hablaba notó su presencia. Sin pensarlo lo atrajo hacia él.

—Si hijo, la muerte es algo definitivo. Es difícil afrontarla y a menudo el sepulcro encierra a más de un corazón.

—Hay tres lugares. Uno para mi tío Gil, otro para la tía Rosita y ese para… El niño no pudo terminar y empezó a gimotear. Ferri percibió con orgullo que a pesar de su tierna edad trataba de controlarse, pero al final terminó llorando a todo pulmón.

—Calma Fito, despertáis a vuestra hermana. —Lo cual no tardó en acontecer, la pequeña acompañó a su hermano en un llanto tan lastimero, que sintió como la garganta se le cerraba y perdió la compostura junto con ellos. Dejó que las lágrimas corrieran uniéndose a sus dos pequeños.

—Por el santo señor de Chalma tened, aunque sea un poco de calma,

¿no veis que afliges a vuestros hijos?

Josefina vestida de un luto riguroso se acercó al trio tratando de no mostrar su propia afición con el objetivo de infundirles un poco de valor. Las muertes le habían dejado un hueco en el alma y podía entender perfectamente lo que sufría el marqués. Pero, alguien tenía que mantener la cordura en aquella sinrazón.

—Josefina, vuestras quejas y reproches solo muestran vuestra ceguera. Las lágrimas calman y ellos lo merecían.

—Verdad es, no lo discuto. Pero, no contagiéis a vuestros pequeños que buscan en vos el soporte en esta situación.

Ferri siempre había considerado a Josefina como alguien mandona; le había costado tiempo advertir que debajo de todo ese carácter, se encontraba una persona cariñosa y sensible. Sin embargo, a pesar de toda esa palabrería notó las oscuras ojeras en su rostro, la nariz roja y los ojos inflamados. Algo raro, ya que a su edad era una mujer muy hermosa y con gran vanidad. Su pena debía rivalizar con la propia para dejarse ver con tal aspecto. Se fijó también en la encantadora filigrana de su encaje de luto.

—¿Os regaló Inés la mantilla?

—Si. —Contestó apenas con un monosílabo, sorprendida por el cambio de tema.

—Siempre tuvo el mejor de los gustos.

—Padre, ¿para quién es ese lugar? ¿Es para mamá?

—¡Santísimo Salvador! Claro que no, es para vuestro abuelo.

El niño no recordaba a ningún abuelo, así que se calmó. Rápidamente perdió el interés en lo que ocurría y empezó a perseguir una lagartija

que andaba por ahí. Pronto, estaba divirtiéndose brincando entre las butacas y arrastrándose en el suelo sin ceremonia. La bebé seguía llorando y el marqués por más que la mecía no la podía hacer callar. Josefina pensó que se veía muy cómico y le hubiera divertido, si no tuviera una honda pena. Apiadándose del nuevo padre, tomó a la nena en brazos y con un gesto le hizo una advertencia a Adolfo, quien inmediatamente dejó sus juegos y se paró muy derecho.

—Leonor, por favor lleva a la niña con su madre. Seguramente tiene hambre, también cuidad del niño un rato.

Fue entonces que Ferri se dio cuenta que la muchacha estaba en la entrada. Tenía la belleza de la madre, incluso tal vez la superaba. Además, poseía un carácter suave y gentil… y que decir de la dote más codiciada en ambas Españas. No permitiría que el vejete se hiciera con ese premio.

—¿En verdad la bautizaréis con el nombre de Gilberta? ¿Está de acuerdo vuestra esposa?

Ferri guardó silencio, acomodándose en la banca con incomodidad. Prefirió no comenzar una discusión. Si se dejaba, Josefina le pondría nombre hasta los gatos de su casa sin que pudiera opinar.

—¿Esa gaveta es para el viejo marqués? Pensé que seguiría castigado en el mirador. —Continuó sin amilanarse.

La muerte de su padre había sido violenta y la relación con su heredero complicada. En un arranque de locura, sin mucho meditar trasladó sus restos de la capilla al cerrito. Incluso se sentía orgulloso de la lápida que la adornaba.

—Es tiempo que la familia se una, en la vida y en el más allá. Debí de

mantener a Gil en México, forzando su matrimonio con vuestra hermana.

—Hicisteis lo que estaba en vuestras manos. Gil era ya un adulto y el matrimonio de Rosa era ventajoso en el papel. Nos dejamos llevar por las apariencias. La voz de Josefina se quebró. Ferri, le tomó la mano en señal de apoyo sintiendo que el dolor los conectaba. Respetaba a la mujer y reconocía que era una excelente esposa y madre, pero a veces le sacaba de quicio que lo tratara como a un mozuelo.

—Prometedme marqués que estas muertes no quedaran impunes. Nadie más puede considerar lastimar a ninguno de los Tecamachalco.

—Prometemos según nuestras esperanzas Josefina, pero cumplimos de acuerdo a nuestros temores. Me aterra ver en desgracia a cualquier miembro de nuestra familia, así que no dudéis que los perpetradores pagaran y será tanto el daño que reciban que ninguna mano osará volver a levantarse contra los míos.

***

Hacía un tiempo glacial; nubes bajas y grises pasaban en lo alto y solo se advertían unos cuantos rayos de luz del amanecer tras las siluetas de las hierbas. Sobre el murmullo del viento y el oleaje, una gaviota solitaria volaba en círculos.

—No debería estar tan frio. — Gil temió haberse desviado más de lo que había calculado.

Gateó hasta ponerse de rodillas, se incorporó con dolor y se sacudió de encima la paja seca que se le había pegado al cuerpo. Asió el cubo y se

acercó renqueante a un estanque que parecía haberse formado por la lluvia. Al agacharse, se sorprendió por un calambre insoportable que le anegó el vientre. Bebió ayudándose con una mano el agua helada tantas veces como pudo soportar, y volvió cojeando con la cubeta a su improvisado refugio.

Rosaura se quejó, gimoteó y pegó tironcitos a la capa hasta que él se dejó caer de rodillas a su lado.

—Ya está bien —le espetó—. ¿Es que pensáis que jamás os he visto en cueros? ¿No recordáis los chapuzones en la fuente del alcázar? Además, me he pasado la noche pegado a vuestro trasero.

No tenía fuerza para recordarle que los baños ocurrieron cuando tenían cinco o seis años. Además, le ruborizaba pelear por lo que habían tenido que hacer para mantener el calor durante aquellos días. Manoseó la capa con manos torpes y se incorporó hasta apoyarse en un codo. El aliento salía de su boca en bocanadas cortas e irregulares y su vapor se mezclaba con el de él.

Gil le ayudó. Le rodeó la espalda desnuda con el brazo, tiró de ella hasta incorporarla entre muecas de dolor y depositó el cubo en su regazo.

Rosaura lo miró aturdida.

Él cambió de postura y le dio un suave empujoncillo.

—Bebed lo que vuestro estómago soporte.

Con manos temblorosas la joven acercó los labios al cubo, se estremeció al sentir lo fresco del líquido e interrumpió su propósito.

—¡Hacedlo, por Dios bendito! Que voy perdiendo la paciencia.

—¿Por qué mo... molestarse? —susurró—. Mirad este lugar. ¿Cómo

lograremos sobrevivir?

A Gil le entraron ganas de pegarle una sacudida.

—Bebed —repitió.

—No contamos con vi... víveres. Ni f... fuego, un refugio decente o ro... ropa seca. Es imposible sobrevivir. ¿Qué creéis que vamos a ha... hacer? —Dijo mientras titiritaba descontroladamente.

Él posó la mirada en la parte superior de su cabeza. La luz del alba brillaba sobre los cabellos revueltos y apelmazados por el viento y acariciaba la piel desnuda bajo ellos.

—No lo sé —respondió pensando que parecía un duendecillo de los cuentos infantiles del padre Ignacio.

—¿Por qué no dejasteis que todo se acabase de una vez?

Gil la soltó.

—¿Qué diantres de pregunta es esa? Porque deseo seguir vivo, maldita sea. —Colocó sin ceremonias el cubo a un lado y se puso de pie—. He de lograrlo y es la única forma que sé para conseguirlo. Día a día. Minuto a minuto, si es que es así. Realmente prefiero a vuestra versión fastidiosa y grosera, esta patética y llorosa no la puedo tolerar.

Caminó presa de diversos dolores sobre el lodo helado en dirección a la playa. Al llegar junto a la primera mata de hierba cambió de opinión. Se detuvo y volvió atrás.

—Me llevaré el cubo —anunció—, ya que habéis decidido terminar con vuestra vida. Perdonad que no ponga fin a vuestros sufrimientos pegándoos un tiro, pero es que se me ha quedado la pistola en *El Peregrina*. —La miró con acritud—. A este paso, mañana deberíais estar muerta. Entonces volveré por la manta que os cubre, me va a

venir muy bien. —Sin más, se marchó renqueando hacia la playa sin que Rosaura pudiese entender lo que murmuraba entre dientes.

Después de lo que le pareció un largo rato, Rosaura continuaba acostada presa de terribles escalofríos, harta y furiosa consigo misma, con Gil y hasta con el universo. La cabeza le punzaba, se sentía pesada como una bola de hierro, mezcla de hambre, frío y sed. Lo que deseaba era morirse, pero descubrió con sorpresa que no de una forma tan literal como en *El Peregrina*.

Agarró su ropa fría y húmeda mientras intentaba sentarse. Cada vez que trataba de incorporarse la cabeza le daba vueltas y la invadían las náuseas. Entre jadeos y resoplidos, consiguió al fin meterse su empapado jubón, aunque le fue imposible abrocharse los botones, así que las piernas le quedaron desnudas frente al viento helado. Tumbada de lado, se ciñó el mantón con dedos temblorosos y recorrió con la mirada el suelo barroso que la llevaba al estanque. Esperó, confiando en que Gil volviese, pero no sucedió. Finalmente, cuando el sol era un resplandor tenue y plateado, tras llevar días oculto por las nubes bajas que pasaban sin cesar, la ira y la necesidad se impusieron al aturdimiento del malestar y decidió ponerse de rodillas.

Al principio, le fue imposible levantarse. Las náuseas la vencieron. El estanque parecía estar tan lejano que le daban ganas de llorar. A cuatro patas, empezó a gatear. El barro se movía bajo sus manos y le escocía la piel por el frío. Cuando llegó hasta el agua, se quedó sentada sobre las rodillas por largo rato recuperándose del esfuerzo. Se incorporó nuevamente y al fin logró llevarse a la boca el líquido que le raspó la garganta. Por un momento, pensó que su cuerpo iba a

rechazarlo. Pero, tras ponerse de lado y tomarse un breve descanso, consiguió contener el mareo. Fue entonces que comenzó a parecerle posible conservar la vida.

La cabeza seguía doliéndole, síntoma que le faltaba alimento. Durante los días interminables de la lluvia, Gil había conseguido algas y moluscos, pero no los suficientes para mantener vivo a un ratón. Se mordió el labio para evitar que temblara, aunque parecía que las lágrimas por fin la habían abandonado. Estaba demasiado hambrienta para llorar, muy débil, y tenía aún más frío. Con mucho cuidado, se incorporó sobre las rodillas y se puso en pie. Un súbito movimiento provocó una agitación en la mata más próxima. Un mono salió de su escondite y trepó hábilmente por un tronco, antes de posarse en una rama alta y quedarse mirándola con sus ojillos negros. Rosaura, por primera vez en su vida, se preguntó a qué sabría un chango asado. Y no es que tuviese oportunidad de comprobarlo, ya que no contaba ni con pistola ni fuego.

La brisa le escocía las mejillas y el sonido del mar le indicó que estaba cerca. Era un rugido continuo en la dirección que marcaban las huellas de Gil. Caminó vacilante hacia el sendero que él había tomado ignorando el dolor que cada paso le provocaba. Tras adentrarse unos cuantos metros entre las grandes matas, vislumbró el océano. La pálida playa, enmarcada por la marea baja y las oscuras rocas, se extendía en ambas direcciones. El paisaje estaba desierto y sin muestras de vida. Incluso las pisadas del mulato en la arena, habían sido borradas por el oleaje.

«Muy bien —pensó algo resentida—. Ojalá se ahogue o se rompa una

pierna y se muera de dolor. Espero no volver a verlo jamás.» Sin embargo, preocupada escudriñó la desolada costa y la isla que se alzaba en suave pendiente a sus espaldas. No había señales de él por ninguna parte. Se envolvió en la capa y descendió a trompicones en su búsqueda.

La tarde ya estaba terminando cuando Gil regresó al refugio. En una mano llevaba el cubo con sus exiguas ofrendas: un cangrejo, una docena de moluscos y todas las algas verdes que cabían. Bajo el otro brazo apretaba tres trozos de madera como si fueran lingotes de oro macizo. Le había llevado el día entero recoger todo, tuvo que recorrer kilómetros de costa y subirse a las salientes para esquivar la marea. Casi se mató en una ocasión, cuando una ola aislada lo había pillado por sorpresa y lo aventó desde lo alto a una poza profunda, para luego empujarlo violentamente contra un arrecife. Apenas había logrado salvar la vida, además de la cubeta. Perdió gran parte de su comida, y casi por completo el ánimo.

No intentó reemplazarlos. Era imposible. Había llegado al borde de su resistencia, estaba mojado, helado y muerto de hambre, así que se contentó con juntar los que tenía al alcance mientras regresaba a su refugio. Necesitaba comer algo de inmediato, y seguro que «la Señora» ya tendría lista su siguiente queja.

Pero no estaba.

Se quedó ahí parado, tembloroso y con el ceño fruncido. Tras un momento, depositó el cubo en el suelo, volvió a la playa, caminó con dificultad y la llamó por su nombre. No obtuvo respuesta. Una rápida

ojeada alrededor le sirvió para descubrir unas huellas pequeñas de antigüedad indeterminada. Iban en dirección al mar y se adentraban entre la hierba. Estaba a punto de volver sobre sus pasos, mientras calculaba si Rosaura tenía fuerzas suficientes para perderse, cuando la joven cayó rodando a unos metros delante de él.

—¿Dónde habéis estado? — La joven suspiró con alivio al ver a Gil. Lo miró molesta mientras recuperaba el equilibrio y se ponía de pie.

—A punto de matarme intentando conseguiros algo para cenar, lo mismo que todos los días desde que llegamos a este ingrato lugar. — Se defendió mirando la manta en la que iba envuelta con envidia.

—Pues no deberías haberlo hecho.

—Os pido perdón. Supongo que antes teníamos que haber celebrado un debate o un referéndum.

Como toda respuesta Rosaura se envolvió bajo el mantón, secretamente se sentía aliviada de ver que Gil tenía la suficiente fuerza para discutir. Todo un día sin comer no parecía haberle hecho daño. Llegó a la conclusión que, en circunstancias desesperadas, cualquier compañía era preferible a la soledad.

Por su parte Gil se quedó contemplándola, se alegraba de verla explorando y rezongando. Tal vez, era cierto que el roce daba cariño, habían pasado la última quincena apretujándose para darse calor. Llegó a pensar que Rosaura no sobreviviría a la tormenta, con lo poco que había logrado conseguir para comer.

—Quizá debimos hacerlo—concedió ella, mirando sus manos vacías—. ¿Habéis encontrado algo?

Un agudo brote de resentimiento estuvo a punto de hacer que se diese

la vuelta sin responder. Pero aguantó recordándose que debía tener paciencia, lo que también incrementó su mal humor.

—Un cangrejo, unos cuantos mejillones y tres trozos de madera; entre otra información que ya os platicaré —respondió hoscamente.

—¿Eso es todo?

—Id a hacer puñetas —le espetó, dándose la vuelta.

—¡Esperad!

Gil detuvo el paso y se giró con un gesto amargo en la boca.

Ella tenía una extraña expresión en el rostro, un leve temblor en torno a los labios. Los ojos eran enormes y risueños.

—Habéis traído leña. ¿Hay alguna forma que hagamos fuego?

—He conseguido un chisquero. —Se encogió de hombros—. Pero no esperéis una gran hoguera que caliente toda la noche; solo encontré tres trozos de madera secos.

—Muy bien —dijo, y su voz se quebró temblorosa. Introdujo los brazos bajo la manta y sacó lo que llevaba escondido.

Gil cerró los ojos creyendo que el hambre y el cansancio le hacían ver visiones.

—Dios mío —dijo enarcando las cejas—. ¡Dios mío!

En sus manos temblorosas, rodeada por la selva húmeda, a miles de kilómetros de distancia de la civilización, Rosaura sostenía un ave. Una muy gorda y desplumada lista para asar.

—Le tendí una trampa —dijo la joven mientras el fuego chisporroteaba parpadeante, protegido por el cortaviento que Gil había levantado con la ayuda de la vela y los remos—. Hay un pequeño arroyo allá arriba al que acuden a beber las aves. Hice un

lazo con las cintas de mi chaleco. Lobito me las enseñó a hacer, es un apasionado de ellas.

Gil cogió un mejillón abierto por el fuego y sonrió, el rostro cubierto por una capa de azulados moretones y la sombra de una incipiente barba—. ¿Qué edad tiene ya el hijo del Lobizón?

—Trece. —Respondió Rosaura dedicándose a ensartar otro pedazo del ave en una larga astilla del remo roto.

—¿Trece ya? Debí pasar más tiempo con ellos, los años vuelan.

—Igual que yo. No fue por falta de deseo, Pedro me lo prohibió. Si os hubieras casado conmigo, la historia hubiese sido bien distinta.

Quedaron ambos envueltos en la nostalgia. Ahí abandonados a su suerte, tenían tiempo de echar de menos a la familia.

—Pudisteis haberos negado, estoy seguro que mi hermano o Josefina os hubieran protegido.

—Lo sé y, sin embargo, no lo hice. Estaba llena de sueños de bebés y un hogar propio. Todos parecían pensar que había logrado una gran unión. Mi abuela estaba encantada que me convirtiera en la Vizcondesa de Ilucan, fue un error que seguimos pagando aun ahora en esta isla.

—No sé… —Gil lanzó un puñado de algas lavadas sobre los mejillones —. Náufragos y solos en una isla desierta… incluso si nos rescatan… — Revolvió el contenido del cubo con una varita—. Mucho me temo que ahora tengáis que contentaros conmigo. Vuestra reputación…

Rosaura levantó los ojos al bello rostro magullado de Gil y dijo con toda deliberación:

—Antes preferiría encerrarme en un convento.

Gil la miró de reojo para sopesar la veracidad de esa última declaración, pero solo encontró una mirada inexpresiva.

—Qué preferís para acompañar el pollo; ¿mejillones, cangrejo relleno o sopa de algas? —preguntó con suavidad.

—Cualquier cosa, con tal que sea comida. —Dijo la joven mientras se ocupaba de asar otro trozo del ave.

Terminaron de comer justo cuando el sol empezó a ponerse, el viento amainó, dejando tras de sí un frío penetrante y el constante rugido del oleaje. Colocaron lo que quedó de la comida en un tosco espetón con los remos atados como soporte.

Habiendo saciado el hambre, Gil se ocupó del fuego. La joven contempló el cuidado con el que él revolvía los carbones además de alimentar las llamas con trozos de hierba seca, tratando de extraer todo el calor posible de los pedazos de madera. Las flamas se reflejaban en la barca volcada, iluminando el rostro de Gil y proyectando sombras sobre sus muslos cuando estaba de pie o se agachaba junto a la hoguera para añadir combustible. Contra la luz mortecina del cielo se veía espléndido. Siempre había sido muy atractivo, pero ahora comprendía el miedo que infundía en sus rivales.

—No estamos seguros tan cerca de la playa. Al buscar comida me encontré con un refugio de acopio. Los marineros los utilizan en sus visitas a islas como esta para abastecerse de agua y carne fresca.

—Eso explica el chisquero. Entonces, solo tenemos que esperar a que nos rescaten.

—Cierto, pero no hay forma de estar seguros del tipo de barco que llegue. Podrían ser españoles, ingleses o franceses.

—Mercantes, pesqueros o… piratas. —Concluyó perdiendo la emoción que la noticia le había provocado. —Imagino —dijo— que habrás vivido situaciones peores que esta.

—Mucho peores—respondió sin darle importancia. —A vuestro lado la mayoría, y hemos salido avante.

—¿Es verdad eso? ¿Qué es lo peor que os haya sucedido nunca?

—Qué tema de conversación tan agradable. —Gil le dirigió una seca mirada.

Quedaron en silencio y después de un rato, Rosaura lo miró de reojo. Tenía la mirada perdida en la noche. Mientras ella lo observaba, un leve fruncimiento de cejas se deslizó como una sombra por su rostro.

—Lo siento —dijo ella—. Dejadlo de lado.

Él cambió de postura y se relajó. —Es natural sentir curiosidad.

Se frustró al notar que la amabilidad no le había soltado la lengua a Gil. Llena de curiosidad, tras unos minutos de silencio, ella insistió: —¿Nunca pensasteis abandonar vuestra vida en el mar?

—Señora mía, durante treinta años he vivido, he respirado y he soñado con el deseo de abandonarla.

—Pero jamás lo hicisteis.

Él trazó un dibujo abstracto en la arena con la punta de un dedo y a continuación lo borró.

—Estuve muy cerca. Aunque siempre, había una razón para aguantar un poco más. Primero deseaba dinero, después prestigio, un nombre poderoso para que los que me humillaron me voltearan a ver hacia arriba, y no sé cuántas tonterías que en su momento me parecieron importantes. Ahora me doy cuenta, que debí regresar con los míos—.

Cansado apoyó la cabeza en sus manos y se mantuvo en esa posición por algún tiempo.

—Animaos un poco. Bien decís, todavía no estamos muertos—. Dijo quedamente la joven.

Cuando levantó la vista, se encontró con la mirada de Rosaura; la sostuvo durante un instante y después cerró los ojos. Se encogió de hombros y sonrió. Antes que ella pudiese apartarse, depositó un suave beso en su frente. A continuación, se dedicó a contemplar las llamas. Por un momento, su respiración pareció alterarse. Alzó el rostro y la miró con irónica añoranza. Por primera vez se arrepintió de no haberla desposado.

Rosaura guardó silencio, la fría brisa le levantó el cabello y le rozó el cuello, de la misma forma que un estremecimiento de emoción le rozaba el corazón.

—Vamos Vizcondesa, es hora de dormir.

La mención de su título nobiliario le recordó su condición de casada y le subió los colores a la cara. Le importaba un comino Pedro, pero había prometido ante Dios. Sin pronunciar palabra, se acomodó bajo la lancha y esperó a que se le uniera Gil.

Por su parte el mulato tardó más en acompañarla recordando las enseñanzas del padre Ignacio.

«Hay tres grandes pecados capitales que obligan a separar radicalmente de la comunidad al pecador: la idolatría, el homicidio y el adulterio. Los demás yerros se pueden redimir fácilmente con la limosna, pero por lo que se refiere a estos tres, han de ser castigados con la excomunión total y penitencia pública. El adulterio es irremisible. La Iglesia no puede

perdonarlo; se debe poner al pecador en manos de Dios.»

—Soy la peor calaña de hombre; un pecador que se cree justo y un creyente que reniega de sus creencias—. Se reprendió en silencio, mientras se reunía con Rosa. Tenía que encontrar otro refugio, antes que arruinara la decencia que le quedaba a la joven.

Capítulo 8

A yerro nuevo, penitencia nueva

Isla indefinida

Día de san Cirilo de Jerusalén de 1674.

(Décimo octavo de marzo, diez meses en la isla)

Ilusión de hacer una buena sopa además de mantenerse alejada de Gil. Recolectaba hierbas y plantas para hervir, tenía la
Las cosas habían cambiado en la isla. Al terminar la tormenta, se fue con ella el frío y llegaron los insectos. Seguía siendo una lucha tener fuego, aunque ahora su principal función era que el humo ahuyentara a los molestos bichos. Se mudaron a una pequeña cueva en lo alto de la montaña desde donde podían divisar el horizonte y percatarse de la llegada de cualquier barco. También, la brisa les ayudaba a permanecer frescos en aquel lugar que era lo mismo hermoso que inclemente.

Sumida en unos pensamientos que le hacían brotar el rubor en las mejillas y le provocaban sensaciones nerviosas en el estómago, se había aventurado a una elevación en el corazón de la isla. De ahí fue capaz de divisar la playa rocosa que quedaba al otro lado. Las nubes se movían proyectando sombras sobre la arena y bajo ellas, el motivo de sus fantasías incómodas. Estuvo a punto de darse la vuelta y echar

a correr como un conejillo asustado antes que la descubrieran, lo que era improbable a tal distancia. Lo pensó mejor y decidió ver a su antojo al motivo de sus desvelos.

Se reprendía por todas aquellas sensaciones extrañas o infantiles, recordándose que era una señora casada y no una joven sin experiencia. Pero, se sentía como una, nunca había experimentado nada semejante. Sabía que era necesario enfrentarse a él; no tenía lugar alguno donde esconderse, y la noche llegaría pronto, obligándolos a reunirse en la pequeña cueva. Suspiró pensando que tal vez con el tiempo, aquella necesidad desaparecería. Continuó su examen desde la colina, nerviosa en un principio, preocupada después al ver que Gil no se movía. Contó hasta diez, y luego subió a veinte, cuando llegó a cincuenta empezó a temer lo peor.

Preocupada depositó con cuidado sus hallazgos en una piedra esperando que los monos o iguanas no notaran su comida, se ciñó la capa al cuerpo y empezó a descender veloz ladera abajo. Lo llamó dos veces, pero la brisa hacia que su voz se perdiera en la nada. Al estar cerca, aminoró el paso al darse cuenta que Gil estaba en cuclillas en medio de un claro, de espaldas a ella.

Todavía jadeando por la carrera, apenas pudo eludir el roce de una urraca negra. Se detuvo en silencio a unos metros de distancia, sin que el mulato advirtiera su presencia, absorto en la tarea de extraer lapas de sus conchas. Delante de él, asomándose entre las rocas distinguió una especie de bola redonda con pelo oscuro que gruñía alegremente mientras comía. Cuando Gil no le daba rápidamente el siguiente bocado, la cría de jabalí bajaba la cabeza y tímidamente acercaba el

morro a su mano. Una de sus patas mostraba un vendaje hecho con un trozo de camisa y uno de los listones de repuesto que había desaparecido días antes.

Una enorme urraca se lanzó en picado hacia la cabeza de Gil, quien la espantó con el afilado mango de uno de los remos y una maldición, extendiendo un brazo para guardar el equilibrio mientras se agachaba y tropezaba. Las lapas que tenía en la mano cayeron al suelo. Las aves descendieron en bandada y el jabato se metió nuevamente entre las piedras.

—Qué brutos tan desagradables. —Gil se puso de pie, todavía de espaldas a ella y apartó a patadas a un par de urracas negras que perseguían al animalito—. Dejad en paz de una vez al pobre bicho.

Los pajarracos se dedicaron a disputarse las lapas, pero la cría de jabalí continuó mirando a Gil y moviendo sus patas sanas entre lastimeros gruñidos.

—Bueno —le dijo—. ¿Sabéis? También estoy muerto de hambre. Si os dejarais cargar, ya os habría llevado lejos de estos avechuchos.

—Está bien—. Gil arremetió con el trozo de remo contra las aves que peleaban y logró dispersarlas un instante. Recogió unas cuantas conchas dispersas del suelo y se retiró justo a tiempo para evitar que lo alcanzase el agudo pico de una de las urracas. —¡Dios! Como pierda una mano por esta tontería —murmuró para sus adentros, arrancando la carne del caracol para ofrecérsela al cerdito, quien la engulló al instante. —Ay, no os acerquéis tanto, pelota de pelos; necesito ese dedo. ¡Iros a la mierda! Maldito... —se apartó del animalejo—. Como me deis otro mordisco, os pongo en manos de la señora vizcondesa.

Entonces os veréis en la cazuela, y se acabó. Su Ilustrísima no tendrá remilgos en convertiros en un rico guisado.

—Nada podréis reclamar, «carne en cocina, mejor que medicina». —dijo Rosaura indignada, repitiendo una de las frases predilectas de su hermana Josefina.

Gil se irguió sorprendido, dándose la vuelta. Las aves rapaces se dispersaron, para volver poco tiempo después a reiniciar la disputa por las lapas. El cerdito se adentró en las rocas y se sentó.

—¿Qué hacéis aquí? —El rostro de él se tornó escarlata.

Rosaura contuvo la sonrisa y observó al puerquito. —Os divisé desde lo alto de la colina y pensé que podíais estar herido.

—Pues no lo estoy.

El color carmesí de su rostro era evidente. Rosaura lo observó con interés. Nunca había visto a Gil avergonzado.

—Lo encontré —dijo con tono belicoso—. Está herido, el resto de la piara se marchó abandonándolo. Estos malditos zopilotes intentan hacerlo pedazos cada vez que sale de esa hendidura entre las rocas.

Rosaura contempló aquella alta figura azotada por el viento, cubierta por la desgastada ropa. Sostenía el remo como si fuera una lanza: un caballero andrajoso que buscaba que una bola de carne depositara su confianza en él.

—A veces —dijo con dulzura, pero con ánimo de molestarlo—, creo que no pones el empeño suficiente para realizar vuestras labores.

—¿No? —preguntó él bajando la mirada. —Entonces, seguramente voy a arrepentirme. —Volvió a atacar a las urracas con un gruñido de amargura. —Siempre lo hago.

La joven se acercó al animalito y sin ceremonias lo agarró de una pata sacándolo sin problemas de su escondite. El bicho gruñó por la sorpresa, pero no tardó en calmarse cuando Rosaura empezó a rascar su vientre. —Así es como se hace. Ahora, venid que es hora de comer por fin carne roja.

Una semana más tarde Rosaura estaba sentada jadeante sobre las rodillas, observando a Gil, que trataba de cavar con un palo el suelo. Estaban ambos inmersos en sus labores, rodeados por los aullidos del viento, Gil cavando y ella sacando la arena y los trozos de roca de la zanja, con ayuda del cubo de hojalata.

Aquel agujero tenía como misión albergar la hoguera que trataban de mantener encendida y que, a pesar de sus esfuerzos, se apagaba sin cesar. Gil se incorporó un momento para enjugarse el sudor del rostro con el brazo. Rosaura apartó la vista rápidamente, con la esperanza de que no la hubiese pillado con la mirada fija en su cuerpo. La manera en que se sentía era todavía algo demasiado nuevo para ella. Pero él ni siquiera la miraba. Observaba la bandada de aves negras que estaba al acecho en las cercanías, a la distancia justa para que las piedras no las alcanzasen, con las oscuras plumas alborotadas por el viento.

La llegada de su peludo compañero no les causó gran problema, a no ser por la necesidad de coger una mayor cantidad de moluscos y el exceso de las pendencieras aves. Los pajarracos siempre habían revoloteado en torno a la caverna, alertas para hacerse con los restos de comida. Ahora con el bicho, solo eran más tercas y dispuestas a

atacar. Colocaron la lona como puerta para impedirles la entrada a la cueva, en cuyo interior habían construido un corral improvisado, aunque aquello todavía no había logrado desalentar a los persistentes pájaros.

Le divertía ver como Gil fingía que lo estaba engordando para un mejor caldo, cuando en realidad le había tomado cariño al animalejo. De joven siempre tuvo mascotas y se inclinaba por aquellos abandonados. ¿Se identificaría con ellos? Al nacer, su madre lo abandonó y el padre Ignacio, quien lo cuidó desde bebé, hizo lo mismo a la primera dificultad. Esperaba que el hambre no arreciara y tuvieran que tomar una mala decisión. El bicho alegraba sus tardes y con el tiempo también le fue agarrando cariño.

—Malditos pájaros —musitó Gil y les lanzó una piedra, dispersando aquella banda emplumada antes de ponerse de nuevo a cavar. —Esa lona no va a ser suficiente para mantenerlos alejados. —Se quitó el machete que llevaba amarrado lanzándolo a un lado.

Lo habían encontrado en la bodega de enseres junto con el chisquero y una olla. No encontraron mucho más, quien planeó el aprovisionamiento del lugar, hizo un trabajo mediocre o alguna tripulación extraña había dado cuenta de los pertrechos. Gil buscó con afán algún mosquete, ya que algunos contrabandistas solían guardar armas y municiones robados, hasta encontrar un buen postor. Hecho que generaba la leyenda de cofres con tesoros escondidos repletos de oro y joyas, la verdad es que la mayoría de los piratas guardaba arcabuces, metrallas u otras especias esperando una mayor ganancia.

—Ya sabía que os ibais a fastidiar de traerlo amarrado —dijo Rosaura,

a la vez que recogía el cuchillo malayo y lo ponía a su costado para protegerlo. A su parecer, era el utensilio más valioso con el que contaban. Lo utilizaban constantemente, ya fuera para trocear leña, hacer funcionar el chisquero, defenderse o preparar comida.

Un graznido súbito, seguido de un aleteo, la obligó a levantar los brazos para protegerse. Pegó un grito horrorizada, cuando cayó en cuenta que la torpe ave había confundido la cinta del machete con carroña. Se lanzó sobre el pajarraco cuatrero, tratando de aferrar el arma sin éxito. Pues una vez que el animal comprendió su error, se batió al instante en retirada. Por desgracia, entre el revoloteo para alzar el vuelo, la tira de la herramienta quedó prendida en una de las garras. Moviendo las alas con fuerza la urraca se alejó con la hoja colgando, en tanto Rosaura trataba de alcanzarla desesperada.

Gil soltó un alarido. Una piedra pasó rozándole sobre la cabeza, sin embargo, no acertó a darle al pájaro que se ladeó y se elevó impulsado por el fuerte viento, con el machete colgando de su pata. El ave describió un círculo y se enfiló a la costa por el barranco. Gil dejó atrás a Rosaura de inmediato al salir en su persecución, quien no tardó en correr tras él con torpeza. Se animó al ver que la urraca se posaba en una roca cansada por el peso extra, pero tan pronto como Gil se aproximó, alzó de nuevo el vuelo y el cuchillo se alejó dando vueltas en el aire.

Se quedó rezagada, y por fin entre jadeos, cambió el paso por uno más lento tras perderlos de vista. Tomó asiento y contempló el empinado barranco que delimitaba la playa en esa parte de la isla. Mucho tiempo después de haber recuperado el aliento, logró ver de nuevo a

Gil; su silueta se recortaba en lo alto del risco. Se puso nerviosa al notar que se inclinaba sobre el borde y miraba hacia el mar que se encontraba varios metros bajo sus pies, se mordió el labio. A continuación, él se apartó haciendo un gesto violento al cielo con el brazo, y desapareció de su campo de visión.

Rosaura cerró los ojos y se preguntó cómo se las ingeniarían para sobrevivir sin el machete. Pensó en los cientos de cosas que había dado por descontado: cortar matas de hierba, fabricar utensilios, arrancar lapas de las rocas como principal fuente de alimentación y que los mantenía con vida cuando todo les fallaba… Hasta en la insistencia de Gil por afeitarse. Parecía algo sin importancia, aunque empezaba a sospechar que resultaba crítica para mantener su moral y por consecuencia la de ella.

Se cubrió los ojos desesperada. Algo tan pequeño, tan tonto: un pájaro villano y un momento de despiste y de repente, la existencia se volvía más precaria que nunca.

Gil regresó a grandes zancadas, con la mandíbula apretada. Ni siquiera se detuvo al verla, se limitó a soltarle al pasar:

—Venid, os necesito.

Rosaura se levantó de un salto y lo siguió.

—¿Lo hemos perdido?

—Con toda probabilidad.

El tono que empleó no la animó a hacer más preguntas. Sintió que un sentimiento de culpabilidad se apoderaba de ella. Debería haber vigilado mejor el machete. Tendría que haberlo llevado al interior de la cueva para ponerlo a salvo, o amarrárselo tan pronto como él se lo

quitó.

Gil desapareció entre los árboles y al poco tiempo resurgió con unas enredaderas. Rosaura lo observó y en su interior se despertó una angustiosa sospecha, que se reforzó y aumentó mientras él verificaba la resistencia de las improvisadas cuerdas y la conducía hasta el borde agarrándola por el codo.

—Echad una ojeada.

Rosaura miró por encima del borde. Abajo, entre enormes rocas desprendidas, las olas se estrellaban y lanzaban espuma blanca y verde. Entrecerró los ojos ante la brisa cortante buscando su objetivo, y lo descubrió. A un tercio de la altura de la abrupta ladera estaba el cuchillo, colgado del saliente de una roca, todavía dentro de su vaina oscilando en el aire.

Rosaura se echó atrás y asió a Gil con fuerza del brazo.

—Tenemos que bajar a buscarlo —dijo él sobre el rumor de las olas.

—¿Con esa «cuerda»? —Agregó la joven humedeciéndose los labios.

—A no ser que tengáis alas. Ojalá esta liana sea lo suficientemente larga.

Rosaura frunció el ceño al examinar la superficie plana en la que se encontraban. No había donde atarla. Él la miró, sus ojos eran firmes, profundos, y pronto comprendió su intensión.

—Es imposible —protestó Rosaura—. Jamás podré soportar vuestro peso.

Gil se encogió de hombros y la obsequió con una seca sonrisa.

—Ay, Dios —dijo ella débilmente.

Él se quedó mirándola, enarcando ligeramente una ceja. Rosaura tragó

aliento, presa de la desesperación. Sintió brotar en su interior un odio súbito e intenso; quería maldecirlo por su cobardía, pero en ese mismo momento pudo más la razón con sus fríos hechos. Él estaba en lo cierto. Uno de los dos tenía que hacerlo, y no cabía esperanza alguna de que ella pudiese hacer de ancla con Gil en el otro extremo.

Cerró los ojos y su respiración se aceleró.

—No puedo hacerlo.

Gil no dijo nada, no expuso ningún argumento, tampoco ofreció consejo ni trató de darle ánimos. Cuando ella abrió los ojos, continuaba mirándola impertérrito.

—Tiene que haber alguna otra forma de... —Tragó saliva al oír el tono de súplica en sus palabras—. No puedo. Ay Dios, tengo que hacerlo, ¿verdad?

Los ojos de él mostraban una paciencia infinita.

—Debo hacerlo, no sobreviviremos sin ese machete—. Rosaura era incapaz de controlar el temblor de su voz. No debería estar tan nerviosa, las alturas no la asustaban, había perdido ese miedo en el nido del barco. Sin embargo, no podía reunir valor para llevar a cabo la misión.

—No permitiré que os pase nada —dijo él con voz tranquila para después tomarle el rostro entre las manos y besarla con fuerza. Rosaura se apoyó en él y agarró su camisa con los dedos, como si ya se estuviese aferrando a ella para salvar la vida. En un sentido, así era. Aprendió que lo mejor que existía para mantener la cordura y la salud, era sin dudas el amor correspondido. En los pesares de la isla, no tuvo más remedio que reconocer al amigo de la infancia y recordar el sueño

de su juventud. Las penurias, el hambre junto con los pequeños logros y la convivencia habían limpiado su corazón de rencor. Amaba a ese hombre y no había caído en cuenta del hecho hasta ese momento. Le creyó, sabía que jamás la dejaría sufrir ningún daño.

Fue la primera en interrumpir el beso, se soltó de él con repentina resolución. Si tenía que bajar hasta allí, lo que quería era hacerlo y terminar de una vez. Sin contar, que de pronto con aquel cariño inesperado y tanta revelación, se sentía nerviosa en su compañía, tal vez más que descender por un acantilado.

Gil pareció comprenderlo, ya que la soltó de inmediato y levantó la cuerda. La llevó hasta el borde, la dejó caer para medir la distancia y, tras confirmar que era lo suficientemente larga, volvió a tirar de ella hacia arriba.

—Venid —dijo—. Os voy a atar este extremo a la cintura, pero solo por cuestión de seguridad. Así no tendréis que agarraros con las manos. —Con movimientos breves y resueltos, la rodeó con la cuerda mientras ella temblaba—. Podéis confiar en mi nudo marinero —dijo al tiempo que se la ceñía al cuerpo de un pequeño tirón—. Antes de ser capitán, he tenido muchas ocasiones de practicarlo.

Rosaura soltó una risilla nerviosa.

—Respirad —le ordenó, sorprendida se dio cuenta, que había dejado de hacerlo. Tomó una profunda bocanada de aire.

—¿Vais a limitaros a estar aquí sujetando la jarcia?

—No. La ataré alrededor de mi espalda, así.

—No deberíais hacerlo. ¿Qué pasará si me caigo? Os haré caer también.

—Eso me evitará tener que tirarme arrepentido tras de vos—. Le acarició la helada mejilla. —No permitiré que os pase ningún mal, gordita tonta.

Lo miró fijo y retorció los dedos que tenía inmovilizados. Anhelaba apoyarse en él y que la rodease con sus brazos; ansiaba su calor y seguridad. Deseaba regresar a la fiesta en Tecamachalco y haberse casado con él. Pero desear, no era tener. No había nadie más para realizar lo que se negara a hacer; y ningún otro en quien confiar, si no confiaba en él. Cerró los ojos y volvió a abrirlos de nuevo. Se acercó al borde del promontorio, sufriendo los primeros y terroríficos instantes en la orilla. No se asemejaban en nada al nido del barco. La precariedad del improvisado lazo le alteraba los nervios. Además, cuando tuvo que dejar caer su peso, este se le ciñó al cuerpo con fuerza y le hizo daño despellejándole las manos a pesar de haber tratado de aguantar el tirón.

Sin embargo, al pasar el borde, una extraña sensación de indiferencia la invadió. Su organismo pareció liberarse de los temblores y la debilidad. Se agarró y guardó el equilibrio con una fuerza que desconocía poseer. Plantó los pies en el suelo, se inclinó hacia atrás en el vacío y se sintió segura en el aire cuando la cuerda la sostuvo. Sabía que no tenía que mirar para abajo así que conservó en la mente lo último que vio antes de iniciar el descenso por la abrupta pared oscura; el rostro de Gil con una sonrisa fija. Bien podía haber sido una mueca de dolor al hacer de contrapeso con su cuerpo, pero prefirió no pensar en ello. En seguida, no hubo otra cosa que roca negra ante sus ojos, una especie de borrón enorme en medio del abismo, el malestar

y el esfuerzo.

Después de bajar unos cuantos metros, alcanzó el machete. Le dio miedo soltar la mano para tomarlo, pero su cuerpo parecía tener una actitud más imperturbable que su cerebro tras decidir embarcarse en semejante aventura. Abrió los dedos y se estiró tratando de agarrar el cuchillo, pero este se movió hasta quedar fuera de su alcance. Rosaura se mordió el labio y gimió enfadada, alargó el brazo de nuevo, y lo atrapó.

Temerosa de dejarlo caer, introdujo uno a uno los dedos por la tira de piel hasta conseguir colgarlo del brazo, y llamó a gritos a Gil para que la subiese. No sucedió nada. Se quedó allí colgada y de pronto, fue consciente del fragor de las olas abajo en la distancia. Volvió a llamarlo con fuerza, y el pánico se insinuó tras aquel extraño muro de indiferencia. La jarcia se apretó sobre su cuerpo. Apoyó un pie en la roca para equilibrarse, justo en el momento en que sintió un tirón hacia arriba. El corazón le latía con potencia ensordeciendo el ruido del oleaje. La brisa le azotaba el cuello. Dos, tres, cuatro... perdió la cuenta de los pasos que daba, quería detenerse y descansar, pero no se atrevía a dejar sin respuesta los rítmicos tirones de la cuerda al izarla. Un paso más, y otro, y uno más y, de repente, vio a Gil en lo alto del promontorio. Ahora sus muecas de dolor eran auténticas, estaba apoyado en ángulo recargando el peso en los tobillos mientras deslizaba la liana alrededor de la espalda, y tiraba de ella un poco con cada movimiento. Rosaura afirmó una rodilla en el borde y cayó hacia delante, sin soltar el machete, al tiempo que se ponía en pie en la plataforma.

—¡Lo hemos logrado! —gritó.

Gil dejó caer la cuerda y se abalanzó hacia ella, cayó de rodillas y la envolvió en un asfixiante abrazo, mientras jadeaba para tomar aire. —Lo conseguimos —murmuró abrazada a él.

—Cierto... —dijo él jadeante—. Y... ha... sido... fantástico... espléndido.

Le besó la oreja, y lo único que Rosaura escuchó fue su laboriosa respiración; también percibió el calor de su brazo que le ceñía con fuerza la espalda. Se apoyó sobre su hombro y notó cómo él temblaba. Se quedaron juntos, embargados por las emociones que tanto habían tratado de evitar y asombrados al averiguar que el otro experimentaba lo mismo. Ya tendrían tiempo de descubrir, el por qué su amor era pecado, si se sentía tan honesto.

***

Ciudad de México, Alcázar del Marqués de Tecamachalco
Alrededor de la misma fecha…

Estaba cansado y deseaba llegar pronto a casa. Las tertulias burocráticas cada vez le causaban más pereza. Los virreyes iban y venían, y con ellos la necesidad de conseguir su favor. Justo cuando creía tener en la bolsa a fray Diego Osorio de Escobar con la cuestión de Leonorcita, el muy ladino decidió dejar su cargo para seguir su vocación eclesiástica como obispo en Puebla. El mal gobierno y la sequía de los últimos tres años habían generado múltiples problemas

sociales; hambruna, pillaje y descontento. Los dirigentes se sucedían los unos a los otros con la rapidez de un tiovivo huyendo del problema. Ahora, venía de con don Antonio Maldonado de Aldana, marqués de Mancera y nuevo virrey e íntimo de don Pedro Tesifón. No había forma de arreglar el asunto por vía pacífica con él.

—Las disculpas son nada si insistimos en mantener la falta. Fue vuestro familiar quien huyó con su esposa.

—Don Gilberto…

—Vuestro medio hermano, ni más ni menos, se sabe en todo México —interrumpió molesto el virrey. —Nada importa que lo hayáis negado, yo lo habría hecho con mi propia madre para salvarme de la hoguera. La única forma que veo de resarcir el daño, es la boda con doña Leonor. No entiendo vuestro empeño en cancelar el enlace, es una unión ventajosa para ambas partes. Le dará el heredero al vizconde, quedará viuda pronto y se volverá a casar con quien le plazca.

Su labia no bastó para convencer al virrey, lo cierto era que en papel la unión era provechosa. Él mismo permitió que Rosita sufriera aquel destino pensando que era lo mejor. Únicamente quedaba desenmascarar a Tesifón, la experiencia le decía que los trúhanes no cambiaban, tan solo modificaban su estrategia. Solamente Dios sabía los horrores que le esperaban a Leonorcita. Mentalmente contó a las niñas de la casa Tecamachalco y se sintió de pronto muy cansado, algo le decía que llevarlas al altar lo acercaría a la tumba.

El calesín se detuvo y con gran gusto y sorpresa observó a Inés esperándolo en la escalinata principal. Iba con un vestido de día palo

de rosa que le sentaba estupendamente. Ya estaba recuperada del nacimiento de Berti, aunque no había podido recuperar su peso. Hecho que lamentaba, ya que las comidas en el alcázar eran más sustanciales y era él ahora que tenía que vigilar lo que se metía en la boca. A sus más de cuarenta años, seguía siendo un referente de moda y estilo y este solo se mantenía cuando los demás querían ser como uno. No era presunción, sino poder… bueno a quien engañaba. Si se está hablando con uno mismo, lo mínimo que se debe hacer es ser sincero. Definitivamente era vanidad y con mayor razón si era esposo de aquella hermosa dama que lo esperaba. Sin divagar más, saltó del coche para ir a su encuentro. Sin embargo, al acercarse notó la ansiedad en su cara y la forma frenética en que hacía gestos con las manos.

—Lento, Inés. Si no os entiendo, lejos queda el remedio—. No importaba si su mujer escuchaba o no. Ella siempre encontraba la manera de entenderle. Al revés, era otra historia. Cuando se trataba de comunicarse con señas, él tardaba en recordar los gestos menos utilizados. Su esposa juntó las yemas de los dedos en cada mano formando dos capullos a la altura de la cara, después en un movimiento rápido los dejó caer.

Ferri se reprendió por dejarla sola, sus cuñadas últimamente estaban enfocadas en ayudar a los necesitados. Se lamentó también de haber consentido en la boda de la última nana de los niños con el palafrenero. La joven, había aprendido pronto la lengua de su señora y le servía de ayuda cuando él se trababa. Consideró mandarla buscar a las estancias de casados, pero repentinamente recordó el significado.

—¡Perder! Oh, querida mía, es tanta la pena de mi corazón por veros en estos trabajos, lo que sea que esté extraviado ya veré de reponerlo.
—Una nueva señal que significaba «alto» lo mantuvo en su lugar, seguida de otras dos que conocía muy bien. Con las manos Inés hizo una especie de cueva y después simuló acunar un bebé.
—¿Se han extraviado el pequeño y la beba? —Los colores se le fueron del rostro. Un escalofrío le recorrió la espalda. Debido a gañanes como el vizconde rabo verde, la riqueza en el país se iba centralizando. Los ricos más bienes adquirían y la hambruna iba cubriendo cada vez a más pobladores. Los Tecamachalco trataban de generar fuentes de empleo, tanto así que la mitad de los servidores en el alcázar eran de nuevo ingreso. Temió que alguno hubiera raptado a los pequeños, fatídicas imágenes inundaron su mente y estaba a punto de perder la calma cuando sintió unas suaves manos rodearle la cara. Bajó la mirada y vio en la serena preocupación de Inés algo que lo calmó.
—*Esh cuchad* —dijo con su acento peculiar. Le pedía que hiciera lo que ella no podía. Una mujer inteligente en verdad.
Se tranquilizó al instante, un niño travieso y una bebé que ni siquiera podía caminar, no podían ocultarse en el silencio. Ya después averiguaría quien había dejado sola a su esposa al cuidado de los niños. Su mujer no estaba recuperada, se cansaba pronto y se quedaba dormida en los lugares más inusuales. Aguzó el oído, enfrió cabeza y empezó la búsqueda con Inés pegada a sus talones.
Sin darse cuenta se dirigió a los departamentos junto a la armería del alcázar, que tenía años sin visitar. Eran las habitaciones del padre Ignacio, donde el Lobizón, Mercedes y Josefina se criaron. Fue ahí que

conoció los placeres carnales con la nana Amada y también a Gil. Nunca fue bienvenido en aquel lugar, el cura y él jamás congeniaron.

Cuantas veces envidió a sus hermanos por contar con una figura paterna amorosa. Casi podía ver a las dos hermanas jugando en los escalones, parecían muñequitas. ¿Quién iba a pensar que Finita se volvería tan mandona? Fernando siempre puntual a sus lecciones, arrastrándolo junto con Alvar diariamente a una infinidad de deberes… y al más joven de todos… Gil, que desde sus primeros pasos no hizo otra cosa que agradar. Todo lo que decidía hacer, bien hecho terminaba. Hasta el final, había rescatado a Rosita perdiendo su vida con ello. La nostalgia lo embargó y estuvo a punto de dar media vuelta, cuando el sonido de una risa inconfundible lo retuvo.

—¿Será posible? —Subió los escalones a las dependencias encontrando la puerta entreabierta. Dudo un poco y rio de su simpleza al recordar que ya nada se lo impedía. Suspiró, al escuchar otra carcajada infantil. Su familia, jamás le iba a dar tiempo de echar panza. Para coronar todo, parecía que su propio hijo, a su corta edad, daba muestras de seguir los pasos de los demás.

Adolfo cargaba una guitarra vieja demasiado grande para su cuerpo, perteneciente a Gil, la «tocaba» y bailaba para deleite de su hermana. Se tambaleaba y reía de forma sospechosa. Tenía la boca manchada de rojo igual que la niña.

—¡Adolfo Enrique José Fernando de Vivero y Aberrucia! Os habéis bebido el licor de capulín, y sospecho que le convidasteis a vuestra hermana. ¡Poneros en calma!

La bebida de aquella cereza negra era dulce, pero con alto grado de

octanaje. Servía para la constipación, dolor muscular y la fiebre. Además de ser la medicina favorita de este borrachín que tenía por hijo. Una de las labores del finado sacerdote, era ser el curandero del lugar. Suponía que se seguía usando el departamento para preparar brebajes.

—Fito, que se está rifando una tabla y vuestro trasero tiene todos los boletos —, amenazó al ver que el chiquillo seguía con su concierto mientras su hermanita estaba a punto de quedar dormida.

El niño algo fastidiado y arrastrando las palabras, se acercó para tomarle la mano y decirle de forma paternalista:

—Papi, lo que pasa es que sois muy mandón. «A Dios también le gusta que pequemos, siempre que lo hagamos con alegría. Así puede perdonarnos alegremente» —Dijo el pilluelo repitiendo una de sus frases.

Tendría que poner cuidado en no hablar de más frente a él. El enfado y la preocupación se desvanecieron al instante y se permitió disfrutar de lo cómico de la situación. Le costó guardar la cara, que fuera gracioso no significaba que quisiera que el asunto se repitiera. De pronto, el niño se puso serio y empezó a comunicarse en lengua de signos. Inés los había alcanzado y por el rabillo del ojo notó como sus manos se movían a gran velocidad.

Le impactaba que Adolfo comprendiera tan bien. Aunque no tenía problemas para comunicarse con su mujer, su uso de los signos no era tan impresionante como el de su hijo. Cuando hubo terminado, Inés recogió a una muy dormida Berti y le echó una de esas miradas autoritarias de madre al pequeño que en un minuto había olvidado

toda rebeldía y se encontraba al punto de las lágrimas junto a él.

—Siento mucho portarme mal padre.

—Ha estado mal escaparos de vuestra madre, le habéis causado preocupación y pena.

—He sido malo, pero quería enseñarle este lugar a Berti —, dijo tratando de permanecer derecho para luego hacer pucheros y empezar a llorar. —Os quiero mucho, en serio. Eréis el mejor padre del mundo…

—Nosotros también hijo mío, pero sabéis que esto merece castigo—. Se acercó para tomarlo en brazos con intensión de seguir a Inés. El niño seguía reiterando su amor y arrepentimiento arrastrando las palabras como a cualquiera que se le pasen las copas, mientras Ferri disfrutaba de lo cómico de la situación. Hasta que…

—Papi, me siento mal —Ferri acercó su rostro con preocupación, a tiempo para recibir una descarga de frutilla fermentada justo en medio de la cara. Todavía estaba recuperándose de la sorpresa cuando con una segunda arcada, su hijo cubrió su traje de gala.

—Tened hijos, decían… Os bañaran de gozo. Extraña dicha diría yo —dijo para seguir a Inés respirando con resignación.

—Habrá que asesinarlo.

—Absurdo. El primer sospechoso seríais vos —dijo el Lobizón sin dejar de mirar atentamente al marqués.

—Pues, no he de permitir que el rabo verde se case con mi hija —

reviró Alvar.

—El nuevo virrey se aferra a respaldar a Tesifón, sin importar que, a todas luces, su amistad lo arrastre al fracaso —se removió en su asiento pues le incomodaba la atención fija que su hermano Fernando tenía en él. Parecía un lobo buscando el momento justo para atacarle.

—Si ese es el caso, es evidente que comparten un secreto; averiguarlo nos deja en ahogado[47] —se levantó intempestivamente para dirigirse al marqués quien brincó en su asiento. En el fondo de su mente sabía que no le haría daño, pero aquella mirada tan pesada le había calado en los nervios.

—Conservadlo puesto —dijo Fernando mientras le amarraba un listón rojo en la muñeca y consideraba prenderle un imperdible del mismo tono en la chaqueta. —¿Os vais a cambiar pronto? Últimamente siempre os encuentro desaliñado, mal vestido o sucio.

—Me encuentro bien Fernando, todos estos amuletos son innecesarios.

—En vuestro lugar le haría caso al Lobizón, es molesto veros en tales fachas.

Los colores le subieron a la cara al Marqués, pues no había peor insulto para él, que se enorgullecía de ser un referente de distinción. Apretó los dientes tratando de controlar su frustración al reconocer que tenían razón. Después del incidente del licor de capulín, apenas había encontrado tiempo de adecentarse, pues sus hermanos ya lo esperaban con las nuevas del Palacio Virreinal.

—¡En vuestra casa no tenéis sardina más en la ajena pedís gallina! Que no os pintáis por vuestra elegancia —reviró.

—Que puedo decir con ocho hijos. Si dos os tienen vuelto loco,

esperad a que los verdaderos problemas lleguen en doce años —concluyó Alvar para reírse a sus costillas.

El Lobizón se levantó nuevamente de su asiento y rodeó con los brazos a ambos. Estaba realmente aliviado que el aspecto de Ferri se debiera a los problemas que conllevaban la crianza. En su experiencia con sus hijos, y aunque no le gustaba mucho estrechar a las personas, había comprobado que hacerlo calmaba al momento las discusiones. Estas le incomodaban aún más que los abrazos. La sorpresa calmó los ánimos inmediatamente.

A Ferri le pareció un momento incómodo, pero extrañamente relajante. Cuando se rompió la muestra de afecto, con tranquilidad se dirigió a la pared de la biblioteca y presionó dos mecanismos secretos que abrieron una estancia oculta.

—Es hora de regresar a las andadas, por la vía legal no se ha logrado nada.

En silencio, sus hermanos le siguieron dentro para hurgar entre los mapas, libros y legajos secretos que habían sido guardados por generaciones para idear un plan.

***

Se negaba a pasar otra noche sin comer. Los moluscos que conseguía Gil iban escaseando y sus trampas no habían tenido buenos resultados en semanas. Estaba decidida a atrapar comida, el hambre le hacía

tener malos pensamientos cada vez que el cerdito se acercaba. Al final del día el animalito era una loncha de tocino andante. Sin embargo, era como un miembro de su extraña familia. Durante las largas noches en la cueva, se entretenían viendo sus gracias, comerlo, no se sentía bien.

—Deberíamos llamarle Bigote, Peineta o Taquito —le había sugerido a Gil una noche.

—Madre del cielo, muerto antes de llamarlo Taquito, el hambre ya es mucha para andar relacionándolo con comida. Yo prefiero algo más tradicional como Duque o Sansón.

Así que para evitar tentaciones Rosaura se concentró en atrapar algo. Era una lástima que solo supiera hacer trampas de lazo que únicamente apresaban a animales pequeños, que aparte escaseaban. Se daba ánimos pensando que las matemáticas no fallaban. Cada trampa tenía una posibilidad en diez de tener éxito. Si ponía una docena, en teoría no les debería faltar que comer, pero hasta ahora no les había funcionado. No tuvo otra opción que fabricar más artefactos. Se preguntaba si con cuarenta bastaría. Miró hacia la playa buscando a Gil esperando que hubiera tenido suerte con su cacería y no trajera algas o moluscos. Estaba en eso cuando vio algo moverse en el horizonte, un manchón en movimiento. ¿Sería una ballena?

—Un galeón —murmuró temiendo que su voz espantara al navío. —¡Gil! —Gritó a todo pulmón. Chilló varias veces conmocionada y sin pensarlo abandonó su tarea para bajar a toda velocidad a la playa. Tenía que avisarle pronto a Gil, la emoción la embargaba haciéndole girar la cabeza, ¡saldrían de ahí!

Iba a mitad de camino cuando divisó al mulato corriendo a su encuentro.

—Un barco, ¡estamos salvados! —Para su sorpresa sin decir palabra, Gil la aferró del brazo y la jaló nuevamente colina arriba a toda velocidad. Cuando llegó al claro junto a la cueva, apagó la fogata y trató de cubrir cualquier indicio de su estancia.

—Ayudadme a cubrir de hojas la entrada de la cueva, ¡pronto!

—Es un galeón español, miradlo. Estamos salvados.

—Haríais bien en observarlo vos. ¿No lo reconocéis?

Rosaura miró de nuevo y la decepción le golpeó el estómago al notar la mesana partida y el mascarón de proa dañado. Desde aquella distancia le era imposible leer el nombre del barco, y a pesar de la bandera neutra supo de quien se trataba.

—Lussan —dijo con voz quebrada al reconocer el galeón español que el maldito había secuestrado para el asalto de Veracruz. Frunció el ceño al notar que lo había rebautizado como *El Oriflamme*[48].

—Nuestra mala suerte no se interrumpe, es como un péndulo que va y viene. De todas las islas, teníamos que estar en la de él—. Sin decir más, vació el agua de la cubeta en la tierra y con el lodo empezó a embadurnar a Rosaura. Cuando estuvo satisfecho con el resultado continuó consigo mismo.

—Camuflaje, ellos tienen catalejos. Un marinero que se precie estudia la isla para prevenir cualquier peligro. Manteneos agachada, ¡sigo sin dar crédito a nuestra desventura!

Que podía decir, a ella le pasaba lo mismo. Todavía se sentía un poco descolocada. De la euforia por verse salvada, había pasado a la

desesperación de mantenerse con vida. Sacudió la cabeza para alejar los temores y siguió las instrucciones de Gil quien apenas y le hacía caso concentrado como estaba en proteger el lugar. Esperaban que no hubieran notado el humo de la hoguera que recién habían apagado. Desde lo alto tenían una vista perfecta de lo que ocurría con el navío que se acercaba a la isla a una velocidad sorprendente. Pronto vieron cómo se llenaban de marineros dos lanchas con la clara intención de desembarcar en las playas.

—No creo que noten nuestro bote, lleva tanto tiempo sin usarse que la maleza cubre las plantas que usé para ocultarlo. Cruza los dedos para que no se den cuenta de nuestra presencia.

Rosaura se acomodó en su lugar y el sonido del tronar de la ramita que tenía en la mano la angustió.

—¡Las trampas!

Gil apretó los labios, ahí quedaba su plan de pasar desapercibidos. Las habían colocado por toda la isla con esperanza de comer. Solo podía rezar para que no se toparan con ninguna. La llegada de los franceses les representaba dos peligros; el primero y más obvio, que los atraparan. Lussan no se caracterizaba por su buen corazón, la tragedia en el Puerto de Veracruz lo atestiguaba. El segundo, la comida. Llevaban semanas sufriendo de escasez y aquellos marinos iban dispuestos a pelar el lugar para abastecerse de provisiones frescas.

Los intrusos no tardaron en poner pie en la playa. Sin dudas conocían la isla, pues apenas al llegar y sin cruzar palabra se dividieron en dos partes. Unos llevaban toneles que seguramente llenarían en una poza que se encontraba al otro extremo del atolón. Los demás, se dirigieron

al norte. Este grupo le llamó la atención ya que, al observarlos con detenimiento, notó que la mayoría usaba ropa desaliñada y sucia. Iban escoltados por lo que parecían tres marineros armados.

—Esconderos, tengo un presentimiento.

—¡No os marchéis!

—Debo hacerlo gordita, no podremos salir de la isla con ellos, pero debemos hacer lo posible para aprovechar su llegada—, le dijo suavemente sonriendo con la mirada tratando de infundirle confianza.

—¿Cómo?

—Eso todavía no lo sé, pero voy a averiguarlo.

Le dio un rápido beso y se alejó con rapidez. Rosaura entró a la cueva cubriendo lo mejor que pudo desde adentro, sin embargo, empezó a sentir los efectos del encierro con un ataque de pánico. Se sorprendió al notar que era el primero que la asaltaba desde su llegada a la isla. El tiempo perdió todo sentido, pasó lo que le pareció una hora, pero comprobó que solo habían transcurrido unos minutos al ver que las sombras que se proyectaban por unas fisuras apenas se habían movido.

Le aterrorizaba no estar al tanto de lo que sucedía más allá de las paredes de la cueva y en cada ruido le parecía oír a un malandrín asechando a punto de descubrirla. Lo cual era probable debido a que en ese inoportuno momento el jabato había decidido ponerse a gruñir desesperado por salir. Trató de calmarlo con lo poco de comida que les quedaba sin éxito. Percatándose que, si era descubierta no tendría donde huir, tomó al cerdo y se dispuso a abandonar el lugar para esconderse afuera lo mejor que pudiera.

Gil estaba agazapado en una roca de la cual le era posible espiar a la comitiva. Trataba de recuperar el aliento, pues para seguir a los visitantes había tenido que recorrer el doble de distancia para permanecer oculto a las miradas. Todavía no podía creer lo que descubrió al seguirlos, con razón no había podido encontrar el pillaje antes. Lo que creyó eran los pertrechos de algún navío, habían resultado ser un mísero señuelo. El escondite real se encontraba muy alejado de donde había creído y era de difícil acceso. No veía la hora de verlos partir de la isla para contarle a Rosaura.

Los siete hombres que parecían ser prisioneros, movieron una losa que en un principio confundió con la montaña. El esfuerzo fue tremendo, y al final incluso los escoltas tuvieron que echar una mano. En seguida entraron a la cueva dejando solamente a un centinela. Tardaron largo rato y estaba a punto de desesperarse cuando salieron cargando unos enormes bultos. El suceso se repitió varias veces hasta que los guardias consideraron que era suficiente. El proceso de sellar el lugar fue igual de dificultoso, pero la mirada de Gil estaba en las bolsas. Estaban bien cerradas y a pesar de sus esfuerzos no pudo adivinar su contenido.

Ya de vuelta en la playa, la noche estaba a punto de caer. Después de una ardua jornada, el cortejo ya había cargado todo en los botes. Una tercera lancha, que no había visto antes, respaldaba los disparos que se habían escuchado durante el día. Estaba llena de animales, pencas de plátano verde, frutos varios y toneles de agua. Le sorprendió ver a Lussan sentado en una roca supervisando el trabajo de forma aburrida,

debía haber arribado durante la tarde.

Parecía que llevaban prisa, ya que la mayoría de los marineros que se dedicaron a cazar y a recolectar comida, zarparon en un viaje con las lanchas hundidas al máximo por su pesado cargamento. Los que quedaron siguieron las órdenes del capitán y formaron una fila mientras Lussan extraía agua de un recipiente y los miraba pensativo. Los pobres desarrapados solo tenían ojos para el vital líquido, lo mismo que él. No habían bebido ni una gota durante aquel abrazador día, y a juzgar por sus cuerpos estaban igual de hambrientos.

—*¿Voulez—vous de l'eau*[49]*?*

El desgraciado a quien le hablaba dudo un poco en acercársele, pero la sed lo animó. Para su sorpresa Lussan le disparó arrebatándole la vida con una pistola corta justo antes de que pudiera beber un sorbo. Sacó otra arma que tenía lista en el cinturón para repetir la hazaña seguido por sus compinches. Pronto quedó un solo desdichado aguardando su destino, el capitán decidió tomarse algún tiempo con él, apuntándole sonriente a la cabeza mientras le dirigía unas palabras que Gil no pudo escuchar debido a la distancia y el viento. Esperó ver al hombre caer, nada. El francés maldecía y revisaba el cañón que al parecer se había encasquillado, lo que permitió al prisionero escapar en la confusión. Gil sintió un enorme alivio al notar que al menos uno se había salvado de tan cruel suerte, hasta que se dio cuenta que se encaminaba directo a la cueva.

Lussan aburrido ordenó al hombre más fornido que terminara el trabajo, quien sin dudar, arrancó a perseguirlo. La desesperación lo embargó, tenía que llegar con Rosaura para asegurarse que

permaneciera a salvo, pero era imposible hacerlo a tiempo. Desde su punto de observación se encontraba al doble de distancia que los intrusos. Lleno de pánico, corrió sin que los ramalazos o las rocas le importaran, si se acercaban a la cueva no había forma que la pasaran por alto, empuñó su machete dispuesto a lo que fuera.

Rosaura escuchó a lo lejos el sonido de varios disparos lo que provocaron un sinfín de imágenes que implicaban diferentes formas en las que Gil terminaba muerto. Trató de calmarse, pues anteriormente se habían escuchado otros que correspondían a una partida de caza. Sacó su rosario de palitos y empezó a rogar en silencio por el bienestar del mulato. Estaba muy molesta que en una situación como aquella la hubiera abandonado todo el día, y buscaba razones para enojarse aún más. Pues si no lo hacía, podría empezar a hundirse en la angustia que le hubiera pasado algo. De pronto una detonación tronó cerca de donde se encontraba escondida provocándole un sobresalto, estaba tan tensa y con la mandíbula tan apretada que a pesar de la sorpresa no emitió ni un murmullo.

—*¡Arrêter miserable!*[50]

Un hombre apareció en su campo de visión, la desesperación en su rostro era visible mientras buscaba sin encontrar una salida. Rosaura estuvo a punto de decirle que se escondiera en la cueva, pues el único camino que había era por el que había llegado. Sin embargo, no tuvo tiempo. Pronto, un marinero corpulento llegó al claro y sin considerarlo mucho lo golpeó con fuerza con el mosquetón que

llevaba. Aun habiendo disparado su única carga, era un arma formidable, de un porrazo le rompió la quijada a su contrincante. El desgraciado algo mareado se incorporó y corrió nuevamente solo para encontrarse con el despeñadero.

—*¡Pour l'amour de Dieu!* —Rogó torpemente el infeliz con la boca sangrante, sabiendo que su destino estaba sellado. El hombretón lo agarró por los brazos alzándolo sobre su cabeza. Sin embargo, el pobre hombre reunió sus últimas fuerzas para maldecirlo: —*Mes derniers motssont pour te promettre une fin comme la mienne*[51].

—¡*Voler petit pigeon!* [52]—dijo arrojándolo sin miramientos.

A Rosaura se le enchinó la piel por no escuchar un solo grito del hombre al caer. Únicamente el sonido sordo del cuerpo al chocar contra las rocas.

El hombre grande se acercó al borde para confirmar la muerte y dio un paso atrás para volver sobre sus pasos cuando una polea se soltó y una rama le golpeó el rostro. Rosaura contuvo el aliento esperando que no reconociera la trampilla que había activado. Sin embargo, era mucho pedir. El francés escaneaba el área en busca de pistas que lo llevaran al creador del artefacto. El cerdito no aguantó la tensión y chilló atrayendo la mirada del maleante. Rápidamente este se abalanzó a los arbustos para atrapar al jabato cayendo a unos centímetros de ella. Al principio la miró con sorpresa, pero no había vuelta de hoja, la había descubierto.

Rápidamente soltó al animal para agarrarla por el brazo y sacarla de su escondite. Al principio Rosaura no hizo nada, pues sintió como la conmoción la envolvía. Las caras de Pedro, Jeireddín y todos los otros

abusadores se reflejaban en la de ese miserable francés.

—*Quelle surprise, une petite femme. ¡Trés laid, mais ce sera pour le plaisir*[53]*!*

La risa de aquel ser horrible, que le llamara fea y pretendiera levantarle el jubón para ver que tenía debajo, la regresaron de su desmayo. Como pudo empezó a defenderse, lo pateó y mordió hasta que el hombre cansado y lanzando una maldición le dio un guantazo que casi le hace perder el sentido. Levantó el brazo para protegerse de otro golpe que jamás llegó. Para su sorpresa Gil había aparecido para golpearlo con el mismo escopetón que yacía en el suelo, pero al contrario que el desgraciado en el fondo de la barranca, el marinero seguía con fuerza para pelear.

Gil tenía todas las de perder, la falta de comida había hecho estragos en su cuerpo y se encontraba en clara desventaja, aunque no se daba por vencido. Levantó el machete para embestirlo como última opción, pues su sentido del honor le impedía atacar a un hombre desarmado, craso error. Con facilidad el francés le arrebató el cuchillo y desdeñándolo lo arrojo por la pendiente. La pelea los llevó de nuevo al peligroso borde y fue cuando Rosaura temió por la vida de Gil. Peleaba valientemente, pero comprendió que a pesar que lograba asestar bastantes golpes, estos apenas hacían mella en el gigante. No supo en que momento sucedió, de repente se vio golpeando con una roca la cabeza del enemigo, y estaba a punto de darle otro porrazo cuando Gil lo empujó y terminó por caer en medio de un alarido junto a su víctima abajo sobre los peñascos.

No tuvo tiempo de recuperarse de la sorpresa pues Gil la jaló para

esconderla nuevamente en los arbustos mientras se llevaba un dedo a los labios para evitar que hablara. Estaba a punto de protestar cuando un tercer francés apareció en el claro. Tenía una mirada inteligente y pareció entender lo que había ocurrido cuando recogió el escopetón. Se asomó por la pendiente y contrario a lo esperado sonrió.

—*Crétins* —dijo sin mayor emoción dándose la vuelta para regresar a la playa. Fue entonces que el jabato que tanto habían cuidado se acercó a olisquearle la bota. El pobre acostumbrado a la compañía humana, no apreció el peligro.

—*¡Aller, aller! Un jour de chance*[54] —dijo mientras cargaba al animal acariciándole el lomo. Caminó lentamente sobre sus pasos, Rosaura todavía tenía esperanza que soltara al cerdito hasta que un chillido les avisó que el francés había dejado de jugar con él, enterrándole un cuchillo.

No se movieron hasta bien entrada la noche, y aun entonces pasaron frío por miedo a que el humo descubriera su escondite. Habían tenido suerte que todo ese embrollo pasara con la media luz del ocaso. Con más claridad, seguramente habrían notado su cueva.

Escondidos hablaron poco y bajito. Gil la abrazó y a pesar del lodo, el sudor y la sangre seca se relajó y se sintió protegida. —Regresarán pronto, para entonces os prometo que estaremos mejor preparados.

Rosaura esperaba que fuera cierto. El destino era implacable y lo había visto desarrollarse esa misma tarde en tres ocasiones.

Un cerdito estaba predestinado a ser comido, y los aromas que llegaban de lejos atestiguaban lo que le había sucedido a su mascota. La maldición de un hombre justo, se cumplía tarde o temprano, en el

caso del francés, fue cobrada unos minutos después de enunciada.

¿Estaban predestinados a sobrevivir aquellas calamidades? Las oportunidades disminuían cada vez. Se apretujó más contra Gil y le dio un beso en algún lugar del brazo. ¿Qué importaban las leyes sociales o las de la iglesia en un sitio como ese?

—Duerme, hay mucho por hacer. Peligro como hoy no volveremos a pasar. No dejaré que mi estupidez os ponga en riesgo nuevamente—. Rosaura sintió el cuerpo del mulato estremecerse, lo que por una razón absurda la calmó.

—Descansad Tordo. Yo tampoco he de permitir que ningún mal os aqueje —alzó la cara para darle un beso profundo y sentido. Se miraron largamente y aceptaron lo que habían estado negando.

La última muestra del destino era aquel hombre. No importaba que estuviera casada con otro ni las tragedias que pasara antes de reencontrarlo, no le cabía duda que estaban predestinados. Lo amaba, aunque no se lo hubiera aclarado. Estaba segura que, contra todo pronóstico, él sentía lo mismo por ella.

Capítulo 9

Has de amarrar solo lo que pretendéis desatar

Una semana después.

Su primer recuerdo fue abrir los ojos dentro de la gran fuente del patio principal en la casa de sus padres, imaginando la vida en total libertad y sin ataduras como animal submarino. Claro que a esa tierna edad no comprendía los azares en la existencia de un pez. Por ende, aprovechaba cualquier oportunidad para zambullirse en algún lago, charco o pileta sin tomar en consideración a su madre quien fue incapaz de encontrar algo noble en aquella afición. La pobre mujer no escatimó esfuerzos y castigos para quitarle la manía, lo que casi logró. Sin embargo, olvidó calcular que, en las visitas al alcázar de Tecamachalco, mientras los adultos estaban concentrados en emparejar a Josefina con Fernando, ella había encontrado a un compañero de juegos en Gil y la posibilidad de continuar con sus aventuras acuáticas.

Desde pequeña siempre le había fascinado el agua.

Acostada en esa cueva, la vista que tenía del mar la relajaba con su hermosura. Sin embargo, no se engañaba pues había sufrido sus peligros. El agua ya no era el sitio mágico que creía en su infancia y a los peces se los comía otro más grande. Estaba harta de aventuras, de

estar mojada y de la zozobra. El sentido de bienestar del que disfrutó al pisar tierra firme, se había perdido. Aquella magnifica masa azul ahora significaba, incertidumbre, peligro y sufrimiento. Pronto surcarían otros hombres y esta vez, no tendrían tanta suerte. El miedo la envolvió nuevamente quitándole la fuerza para luchar. Apenas tenían energía para encontrar comida, Gil no podría defenderla de un ataque y ella no tendría la fortaleza de verlo morir o de caer en grilletes. Estaba decidida a no pasar por otra experiencia similar, aunque sus últimas fuerzas fueran para aventarse por la cañada.

Giró la cabeza con sobresalto al escuchar pasos en la entrada de la cueva y se regañó mentalmente por ello. A pesar que eran los únicos habitantes de la isla, persistía en ella la sensación que un intruso aparecería de repente. Observó a Gil que llevaba unos cuantos moluscos en un cuenco y unas raíces de yuca en la mano. Era preocupante la cantidad de peso que había perdido, se parecía poco al capitán de *El Peregrina*.

—Mujer de poca fe.

—Dejad de leerme el pensamiento.

—Pues desistid en decir tanto con los ojos. No es halagador que os sobresaltéis de miedo con cualquier ruido para después observarme como a un chico tullido —completó tratando de sonar alegre. Él tampoco se sentía seguro en la cueva desde que fueran descubiertos tan fácilmente por el hombre de Lussan. Además, no era sencillo encontrar comida en esa parte de la isla. Seguían ahí, simplemente porque les faltaba fuerza para buscar otro lugar.

—Comed esto mientras las raíces se ablandan —continuó poniendo las

yucas junto a la hoguera.

Todas las noches dormía abrazado a Rosaura, y a pesar de no haberse prometido amor, sabía que era correspondido. La intensidad de sus emociones lo sobrecogía y le dolía verla tan demacrada. Esa era la única motivación que lo obligaba a levantarse cada mañana para conseguir agua y alimento. Sin ella, seguramente ya habría languidecido.

—¿Las trampas?

—Nada, no tengo idea donde han ido a parar los animalejos. Debí insistir en acompañar a mis hermanos en sus cacerías. Creo que nuestro olor los ha alejado de la zona.

—El padre Ignacio jamás habría accedido. Deseaba veros prometido al señor.

—Ninguno de los dos ha sentido el llamado de la iglesia —concluyó pensando que a pesar de su educación y creencias, seguramente ya habría roto el noveno mandamiento[55] si no estuviera tan débil. Observó con preocupación los ojos hundidos de Rosaura y le acercó la segunda raíz asada.

—Comed. Mañana debéis acompañadme a la cueva de Lussan. Necesito de vuestra ayuda para abrirla, estoy convencido que en ella encontraremos la solución a nuestras penas. Ya veréis como podremos cazar para recuperar las fuerzas y nos moveremos de este lugar. Os prometo que todo mejorará.

Rosaura acercó el tubérculo a su boca para darle un mordisco pues le faltaba energía para debatir. No compartía aquella ilusión y creía que eran inútiles sus esfuerzos. Sin embargo, no tenía corazón para

romperle la esperanza a Gil. La yuca empezó a revolverle el estómago ya que se había acostumbrado a la falta de comida. Consciente del esfuerzo que se requirió para ponerla junto a ella, se obligó a terminarla. Las estrellas empezaron a salpicar el firmamento y se acurrucó contra el pecho del mulato antes de cerrar los ojos.

Por su parte él no podía conciliar el sueño. El siguiente día sería decisivo, movería aquella pesada losa y rezaba por encontrar algo que los ayudara a continuar. Si no, regresaría a la cueva y esperaría que todo aquello terminara de la manera más tranquila. El sonido de la respiración de Rosaura le indicó que todavía no estaba dormida, así que inicio una oración con la esperanza que ella se le uniera. Con gran pesar admitió para sí mismo que no sabía si pedía por su salud, por el éxito de su nueva empresa o por el pronto descanso de sus almas.

—Henos aquí. —Anunció Gil apenas con un suspiro, estaba completamente extenuado. El camino había sido arduo y no dejó dudas de lo deteriorados que se encontraban sus cuerpos. Habían salido muy temprano por la mañana y ya el sol se hallaba justo arriba de sus cabezas. Abatido recordó que semanas antes, había hecho el trayecto en un tercio del tiempo. Rosaura seguía débil y fue necesario hacer varias paradas. Incluso tuvo la necesidad de llevarla a cuestas durante un tramo a pesar que él no se encontraba en mejor condición. Tenía ganas de tirarse bajo un árbol y quedarse dormido.

La losa a la que se enfrentaba le parecía aún más enorme y pesada de lo que había sido en su memoria. Desalentado, trató de recuperar algo

de aliento mientras se sentaba bajo una sombra y rebuscaba en su deshilachado morral. Estaba muy estropeado, pero le tenía cariño pues siempre lo acompañaba en sus recorridos. Sacó el machete y abrió un coco que por suerte habían encontrado en el camino. El líquido y la pulpa fueron insuficientes y los dejó sedientos, pero no tenía fuerzas para buscar nada más. Se sentía derrotado, la poca determinación que había reunido para llevar a cabo la tarea, se había esfumado al ver de nuevo el monolito.

Hinchó el pecho y trató de aparentar confianza, no quería romper la esperanza de Rosaura. Aunque, tenía la sospecha que ella no había caído en su engaño y que fingía una sonrisa para protegerlo de igual manera.

—«Me habría muerto de hambre si hubiese elegido la actuación como profesión… ¡Ostras! Parece que uno no escapa al destino»—, pensó mientras esbozaba una triste sonrisa cuando cayó en cuenta de su negro humor. Se reprendió por abrazar la derrota incluso antes de iniciar la pelea y casi pudo sentir la mirada de decepción de su hermano el marqués. Se levantó y decidió luchar hasta el último aliento y no en sentido figurado. Tenía que haber armas y herramientas ahí dentro.

—Es hora de dar crédito a mis palabras y ponerme a trabajar. Esa losa se mueve hoy, se la he sentenciado.

Se levantaron dispuestos a la labor, cuando percibió los pasos inestables de Rosaura.

—¡Esperad! Quedaos a la sombra, ya os avisaré si os necesito. Tratad de reponer las fuerzas y os suplico que no me contrariéis, en vuestro

estado podéis causar un revés.

Rosaura estuvo de acuerdo de mala gana. Sin embargo, tuvo que admitir que le costaba mantenerse en pie y estaba agotada por el viaje. Se recargó en el árbol donde habían descansado mientras se dedicó a observar a Gil afanándose en mover el peñón. No pudo más que admirar la decisión con la que había emprendido la faena, junto con la variedad de métodos que probaba para conseguirlo, lástima que ninguno parecía darle resultado.

Al principio rodó una enorme piedra que utilizó como base para formar una palanca. Luego insertó una viga en la parte baja de la losa y cargó con fuerza en el otro extremo, dándole aire de subibaja. Al notar que no era suficiente, buscó algo que pudiera servir de lastre para aumentar la potencia con la única ganancia de romper varios maderos. Después se trepó hasta arriba de la roca y trató de insertar postes entre esta y la pared de la montaña con la idea de separarla lo bastante para que cayera por su propio peso. Recurrió a cuerdas, cuñas, palos y piedras sin éxito.

Desde su lugar Rosaura lo miraba preocupada, aunque con las horas se fue distrayendo y empezó a escudriñar su alrededor. Mentiría si no aceptara que disfrutaba de una parte de la isla donde no solía ir. Un gruñido volvió su atención a Gil que en ese momento volvía a estar trepado en lo alto de la cueva. Había logrado clavar un madero entre la roca y la pared de la colina y jalaba con fuerza tratando de separarlas. Sentía un poco de pena, no creía que ese método surtiera efecto. Sin embargo, calculó el campo de caída del monolito para no cruzarlo en caso que tuviera éxito. El crujido de la madera romperse

no le sorprendió.

—¡Rabia mala! ¡Pido al Creador que me lleve un rayo, pues quiero ajustar cuentas con él que tan infame suerte me manda!

Rosaura se santiguó por la maldición, aunque no se sorprendió. Conocía a aquel hombre desde la infancia y sabía que era mejor quitarse del camino si se empecinaba en algo. La frustración, el hambre y la comprensión que iba a fracasar habían sacado lo peor en él. Sacó su rosario de palitos y empezó a orar para que no se le tuviera en cuenta tal blasfemia. Al cabo de un rato, volvió a preocuparse cuando notó los labios reventados del mulato.

—Venid, bebed un poco de agua —le llamó. Debía de estar sediento, el sol pegaba de lleno y sudaba copiosamente.

—En cuanto mueva esta endemoniada roca.

Aburrida y un tanto frustrada, decidió explorar un poco. Se sentía débil, pero el inconfundible sonido de una corriente le infundió fuerza y la atrajo a un arroyo relativamente cercano. Se alegró al encontrar algo de suerte en forma de un ojo de agua dulce. Sin dudarlo remojó la cabeza y bebió hasta saciar su sed. Más animada rellenó su bule para llevárselo a Gil cuando un extraño matorral llamó su atención. Era como una pequeña cruza entre un nopal y un sauce llorón.

—No puede ser —pensó al notar una especie de tunas con escamas de color rosa encendido. Tomó una, la partió y se la llevó a la boca. —¡Pitahayas!

Con la ayuda de su jubón recogió tantas como le fue posible y regresó al lado de Gil para compartir su botín con el mejor ánimo que había sentido en semanas. Tal vez, él tenía razón y se habían aferrado a vivir

al otro extremo de la isla. El sonido de unos golpes huecos le hicieron apurar el paso. Sintió curiosidad en ver la nueva técnica que estaría usando el mulato para abrir la cueva.

Le impresionó verlo al lado de la losa martillando unas afiladas lajas con la intensión de fisurar la piedra con la esperanza de que se partiese a la mitad. Estaba muy delgado y no creía que fuera a salir ileso de aquel colosal esfuerzo.

—¡Por San Pedro mujer, que se os cae la losa encima!

Imposible, pensó viendo como a pesar de la extenuación del mulato la roca no había dado señales de resquebrajarse ni un centímetro y mucho menos de romperse para caer. Estaba por anochecer y parecía que todo el trabajo del día no serviría de nada.

—Os traigo agua y frutos. ¿Habéis probado las pitahayas? —No estaba dispuesta a discutir por una esperanza tan vana, sería cruel después del esfuerzo que había atestiguado.

El mulato, decepcionado por la falta de logros a pesar del empeño, llegó rápidamente a su lado al pensar en comida y se sentó junto a Rosa para beber casi la totalidad del bule. Se quedaron en silencio un buen rato cada uno sumido en sus propios pensamientos. Gil sabiendo que, al darse por vencido, los sentenciaba a una pena de muerte y Rosaura más optimista al ver que no todo en la isla era la parte sur y la grieta que habían llamado hogar.

—Hoy nos quedaremos aquí, no tengo fuerzas para regresar. Podemos hacer una fogata con todos los maderos rotos que ha causado esa maldita losa.

Rosaura estuvo de acuerdo. No sabía por qué, pero desde el asunto de

Lussan, no se sentía bien en la pequeña cueva junto al despeñadero. Ni que hablar de su debilidad creciente que la obligaba a pasar largas horas en el sitio, un cambio siempre era agradecido.

—Bien, hay agua cerca y más frutos como estos —dijo mientras empezaban a instalar un «campamento» colocando la raída lona junto a un circulo de piedras donde pronto ardería la hoguera. Por fuerza de la costumbre, siguieron su ritual de siempre donde cada quien realizaba armoniosamente una tarea. En un momento se encontraron sentados observando las flamas que reflejaban extraños diseños en la pesada roca frente a ellos.

—Jamás podréis moverla.

—Lo sé. Era mi última esperanza. Os he fallado miserablemente — ambos sabían lo que aquello implicaba. Ella apenas podía caminar y él pronto estaría en la misma situación.

—Seréis raro, no me siento decepcionada —se arrebujó contra él y le dio la mitad de la pitahaya que quedaba. —Las más dulces salidas llegan con la cabeza fría, la barriga llena y ocupándose en el ocio. Dadme un beso.

Gil la envolvió en sus brazos y le dio toda su alma en aquel gesto. Se odiaba por no haberse casado con ella años atrás y por ser tan ciego. Al terminar la abrazó tiernamente reprendiéndose también por no haber consumado su amor cuando su cuerpo todavía era capaz de ello. Había perdido mucho al afanarse en buscar riqueza y títulos. Decidió que era hora de pedir perdón, no solo por la situación en la que se encontraban, si no por el sufrimiento que le causó cuando la dejó a su suerte para casarse con un malnacido. Tratando de reprimir las

lágrimas aclaró su garganta y buscó las frases adecuadas para sincerarse.

—Rosaura, os digo con el alma, que me reprendo diariamente por no valoraros cuando regresé a Tecamachalco. Me sumergí en un estúpido orgullo y me cegué con rencor. Jamás debí haceros pagar por ello, huir fue el peor error de mi vida. No solo pude evitaros grandes penas, además me perdí en una existencia pagana —dijo aclarándose la garganta tratando de deshacer el nudo que lo ahogaba. —Me tortura pensar en la familia que pudimos haber formado y no tengo cara ni perdón pues os vuelvo a fallar ahora. Pido al cielo que…

—El problema no es mover la roca, ¿habéis pensado en pasar bajo ella? —Lo interrumpió Rosaura. La miró molesto al ser interrumpido mientras abría su corazón, pero la idea de cavar un túnel pronto acaparó su atención. Tomó uno de los leños que estaban en la hoguera y comprobó que la punta se hubiera endurecido con el fuego. Sin perder un momento se dirigió hacia la losa y se sorprendió al notar que la porción de tierra más pegada a la pared de la montaña no estaba tan comprimida como la del frente y se removía con relativa sencillez.

Olvidando el cansancio siguió golpeando la tierra para aflojarla a pesar de las protestas de Rosaura, quien estaba agotada por un día tan lleno de eventos. La joven pronto se durmió con el rítmico golpeteo y con el dulce de la fruta en la boca. Hasta ese momento, no se había dado cuenta cuanto ansiaba tal sabor.

Un peso muerto sobre su pecho le dificultaba la respiración. Rosaura

abrió los ojos y tardó un momento en darse cuenta donde estaba. Un gritito de espanto se convirtió en sorpresa al reconocer en aquel animal hediondo a Gil que descansaba su brazo sobre ella. Se encontraba cubierto en sudor y tierra. Colocó su mano para comprobar que seguía respirando y con alivio se incorporó cuidando no despertarlo. Echó otro tronco en la lumbre y decidió cocer las cáscaras de la pitahaya. Su hermana Josefina la preparaba con frecuencia pues decía que fortalecía a los niños y evitaba las anemias. No sabía si era por los meses sin probar azúcar o porque los frutos en realidad estaban dulces que creía que no le haría falta miel. Tomó la cubeta que, en ocasiones, servía de olla y se encaminó al arroyuelo.

—¡Rosaura! —Escuchó pasado un rato cuando acababa de emprender el camino de regreso.

La voz de Gil sonaba ronca y los gritos la inquietaron un poco menos que verlo en aquella facha corriendo a su encuentro. Se sobresaltó al notar que se acercaba y a pesar de no sentir peligro, le arrojó el contenido del balde parando en seco a un sorprendido mulato.

—Lo siento, pero me habéis asustado —Gil no movió ni un solo músculo asombrado a su vez. Su silencio no hizo nada para aliviar la incomodidad de la joven. —Hueles mal y pareces chimpancé. Os llevaba algo de agua para beber, aunque ahora veo que es mejor asearos. Mostrado queda que una cubeta no bastará.

—¡Calla mujer, ¡qué he entrado a la cueva! Aunque estaba tan oscuro que no he podido ver nada. Debemos conseguir una luz… sin embargo, no sé si meter una antorcha sea sensato. Podría haber

pólvora dentro…

A Rosaura le alegraba verlo tan animado atropellando sus palabras así que lo interrumpió, le tomó la cara y le dio un profundo beso.

—Pensé que apestaba y parecía un primate.

—Cierto, pero sigues siendo la persona a quien amo. Venid, es tiempo de victoria y no quiero apresurarme a que nuestro humor cambie si no encuentras lo que deseas. ¿No podríamos posponerlo un poquito?

Gil estaba desesperado por ver el botín, pero comprendió lo que le pedía. Hacía mucho que no sentían esperanza y era un platillo que querían disfrutar. Así que se bañaron en un estanque que formaba el riachuelo y jugaron como cuando eran niños en la fuente del alcázar. Rosaura se sorprendió al sentir que la depresión en la que estaba sumida se diluía con la mugre de su ropa, al tiempo que volvía a descubrir su fascinación por el agua. Se demoraron disfrutando de la tranquilidad de tener una posibilidad para resolver sus problemas. Hicieron té con las cáscaras y lo bebieron mientras idean la forma más segura de iluminar la caverna.

—Tenéis razón. Lo mejor será llevar las ascuas en la cubeta. No aportará mucha luz, pero la suficiente para ver si hay explosivos.

—Apuesto a que encontraréis un poco de ropa —aventuró a adivinar Rosaura cuyos calzones[56] estaban raídos y el jubón sobre la camisa interior, antes blanca, estaba muy desgastado. El «ajuar» de Gil se encontraba peor. Simplemente, era inexistente. Iba con el torso desnudo y solo tenía unas raídas calzas.

Rosaura pensó que la espalda de Gil solía ser musculosa y le entristecía notar que ahora lo que más se destacaba eran unas pálidas

cicatrices. Pasó el dedo por la más larga mientras meditaba que ambos habían sido marcados por sus viajes.

—Espero encontrar por lo menos un arcabuz con municiones. ¡Señor, os pido algo de herramienta por favor! —Añadió mirando al cielo.

—Ollas, yo quiero cubiertos, vasos y si es posible alguna especia. Si he de pedir, lo haré bien—dijo risueña al ver el gesto de Gil.

—Creo que alcancé a percibir algunos cofres. En verdad espero que no estén llenos de oro.

La oración sonó extraña, pero la comprendía perfectamente. En su otra vida, la que tenían en la Nueva España, los dos eran groseramente ricos. Sin embargo, en ese momento, estaba segura que ambos darían todo por una hogaza de pan.

—Es hora. —Gil empezaba a temer que la cueva se encontrara vacía, llena de cofres imaginados fruto de su desesperación. Tenía miedo de lo que le esperaba, pero no podía postergar por más tiempo. Tomó a la joven en brazos que con tanto alboroto había agotado sus fuerzas y caminó de regreso a la fogata. La sentó en la lona y reavivó el fuego que estaba casi apagado. Permanecieron en silencio, ambos sabían lo que se jugaban. No se trataba solo de sobrevivir, tenían que prosperar y enfrentarse al enemigo pues estaban en su territorio. Alzó una plegaria más pidiendo por armas y sin darse cuenta empezó a entonar una alabanza. Rosaura se relajó al reconocerla y cerrando los ojos se recargó en su viejo amigo el tronco. La voz del mulato se fue apagando mientras se adentraba en la caverna.

Por su parte Gil, se arrastró con dificultad por el estrecho hueco estirando el brazo sobre su cabeza, tratando de iluminar el recinto con

las ascuas que había tomado de la fogata. Ya en pie adentro sintió una enorme frustración al no poder ver absolutamente nada. Estaba a punto de salir para traer una antorcha más elaborada, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra.

Rosaura quedó sentada a la espera bajo la sombra maldiciendo su debilidad. La fruta y el agua de coco le habían descompuesto el estómago. Los continuos «paseos» que hacía para aliviar el vientre y las actividades de ese día, la habían agotado. Le corría sudor frío por la frente, pero estaba resuelta a no preocuparse por Gil. Determinación que pronto se vio quebrada por su tardanza, aquel hombre no parecía estar muy al pendiente de sus inquietudes. ¿Se encontraría bien? El hoyo que había cavado era muy estrecho, ¿le habría picado algún animalejo?

Preocupada se puso en pie con la intención de ir a buscarlo. Pero, de manera extraña la cueva le dio la impresión de alejarse. Un sonido agudo dentro de su cabeza la ensordeció desorientándola, una sensación tristemente familiar. Apoyó su peso en la rama que utilizaba como bastón tratando de recuperar el control y evitar desvanecerse. Inexplicablemente se había habituado a padecer hambre y solo cuando se «apagaba» caía en cuenta de cuanto necesitaba alimento. Un movimiento en el piso llamó su atención.

—¡Un cangrejo! —Murmuró para no espantarlo despabilándose inmediatamente. —Pero, ¿qué andáis haciendo tan dentro de la isla?

Guardó silencio al notar que estaba tratando de comunicarse con su

próxima comida. Había adoptado la costumbre de hablar sola, pues el sonido de su voz le daba la impresión de estar cerca de alguien. Sacudió con fuerza la cabeza para ahuyentar el mareo y preparó su cayado para usarlo como lanza contra el animalejo. Falló el primer intento y sin rendirse persiguió al bicho para fallar dos veces más. Con la desesperación que da el hambre, lanzó por última vez el palo. Le dio igual saber que no tenía oportunidad de alcanzar a la alimaña. Para su sorpresa, un profundo gruñido brotó de entre las hierbas.

No recordaba algún cangrejo que se hubiera quejado … De pronto vio a un enorme jabalí surgir de su escondite con el cayado clavado en uno de sus costados. Desechó la ilusión de haberlo herido seriamente, cuando este se sacudió y se deshizo con facilidad del incómodo objeto. Un escalofrió recorrió su columna, cuando notó los ojos rojos de la bestia mirándola con encono. Esos animales tenían un temperamento horrible, no entendía como había considerado mantener de mascota a Taquito.

—¡Gil! —gritó sin respuesta. —¡Carlos Gilberto! —parecía que no oía. —¡Mulato!

Otro amenazador gruñido le puso el pelo de punta. Aunque, realmente entró en pánico, cuando notó que el cerdo se preparaba para atacar. Dio lentamente un paso atrás esperando que la sabandija perdiera interés. Pero cuando reparó que el animal salía a la carga en su contra, le salieron alas en los pies. Una cosa era languidecer hasta la muerte y otra ser el plato fuerte de una bestia. Corrió con toda su fuerza, pero pronto sintió un golpe en la parte trasera del muslo que le hizo perder el equilibrio y caer fuertemente en el piso. Se preparó para sentir la

primera mordida, cuando un sonido atronador la ensordeció. Un peso muerto le cayó encima enterrándole la cara en el suelo. El zumbido dentro de su cabeza regresó por la falta de aire y esta vez no pudo conservar la conciencia.

Tres meses después…

Gil observaba a distancia a Rosaura trabajar en un horno de barro. Le asombraba lo que podía hacer cuando se lo proponía desde que empezaron a comer con regularidad. La estancia en la isla seguía siendo dura, sin embargo, ahora se podría decir que prosperaban en vez de tan solo sobrevivir. Agradeció nuevamente por el arcabuz que sostenía. Sintió un escalofrío al recordar cómo la suerte había salvado la vida de la joven. Si en lugar de salir de la cueva con el arma lista para disparar lo hubiera hecho con las manos vacías, seguramente no habría sido capaz de matar al cerdo. Claro que no le guardaba rencor, fue con seguridad la carne más deliciosa que jamás había comido.
Observó con detenimiento las curvas que empezaban a reaparecer en su cuerpo, volviéndolo más femenino. Le atraían también el atractivo color rosado de sus labios y el arrebol de sus mejillas. Sonrió al notar su gesto de concentración mientras se afanaba en darle forma al hornillo. Era su tercer intento y estaba determinada a hacerlo correctamente. Planeaba construir uno grande pues además de cocinar alimentos, tenía la esperanza de hornear cacharros de barro y otros enseres. No entendía cuál era la urgencia, pero Rosaura ansiaba «empezar a comer como la gente».

Los tesoros de la cueva fueron menos de lo que esperaban, pero suficientes para vivir con la panza llena. No encontraron ni ollas, ni telas; aunque si armas, explosivos y diversos utensilios de obra. Halló también, varios cofres con oro y joyas los cuales, por el momento, no le emocionaban. Más sería un necio sino entendiera que podían serle útiles en el futuro.

Le era difícil quitar la mirada de la mujer y percibió que empezaba a incomodarla. Reprendiéndose por portarse como un adolescente, decidió alejarse del campamento. Tal vez debiera ir a la parte oeste para cazar un pato. Había visto algunos aquella mañana y sabía que las plumas harían feliz a Rosaura. Sonrió al pensar que por fin era capaz de proveer comida de forma regular, lo que aliviaba la frustración que lo había devastado en el pasado. A pesar de todo, no dejaba de ser complicado obtener víveres. Aunque, no le importaba trabajar duro si sus esfuerzos se veían recompensados.

—Ojalá pueda conseguir bastante carne—. Pensó ocupando su mente en Rosaura lo que parecía ser su nuevo pasatiempo preferido. —Recuerdo que su delantera solía ser más generosa. Creo que todavía le faltan unas cuantas cenas para recuperar su antigua figura.

Sin darse cuenta se quedó observando con fijeza aquella parte, y sintió la intensidad de la respuesta de su cuerpo.

—¡Aquietaos topeto![57] —Murmuró mientras se acomodaba las calzas. Con el alimento constante no solo había regresado la energía de trabajar o cazar. Llevaba demasiado tiempo sin compañía carnal y algunas partes de su anatomía se lo recordaban constantemente. Se reprendía duramente por ello pues tenía miedo de perder el vínculo

que había formado con Rosaura. A veces actuaban de forma amorosa e incluso romántica, más no se atrevía a brincar esa barrera. Estaba lastimada por las experiencias maritales, sin contar con las vejaciones que seguramente había sufrido durante su cautiverio. La pobre jamás hablaba al respecto, pero era claro que albergaba una grave herida en los recuerdos y él, con su burda experiencia en burdeles, no sabía cómo quitarle aquel recelo. Suspirando se incorporó para tratar de traer aquellos patos que tenía en mente.

Rosaura suspiró al ver alejarse a Gil. Las manos le temblaban y decidió suspender su trabajo. Le había visto observarla y conocía bien esa mirada. Un escalofrío la invadió, aunque era cierto que su examen no fue tan pecaminoso como los de Pedro que, a pesar de la bendición matrimonial, le provocaban náusea. Tampoco se sentía sucia ni le daban ganas de escapar. A veces cuando se acurrucaban por las noches, no podía evitar que le asaltaran recuerdos de los abusos que había sufrido por parte de los carceleros en Argel.

—Parto a las lagunas, ¿requerís algo? —Gritó Gil a la distancia antes que un peñón en el camino lo ocultara de su vista.

Era verdad que empezaba a asociar su contacto con la seguridad, la intimidad con afecto y que poco a poco dejaba de sentirse abrumada. Sin embargo, deseaba que no la mirara así. Suspiró profundamente y decidió no pensar en ello tratando de concentrarse en su tarea sin éxito.

—Id con Dios, no preciso nada. —Alcanzó a contestar al darse cuenta que el mulato seguía parado esperando una respuesta. ¿A quién engañaba? Necesitaba intensamente a ese hombre. Los abrazos castos

y los besos tiernos no colmaban sus anhelos. Por desgracia sus ansias no eran tan profundas como el miedo que tenía de las relaciones carnales.

El cielo empezaba a cubrirse con tonos rosados y la tarde a refrescar, mientras Gil añadía algunos leños al recién estrenado horno. Valoraba el trabajo bien hecho y le alegraba ver que el esfuerzo rendía frutos. Ya se disfrutaba del aroma del pato que había logrado cazar. Con satisfacción y algo de impaciencia esperaba a que estuviera a punto.

Como esperaba, Rosaura se había alegrado con la comida, aunque tal vez un poco más por las plumas. En ese momento se encontraba sorteándolas sentada junto al pequeño tendido donde dormían. Era una especie de tienda formada por la vieja y confiable lona que ya se veía gastada. Frunciendo el entrecejo decidió que debía apurarse para terminar la casa que estaba levantando. Planeaba ponerle un techo de paja además de un palenque para protegerse. Aquel tipo de construcción, que había aprendido en San Lorenzo de los Negros en Veracruz, se le antojaba el indicado para la isla. La cerca de postes los protegería de los animales nocturnos o de posibles ataques. Resolvió ir al día siguiente hasta el lado oriente a los pastizales para conseguir material para el tejado.

Mientras Gil estaba sumido en sus planes, Rosaura separaba en silencio el plumón que había obtenido del pecho y cuello pato para hacer una colchoneta. Todavía no eran suficientes, pero le ilusionaba tener alguna comodidad. Al mismo tiempo apartaba las mejores plumas para confeccionar flechas con las puntas de lanza que habían

encontrado. Un sonido de salpiqueo le hizo levantar la mirada. Sabía lo que significaba y no pudo apartar la vista de Gil que se aseaba vertiendo agua de un tonel sobre su cuerpo después de haber estado partiendo leña para cocinar. Una tortura.

El mulato jamás había tenido un día feo en su vida, ni siquiera cuando llegó a la mocedad. Pasó directamente de ser un querubín, a un muchacho atractivo. Le impactó la primera vez que lo vio de adulto y ahora no podía mirarlo sin pensar cosas pecaminosas. Tenía rasgos finos, mentón cuadrado y enormes pestañas, además de un cuerpo alto y estilizado. Los músculos en su piel canela le daban la gallardía y la presencia que se requería para comandar un barco. Como si su embeleso no fuera suficiente, sin previo aviso empezó a entonar un viejo canto pastoral que hizo todo menos causarle un efecto beatífico en el vientre. Aquella voz grave la embriagaba y al muy condenado le encantaba cantar.

Tampoco le ayudaba verlo constantemente sin camisa. El agua corría por su torso con cada palangana y le fue imposible renunciar a seguir el pequeño arroyuelo que surcaba su pecho y empapaba sus calzas sin dejar nada a la imaginación. Sus pensamientos se salieron tanto de control, que se vio obligada a interrumpir su tarea. Se reprendió en silencio por la lujuria que la golpeaba y cubrió con decisión su cara completamente avergonzada por su liviandad.

—¿Estáis bien? —La voz profunda la sorprendió cerca y sintió como aquellas enormes manos que acababa de admirar, aun frescas por el agua, se ocupaban en apartar las suyas de su rostro caliente. Estaba hecha una braza, que no hizo nada por apagarse al notar el semblante

amado a pocos centímetros de su cara.

—Explicadme si es que he perdido la razón, o simplemente me volvéis loca…

Esas palabras y el crudo deseo en la mirada de la joven, liberaron al demonio que moraba en él. Incapaz de contenerse, descartó cualquier ternura de adolescente añorando yacer con ella como mujer. Se apoderó de una de sus manos y la oprimió con fuerza contra su boca para saborear ávidamente la tierna piel. Con precaución tanteaba el camino temeroso de un súbito rechazo, pero Dios era testigo, que ansiaba besar otras partes en lugar de sus dedos. El alivio lo embargó cuando al alzar la vista, mientras su boca recorría la palma, notó que Rosaura cerraba los ojos sumiéndose en el placer. Gil exhaló un gemido, la apretó con mayor ímpetu y juntó sus labios con los de la moza. El beso se tornó ardoroso, a medida que se afanaba por adherirse más a ella; en vez de saciarse, cada vez la deseaba con más desesperación. Separó con dificultad sus labios, atento de percibir alguna duda, y se alegró al mirar su rostro arrebolado.

—Imposible saciarme de vos —dijo con voz ronca—, eréis tan bella, tan dulce... Rosaura, dejadme...

Gil asió el borde del estropeado jubón de Rosaura y se lo quitó con manos torpes. Tanteó la parte de atrás de la gastada prenda y tironeó, haciendo saltar los lazos que la mantenían en su sitio. Ella se mordió los labios y se retorció mientras la cabeza oscura de él se inclinaba sobre su torso. Sintió un calor húmedo de su boca junto con sensaciones jamás experimentadas revolviéndole las ideas. Cerró los ojos y se entregó a esa pura sensación física. Un breve resto de

vergüenza irrumpió en sus pensamientos, la desesperada conciencia de que sólo una mujer desfachatada, una cortesana, podía permitir que un hombre le hiciera tales cosas estando casada con otro. Pero no le importaba. Lo deseaba con tanta intensidad como él a ella; ahora, nada en el mundo podría separarlos. Sin embargo, cuando Gil se volvió más ambicioso y pretendió llegar hasta un lugar más íntimo para aliviar aquel anhelo creciente, el presente desapareció.

El pasado en la bodega del barco apareció ante ella de forma tan vivida, que olvidó el lugar donde se encontraba. El rostro grotesco y el aliento fétido de su carcelero remplazaron al de su bien amado, haciendo que la repulsión y el pavor de antaño la golpearan como un mazo. Las paredes de su encierro se deslizaron imposiblemente cerca. Golpeó inútilmente a su atacante. Abrió mucho los ojos debajo en la oscuridad, tratando frenéticamente de ver, y se encontró con el deseo de fallecer mientras sufría nuevamente un abuso. Sus pulmones jadearon. Necesitaba concentrarse, mantener la cabeza, pensar en la sed de venganza que se evaporaba con cada golpe de aquel patán.

El aullido que emitió al tener aquella visión fue tan desgarrador que la sacó de la inconciencia. No obstante, provocó que el sentimiento de lujuria de Gil cambiara por uno de extrema preocupación.

La sorpresa por aquel súbito ataque dio paso a la vergüenza que lo embargó cuando se dio cuenta de lo que había pasado. Se reñía por haberse dejado llevar por sus más bajos instintos a sabiendas de las dificultades de ella. Nada quedaba ya de sus mejillas arreboladas o de su mirada tentadora. Su tez lucía gris y sus ojos lo veían con una desesperación que le partió. Así que hizo lo único que se le ocurrió.

Eso a lo que recurría cuando no sabía qué hacer; la plegaria. Empezó por balbucear una de sus oraciones favoritas, que llenaron el ambiente con palabras inspiradoras y alegres. Necesitaban desesperadamente el poder de Dios para salir de aquello y asegurarse que superarían el dolor.

Los pulmones de Rosaura jadearon en busca de aire empezando a despejar sus ideas. Necesitaba concentrarse y mantener la cabeza. Se aferró a la hermosa voz de Gil que la envolvió en un manto de seguridad. Comprendió que no debía seguir reprimiendo los recuerdos y para su asombro reconoció que no podía sobrevivir si no los enfrentaba. Sintió un nudo seco en las entrañas al darse cuenta que tenía que hablar de lo ocurrido. Precisaba centrarse, conservar el control.

—¿Estáis mejor? ¿Os he ofendido?

—No. —Afirmó con contundencia contestando ambas preguntas, para luego sumirse en una larga pausa. Le faltaba fuerza para recordar las experiencias que la habían atormentado y mucha más para hablar sobre ellas. No era fácil expresar los miedos con palabras. Sin embargo, deseaba desahogarse y explicar su reacción. Su cuerpo empezó a temblar descontroladamente y solo se calmó al sentir el calor del abrazo de Gil. Cuando parecía que se quedarían en silencio, Rosaura se apartó y sacó el pato del horno, colocándolo a un lado. Habían perdido el hambre.

—No soporto ser tocada—dijo después de un largo suspiro. —Únicamente por vos —rectificó teniendo en cuenta los acontecimientos. —Aún antes de ser vendida a los otomanos. Mi

matrimonio con Pedro me cambió. El único interés de mi marido era el engendrar un heredero y al pasar del tiempo, recurrió a cualquier remedio que le sugirieran, descubría o inventaba. Nunca fue agradable la intimidad con él. Aun así, la toleraba como tantas otras mujeres. —Nuevamente, enmudeció. No encontraba la manera de ordenar las palabras. Agradeció que Gil no la presionara para continuar.

—Pronto Pedro decidió que mi infertilidad era la condena por mis pecados y me encargaba penitencia y ayuno. No paso mucho cuando iniciaron las reprimendas por no orar lo suficiente, o las acusaciones por las más diversas faltas. La prueba de mis yerros, llegaba puntualmente cada mes con mi periodo. —Sonrió con amargura. —Con esa misma escusa tomó en sus manos los correctivos, todo muy beato y muy bonito en nombre del Señor. No tardaron en llegar «las purificaciones» para ser bendecida con un niño y me acostumbré a sufrir hambre y al dolor. El muy ladino siempre estaba a punto cuando terminaba de darme una buena paliza y parecía que mis lágrimas le ayudaban a lograr su elevación. Con los años, perdió el vigor e incluso me achacaba su falta de potencia con el correspondiente castigo, que no dejaban de subir de intensidad. Las marcas de los agravios se volvieron tan visibles, que me convirtió en una reclusa para ocultar sus fechorías—. Gil recordó que le habían dicho que el vizconde no les permitía ver a Rosaura. Una crueldad en sí, pues era muy apegada a sus hermanas. —En secreto yo creía que su edad era el problema. Pero con mi experiencia en Argel y en el barco de Jeireddín, comprobé que soy estéril. De esa forma llegue a la conclusión que, si no puedo tener hijos, jamás permitiría a nadie acercarse a mí.

Se abrazó al mulato y con la cara oculta en su hombro añadió;

—Pero, estaba equivocada. He cambiado. Me he sorprendido esperando vuestro regreso, también ansío tocaros e incluso ahora he deseado… —se detuvo por un momento, vacilando. —Os deseo tan intensamente que casi me vuelvo loca con ello. Pero no puedo lograr… —cayó desamparadamente en silencio. No encontraba las palabras para explicar que, para ella, el sexo, el dolor y la culpa iban entrelazados. Que el simple acto de hacer el amor con alguien le parecía tan imposible como salir volando. El tacto de otra persona, le provocaba tales trampas en el cerebro que la llevaba a un profundo pavor.

Gil permaneció calmado durante la confesión. Si hubiera mostrado alguna reacción dramática como horror o compasión, Rosaura estaba segura que se habría largado. Sin embargo, él solo consideró la información pensativamente. Con un movimiento lleno de gracia, balanceó sus largas piernas y se deslizó fuera de su abrazo. Nuevamente acuclillado delante de ella, comenzó a acariciarle los hombros con cautela atento a cualquier señal de disgusto. Se puso rígida pero no se alejó.

—Debéis saber que vuestros agravios serán vindicados, cada golpe y lágrima se cobrará ampliamente. Lo prometo en nombre de lo más divino y lo respaldo con mi vida. —La intensidad del juramento la intimidó, no estaba acostumbrada a ver al pirata en Gil.

—Pero, hoy lo que nos apremia, es averiguar otra cosa… debéis tener alguna… fantasía —prosiguió suavemente y con cautela tratando de evitar otro ataque de pánico. Había decidido solucionar el problema

utilizando una de las frases favoritas del Doblón; «al miedo no hay que vencerlo sino convencerlo». Esperaba que hubiera algo diferente que Rosaura no hubiese experimentado y no le trajera malos recuerdos. Confiaba romper de esa manera su temor. —Imágenes o pensamientos que os inciten…

La respiración de Rosaura se tornó superficial y rápida mientras se encogía de hombros y alcanzaba el desabrochado jubón que estaba tirado a su lado. Se cubrió con pudor en tanto los remanentes de ilusiones del pasado, se arremolinaban en su mente… pensamientos obscenos, que habían dejado su cuerpo cargado de dolor en la oscuridad vacía. Sí, ella había tenido fantasías en su juventud, las había olvidado por considerarlas sueños inútiles y absurdos. Posiblemente no podría confesar tales cosas vergonzosas. Aunque dudó al ver los ojos turquesa de Gil que contenían una invitación casi irresistible.

—Os contare los míos— ofreció él. —¿Sería de vuestro agrado? —Ella asintió cautelosamente, sintiendo el calor extenderse por sus entrañas. —Fantaseo con estar desnudo ante vos y también en veros de la misma manera… —La voz de Gil era baja como lava liquida a medida que continuaba con una explicación más detallada, cuidando no excederse. Si todo salía bien ya habría tiempo de ahondar en ilusiones más encendidas.

Con lentitud él aferró los bordes de la tela del desatado jubón y lo tiró hacía un lado mientras Rosaura permitía que la descubriera nuevamente. Gil miró embelesado su torso desnudo admirando detenidamente la blancura de la tez jamás expuesta al sol. En tanto la

moza parecía estar en el mismo trance, aventurándose a tocar la piel de su pecho cubierta de abundante pelo, tan oscuro como el de su cabeza. Un sonido apreciativo salió de la garganta de ella.

—Vuestra fuerza ha regresado, me gusta.

Las yemas de los dedos de él se arriesgaron por el cuello femenino bajando por la clavícula para llegar a sus pechos y acariciar la piel caliente de estos. Instintivamente Rosaura respingó hacia atrás. Perezosamente Gil le hizo gestos para que volviera.

—Si queréis hacer el amor, cariño, me temo que no podéis evitar que os toque. Estaros quieta y contadme vuestra fantasía.

Rosaura miró fijamente al cielo que empezaba a oscurecer, después al recién fabricado horno, al pobre pato que se encontraba listo para la merienda, y a cualquier cosa para evitar la vista de las manos de Gil sobre ella.

—Yo... deseo tener el control —dijo con voz ronca ya que la garganta le había quedado repentinamente seca. —Me imagino atando a un hombre para que no pueda moverse, tocarme o dañarme... tampoco puede detenerme de hacer cualquier cosa que ambiciono.

—Muchas personas tienen esa fantasía.

La cara de Rosaura estaba obscurecida por el rubor que era una mezcla de excitación y vergüenza. Cerró los ojos, pues le daban vueltas por una poderosa y violenta sensación.

—¿Eso complace a un hombre? —preguntó insegura. Continuó frotándolo ligeramente mientras contestaba.

—No a todos y no es algo que considerara anteriormente.

—¿Confiáis en mi lo suficiente para hacer esto? —Su voz era muy

suave.

—Se requiere lealtad por ambas partes y yo estoy dispuesto a mostrar la fe que os tengo.

Rosaura lo miró fijamente esbozando una tenue sonrisa mientras tomaba decididamente los listones sueltos del jubón dejando la prenda olvidada y pensando que serían unas buenas amarras.

—Estoy lista para la primera lección —dijo cubriéndole la boca con la suya propia.

Capítulo 10

Tras buen escaldo, del agua fría se huye

En algún lugar en el Caribe, cerca de las Antillas

Día de san Anselmo de 1675

(Vigésimo primer de abril)

Diez meses después y segundo año en la isla

Recelo con cautela. —Mi capitán, un buque mercante a babor.

El aludido chasqueó la lengua fastidiado. Deseaba estar en cualquier lugar menos en su barco. Detestaba la idea de secuestrar a otra tripulación. No tenía miedo del peligro, tampoco sufría de ningún conflicto moral. Simplemente, le hastiaba la idea de enfrentarse las próximas semanas a convertir en esclavos entrenados, a base de látigo y garrote, a cualquier infeliz que pudiera atrapar. Los adiestraba, los vendía y los entregaba. ¿Con qué fin? Ya tenía dinero suficiente y no quería perder tiempo. Lo único que le importaba era encontrar al maldito Mulato, sabía que estaba vivo. Su «amigo» tenía la costumbre de salir bien librado de cualquier conflicto, ya se encargaría de romper esa racha.

Apretó las yemas de los dedos contra el catalejo tratando de distinguir la bandera… ¡española! Estaban muertos. El navío tenía que transportar alguna pista del desgraciado…

Sin embargo, no había ninguna seguridad de encontrar información. Tomó aire pues la frustración le golpeaba con fuerza y apretó los dientes ante la escaza esperanza de descubrir un rastro. Solo pudo controlar un poco su apatía, al resolver que una probabilidad era una más que las que tenía esa mañana.

—Pensándolo mejor, ¿cómo decía el Doblón? «con miedo no hay que vencerlos sino con dolor convencerlos», o algo parecido. Tampoco tengo necesidad de vivir tanto tiempo sin diversión.

Sonrió al madurar la idea que tal vez no habría necesidad de «entrenar» a nadie y se animó pensando en torturas donde no era forzoso preservar la vida.

—Esperamos vuestra orden capitán.

—Aprestaros para el ataque.

***

—Imposible. —Pensó desechando otro de sus planes. Había estado elaborando un nuevo ardid calculando la tripulación de Lussan. Debían ser alrededor de ochenta, dudaba poder atraparlos, aniquilarlos tampoco era empresa fácil. Ninguna idea que había tenido hasta ese momento le daba confianza. Lo único seguro era que debían encontrarse preparados para el próximo desembarque del francés. Por semanas se rompió la espalda cavando un foso en un lugar que consideró estratégico, además de armar diversas trampas intentando estar lo más prevenido posible. Pasó horas considerando varios planes, como nadar hasta el barco, infiltrarse en las bodegas para reclutar a

prisioneros o marinos bajo la promesa de oro y hacerse del navío. Sin embargo, le parecía que cualquier plan que se le ocurría, era menos factible que el anterior. Al terminar de darle vueltas en la cabeza, siempre decidía que las emboscadas tenían mayor posibilidad de ser útiles, así que con pala y pico en mano trabajaba sin descanso. Sin importar que sus manos reventaran de ampollas, o que siguiera dudando que aquel arduo trabajo removiendo tierra sirviera de algo. No se detendría.

La subsistencia en la isla se había vuelto más llevadera desde que terminara de construir la nueva casa, el alimento diario estuviera asegurado y, lo más importante, empezado una vida en pareja. Si era sincero consigo mismo se sentía feliz. A veces, sobre todo durante la convivencia con Rosaura, llegaba a creer que vivían en un paraíso donde nadie los juzgaba y ansiaba permanecer así. Otras, mientras contemplaba la empalizada que con tanto esfuerzo había construido, se recordaba que aquel lugar no era solamente suyo, y que las visitas de los franceses ponían en jaque sus vidas. No tardarían en regresar y si sus sospechas acerca de la joven eran ciertas, se veía urgido a fraguar un buen plan.

—Tal vez si sacrificara el galeón y asegurara un solo bote de vela… — Se rascó pensativamente la barba que empezaba a brotar pues la idea le pareció prometedora. —Si nadamos bajo el resguardo de la noche y hacemos volar la carabela por estribor, la lancha de provisiones quedaría libre… aunque, ya tendría que estar en agua antes de la explosión. No deseaba pelear con los marinos que la quisieran para escapar del desastre. Entonces, si él se infiltraba en el navío, Rosaura

sería la encargada de colocar la pólvora. Era una excelente nadadora, pero…

Cualquier plan que urdía, se rompía en pedazos al imaginar a una mujer en estado blandiendo una espada, escalando un mástil, hablando con un puñado de prisioneros o nadando a toda prisa para huir de una explosión. Inconscientemente sonrió al imaginarla con el vientre abultado moviéndose como rana boca arriba en el agua. Nada funcionaría, tenía que dejar de pensar de la manera pirata y olvidar los trucos, abordajes e incluso los motines.

Suspiró profundamente y tomó el urogallo que recién había cazado para dirigirse al campamento mientras estudiaba los árboles a su paso. ¿Qué tan difícil sería construir una barca?

Al día siguiente Rosaura vomitó nuevamente temprano por la mañana. Se había encontrado comiendo un único huevo revuelto, sentada sobre su flamante colchoneta, cuando las náuseas salieron de la nada. Apenas pudo alejarse tres pasos antes de arrojar el preciado desayuno. Los huevos eran difíciles de conseguir.

—¿Ya pasó? —Le preguntó Gil preocupado después de traerle un traste con agua para enjuagarse la boca.

—No lo sé —contestó pues no creía tenerlas todas consigo. —Un poco mejor ahora. Debió estar algo podrido. —Arrugó la nariz tratando de contener una nueva arcada.

Cuando por fin su estómago se tranquilizó, Rosaura empezó a sentir preocupación, y si tuviera el valor de aceptarlo… también un

ramalazo de emoción. Siempre había deseado tener un bebé propio… Pero, en aquella isla. —«Madre de la santa corona de espinas, ¡éramos pocos y parió la abuela![58] » —Pensó tratando de contener las lágrimas mientras se daba cuenta que jamás un dicho había sido tan acertado, ya no estaba en edad de esas cosas.

—¿Queréis probar algo de fruta?

—Más tarde, talvez—. La preocupación en la mirada de Gil equiparaba la suya propia, pero no dirían más. Tenían un arreglo tácito de no mencionar el asunto.

—De acuerdo.

Las mañanas anteriores habían sido una reproducción de aquella, y a pesar que no deseaban plantearlo, guardar silencio no hacía que el problema desapareciera.

—Estáis segura de vuestra esterilidad, ¿cierto? —Finalmente preguntó acariciando el cabello de Rosaura que se encontraba acurrucada de costado, esperando que el malestar disminuyera.

—No pude estar equivocada, traté de concebir por años… Mis hermanas no tardaron en ser madres… y en cautiverio las oportunidades de quedar en cinta… —continuó empezándose a sentir nuevamente mareada con los recuerdos.

—Eso suena bastante estéril para mí —interrumpió el mulato al notar su angustia—. Dejaos de mortificaciones, debe ser una enfermedad tropical—. Mintió. Aun así, decidió mantenerse al tanto de las fechas haciendo muescas en algún árbol para confirmar.

Pasaron el resto de la mañana en silencio, cada quién envuelto en su propia ansiedad. El día siguiente tuvieron un descanso pues Rosaura

no vomitó, ni en los días posteriores. Su estómago se mantuvo plano y la vida pareció regresar a una engañosa calma. Sin embargo, Gil decidió empezar la construcción de una balsa con troncos de un cedro que había encontrado caído.

Afortunadamente, los maderos se encontraban en la punta oeste muy cerca de donde había atracado *El Oriflamme*, lo que indicaba que era el sitio adecuado para «zarpar». Si aquel bribón lo había escogido, lo más inteligente era confiar en su buen juicio. Podía ser un canalla, pero solo un necio negaría su habilidad en el mar. Remolcó las pesadas vigas con grandes esfuerzos a la playa, pues sabía que después de armar la plancha principal, le sería imposible botarla en el océano.

Planeaba hacerla resistente e impermeable al formar el casco con tres placas de troncos. El primero lo afianzaría con clavos y los otros dos quedarían firmemente anudados. Necesitaba incluir un mástil y crear una especie de tienda para cubrirlos de los elementos. La barca en la que habían llegado a la isla, iría amarrada y cargada con agua, comida e implementos necesarios para la supervivencia. No sabía cuánto tardaría en finalizar un proyecto tan ambicioso, y menos si lo lograría antes que Rosaura se pusiera de parto, o que ocurriera la siguiente incursión de Lussan. Pero, por desgracia, no veía otra forma de escapar de ahí. Se reprochaba el tiempo que había dedicado a construir las trampas junto con el gran pozo.

***

Día de san Silverio papa del año del nuestro señor 1675

(Vigésimo de junio)

Aquella mañana había amanecido especialmente fresca y le parecía perfecta para concluir la construcción. Revisando cada detalle, se subió a la balsa y dio unos saltos probando su estabilidad en el agua. Se sentía bastante orgulloso de su creación, ese día colocaría el timón y solo quedaría pendiente planificar el viaje. Se acercó al centro de la barcaza, sacó el machete y grabó otra muesca en el madero principal, más por hábito que por duda… Sesenta. Rosaura estaba con niño.

No podía quejarse, si al amor se le hace caso… lo seguro es esperar un embarazo. Sonrió para sus adentros. Nunca hablaron de ello y lo aceptaron como un hecho natural, a la par que una bendición. Aun así, Gil tenía sentimientos encontrados que no era capaz de explicar. Por un lado, no cabía en sí de alegría y abrigaba una enorme emoción al advertir como el vientre de Rosaura crecía. A veces estaba confundido, otras tantas, le asaltaba el sentimiento de no estar listo para la paternidad. Pero la mayor parte del tiempo, se sentía culpable y ansioso por lo precario de su situación. Por ello, se había concentrado en fabricar la balsa con todas sus fuerzas. Saldrían de aquella isla para que su hijo tuviera una oportunidad de vida.

Trabajó con ahínco hasta que el sol estuvo a punto de desaparecer en el horizonte. Estaba cansado y muy satisfecho por haber completado finalmente su tarea. Cuando llegó al palenque, notó que Rosaura se sentía molesta. Imposible culparla, en su afán por terminar el proyecto, no había convivido mucho en los últimos meses con ella. Decidió mostrarle la barcaza la mañana siguiente, y disfrutar de un día de descanso juntos en el sitio. Estaba seguro que el plan la

alegraría, aunque no tuvo ocasión de compartirlo.

—Deberíamos ir por unos mejillones a la playa. Se me antoja una sopa. —Le comentó Rosaura acabando de cenar. Estaba tan cansado que le dolía hasta respirar, así que no le sentó la idea. Realmente le apetecía tumbarse en el jergón.

—Mañana mujer, estoy agotado. Tal vez quisierais acompañarme…

—Mmm. ¿Podría saber en qué os habéis afanado hoy? —Lo interrumpió.

—He recolocado la mesana, las guías de rumbo y he afianzado la balsa para evitar perderla en la marea. —Respondió con cautela, pues últimamente Rosaura se comportaba de forma por demás particular. Aunque lograba entender que aquella pregunta iba con pulla, no alcanzaba a ver la razón.

—O sea que habéis pasado el día dando de martillazos a un montón de maderos.

—¡Qué no es poco trabajo!

—Guardaos del mozo cuando le nace el bozo[59]. Ya veis que yo estoy de ánimo de ir por moluscos y eso que no he hecho casi nada. Hoy solo he formado un par de pies, un corazón, y un mechón de pelo. ¿Cómo podemos comparar un magnífico madero, con la vida de vuestro primer hijo?

Gil se quedó sin palabras. Generalmente era difícil aportar tranquilidad a la pareja con aquellos cambios de humor, pero era la primera vez que Rosaura hacía referencia al hijo que esperaban. Tomó el balde y la ayudó a ponerse en pie. Era tiempo de hablar. Caminaron en silencio por un rato rumbo a la costa.

—Parad ya con esta loca construcción. No deseo marcharme de la isla y tampoco pretendo seguir viviendo sola durante la gestación—. Dijo Rosaura de pronto en apenas un murmullo. Gil se sintió culpable, pues había destinado su energía a salir de ahí, suponiendo que la joven estaría de acuerdo.

—Es peligroso dar a luz sola, lo mismo que quedarnos aquí.

—Lo es más entrar en trabajo de parto en una balsa en medio de la nada. Estáis aferrado a lanzarnos a una muerte segura, y si acaso vivimos, ¿qué futuro le espera a una adúltera en la Nueva España?

—Cuando el dinero habla, todos callan. Vuestras hermanas y los míos no dejarán que os pase nada.

—No deseo irme.

—Cierto que hemos logrado prosperar, pero aquí no encontraremos paz. Cada día que termina, nos acerca a un enfrentamiento con los franceses. No me veo capaz de protegeros sin ayuda. Podríamos perder nuestra oportunidad si esperamos a que el niño sea lo suficientemente grande para el viaje.

—Tengo miedo y soy demasiado cobarde para tratar de vencerlo. No puedo convencerme de vuestro plan. —Dijo en un susurro quebrado.

Por primera vez Gil se replanteó su propósito. Se había empecinado en seguir una idea arriesgada. ¿No sería mejor esperar a que el niño estuviera grande y sano y la madre recuperada? Ambos tenían un punto sólido, ¿estaría siendo imprudente pensando cómo pirata? Le debía a Rosaura por lo menos meditar al respecto.

—¿Podríamos decidir luego? —Continuó Rosaura después de un largo silencio. Comprendía las razones del mulato. Por algún motivo, los

peligros de los que hablaba, le parecían irreales. Mientras que los rencores por su pasado se sentían bastante palpables en su cabeza. La isla era más que un hogar para ella, era también un lugar seguro sin desconocidos.

Gil resopló frustrado, pues había mucho que hablar. Rosaura solía ser bastante racional y abierta, pero todavía tenía problemas de confianza debido al trauma de su cautiverio. Habían cruzado varias barreras, sin embargo, desde que supieran lo del bebé, no le había permitido hablar de ello. Cambiaba de tema o encontraba cualquier excusa para marcharse. Aquella pequeña charla era un avance. Estaba consiente que necesitaba tiempo, a diferencia de él, que quería resolver la situación con rapidez. Decidió que lo más inteligente sería dejar de presionarla y llevar las cosas con calma. Esa estrategia, aunque lenta, iba funcionando.

Después de aquella discusión, el paseo perdió su seriedad y empezaron las guasas. Gil casi había olvidado el lado jocoso de Rosaura. Mientras caminaban en fila india al ir bajando rumbo a la costa, se volvió de noche. Él iba al frente muy concentrado alumbrando el camino y señalando donde pisar para no resbalarse.

Rosaura estaba agotada del ceño fruncido del mulato, así que concentró sus esfuerzos en encontrar una ramita para una travesura que tenía en mente. Cuando lo hizo, se hizo de ella y a escondidas, la utilizaba para causarle cosquillas en la oreja. Lo más difícil no era ocultarla detrás de la espalda para evitar ser descubierta, sino permanecer seria viendo como el pobre hombre no dejaba de manotear y refunfuñar espantando bichos imaginarios. Estaba a punto

de perder la paciencia, cuando la risa de la moza le hizo darse cuenta de la treta.

—Veo que habéis olvidado que las diabluras provocan pleito. ¡Dejad que os atrape! —Siguió la fiesta al ver que el sendero era seguro y corrió sin mucho afán tras Rosaura sintiéndose alegre. Después de tanta preocupación, siguió las guasas solo por alargar el juego. Se descubrió ansioso de continuar escuchando la risa de la chica.

Al llegar a la costa la joven paró de lleno al percatarse de algo extraño. El agua había retrocedido casi hasta el arrecife, dejando atrás una gran área de fondo marino seco.

—Mirad, ¿habíais visto la playa tan descubierta? —Señaló casi sin aliento por la carrera.

—No lo sé, qué curioso —dijo él mirando a los peces varados que brincaban de un lado a otro sobre el lecho seco. —Nunca había presenciado algo así antes, una vez escuché a un marino…

De pronto, Gil arrojó la cubeta y la pequeña antorcha que traía en las manos para alumbrarse y sin el menor cuidado la levantó del suelo y empezó a correr como alma que lleva al diablo. Estaba tan sorprendida, que no tuvo tiempo de gritar. Tampoco encontró aire para protestar cuando diversas ramas y estacas le golpearon el cuerpo durante la loca carrera que habían emprendido.

Se abrazó con fuerza al mulato y percibió su determinación de alejarla de la costa en la forma que respiraba. Sonaba igual a un caballo que corría por encima de su capacidad. Lo sabía pues le recordaba una ocasión, cuando empezaban a dejar la infancia, que quiso impresionar a su amigo al mostrarle sus dotes como amazona forzando a una pobre

yegua.

—¡Insensata! Vuestra vanidad y crueldad van de la mano. ¿No os dais cuenta que estáis a punto de tronar a este caballo que no hace más que serviros?

Había llorado por semanas, un poco por sentirse culpable y otro tanto por que Gil se había olvidado de ella, prefiriendo ser escudero de don Alvar.

El recuerdo la incomodó y empezó a quejarse para que la dejara en el suelo, cuando escuchó un temible rugido largo y ensordecedor. El sonido era como un bramido explosivo y profundo que en ese momento le pareció que solo podía haber sido emitido por la fuerza de un gigante demoníaco.

—«*Y las aguas aumentaron más y más sobre la tierra, y fueron cubiertos todos los altos montes que hay debajo de todos los cielos*[60] *...*» —Murmuró con aprensión creyendo que estaba presenciando el apocalipsis , cuando el alboroto causado por una bandada de gavinas la interrumpió. Las aves iban tan aterradas que unas cuantas morían al chocar con rocas y árboles en su desesperación. —San Mateo glorioso, inundad mi vida…, —Guardó silencio al advertir lo que estaba pidiendo. Reprendiéndose mentalmente, decidió cambiar sus ruegos por otros menos torpes. —¡Maldición Gil, más rápido! ¡Aprestad los pies!

Se santiguó, cerró los ojos y se aferró con fuerza a al mulato rogando a los cielos. De vez en vez los abría rápidamente para notar que no eran los únicos que huían. Animales de todos los tamaños les seguían el paso y uno que otro estuvo a punto de derribarlos al escabullirse entre

sus piernas.

—Creo que aquí estaremos a salvo, no queda tiempo. —Señaló mientras la ponía en el suelo y se quitaba la camisa para hacerla trizas para amarrarse a un filón. Rosaura estaba a punto de protestar, creía que todavía podían subir otro poco, aunque no entendía del todo lo que ocurría.

Una formidable ola que aparentaba ir creciendo se acercaba de forma implacable. El brillo de su cresta causado por los primeros rayos lunares, la maravilló al igual que la llenó de terror. En cuestión de segundos la tierra empezó a sacudirse violentamente, ondeando de manera preocupante los árboles. Unos pedruscos desprendidos de partes más altas golpearon sus cabezas, forzándolos a pegarse contra la pared de la montaña. Después de tanto ruido, reinó el silencio. Era el suspiro contenido de cada alma que habitaba la isla, preguntándose si viviría para ver otro amanecer. La calma terminó tan sorpresivamente como inició, con lo que parecía ser el mar entero rompiendo en la costa, provocando una gran explosión que casi la hace salir despedida. Sintió los brazos de Gil rodeándola y se aferró a su calidez con ímpetu.

—Ha cubierto la cueva de Lussan—. La voz inestable de Gil la regresó de su aturdimiento, había perdido la noción del tiempo. —Nuestro Señor impida que siga subiendo.

—¡Veinticinco metros! —Pensó Rosaura calculando la altura que había cubierto la ola, lo que hizo poco por tranquilizarla. Se sentía profundamente traicionada por su lugar «feliz».

Gil sufría sus propios apuros y se encontraba sumido en una enorme

tristeza. La negrura de la noche le limitaba para distinguir la totalidad de los daños, situación que no sabía si detestaba o agradecía, ya que le impedía atestiguar como sus esperanzas y su forma de vida estaban siendo destruidas. Sin embargo, reaccionó al percibir que las manos que lo aferraban temblaban de manera pronunciada… pánico. Lo había visto infinidad de veces entre los marineros.

—Cantad conmigo, gordita. No dejaré que el mal os roce a ninguno de ustedes dos—. Con gran esfuerzo y con la voz quebrada, Gil empezó a entonar uno de sus salmos favoritos, pronto entre hipos, ella lo acompañó.

Fue una noche fría y desolada en la que apenas pudieron dormir. Los minutos parecieron horas y el abrazo en que estaban fundidos, difícilmente les logró aportar calor y consuelo. Ambos se alegraron al ver los primeros rayos surgir en el horizonte, sin embargo y a pesar de todas las incomodidades, no tenían el valor para abandonar su escaso resguardo y enterarse de los daños causados. Además, la mayor parte de la isla seguía cubierta por el agua. Ya pasada la mañana, sin decir palabra, se aprestaron a dejar su improvisado refugio.

Conforme iban descendiendo, Rosaura cayó en completa cuenta de la seriedad de lo ocurrido. Apenas habían tenido tiempo de huir a una muerte segura, contrario a una gran cantidad de animales que habían sido arrastrados por la corriente. Le sorprendió encontrar un tiburón muerto entre los matorrales, uno de tantos hallazgos incongruentes que le regalaría aquel día.

El daño sufrido en la empalizada era tan penosamente perceptible desde la distancia, que los hizo parar en seco. Si no hubieran bajado

por moluscos, no se habrían dado cuenta del peligro y seguramente no habrían sobrevivido.

—He cambiado de opinión. Sacadme, os lo ruego, de este lugar infernal—. Musitó ella entre dientes antes de soltarse a llorar.

Habían perdido la mayoría de sus objetos; gran parte de las herramientas, municiones, los cacharos que Rosaura con tanto esfuerzo había elaborado y la colchoneta de plumas. Esta le asestó un golpe tan duro que parecía que un amigo cercano hubiera fallecido. La comprendía hasta la médula, sintió lo mismo al encontrar más tarde ese día la barcaza destruida. Tuvo ganas de tumbarse en algún lugar seco para llorar, y seguramente lo habría hecho si hubiera encontrado alguno.

Un gruñido de su estómago le dio el incentivo que necesitaba para salir a buscar madera seca y prender una hoguera. Era hora de cocinar la aleta de tiburón que habían encontrado en el camino antes que se echara a perder en aquel calor. Trató de no pensar en la enorme cantidad de animales en putrefacción que pronto tendría que retirar y lanzó a un lado otro madero mojado. Si no hacía algo al respecto se viciaría el ambiente, atrayendo enfermedades. La sed también arreciaba, pero todas sus fuentes estaban corrompidas. Necesitaban hervir agua con urgencia. La magnitud del trabajo que le esperaba lo abrumaba.

Cuando regresó al campamento, se alegró que Rosaura fuera su compañera, no imaginaba a ningún otro que la superara. Había

trabajado duro ordenando el lugar y ya empezaba a verse un poco habitable. También consiguió prender unas ascuas que sin duda encenderían los leños húmedos que llevaba consigo. Se asombró al notar que un caldo se encontraba hirviendo en una desvencijada olla, además de diversos objetos colocados cerca del fogón en un esfuerzo por secarlos.

—¿La balsa?

—Ni un solo tronco a la vista. ¿La colchoneta?

—En la panza de algún animal supongo. ¿La cubeta?

—Aplastada, no deberíamos quejarnos, sirvió más de lo que debía. Recordadme felicitar al fabricante cuando volvamos—. Rosaura no tenía ánimo de sonreír, él menos. Decidió no hacer más chistes. —¿El machete?

—No sé. Talvez aparezca después. ¿Habéis ido a la cueva de Lussan?

—Mañana—. Un nudo en la garganta le impidió continuar. Se concentró en beber el caldo ralo que Rosaura recién había preparado y se apretó contra su mujer. Esa condenada isla le estaba rompiendo el alma y necesitó de toda su entereza para seguir comiendo sin dejar caer una lágrima.

—Tened paciencia, el tiempo cura al enfermo, que no lo hace el ungüento. Al despertar, veréis que todo estará mejor—. La calmada voz de Rosaura lo tranquilizó, esperaba que tuviera razón y que el nuevo día trajera alguna bendición. No hablaron más, ni siquiera hubo fuerza para entonar rezos.

De pronto, se sintió culpable por no reconocer antes su suerte. En contra de las probabilidades, seguían juntos. Agradeciendo esa

merced, se quedó dormido.

El tronido de lo que creyó ser una tormenta lo despertó. Miró hacía la luna y calculó que no debían de tener más de tres horas dormidos, Rosaura estaba sentada atenta a los estallidos cuando sin aviso chilló.

—Una luz, y otra… ¡Cañones, Gil! ¡Barcos batiéndose!

Con un dedo en los labios, para pedir silencio, contó los segundos que pasaban entre el resplandor y el sonido. —¡Diez! —Exclamó después de verificar un par de veces el cálculo. Debían encontrarse entre unos ocho o nueve kilómetros de distancia. —¿Habéis visto el catalejo?

Sin esperar respuesta, decidiendo que no tenían tiempo de buscar, salió a toda prisa rumbo a los estallidos. Apenas pudo solicitarle a Rosaura que apagara el fogón.

—Si nosotros podemos verlos, no tendrán problema para distinguir nuestro fuego. ¡Escondeos!

Sin más, saltó a la carrera sin voltear atrás, agradeciendo que la luna estuviera tan brillante que le facilitase el camino. Momentos más tarde estaba en la vieja cueva en la que solían vivir y de donde se podía apreciar un par de navíos en el fulgor de la batalla. La enorme marejada debía haberlos arrastrado en su cauce. Los pobres ingratos después de salvar la vida en aguas tan salvajes, se veían en la necesidad de enfrentarse al enemigo.

—*¡El Oriflamme!* —La voz de Rosaura le sorprendió a la espalda. Estuvo tentado a llamarle la atención por seguirlo en la oscuridad en su estado, pero agradecía su buena vista y la ayuda que le podría brindar en aquel momento. Sin contar que, no tenían tiempo que

perder en sermones inútiles.

—¿Cuál? ¿El que va ganando?

—Si. El otro barco parece ser español. Su bandera está muy maltratada.

—Acompañadme a la cueva de pertrechos, veremos si quedan armas y municiones secas. ¡Rápido!

Gil no tardaría en llegar, pero le preocupaba la joven. Las nubes habían cubierto la luna y el camino estaba oscuro y lleno de barro.

—Id con calma y cuidado. Me adelantaré a quitar la tapia. —Se refería una gran roca que cerraba la entrada que él había cavado. No era pequeña, pero infinitamente más manejable que la loza que jamás pudieron mover.

—Está seco… ¡Por los clavos de Cristo Rosaura, resistió el agua! —Gritó cuando ya estaba adentro sin estar seguro que ella hubiera llegado. El júbilo le llenó el pecho al percatarse del primer golpe de suerte que disfrutaban en meses. Además, les concedía la oportunidad para realizar lo que tenía en mente. Recorrió el lugar forzando la mirada, hasta que divisó un par de odres para vino. Las había descartado para su uso diario por su gran tamaño, pero se le ocurría que tal vez les encontraría alguna utilidad. Antes de salir, asió un puñado de mosquetes, se puso al hombro dos sacos de pólvora y tomó una talega con balas. Prefería ganar tiempo evitando volver a escabullirse a la cueva, ya que el túnel era bastante estrecho.

Empujó los artículos por enfrente de él y se alegró al notar que empezaban a desaparecer.

—Los tengo, ya podéis salir—. Escuchó la suave voz a través del

pasadizo. Gracias a la ayuda, se decidió a regresar por más armas y apuró su salida.

—Llevaos todos los mosquetes que sean funcionales al risco que da a playa norte—. Indicó sin perder tiempo. —Sí antes que yo este de vuelta, llega algún francés, disparadle. Si no vuelvo, usad mi ropa y fingid que sois un chico de nuevo. Tomad el oro y negociad vuestro regreso a la civilización.

—No podéis dejarme sola, ni siquiera penséis en abandonarme—. La aprensión agolpó su pecho.

—No os abandono. Sin embargo, si he de morir para que ustedes dos sobrevivan, no he de dudar. Os doy mi palabra que no deseo caer hoy. Os encargo vuestra vida, la que lleváis en el vientre y la mía propia. Sobrevivid.

—¡Jurad que viviréis primero, solo así mi promesa será la vuestra!

—¡Prometido queda!

No hubo mayor despedida, después de un rápido beso, el mulato se alejó de su lado cargando en el hombro dos sacos de pólvora, un morral y el par de cueros. A duras penas Rosaura se contuvo de correr tras él, pues no soportaba pensar que esa podría ser la última vez que se vieran con vida. Sacudió la cabeza para alejar el mal ahuero y recogió los mosquetes con la intensión de cumplir con el encargo. Saldrían de esta, no sabía cómo. Aunque tuviera que empeñar su alma a satán y purgar por siempre en el infierno, se iría contenta.

Gil trató de administrar sus fuerzas, pero la adrenalina le dio la fortaleza de llegar con rapidez a una península ubicada cerca de los

buques. Asombrado por un segundo golpe de suerte, encontró parte de una de las plataformas de su balsa, que antes había dado por perdida. Un par de troncos quedaron atorados entre unas rocas con la marejada y solo esperaba poder echarlos al agua. El plan era transportar su carga lo más seca posible hasta el navío francés.

El retumbar de un cañón le llamó la atención, consideró el espaciamiento de los bombardeos y decidió que la artillería de los dos galeones debía estar mojada y en malas condiciones. La agresión era más preventiva que ofensiva, lo cual le permitía llevar a cabo su empresa, del mismo modo que le dificultaba su plan. Ambos barcos enemigos trataban de ganar tiempo con los disparos, preparándose para empezar un ataque mayor. Estaban tratando de evitar que los contrarios se acercaran a nado o en sus botes. Esperaba que el color oscuro de la madera empapada, pudiera perderse de los ojos hostiles que aguardaban un bote de remos blanco. Apuró el paso, pues quedaba poco para perder el manto de la oscuridad.

Rápidamente llenó los cueros impermeables con la pólvora. Descubrió un árbol de plátano y sin pensarlo arrancó unas hojas para envolver los explosivos. Era un esfuerzo adicional para asegurarse que llegaran secos a su objetivo. Con gran dificultad logró pasar la línea del rompimiento de las olas, rogando mentalmente que el chisquero tampoco se mojara. Nadó con ahínco, apoyándose en las vigas, tratando de no pensar en que las aguas estaban infestadas de tiburones. Un movimiento cercano, que en su temor percibió como una aleta, estuvo a punto de hacerlo perder la calma, cuando un nuevo cañonazo le recordó que tenía otros peligros que afrontar. Se

trató de tranquilizar pensando que ruido debía ahuyentar a los peces.

—Ya me voy haciendo viejo para estas luchas—. Se sorprendió al comprender que el mayor obstáculo que poseía en ese momento era el miedo. No era la primera vez que nadaba rumbo a un barco enemigo. Sin embargo, nada quedaba de la emoción y la aventura. Ahora, su triunfo no significaba una bolsa de monedas. Por primera vez… tenía todo que perder.

Eventualmente y con más esfuerzo que el que había calculado en un principio, llegó al barco francés y especuló con rapidez el mejor lugar para clavar los sacos. Aprovechando el ruido de confusión en la proa, colocó las hojas de plátano que habían estado envolviendo los cueros contra el casco del navío y clavo sobre estas las bolsas llenas de pólvora. Con gran concentración añadió la mecha y calculó el tiempo que tendría para la huida. Aquel era el momento de mayor peligro ya que quedaba descubierto y a la vista de cualquiera. Sería un milagro que no lo descubrieran, todavía suponiendo que todos en el galeón estuvieran sordos y no pudieran escuchar el escándalo que estaba haciendo con el martillo.

Por suerte, parecía que era el caso. Observó por última vez su creación y rio un poco al pensar que los bultos parecían un par de tamales gigantes. Prosiguió a encender el mechón y se sorprendió cuando por alguna u otra razón, le resultó imposible hacerlo. Aquella tarea rutinaria, que bien podía realizar dormido, se negaba a efectuarse. Ya fuera el viento, la húmeda mecha o sus manos temblorosas, le impedían concluir su plan.

—¡Enemigo a babor! ¡Disparen!

Maldita mecha, estúpido pedernal, no estaban funcionando. Sabía que era un plan arriesgado… Varios perdigones le rebotaron cerca, hasta que uno despidió una chispa que ardió fugazmente en la soga de amarre. Haciendo malabares en el tronco, se pegó lo más que pudo al casco y la protegió con las manos, sin éxito. Un chasquido leve en su oreja le hizo notar que una de sus trenzas, que se había llenado de pólvora al transportar los sacos, estaba prendiendo. Con una nueva esperanza, alimentó el pabilo con las delicadas ascuas, implorando que agarraran fuerza para prender el polvorín, falló. Las balas seguían rozándole, y si no le pegaron fue gracias a la curva del navío. Algunos enemigos debían estar próximos a descender… no tenía tiempo que perder. Sin saber si fue por suerte o por milagro, su pelo prendió nuevamente fuego y sin titubear lo utilizó para completar la misión. Su primer instinto le gritaba que se aventara al agua para huir, su amor por Rosaura y su hijo, lo mantuvo firmes hasta asegurarse que el cordón no se apagaría. Lo vio consumirse y contó hasta tres, en el número cuatro cumplió su anhelo y se arrojó al mar rogando poder reunirse con su familia.

—En tus manos quedo Señor.

Mientras tanto Rosaura observaba la acción como si estuviera en un sueño y en completa incredulidad. No podía creer el arrojo de Gil. Pensando que estaba alucinando, se dio un ligero pellizco.

—De haber sabido que ese era el plan que os traías entre manos os hubiera dado un porrazo y encerrado en la cueva. ¡Madre santa! Os han visto, apuraos a prender la mecha… pero, ¿qué os pasa?, ¿por qué

tardáis? Si la prendes enseguida cada mañana. ¡Bendito Dios, ya quedó! Ahora salta. Vamos, huye con rapidez. ¡Qué saltéis! ¡Brincad que os explota en la cara!

Un gritó retumbó en sus oídos a la vez que una tremenda explosión iluminaba el horizonte. Se sorprendió al notar un ardor en la garganta que le indicaba que ella había emitido aquel terrible chillido. El estruendo solo logró ser sofocado por las fuertes palpitaciones en su pecho. Sin embargo, no les dio importancia, pues se concentró en encontrar a Gil. En su busca frenética distinguió olas y escombros, pero la cabeza que anhelaba ver, no asomaba por ningún lado.

El costado entero de *El Oriflamme* había desaparecido y se hundía con rapidez. Reparó en como un puñado de piratas se tiraban al mar esperando salvar la vida, mientras otro dudaba en hacerlo desesperadamente dando vueltas en la proa. Le sorprendía que fuera tan común que los marinos no supieran nadar.

—¿Dónde os encontráis?, ¡dadme una señal que seguís vivo! —El murmullo parecía más un ruego.

Lentamente algunas cabezas empezaron a emerger del agua, sin embargo, ninguna le parecía familiar. Tratando de conservar la calma verificó que los ocho mosquetes que traía consigo estuvieran listos para disparar. Rogó en silencio para que fueran suficientes, no tendría tiempo de recargar. De pronto le asaltó la duda de cómo distinguir a los marinos franceses de los españoles, lo que quedó rápidamente resuelto cuando escuchó sus voces al llegar a la playa.

—*Viens ici, prépare-toi pour la défense.*

—Doce, ¡maldita sea! —Contó Rosaura dándose cuenta que no tenía el

armamento ni la puntería necesaria para hacerle frente a esa cantidad de hombres, y eso en caso que no se dignaran en aparecer más. Dudó un poco, pero decidió que la mejor posibilidad de escapar con la que contaba, era esconder los mosquetes y mantenerse fuera de su visión. No había manera que pudiera ganar una batalla contra tantos.

—*¡Le putain de saboteur!* —Gritó un francés señalando a Gil que iba emergiendo del mar a unos metros.

—*¡Vingt pièces d'or à celui qui la capture!*

Rosaura no pudo disfrutar del alivio que sintió al ver al mulato salir del agua, pues parecía que no podía darlo por vivo todavía. Sin pensarlo, apuntó el primer mosquete y abatió a uno de los perseguidores. Sin titubear, hizo lo mismo con los siguientes seis. Cuando tenía el último rifle listo, dirigió el tiro a un hombre que iba subiendo ferozmente la empinada ladera con intención de detenerla sujetando una espada entre los dientes. Se concentró en pegarle entre las cejas y dudó por la sorpresa al reconocer su cara; Lussan.

—*La mort est votre punition, mon cadeau, et une faveur pour ceux d'entre nous qui restent en vie*[61].

Era la primera ocasión en que Rosaura se alegraba de haber aprendido el idioma. No sabía si había matado a alguien, sospechaba que por su terrible puntería únicamente yacían heridos, secretamente lo agradecía pues no estaba lista para ser una homicida. Pero el capitán francés era otro cantar, se concentró en no fallar este último tiro. En su mente, Raveneau de Lussan representaba a los hombres viles que se aprovechaban de los débiles, aquellos que incendiaban iglesias repletas con niños o esclavizaban a mujeres y las trataban como

animales. Con un deseo de venganza que no sabía que poseía, apretó el gatillo… No hubo ningún sonido, ni culatazo, ni muerte, el arma no detonó.

Después de un leve desconcierto el hombre empezó a reír y con mirada asesina, apuró el paso para llegar junto a Rosaura dispuesto a matarla con su espada. Desesperada, usó el arma a manera de garrote y antes que se incorporara, le asestó un golpe en la cabeza que aturdió al miserable. De ahí, dejó que sus reflejos la guiaran y corrió como nunca creyó haberlo hecho en la vida, inflamada de puro instinto de conservación.

—¡Venid, seguidme! —A unos cincuenta metros se encontraba el mulato indicándole el camino. Rosaura sentía sus pulmones a punto de reventar y cuando su cuerpo se negaba a proseguir, sintió como era levantada del suelo y por segunda ocasión en esa semana se abrazó del cuello de su amado con la esperanza de sobrevivir. Olía a quemado, a pólvora, sudor y sal; el mejor perfume que hubiera aspirado.

—Escondeos en la grieta. Pronto, ¡nos alcanzan!

La joven no dudó, se resistía a separarse nuevamente de él, pero comprendía que cualquier plan, ya fuera bueno o malo, solo podía funcionar con la completa cooperación de los involucrados. No tardó en ver pasar desde su escondite a los miserables persiguiéndolos, y empezó a sudar frio al darse cuenta que estaban por alcanzar a Gil. Seguramente estaba agotado por llevarla en brazos después del esfuerzo de nadar. Para su desesperación paró en seco en la mitad de un claro. ¿Por qué no corría? El pánico la invadió y hasta le pareció notar que el mulato se balanceaba en cada paso. Seguramente las

emociones la estaban mareando.

Por su parte Gil rezaba por que la marejada no hubiera destruido el pozo que tanto esfuerzo le había costado construir, tenía serias dudas acerca que la tapa que había colocado para camuflarlo siguiera en pie, pero ¿qué opciones tenía? Apostó su vida a la treta y ganó. No se encontraba tan prolija como la había dejado, pero los escombros provocados por el desastre la ocultaban. Una mirada más detallada, descubriría el ardid, así que decidió pararse justo encima para distraerlos. Esperaba que aguantara su peso y procuró mantenerse inmóvil para evitar balancearse y que se quebrara.

—*Ne le tuez pas encore, il doit encore répondre*[62]. —Ordenó el pirata francés mientras acorralaban a Gil. Se fueron acercando con la intensión de agarrarlo, cuando un fuerte crujido le indicó al mulato el momento exacto para brincar, dejando que sus atacantes cayeran en el profundo hoyo que había tardado meses en cavar. Entre los gritos de dolor y el asombro de los franceses, Lussan trastabillaba en el borde a punto de perder el pie. Rosaura, que por puro instinto había salido de la grieta, llegó corriendo hacia él y lo empujó para que se reuniera con sus compinches.

Al notar que estaban a salvo y que los hombres se encontraban atrapados, la joven cayó sentada en el piso cubriéndose la cara para ocultar su llanto. Su cuerpo ya no pudo soportar la tensión y era una manera que tenía su cuerpo de expresar alivio.

—No lloréis gordita, que ya veis que cuando empiezas no sabes acabar.

—Carlos Gilberto de Vivero y Aberrucia, qué verdad llevan vuestras

palabras. —Dijo dificultosamente entre sollozos. —Prometedme que será la última vez que nos embarquemos en vuestros locos planes, y solo entonces os daré mi palabra que no pararé de reír.

Isla de Santa Fernandina[63] *en el extremo noroeste de las Antillas*
Día de san Fermín de 1675
(Séptimo día de julio)
Un mes después

Gil se encontraba sentado en un escritorio de roble dentro de la villa que habían alquilado. Tenía veinte recámaras, una cuadra de caballos, varios salones de descanso y hasta un enorme salón de baile. Necesitaba un ejército de sirvientes para poder mantenerse, pero él había decidido contratar más. No quería volver a ver un yesquero en lo que le quedaba de vida.
La propiedad pertenecía a un acaudalado jefe militar del gobierno español, que además se había convertido en un cacique ganadero. Por fortuna se encontraba, por temporada ilimitada, en la madre patria. Lo que le permitía disfrutar de la mejor casa en la ciudad y de un placentero estilo de vida. Se acomodó nuevamente en el sillón gozando del cojín que protegía su trasero, mientras seguía asombrándose de las comodidades del mundo moderno. Se reprendió por aferrarse a sus aventuras como corsario, debió abandonarlas muchos años antes. De ese día en adelante pretendía que el único sobresalto que lo inquietara, sería decidir qué nuevo regalo comprarles a Rosaura o a su hijo. Sonrió ante aquella expectativa. Lo

habían logrado, estaban vivos, tenían el estómago lleno y con acceso ilimitado a su riqueza. La seguridad de su mujer había dejado de quitarle el sueño y le alegraba contar con comadronas y médicos expertos para el alumbramiento. No recordaba jamás haber disfrutado tanto el tener dinero.

Aún tendrían que salvar el problema del Vizconde de Ilucan, pero no era algo que le preocupara sobremanera. Mientras tanto, podían permanecer en las Antillas escondiendo la verdadera identidad de su mujer. La gente no era muy benevolente con los adúlteros. Dudaba que, aunque estuvieran consientes de las bajezas y quebrantos a los que ella se vio sometida durante su matrimonio, pudieran compadecerla o apoyarla. Le asombraba tanto como le fastidiaba la creencia general que las mujeres solo nacían para ser madres y mártires. Resopló con disgusto.

Había decidido permanecer en la Isla de Santa Fernandina hasta que se resolviera el problema del vizconde. Las autoridades del puerto se hacían de la vista gorda en asuntos familiares, siempre y cuando se hicieran fuertes inversiones en sus empresas. Razón por la que disfrutaba de un gran auge económico a pesar del frecuente ataque de piratas y corsarios enemigos. Por otro lado, sus leyes eran severas y castigaban rápidamente con penas capitales a los malhechores, contrabandistas o defraudadores.

No podía creer que finalmente su suerte hubiese dado un giro tan afortunado. Nada más pisar tierras españolas, fue informado de un título heráldico que le había sido entregado *post-mortem* por el mismísimo Rey Carlos. La captura del francés, le hizo ganar una

recompensa que dividió en dos ganándose el favor de la gente en todos los estratos sociales. La mitad, se la dio al capitán español que lo había rescatado, para que la repartiera entre su tripulación. La segunda parte, la compartió a las clases menos favorecidas como compensación por las redadas piratas. No tenía ni una semana en Santa Fernandina, cuando le anexaron otro nombramiento de cortesía. Si seguía así sería un engorro escribir su nombre. Se sentía satisfecho consigo mismo y gozaba de ser una especie de héroe local. Lo que le parecía difícil de entender. Para convencerse, leyó por enésima vez la sentencia de Lussan.

Los miembros del jurado de nuestro Soberano Señor el Rey, bajo juramento, declaran que Raveneau de Lussan, procedente de Marsella, capitán, junto con una tripulación sobreviviente de catorce marinos, juzgados y castigados de la misma manera; Expresan que el día tres de marzo del octavo año del reinado de nuestro Soberano Señor, el Rey Carlos II, por fuerza de las armas, en alta mar, y en contra de la muy noble Villa Rica de la Verdadera Cruz, de manera pirática y alevosamente, atacaron, capturaron y asesinaron a los pobladores. El comandante Raveneau de Lussan, procesado por acusaciones de piratería: por veredicto del jurado, por confesión y por noble testimonio de don Carlos Gilberto de Vivero y Aberrucia Conde de Miravalle y del honorable Víctor Concas y Palau[64]; Vicealmirante de la Armada y Segundo Comandante de la Corbeta «Santa Lucía». Sabe que en su juicio ha quedado plenamente probado y avalado por la jurisdicción del tribunal de Vicealmirantazgo de Santa Fernandina y junto con los testimonios que ratifican que ha

apresado y saqueado con piratería dicho puerto y no menos de trece naves desde que zarpó de su ciudad natal de Marsella. La sentencia que la ley ha acordado dictar sobre sus delitos, y que este tribunal por tanto determina, es:

Que Raveneau de Lussan, irá de este tribunal al lugar en donde ha estado preso, y de allí al de su ejecución sin dilación, donde será ahorcado por el cuello hasta morir. Y que el Dios de infinita misericordia tenga piedad de su alma.[65]

Juez Supremo Don Guillén Alvar de Moncada y Castro

Debajo de la firma del juez estaba la suya propia con su nuevo título y sello; Conde de Miravalle, concedido por el Real despacho el último día de diciembre de 1673, dos años atrás; y Caballero de Santiago, conferido recientemente. Ambos sin haber pagado un céntimo. El rey debía estar muy molesto al respecto, sonrió.

—Disculpe Anselmo, ¿ya se despertó la condesa?

—No, su señoría. ¿Desea que la mande llamar?

—No. Dejadla descansar y ordenad que le lleven el desayuno a sus habitaciones. Que ensillen mi caballo, me dirijo a la capitanía del puerto. Estaré de regreso a mediados del día.

—Como ordene su excelentísima.

Gil aspiró aire para luego soltarlo con satisfacción. Por un momento consideró subir con Rosaura, pero lo desestimó inmediatamente. Su vientre estaba creciendo rápidamente y necesitaba descansar. Ya le traería alguna golosina de la panadería. Comprobando el crecimiento de su propio abdomen, decidió que en cuanto naciera el niño

empezaría a cuidar su figura también.

Lussan había sido ejecutado una semana antes: cuando vio que se acercaba su fin lo abandonó completamente el valor, y de tal modo lo dominaron la angustia y el miedo que apenas iba consciente mientras era transportado al lugar de su ejecución. Su lastimoso comportamiento durante la sentencia había conmovido enormemente al pueblo, sobre todo a las mujeres. Sin embargo, el gobernador, que como autoridad pública y como persona se comportó con gran honradez y justicia, ratificó el fallo. Aunque, para calmar a la población le pidió un favor personal, que se parara en un templete en medio de la plaza y relatara las crueldades acaecidas en el Puerto de Veracruz.

—Me debe—. Se dijo para sus adentros refiriéndose al gobernador de la isla. Mucho había hecho con capturar al rufián, ayudar al capitán de *El Santa Lucía* a vencer en la batalla, reparar la corbeta, llevarla a puerto, fungir como testigo y todavía convencer a la plebe que había caído ante un malhechor carismático. —Ojalá tengan noticias de México—. Nada más llegar, mandó aviso a sus hermanos y esperaba con ansia nuevas de Tecamachalco.

—¡Señor conde!

—Don Víctor, un gusto—. Saludó con alegría al joven capitán que lo había rescatado de la isla.

—¿Os dirigís al cabildo? Vengo de allá y temo deciros que no hay nuevas para vos. La única novedad de la mañana es que me ha llegado la orden de perseguir a un nuevo villano.

—¿Zarpáis pronto?

—En dos días como muy tarde, os invito unas copas a manera de despedida.

—¿Tan temprano? Prefiero asistir a *La Dominica*[66] si no tenéis inconveniente. Ya tendréis bastante licor cuando zarpéis de nuevo. Os veo ahí en una hora, tengo un asunto que atender—. Le agradaba aquel tipo, desde la refriega contra el francés, se habían convertido en grandes amigos. No aceptó dinero alguno por llevarlos a La Isla de Santa Fernandina y trató a Rosaura de la manera más respetuosa y atenta. Incluso se ofreció a casarlos, preguntándole con las orejas rojas como la grana, si es que vivían en pecado. Por supuesto que le mintió, no le gustaba admitir que ella ya tenía marido. Escupió en el suelo, no soportaba ni siquiera pensar en el bastardo. Era una lástima que el capitán Víctor Concas se marchara. Le tranquilizaba su aire tranquilo. Pero, secretamente, se preocupaba por él. Su honradez rayaba en la exageración. Sería capaz de perder la vida con cinco vías de escape diferentes, si eso significaba que mantendría sin tacha su sentido del honor.

Quedaron de acuerdo y Gil dirigió sus pasos a una joyería. Pronto sería el cumpleaños de Rosaura y quería darse el gusto de darle un regalo. El único dije que le obsequió, había quedado en su camarote en *El Peregrina*. En su otra vida, cuando disfrutaba de aventuras y correrías, hubiera sido una excusa perfecta para recuperar su barco. Ahora, solo deseaba hacer amigos, disfrutar de dulces y pasteles y sobretodo de pasar el mayor tiempo con su pequeña familia.

—¡Mi capitán!

Aquella voz hizo que parara en seco. Lentamente volteó la cabeza para

confirmar sus sospechas. La sorpresa lo golpeó tan de repente que le provocó un traspiés y casi cayó de bruces al suelo.

—¡Tulio! —Abrazó con fuerza al negro junto al que había crecido y aprendido todos los trucos de la piratería y le dio vueltas en el aire. Nunca lo consideró un amigo, pero siempre fue su confidente y mano derecha. Estaba dispuesto a reparar aquel hecho, le debía la vida y la de Rosaura, sino hubiera desatado el bote de remos en el motín, no estarían ese día ahí. —¡Qué alegría veros!

—Disculpe su merced si os pido perfil bajo. No me he portado como debiera con los españoles desde que os perdimos en el mar—. Sabía perfectamente a lo que se refería, y sin perder tiempo buscó un lugar que los protegiera de las miradas curiosas. Parecía que su amigo había perdido su protección en territorio del Rey Carlos.

—Nada de su merced, llamadme Gil. Tenéis que hospedaros con nosotros en la villa. Estoy seguro que a Rosaura le dará gusto volver a veros.

—¿Sobrevivió también? —Parecía sorprendido, no lo culpaba. Su suerte desafiaba las reglas de lo imposible. —Venid a *El Peregrina*, ahí podremos hablar, solo he desembarcado pues quería confirmar los rumores de vuestra reaparición. He guardado vuestras posesiones, podéis recuperarlas mientras nos ponemos al día.

—¿Se encontrará entre ellas el dije ovalado con la rosa? —Preguntó tentado por la invitación, pero no se veía con fuerza para pisar la nave que había dirigido como un simple visitante. Además, aunque podía confiar en Tulio, no podía decir lo mismo del resto de la tripulación.

—Hagamos lo siguiente, llevaros mi caballo y transportad la caja a La

Villa de La Playa de Santa Fe. Ahí estaréis lejos de miradas curiosas y podremos hablar en mi arribo pasada la tarde. Cualquiera podrá darte la ubicación, preguntad por Anselmo—. Quitándose un anillo se lo puso en la mano. —Este sello, será vuestro salvoconducto. ¿Necesitáis oro?

—Me apena, mi capitán…

—Sin penas, ni agobios amigo mío. Me alegra mucho el volver a encontraros.

La despedida fue corta, no lo juzgó mientras lo observaba alejarse a lomos de su pura sangre. Se veía contento de montar un espécimen tan fino. Ya vería de convencerlo para dejar la piratería, ya no tenían edad para tanta violencia y por lo menos a él, le sobraba el dinero. Se alejó del sitio visiblemente complacido consigo mismo. Las cosas iban acomodándose en su lugar e incluso iba a recuperar el dije que tenía por perdido. Tendría que pensar en un nuevo regalo, si no era un collar, entonces ¿qué otra joya le compraría a Rosaura? Sumido en aquellos pensamientos redirigió sus pasos a la joyería.

—¡Salud! —Unas horas después, levantó de nuevo su copa para chocarla con la del capitán Concas. Se sentía un poco mareado, pero ¡qué diablos! Tenía ganas de celebrar. —¡Por la captura de los piratas franceses y la venganza de las víctimas de Veracruz!

—¡A vuestra salud su excelencia, que habéis logrado que una pastelería nos conceda tan excelente vino!

—¿Qué lugar más ideal existe para embriagarse, que donde os bajan el alcohol con una buena taza de café? Continuemos pues con el

pasatiempo de recordar nuestras hazañas y fatigas. Que lo mejor que tienen, es que se encuentran en pasado. De ahora en adelante prometo que las aventuras solo se vivirán en mi memoria, seré un aburrido hombre de familia. Contad y bebed vino.

—¡Un brindis por el futuro padre! ¿Para cuándo la llegada del heredero?

—Estará aquí para celebrar Las Misiones[67], ¡si no da una sorpresa antes! —Chocaron alegremente las copas y después de un cómodo silencio, agregó pensando que iba siendo hora de regresar con Rosaura; —Me alegra haber compartido la tarde con vos capitán. Le ruego me cuente entre sus amistades y que no demore en volver a este puerto a saludarnos.

—Cómo ha de ser de otra forma señor Conde, os debo la vida. Lussan ya nos tenía dominados cuando aparecisteis de la nada hundiendo *El Oriflamme*. Pedid lo que sea y os lo concederé. ¡Mi palabra es vuestra!

—Estamos a mano, os debo mucho también. Curioso día este, en que me topado a dos de mis salvadores duplicando mi alegría. —Dijo soltando una carcajada que sospechaba era más culpa del vino que de la conversación. Se sentía feliz y por primera vez en años se permitió demostrarlo. Sin embargo, al ver el rostro interrogante del oficial decidió ahondar en el asunto en contra de sus costumbres. —Mi querido amigo, hoy he sabido de mi antiguo contramaestre y nuevo capitán de *El Peregrina*.

El inmediato cambio de humor del capitán Concas y Palau le indicó que se había ido de la lengua. Eso sucedía cuando se vivían años en sobriedad alejado del alcohol y se tomaba la primera botella. Tulio le

había advertido que tenía problemas con la corona.

—No os preocupéis, yo respondo por él—. Dijo con un movimiento de la mano desestimando cualquier peligro. El ambiente se tornó tenso y se puso nervioso cuando el marino se quedó observándolo de manera penetrante para después ponerse en pie sin miramientos. En un instante recobró la sobriedad y estuvo listo para salir tras el delincuente. Gil sacudió la cabeza para despejarse, la había liado. La decisión del capitán Concas era clara y temió perder una amistad recién ganada.

—Creo que no sabéis bien lo que decís. ¿Hace cuánto que no estáis al corriente de las andanzas del nuevo capitán de *El Peregrina*?

Gil trató de disipar la niebla de su cerebro, Tulio se había visto preocupado en su encuentro. ¿En qué líos se habría metido? Tendría que ganarle tiempo, el oficial era un hombre de honor y no creía que lo dejase ir sin un buen argumento.

—Años, es verdad. Pero, le debo la vida. No puedo dejar que vayáis tras él—. Le tomó de un brazo al ver que se alejaba a cumplir con su deber. Sintiéndose bastante miserable por cobrar un favor que hacía unos minutos tenía la intención de rechazar, se vio forzado a preguntar; —¿Tengo acaso que hacer válida la promesa que hace un momento empeñasteis?

Se sorprendió con la dureza con que el joven Capitán lo miró, así como la fuerza con la que sacudió el hombro para liberarse. ¿Era aquel el agradable sujeto con quién hacía instantes en tan buenas migas había estado tomando?

—Bien, comprendo que os sentís en deuda con el capitán de *El*

Peregrina. Pero, ¿qué hay de Jeireddín?

—¿Qué tiene que ver ese malnacido en todo esto?

—Casi nada. El negro que decís, él que comanda *El Peregrina*, es el segundo de Jeireddín y según las malas lenguas también su amancebado. Y si no mal recuerdo, el bastardo ofrece una jugosa recompensa por vos y por la condesa. Vos, os puedes defender sin problema, vuestra mujer no tanto. Así que haríais bien en poneros de pie y acudir a su lado al igual que yo. ¿Cuántos guardias tenéis custodiando la villa?

El mundo de Gil giró por completo sobre su eje. ¿De qué le servían una veintena de hombres custodiando su hogar? Amargamente recordó que había mandado en su mejor caballo a Tulio a encontrarse con Rosaura. ¡Incluso fue tan tonto para cederle su anillo como salvoconducto!

—¿Qué hora es? —Preguntó esperando que por un milagro todavía tuviera tiempo de impedir una tragedia.

—Es hora de actuar amigo mío.

Cinco horas después.

El Mulato sabía muy bien el riesgo que corría navegando tan cerca de *El Peregrina*, pero su antiguo primer oficial se lo merecía, había jurado que saciaría su venganza. ¡Aquel maldito cobarde nunca volvería a engañarlo! Gil se aseguraría de ello. Debería haberse dado cuenta de la artimaña en el instante que lo vio en la Isla de Santa Fernandina.

Sobre todo, debió haber dudado del secretismo. Ningún pirata se

adentraba en tierra enemiga por un «viejo camarada» y menos a saludarlo. Pero, había estado demasiado hipnotizado por estar a salvo disfrutando de su fortuna, de su vida con Rosaura y del bebé que venía. Falló en leer las verdaderas intenciones de Tulio.

—Nunca lo consideré mi amigo—murmuró golpeándose la frente. —¿Qué había estado pensando al bajar la guardia de forma tan estúpida? —El rencor y el odio, superaron el dolor de haber perdido a su pequeña familia. Jamás se perdonaría si le llegara a pasar algo a Rosaura. Había llegado a toda prisa a la villa con la esperanza de encontrar a su mujer aguardándolo. Sin embargo, como una víbora, Tulio se había deslizado a su lado y los había traicionado enroscándolos en un falso afecto. Fue un necio y un ciego.

Ahora los ojos de Gil estaban muy abiertos; sabía exactamente a quién agradecer por la lealtad de los hombres en el barco de *El Santa Lucía*; el oro que ahora engrosaba sus bolsillos y la promesa de doblar la cantidad al embarcar en cualquier costa mexicana. El Capitán Concas lo había nombrado provisionalmente segundo al mando y aunque no había aceptado ninguna recompensa, apoyó que los tripulantes bajo sus órdenes tuvieran una compensación extra por arriesgar la vida en aquella empresa.

—¡Ceñid las velas! —Gritó completamente concentrado en lograr su objetivo.

El Peregrina era más rápido que la pequeña goleta. Sin embargo, él podía navegar muy cerca del viento doblando su velocidad, al saber calcular ángulos. Se alegraba por las enseñanzas del padre Ignacio que le daban gran ventaja sobre la mayoría de los piratas sin escuela. Sus

ojos se entrecerraron vengativamente. El necio traidor había pensado que su plan era infalible. Sin duda creía que, si obligaba a Gil a perseguirlo hasta Jeireddín, entre los dos podrían abatirlo. Pero Tulio había jurado devoción al santo errado. Escogió al hombre equivocado para emparejar su ingenio y esa noche pagaría el precio.

Tembló al pensar en Rosaura, conocía a Jeireddín. Si estaba muerta, rogaría por su alma pues sería la única que iría al cielo. No le importaba refundirse en el infierno si de ese modo se llevaba a todos aquellos malnacidos.

Capítulo 11

Desaliento en casamiento, seguro tormento

Palacio Virreinal en la muy noble Ciudad de México

Día de nuestra Señora Santa María Reina

(Vigésimo segundo de agosto del mismo año)

Don Antonio Maldonado de Aldana, marqués de Marifera, actual virrey e íntimo de don Pedro Tesifón, los miraba con dureza. Hecho que no solo irritaba a Ferri, sino que le llenaba de impotencia. Otro gobernante que agregar a la interminable lista de zopencos con los que se había visto obligado a comerciar desde influencias, permisos y negocios, hasta que lo dejaran vivir en paz con su familia. Sin contar que, en su opinión, este dirigente se caracterizaba por ser uno de los más indignos que había conocido aquel puesto y talvez el más falto de inteligencia.

—Veamos; el primero fue fray García Guerra, le siguió el marqués de Gelves, después… —Enumeró en su mente a los predecesores del hombre que tenía enfrente. Tal vez hubiera otro que se llevara el título de borrico, pero por muy poco. En lo que don Antonio ganaba, sin lugar a dudas, era en la categoría de vulgar. Refiriéndose por supuesto a su evidente carencia de gusto.

El muy ladino los había recibido en la sala de audiencias nada más ni nada menos que en un sillón de brocado dorado, que recién habían

colocado en una enorme plataforma que los forzaba a mirar hacia arriba para entablar conversación. No es que Ferri no admirara el gesto, había que tener arrojo para erigirse un trono. Sin embargo, le parecía del todo carente de elegancia. Un nuevo rico a todas luces, aunque se esforzara en parecer noble, el estridente tono azul de su capa y la pobre combinación de su atuendo eran prueba fehaciente que el marqués anterior había comprado el título. ¿Cómo era que había forjado ese hombre su fortuna? Se entretuvo tratando de recordar aquel detalle para no enojarse con la sarta de estupideces que le estaban diciendo.

—Doña Leonor no puede postergar más el casamiento con el vizconde de Ilucan, y no seré yo quien moleste a su majestad don Carlos para interceder nuevamente en favor vuestro.

—¿No podríamos llevarlo al Consejo de Indias? Mi hija se encuentra de duelo. —Reviró el buen Alvar… bueno, Ramón de San Juan como últimamente se hacía llamar. Pobrecillo, todavía tenía esperanza de poder cancelar la boda.

Ferri estaba seguro que aquel trepador social no iba a resolver en su favor. Si hubiera visto cualquier duda de su parte, no habría perdido tiempo en llenarlo de halagos con tal de salvar a su sobrina. Le revolvía el estómago imaginarla con un hombre, viejo, pobre y desviado. Sin embargo, estaba seguro que don Antonio tenía un conflicto de intereses y no traicionaría al vizconde.

Por su parte Alvar, al ser un militar acostumbrado a hablar de frente y no muy versado en las sutilezas de la política, se veía bastante desesperado tratando de salvar a su hija. Sintió escalofríos de pensar

que sería él el encargado de comunicarle lo de la boda a su esposa Josefina. Hasta el más bragado se acojonaría, una familia muy complicada la que tenían…

¡Claro, casas de juego! Recordó de repente. El primer marqués de Mancera había logrado comprar su título con una fortuna amasada en casinos y burdeles. ¿Cómo pudo olvidársele? Ambos eran marqueses de segunda generación, aunque el título de los Tecamachalco se había ganado por mérito militar. Una sutil pero enorme diferencia.

—¡Pero si llevan dos años de luto por la muerte de don Gilberto conde de Miravalle! De quien, no tenéis un claro parentesco. Si esto fuese poco, se sospecha que él mismo fue el que secuestró a la finada vizcondesa, esposa de don Pedro y futuro novio. Para coronar todo este sinsentido, ¡no estaba muerto! Apareció con vida en las costas de Santa Fernandina. Vuestra pretensión es insostenible.

—Es interesante como el *azar* rige nuestras vidas y la llena de sorpresas. Los continuos *juegos* del destino no me dejan de asombrar. Una desgracia ¿no le parece su ilustrísima? Llevar un duelo tan riguroso sin necesidad. —Interrumpió Ferri acomodándose los elegantes volantes de los puños de su jubón, mientras recibía un codazo en las costillas cortesía de su buen amigo Alvar.

El virrey guardó silencio y lo miró con los ojos entrecerrados calculando si tenía la intensión de mofarse de él. Era bien sabido que odiaba cualquier alusión a su manchado origen. Después de un momento, decidió evitar confrontaciones y desestimó la elección de palabras del marqués. Lo dejaría pasar una vez.

—Nada de azar, ni de juegos. Ya sea coincidencia o no, el rey ha

otorgado un título a quién ha ofendido al vizconde, no lo molestaré para quitarle a la novia también.

—Me parece, su ilustrísima que usted más que nadie puede atestiguar que la *suerte*, buena o mala, siempre va a nuestro lado. Logra grandes favores a quien sabe capitalizarla, y le da la espalda al que obra con estupidez. Vuestro padre apostó para ganar, el mío derramó su sangre para colocarnos aquí donde nos ve. Sea inteligente, emule al viejo marqués y no se arriesgue con quien no tiene probabilidad de vencer. Yo haré lo mismo que mi señor padre, y defenderé con mi vida a los de mi nombre.

El virrey sintió que las orejas le ardían, no estaba equivocado. Aquel lechuguino no había escogido mal sus palabras, tampoco lo insultaba veladamente, le andaba arrojando a la cara y sin pudor alguno, claras indirectas a sus impuras raíces.

—En la mesa de juego no hay padres ni hijos. —Le contestó demostrando que también había recibido una esmerada educación. Su finada madre, a pesar de haberse criado en un burdel, se había asegurado de ello. —Ándese con pies de plomo Tecamachalco, no vaya con ligereza levantando rencores. Recuerde que una sota jamás le gana a un rey—. Finalizó tratando de controlar su rabia. Estaba decidido a honrar su rango, al mostrar que podía continuar con aquel duelo de palabras sin dificultad.

—Cierto, solo hay vencedores y vencidos. Permítame recordarle a mi vez, que Ilucan no es un caballo al que apostar. —Concluyó Ferri dando por terminada la entrevista. Estuvo a punto de admirar al virrey que hacía esfuerzos sobrehumanos por no írsele a los golpes o

por soltar una palabrota, pero no lo logró. ¿Qué andaría pensando aquel pobre hombre cuando escogió unas calzas de tan terrible color?

—Se llevarán a cabo los esponsales, ¡pésele a quien le pese! —Ordenó el virrey levantándose de su asiento sintiéndose humillado, por haber perdido el control de la conversación y por el escrutinio del que era objeto por parte del marqués. Por lo que a él concernía, ya se había acabado la reunión. Tecamachalco no obtendría de él ni un «vaya con Dios».

Ferri se preparaba para marcharse mientras consideraba que había logrado implantar una duda en la cabeza del virrey. Creía que se cuestionaría la conveniencia de permanecer con su actual lealtad al vizconde si con ello los ganaba como enemigos, cuando una frase desesperada los devolvió a su precaria posición.

—¡La vizcondesa no ha muerto, apareció junto al Marqués de Miravalle! —Interrumpió Alvar bloqueando la salida de don Antonio en una voz cargada de desesperación. Había revelado información sensible que habían acordado guardar.

Su buen amigo era fuerte, diestro con las armas, noble y muy leal. Pero, en ese momento le había faltado confianza. Al destapar a Rosaura, había salvado momentáneamente a Leonor. Ferri suspiró hondo sintiendo como lo alcanzado durante la reunión se iba sin remedio por el drenaje. Que escasa fe depositaba en él, aquella era una carta que no tenía intenciones de descubrir.

—¿Queréis decir que la vizcondesa sigue viva y en adulterio con un presunto familiar? ¿Tenéis pruebas de ello?

—No su ilustrísima. Sin embargo, ante la duda debéis posponer los

esponsales. Pagaré sin reparos cualquier satisfacción que se dicte por la inconveniencia. —La mirada de Alvar permanecía baja. Había comprado algo de tiempo traicionando a Rosaura y a Gil para salvar a Leonor. Ferri decidió ser sabio y perdonarlo, ya Josefina le haría pagar. Definitivamente él no iba a guardarle el secreto y menos dejarse regañar en su lugar.

—¡Parece que la suerte no está de vuestra parte Tecamachalco! —Rio a sus anchas el virrey, sorprendido gratamente por el desliz de Alvar. —Veníais por una boda y os vais con un posible cargo ante el Santo Oficio. Dadme pie y bogaré por el incesto además del adulterio que representa.

—Anda con el diablillo—. Pensó sorprendido. Así que estaba al tanto que Gil era su hermano y solo se había hecho el tonto momentos antes. Los matrimonios entre familia no eran poco frecuentes, no por nada le decían «el hechizado»[68] al rey actual. Menos si se trataban de miembros que no compartían lazos de sangre. Aunque, con poder y dinero la posibilidad de tener que enfrentar a aquella acusación no era imposible. Haría bien en ganarse el favor de ese donillero[69], pero primero prefería dejarse comer por los lobos.

—Razón no os falta ilustrísima. Solo me queda ponerme a sus pies y recordadle que lo único que se puede saber sobre la suerte es que, tarde o temprano cambia. Puedo estar perdiendo la partida. Pero si pierdo en el cubilete, os aseguro que ganaré en el juego de cañas[70].

Como le gustaba tener la última palabra, y no estaba dispuesto a perderla nuevamente, hizo una profunda reverencia y salió del salón.

Los dos hombres partieron del palacio, demorando el momento de hablar de la indiscreción de Alvar. Sin embargo, al montar en sus caballos el marqués no pudo contener sus comentarios.

—Deberías saber que el buen tahúr cuando no tiene juego, debe contentarse con mirar.

—¡Basta ya de vuestras alusiones a las cartas! Debisteis dominaros en azuzar al virrey y utilizar esa labia para cambiar las tornas a nuestro favor—. El pobre Alvar se sentía profundamente frustrado pues sabía también, que su desesperación los había hundido.

—¿No queréis oír algunas más? Una lástima, pues no tengo intensiones de guardármelas. Calma buen amigo, os aseguro que él ha ganado la primera, pero la postrera y la final, son nuestras.

—Leonor es una niña, e Ilucan un sátiro. Debimos ganar el favor del virrey.

—Hombre de poca fe. El virrey no tiene intenciones de favorecernos, aunque la justicia nos acompañe. Cuando apuestas en contra de los conflictos de intereses, quien limpio juega, sin premio se queda.

El sonido del rechinar de los dientes de Alvar le advirtió que era el momento de terminar con sus juegos de palabras, una pena. El hombre estaba más allá del agobio. Así que decidió olvidar las chanzas y hablar con seriedad.

—No debisteis implicar a Rosaura en esto. ¿No aprendisteis nada de mi padre, que os he dado permiso de llamar también el vuestro?

«*Peligro constante corre todo cristiano de ser convocado por el Santo Oficio, pero uno acaudalado más que un riesgo latente, tiene una diana pintada sobre su espalda y otra junto a sus alforjas. Incauto apresado, oro*

incautado».

—¡Qué necio he sido! La perfidia del virrey es tan obvia que se le conoce al verlo. Me he dejado ilusionar por un tirano al querer verlo justo.

—Peor que eso, por un arribista con un pésimo gusto—. A pesar de su congoja Alvar sonrió con aquel comentario. —La desesperación nos ciega a todos, no os torturéis más por ello.

Ambos sabían que, si querían cambiar su fortuna, no podían perder el tiempo en lamentaciones y debían tener la mente clara para arreglar aquel embrollo. Además, que era necesario hacerlo antes que la iglesia les arrojara sus redes.

—¡Esperad! ¿No es aquel el recadero del virrey?

—¡Cierto es! Por fin, un golpe de suerte. Voy tras él, aferrad las riendas de mi montura, así llamaré menos la atención—. Dijo Alvar apeándose del caballo al tiempo que volteaba su capa para dejar el forro oscuro por fuera. En un santiamén su apariencia se había vuelto oscura y modesta.

—Andaos con pies de plomo… y ligeros; que no es lo mismo ya lo veis —. Alvar lo miró con una ceja levantada reconociendo otro juego de palabras. —Tened cuidado—. Agregó antes que su amigo se cubriera el rostro con la toquilla y se alejara recordándole sus antiguas misiones. No quedaba nada del padre angustiado.

Alvar, como a él le gustaba llamarle, era de armas tomar. Desde joven había disfrutado en hacerle repelar, pero del mismo modo se guardaba de no pasar sus límites. Aunque Ferri era marqués, bien sabía que a su amigo le valía dos cominos. Eran un equipo, simplemente porque la

casualidad los había convertido en familia de distintas sangres. Lo observó marchar sin dejar de sorprenderse, a pesar de los años seguía con gran agilidad al sirviente. Siempre admiró su destreza y arrojo.

Si sus sospechas eran ciertas, esperaba confirmar que se dirigía con don Pedro Tesifón. Que interesante, justo después de la audiencia que les concedió el virrey. ¿Acaso eso que olía en el viento era temor? Estaba a punto de descubrir algo. Se encontraba tan cerca de sus manos que casi sentía como se le enredaba entre los dedos.

—Paz y paciencia. Si no lo resuelvo yo, lo haremos esta tarde los tres —. Con tranquilidad dirigió sus pasos hacia el alcázar. Mandaría por el Lobizón y así juntos podrían descifrar los motivos de aquellos trúhanes para buscar una solución. Respiró hondo tratando de darse ánimo. No era la primera vez que se enemistaba con un virrey, la diferencia era que con los años tenía más que perder. Era peligroso ser un Tecamachalco cuando los gobiernos estaban amañados. Desgraciadamente, sospechaba que esta tampoco sería su última desavenencia.

Su plan se efectuó en la noche. Siempre que alguno de ellos lo solicitaba, se reunían sin preguntar. La diferencia era que en aquella ocasión serían de nuevo cuatro. Aunque, en lugar de Gil se presentó su sobrino Lobito. Parpadeó al notar repentinamente su anchura y zanca, pensando que tal vez tendrían que empezar a llamarle Ramón Federico, su nombre bautismal.

Estuvieron buena parte de la tarde y la víspera aguardando a Alvar,

quien para su desesperación no daba indicios de llegar. Tratando de aligerar la espera, Ferri se entretuvo observando a su sobrino, sopesando sus posibilidades.

—¿Será capaz de contener a su padre? —Se preguntaba mentalmente. El muy canalla se veía alterado y llevaba tiempo mirándolo con ojos endiablados. Tampoco ayudaban a sus nervios, los graves bufidos que prorrumpía cada cuando. El muchacho acababa de cumplir los quince y era una copia fiel del lobizón. No obstante, de alguna manera también era diferente. Su coloración era menos oscura, lo mismo que su talante; poseía un carácter afable y humor fácil que se ganaba el cariño de quienes lo rodeaban.

—Señor, dadle talento de apaciguar a su padre por si se pone violento —, rezó en silencio. El hombre había anexado a la lista de actitudes preocupantes; una boca fruncida, cara enrojecida, la mandíbula apretada y unos movimientos bruscos de cabeza que le hacían sudar frío. No se necesitaba ser un genio para reconocer las señales que su hermano, apenas podía contener un avance agresivo. Era un ser peculiar y aunque se hubiera suavizado con los años, lo ponía nervioso verlo molesto y más si él era el motivo de su cólera.

Era bien sabido que Fernando detestaba salir de la Ciudad de México y justo esa mañana había llegado de San Francisco de Campeche y aún no se reunía con el resto de su familia. Tenía que admitir que gran parte de la molestia de su hermano era que todavía no llegaban a casa, y técnicamente había sido su culpa. Los había interceptado a punto de terminar su viaje de tres semanas, en una pulpería a las afueras de la capital con la intensión de captar toda su atención y

lograr un poco de privacidad. El alcázar era una verbena de niños, nanas, madres y tutores.

—Alvar no debe tardar, paciencia Lobizón—. Ferri se estaba poniendo nervioso y dejó de mover nerviosamente los pies al percatarse de ello. También renunció a frotarse las manos sudorosas en los muslos, pues era de pésima educación y no aportaba alivio a su inquietud.

—Quien no espera, no tiene motivos para desesperar—. Dijo por su parte Fernando repitiendo una de las frases favoritas de Metsli, su esposa. Suspiró empatizando con ella y tratando de calmar su impotencia. Con frecuencia perdía el paso del tiempo analizando algo que le parecía interesante y cuando se daba cuenta ya era otro día o muy entrada la noche. Ahora cada minuto lo sentía eterno, quería regresar con su mujer y sus otros dos hijos y dejar los lugares extraños atrás. En un esfuerzo de controlarse, fijó su mirada en los bordados que Mercedes tan diligentemente le hacía en los puños de sus camisas, logrando distraerse un poco. Sin embargo, después de semanas de viaje, la greca pronto perdió su interés.

Se levantó con brusquedad y jalando el brazo del marqués para hacerlo a un lado sin ceremonias ni cuidados, empezó a acomodar las mesas y sillas de la manera que recordaba en su última visita cuatro años cinco meses y… doce días atrás. No le gustaban los cambios. Cuando estuvo contento con el acomodo, unos ciento diecinueve minutos después, se sentó nuevamente en un sillón sumiéndose en la desesperación.

«No es lógico». Se decía el Lobizón sumido en sus pensamientos. «¿Por qué la reunión se lleva a cabo aquí y no en la biblioteca del alcázar?

Era menos seguro, su padre, así los había inculcado».

Miró a Ferri con encono y este respingó. Esperaba que se hubiera dado cuenta de su error. Estaba a punto de levantarse de su silla cuando un sonido llamó su atención. Su hijo se encontraba acomodando varios mazos de cartas en la mesa. Con gran habilidad las empezó a barajar con un ritmo constante y una destreza asombrosa.

Empezó con un mazo francés de cincuenta y dos cartas. Cada palo contaba con trece… la posibilidad que un as quedara hasta arriba era de cuatro y que lo hiciera el de corazones de uno. Sin poder evitarlo comenzó a calcular probabilidades. Ya que consideraba algún concepto probado, su hijo integraba otro paquete al juego. Volteó a verlo y el corazón le dio un brinco al reconocer en aquella joven cara la sonrisa de su mujer. Era un tipo afortunado. Ese tipo de pasatiempos le fascinaban y siempre deseó aprender los trucos que el mozo realizaba, pero sus manos eran torpes. El chico no tenía reparos en hacerlo cuando se lo pedía y era una excusa para convivir con él. Cuándo los cálculos se agotaron, empezaron a construir un castillo con los naipes.

Por su parte Ferri se sentó pesadamente en su recién acomodado sillón. Amaba a su hermano, en la misma medida que temía a sus arranques de locura… y eso no había cambiado con los años. Justo era decir que desde su matrimonio no podía acordarse de ningún incidente. Pero, la forma en que lo había observado, tristemente le recordó la razón por la qué le seguían llamando *Lobizón* y juraban que era hijo del diablo. Para su alivio, la puerta se abrió sin ceremonias dejando entrar a un muy maltrecho Alvar, que sin formalidades tiró

un bulto en medio del salón.

—Disculpad la hora, pero nunca es tarde para traeros una ofrenda. Quiero ver si vuestra presencia hace lo que los golpes no han logrado —. Antes que pudieran entender lo que estaba pasando siguió hablando. —¿Habéis tenido que escoger este lugar tan apartado? Vamos muchacho, pedidme una cerveza que no hay mayor placer en beberla cuando es precedida por una sed como la que traigo.

Un gruñido nada halagüeño se escuchó de la esquina donde se encontraba el Lobizón. Ferri estuvo a punto de contraindicar la orden, pues no estaba preparado para volver a calmar a su hermano, cuando el bulto en el suelo se movió para descubrir al mensajero del virrey. Y él que había creído que el maltrecho era Alvar, aquel pobre tenía el rostro tan hinchado que apenas podía abrir los ojos.

—¡Por la Virgen de la Merced! ¡No me matéis! ¡Os lo contaré todo! Por el amor de Dios, no dejéis que el nahual me almuerce—. Imploró el desgraciado mirando temerosamente al Lobizón. Un gruñido más enérgico siguió al primero.

Fernando odiaba que la gente lo tomara por una bestia. ¡Comérselo! Si ni siquiera toleraba verlo, completamente sucio y vestido de marrón se veía como estiércol. Sin embargo, reconoció la lógica de seguir con su papel. Parecía que los golpes no habían amedrentado al criado, el miedo sin dudas le aligeraría la lengua.

—¿Qué decís? ¿No os dais cuenta que lo que tiene es sed? —Pinchó Alvar al pobre individuo, para después dirigirse a Fernando; —¿Precisáis una daga o vuestros dientes os bastan para rasgarle la piel y beber su sangre?

A Fernando le dieron náuseas de pensar en acercarse aquel ser, y tratando de evitar el profundo asco que le producía, hizo los cálculos pertinentes. Consideró que, si la mordida humana tenía unos setenta y ocho kilos por centímetro cuadrado de fuerza, en realidad no se necesitaba la navaja.

—Con la mordedura basta—. Respondió el Lobizón de forma literal a la pregunta de Alvar con una voz tan enronquecida por la repulsión, que sonó maligna y rasgada.

—¡Tengo familia, piedad! El virrey no me ha dado ningún papel, me ha hecho memorizar un verso.

La habitación quedó en silencio, pues era obvio que esperaban que empezara a recitarlo. Al notar que el hombre titubeaba, una vena cruel del Lobito, le hizo azuzarlo.

—Tranquilo padre, parece ser que pronto tendréis lo que tanto deseáis.

El Lobizón esperaba que tuviera razón, deseaba encontrarse con Mercedes y los pequeños. Aunque le confundió la voz extraña que usó su hijo y la forma en que lo sujetaba. Claro que ya quería irse, pero no era un mozalbete que dejara un interrogatorio a la mitad. Con gran contrariedad se percató que el prisionero empezaba a llorar y a pedir misericordia. ¿Estaría ocurriendo uno de los doble sentidos que aún fallaba en notar? Frunció el ceño francamente malhumorado, necesitaba a su mujer con urgencia. Ella siempre le explicaba las cosas y le evitaba sentirse tan inadecuado. El hombre empezó a hablar, lo escuchó confundido hasta percibir que rezaba el Salmo de David[71].

—Soltad al nahual, estamos perdiendo nuestro tiempo—. Concluyó

Ferri aparentando desinterés. A lo que el hombre todavía arrodillado respondió repitiendo el siguiente verso con voz temblorosa;

—*«Don Pedro; me ha sido imposible corresponder a vuestra invitación. Entre el polvo que levantan las patas de los perros callejeros, y el antojo que tengo de un plato de chocolomo*[72] *sin lengua, (que como ritual me permito pediros desde que coincidimos por vez primera), me temo que la virreina se ensucie el vestido blanco que el señor obispo insiste porte a misa. Le ruego me disculpe, no acepte esta información como una escapatoria vana y guarde con celo nuestro franco recuerdo. Reciba en este mensaje el abrazo que contiene para su merced.»*

—Muy bien, continuad con el resto—. Exigió Alvar con la esperanza de encontrar alguna pista. No podía ser que solo hablaran de caldos, ropas y tierra. Si se había liado a golpes por un mensaje tan insustancial, prometía que el próximo manotazo se lo daría él mismo.

—Le juro que es todo, su merced—. Dijo tembloroso el pobre hombre a sus pies.

—¿Es eso verdadero?, ¿lo juráis por vuestro rey, vuestro dios, y vuestra dama?

Ferri controló el gesto para evitar una sonrisa ante aquella frase ridícula. Amaba a su sobrino, lo consideraba inteligente, aunque no cabía duda que era apenas un niño. No recordaba haber sido tan novelesco. Teatral, chismoso y engreído por supuesto, pero ñoño ¡jamás! Decidió enseñarle mejores frases en el futuro y se concentró en tratar de descifrar la misiva. ¿Qué había dicho? «*El polvo que levantan*» … —¡Caramba! Tengo la impresión que nos ha llamado perros. Hubiera preferido lobo o coyote, que son a los que estoy

acostumbrado. Espero que se refiera a que andamos cerca de sus pillerías, me niego terminantemente a que me tengan por sucio.

—¿No es cocholomo el plato que sirven en la Casa del Teniente del Rey en Campeche? Qué raro que lo pida sin lengua, ese platillo no lleva—. Preguntó el muchacho tratando de entender el verso.

—¡Claro! Pide silencio de algún suceso ocurrido en el puerto, es más lo demanda dos veces; «*guarde con celo nuestro franco recuerdo*»—. Añadió Alvar.

—«*Franco*» … ¡Podría referirse a un francés! —Completó el muchacho contento de poder aportar información a sus mayores.

—Lo tenemos—. Concluyó el Lobizón para la sorpresa de los presentes. —Si tenéis niños, por su bien iros lejos—. Le advirtió al hombre considerando las malas mañas de Ilucan. Sin embargo, el criado confundió su preocupación por amenaza, creyendo que prefería la sangre de sus hijos.

—Dadle buen oro, —añadió dirigiéndose al marqués. —No le hará bien regresar a casa de su amo, tampoco que lo vean por la ciudad. Partamos, no hay pendientes ya.

Sin más preámbulo se incorporó olvidando las cartas que lo habían tenido distraído. Ferri sintiéndose un bolso de dinero andante, cubrió los gastos y le entregó una talega de oro entera al criado quien llorando agradecido, se escurrió lejos de ahí. Para cuando todo estuvo dispuesto, con molestia notó que su hermano ya se había ido. No se necesitaba ser un genio para saber el rumbo que seguramente había tomado, así que montando su caballo a galope le dio alcance y sin importarle la vulgaridad del gesto, pidió a gritos que parara su

marcha.

—Pero mira que altanero habéis salido, no podéis marcharos dejándonos igual que como hemos venido. Qué digo igual, ¡peor! ¿Solo a mí me ha parecido costoso el incidente? Exijo saber que habéis descubierto.

El Lobizón lo observó de manera penetrante.

—No parece que estéis en peligro. Él tampoco. —Dijo señalando a Alvar que se acercaba corriendo tras de ellos. En su prisa no repararon que venía sin caballo. Con una mirada de encono, el pobre hombre los pasó de largo y se trepó en el carruaje.

—No es por seguridad, lo que me mata es la curiosidad. Estamos juntos en esto, un equipo confía en el resto.

—Cierto es, yo confió en vosotros—. Lo miró detenidamente, decidiendo que lo de «matar de curiosidad» debía ser otro doble sentido que no tenía energía para entender. El marqués se veía algo abochornado, pero era de esperarse por el calor que hacía. —Me marcho, os ruego no me detengáis. Comprended el conflicto que al actuar con tal irracionalidad me presenta, no aguanto más. Confiad en mí, la solución es clara. No obstante, primero necesito la fuerza de mi familia y recargarme en su lealtad.

Ferri se sintió mal, la angustia en la cara de su hermano le recordó que el Lobizón era especial. Se preguntaba si algún día podría entender cómo podía ser tan inteligente y estar tan atado a una vida de rutinaria sencillez. No lo hacía por convicción, sino por necesidad. Con los años, había aprendido a controlar sus manías, por ello a veces olvidaba lo difícil que era para él estar lejos de su casa, su rutina y

sobre todo su familia.

—Cochero, apurad vuestro camino. Fernando, el miércoles después de misa—. Su hermano se montó al carruaje más relajado, él tendría que aguardar a verlo al seguir su inquebrantable rutina. ¿Qué eran dos míseros días? Sabría esperar.

Alcázar de los Tecamachalco. En la honorable Ciudad de México-Tenochtitlán

Un par de días después.

Ferri fue a montar antes que saliera el sol dispuesto a hacer ejercicio. Iba a cumplir los cuarenta y cinco y quería conservarse en forma ya que los problemas parecían rondarle. —Si apenas puedo con los apuros de Leonorcita, ¿qué será de mi cuando crezca mi pequeña Berti?

¿Quién hubiera creído que se iba a habituar a andar por ahí despertando a los gallos? Esa siempre había sido la costumbre del Lobizón. Aquel día, el mérito de levantarse no fue solo suyo; tenía un bebé en casa y se encontraba nervioso por la espera. Se reprendía por no haber anotado la información del criado de don Antonio, lo cual era culpa de su hermano. Fernando poseía una memoria tan extraordinaria que se atenía a ella una vez sí y otra también. Había pasado los últimos dos días analizando lo que recordaba sin éxito. Por suerte, el ejercicio le había aclarado algunas ideas ayudándole a descifrar parte del mensaje.

No le cabía duda que el franchute al que se referían era el capitán

Perrot, quien no solo había comerciado con Rosaura, sino que además había saqueado el puerto de Campeche cuando estaba bajo el mando del virrey. En aquel entonces era su regidor y el segundo al mando para sorpresa de nadie, había sido don Pedro Tesifón. El asunto fue un escándalo en su época y hasta fue juzgado en las cortes españolas. Lo que no les servía de nada pues lo habían declarado inocente. Necesitaba saber la solución que había encontrado el Lobizón.

Le disgustaba esperar a sus semejantes, pero a pesar de ello, al dirigirse a la entrada principal, no le gustó lo que veía. A lo lejos pudo observar a Josefina y a Mercedes compartiendo algunas palabras en actitud sospechosa. El buen Alvar, quien también se encontraba presente, parecía estarles comentando algo en secreto, mientras las hermanas asentían con fuerza. No le importaba que le llamaran chismoso, pero en verdad le molestaba haber esperado tan pacientemente, para que empezaran sin él.

Para su consternación, al irse acercando su percepción original cambió. Sobresaltado notó la angustia en el rostro de Mercedes que casi la hizo parecer otra mujer. Mirad que, si no le querían preocupar, habían fallado miserablemente.

—Por la gracia de Dios, que hacéis tan temprano aquí reunidos. ¿No deberíais estar arreando alguna nana o desayunando con vuestros hijos? —Su voz alertó al grupo haciendo que Mercedes corriera a su lado para tomarle la mano.

—¡Marqués! Debéis ayudar a mi marido, el muy insensato se ha puesto en las manos del Santo Oficio—. Ferri bajo la mirada para ver su apenado rostro. Aunque, era de edad madura seguía pareciendo un

querubín, la creía una santa por tolerar a su herma… ¿Inquisición había dicho?

—¡Tragadme tierra! —Sintió como un temblor frío le sacudía el cuerpo al enfrentarse a su más grande temor. Desde la cuna habían huido de cualquier implicación con el Oficio. Sin aviso, las últimas palabras que cruzó con su hermano reaparecieron en su mente;

«Confiad en mí, la solución es clara. Necesito la fuerza de la familia y recargarme en su lealtad.»

—¡Me ha engañado! Lo tenía decidido aún antes de separarnos. Pérfido traicionero… La gente me ha acostumbrado a recibir puñaladas tras alguna lisonja, más jamás he de acostumbrarme a recibirlas de la forma en que las da vuestro marido: sin notificación.

Un sonoro bofetón le cruzó la cara y el ardor junto con la sorpresa le hicieron humedecer los ojos.

—En absoluto, entendedlo bien, oséis ofender a mi marido. No tolero cuando lo hacéis de guasa, menos si os atrevéis hacerlo de corazón—. Era aquella la misma moza que le había parecido un ángel? Estuvo a punto de decirle unas verdades, cuando su cuñada tuvo el decoro de soltar el llanto. La envidió, quería llorar para que alguien resolviera el problema. El pequeño grupo, confiaba que él fuera ese salvador.

Con las manos temblorosas tomó la carta que Mercedes le ofrecía. Estaba escrita en la clara y práctica letra de Fernando detallando sus descubrimientos junto con su descabellado plan. Era imposible no asombrarse de su lógica y poder de deducción, aunque estos llevaran a situaciones tan nefastas.

«La Inquisición no busca quien la haga, sino al que pueda pagar.» Fue la

nueva voz que recorrió sus pensamientos. —Como mi padre solía decir, los Tecamachalco tenemos una diana en la espalda demasiado atractiva para el clero y llevaba razón. Le harán confesar cualquier capricho, lo torturaran, ¡nos lo van a matar! —Un mareo le corrió por el cuerpo y cubrió su cara con la mano derecha mientras trataba de asirse al hombro de Alvar.

—Eso no va a pasar. El Lobizón no ha aprendido a mentir—. La voz de su amigo era profunda y estaba cargada de dolor. —Tolerará cualquier castigo, no tiene opción.

—Apuraos a seguir sus instrucciones, que nunca nos han fallado—. Ordenó el marqués sacudiéndose el temor, no podía permitir que su hermano entrara a juicio de confesión. —Josefina, reunid a los niños y marchaos a vuestra finca en Querétaro. Llevaos amarrado al Lobito si es preciso. Alvar, arreglad el viaje de mi familia antes de las diez, quedáis a cargo del bienestar del clan. Os hago responsable hasta de la última nana o tutor. Me marcho con el Virrey.

Alvar se alegró que el marqués tomara las riendas de la situación. No tenían tiempo de dudar, ni se podían permitir que Fernando enfrentase tan cruel destino por mucho que lo aguantara. Mientras tanto Ferri, todavía algo tembloroso se apresuró a despedirse de Inés y rezó para que el plan tuviera resultado.

***

El aire viciado de la sala donde aguardaba le revolvía las tripas. Sabía que era por su resistencia a estar ahí, más que a la comodidad del sitio o su limpieza. Se encontraba nuevamente en el salón de espera para una audiencia en el Palacio de los Virreyes. ¿Cuántas veces había asistido al lugar a visitar a diferentes dirigentes? Unos malos, otros peores. Trató de darse ánimo y recordarse que todos habían desfilado y los Tecamachalco seguían firmes.

El lugar le seguía pareciendo de pésimo gusto. Parecía un fuerte de soldados y no tenía ni un solo detalle que fuera digno de un palacio. A su juicio, no había forma de arreglar aquel conjunto de edificios carentes de elegancia. Más les valdría quemarlo, y construir uno nuevo. Lástima que fuese tan resistente y sobreviviera a temblores e inundaciones[73].

¿A quién se le ocurría poner al virrey en un lugar sin ventilación, ventanas y lo más reprensible; de espejos? En todos aquellos años a ninguna virreina se le había prendido el seso para colocar, aunque fuera una pequeña luna. No odiaba a los nuevos ricos, solo a la gente que se comportaba como ellos. Aparte, se hacían los difíciles de localizar. Tuvo que sobornar al ujier para que le permitiera entrar al salón de audiencias, pues le había sido negada la entrevista debido a su reciente visita.

Don Antonio se estaba preparando para marcharse, cuando cayó en cuenta que tenía un nuevo asunto que atender. Si esto no hubiera sido suficiente molestia, comprender de quien se trataba, le hizo torcer el gesto.

—Pero que engorro Tecamachalco, ¿venís de nuevo a pedir por doña

Leonor? Admiro vuestra terquedad, sin embargo, no hay nada que pueda hacer—. Lo miró con hastió. Ferri apretó los labios al sentirse rebajado a un «quehacer» poco ansiado y sin ceremonias se acercó para darle la carta que le había dejado Fernando. El virrey la empezó a leer con desgana, e inmediatamente su semblante cambió a incredulidad y de ahí a palidez.

—¿Qué importancia tiene este recado? Yo mismo lo mandé a Ilucan y solo demuestra que me estáis espiando—. Un leve y casi imperceptible temblor en la voz, le indicó a Ferri que el Lobizón no se había equivocado en sus deducciones.

—¿Entonces negáis vuestra participación en el saqueo de San Francisco de Campeche durante las tres semanas de febrero del sesenta y tres?[74] Extraño asunto que la ciudad entera sufriera hambruna y que no se tocara ni un solo real de vuestros haberes, ni de los del vizconde de Ilucan. ¿Sabíais que tenía nexos con el capitán Perrot, el pirata que los desvalijó? Tan íntimos eran, que le vendió a su esposa; mi cuñada doña Rosaura.

—Pues aquí tengo la carta y aunque no la he escrito, ha salido de mi ronco pecho. No veo nada de lo que me estáis diciendo.

—Mi querido don Antonio, insultáis mi inteligencia. Que digo la mía, la de cualquier mozalbete de escuela. A menos que tenga inclinación romántica por un viejo rabo verde para mandarle tan cariñosas misivas, es muy claro que habla de lo que pasó en Campeche el año que fue regidor y no quiere que se vaya de la lengua.

—Es mucho estirar una frase, y no hay nada que probar. Me juzgaron y me encontraron inocente en la corte del Rey. Así os confesara, en

este instante que vuestras sospechas son acertadas, la ley dicta que no podéis juzgar por el mismo delito a un hombre. No entiendo qué queréis lograr, conocéis la salida. ¡Guardias!

—Esperad a escuchar el resto, ¿no creeréis que vengo a presentarme ante vos sin un buen plan de protección? —El virrey hizo un gesto con la mano para despachar a un soldado que había entreabierto la puerta. —Con ley civil, nada podremos conseguir pues ya os ha absuelto. Sencillamente prueba vuestro compromiso con Ilucan. La muerte del obispo, esa es otra cuestión, y ahí solo puede vérselas con la Santa Inquisición.

El virrey empezó a sudar frío. Juana, su esposa, había actuado a sus espaldas con la ayuda del vizconde. Cuando se casó con ella, le había parecido una mujer dócil y manejable. Pronto, se dio cuenta que era mimada y cruel. Solo don Pedro Tesifón sabía que había mandado envenenar a fray Bernardino de Salazar, por amenazarla con la excomunión después de haber provocado un zafarrancho en medio de la misa de Gallo. Todo debido a una «flaqueza de estómago aguda» que decía tener y a que el cura no le permitía tomar champurrado durante el culto.

—Juana, ni doña Mariana de Noburgo[75] toma bebidas calientes durante el servicio. Comportaos según nuestro rango que hasta las reinas caen presas si desagradan a la iglesia—. Le había reprendido en su momento. Sin embargo, el obispo murió unos días después en circunstancias poco claras. Por la ciudad corrió el rumor que una señora, y él sabía bien cual, había decidido poner fin a las disputas mandando suministrar al prelado un veneno en su pocillo de

chocolate[76]. Desde entonces, Ilucan lo chantajeaba.

—Pensé que el mensaje era insondable. ¿Qué me ha delatado? ¿Fue cuando mencione que Juana podría ensuciarse el vestido que el obispo insiste en que vista? No tiene importancia, si acaso fuera cierto, ¡no contáis con prueba alguna!

—Eso es la verdad más directa que se ha dicho este día. Pero, escuchad lo que os digo, tampoco tengo dudas que mis suposiciones son ciertas. Estoy dispuesto a apostarlo todo a la palabra de un noble. Es sabido que equivale a la de un santo si sobrevive las labores de confesión—. Continuó Ferri invadiendo el espacio personal del virrey, mirándolo a los ojos sin sonreír. Hablaba completamente en serio.

—Dudo que estéis dispuesto a someteros a tal tratamiento—. Respondió sin convicción y llevándose una mano al pecho tratando de ocultar su temor. Frenéticamente trató de adivinar si el marqués de Tecamachalco deseaba tanto librar a doña Leonor de casarse como para someterse al potro o solo era bueno alardeando.

—Mirad que no sois tan despistado, lo he evitado activamente desde mi nacimiento. No obstante, lo haría gustoso por cualquiera de los míos. Desgraciadamente, es lo mismo que pensó mi hermano don Fernando. Me temo que mientras hablamos está encerrado en las mazmorras del Santo Oficio.

La sorpresa del virrey le aflojó las piernas y le hizo sentarse en una silla cualquiera. El trono que tenía dispuesto se le antojó muy lejos.

—¿Me estáis diciendo que ha ido a declarar sometiéndose voluntariamente a tortura para probar mi culpabilidad?

—Técnicamente la de Ilucan y la de vuestra esposa. Me pregunto qué

tanto dirán cuando les toque a ellos el turno con el verdugo.

—¡Estáis locos! ¿No os dais cuenta del peligro en el que habéis puesto a nuestras familias? —Dijo desesperado considerando la posibilidad de huir y dejar que Juana pagara sola, pero pronto vio la futilidad de aquel deseo. No había lugar donde ocultarse de la iglesia. —¿Cómo planeáis que salgamos de este enredo?

—Sois tan culpable como Ilucan. Pero, si juráis alianza con nosotros, mi hermano no testificara en contra de vos.

—¿Me estáis diciendo que o se quema el vizconde o lo hago yo? ¿Qué ganaréis si decido salvar a don Pedro?

—No os engañéis, sé que nunca sería vuestra opción. Incluso sospecho que lo vuestro no es una linda amistad. ¿Desde cuándo os tiene amenazado? Sin vos, don Pedro es fácil de vencer. Pero, si decidís salvar la vida, el viejo pagaría sus crímenes y estarías bajo nuestra protección. Justo igual que la relación que tenéis con él. Con la diferencia que nosotros no somos ludópatas, extorsionadores o asesinos.

El virrey no tuvo ni siquiera que pensar. Estaba harto de las demandas financieras del vizconde y que le respirara en la nuca en cualquier oportunidad. Compartir sus secretos con los Tecamachalco tampoco le atraía, quienquiera que estuviera dispuesto a la tortura para lograr sus fines debía ser un maniático. Pero, no tenía tiempo que perder o para buscar otra solución.

—Un día para el encierro y trámites, otro para el anuncio de autos y la convocatoria pública de pruebas contra el acusado… —Calculó el virrey murmurando y contando con los dedos. —No, se debe saltar,

solo habrá una confesión. Otro para la recepción de documentos incriminatorios y testimonios; tampoco corresponde en este caso, ni se destinará tiempo para el secuestro de bienes… Madre Santa, solo tenemos un día para evitar que torturen a vuestro pariente. ¿Cuándo fue aprendido?

—Me parece que ayer.

—¡Agradara a Dios que me quitases la vida en lugar de darme esta noticia! ¡Ya deben estar en la interrogación! ¿Estáis seguro que todavía no me ha incriminado?

—Apuesto mi vida.

—Decidme marqués lo que debo hacer.

Sin más dilación partieron a las dependencias del Santo Oficio que se encontraba entre la Corte Real y la Catedral. Incluso don Antonio corrió a través de algunos pasillos. Por primera vez, Ferri apreció lo conveniente que era tener los juzgados, cortes, huertos y hasta la cárcel en un muy mal llamado y feo Palacio Virreinal.

Capítulo 12

No hay que gastar pólvora en tordillos

Coatzacoalcos, a 313 km de la Villa Rica de la Vera Cruz

Día de san Josué de 1675

(Primero de septiembre)

Al final, y a pesar de sus esfuerzos, *El Santa Lucía* había acorralado a *El Peregrina* tan solo debido a un golpe de suerte y no al despliegue de su pericia. Lo que lo tenía sin cuidado mientras tuviera como recompensa a Rosaura.

Él miraba el horizonte tratando de vaciar su cabeza.

Por casi treinta días siguieron tenazmente a su antiguo barco por la mayor parte del Caribe, para perderlo dos semanas enteras en el Canal de Yucatán. Solo por producto de la casualidad lo reencontraron mientras buscaban un puerto donde abastecerse. Jeireddín se había adelantado a sus pasos. Ahora que lo reconsideraba, no era de extrañarse. Ambos habían sido entrenados por el mismo pirata y solían seguir una ruta de pensamiento similar. La diferencia, y su ventaja, estribaba en que él estaba familiarizado con ese lado del mundo y su viejo compañero no.

Durante la quincena en que le perdió la pista, atravesó por todo tipo de sufrimiento. Desde la angustia por no saber del bienestar de su mujer, hasta el flagelo de la culpa por haber sido tan ingenuo. El día

en el que el vigía los avistó dentro de las aguas del Golfo, el humor de perros en que estaba sumido dio paso a uno de extrema concentración. Adivinando las intenciones de Jeireddín, de atracar en algún puerto de la Nueva España, lo obligó a navegar hacía el sur oeste donde Gil sabía que la costa estaba llena de bahías y caletas. Hasta que, en una mala maniobra tratando de perderlos, *El Peregrina* se vio atrapado en una ensenada cuya única salida quedó convenientemente franqueada por *El Santa Lucía*. Si Rosaura no hubiera estado con ellos, ya los habría bombardeado, quemado y hundido. Como no era el caso, tenía que estar ahí parado viendo el horizonte, preocupándose por presagios mientras esperaba a un emisario para seguir las negociaciones por la libertad de su esposa.

Sin importar si conseguía rescatar a Rosaura, Concas había cumplido su promesa, y estaba obligado a marcharse con su tripulación después de concluir la negociación. Este favor le había desviado de sus obligaciones en el Caribe y parecía que no iba a poder llevarse a ningún rehén para justificar la ausencia de su guardia, ya no podría detenerlo. Se habían abierto las conversaciones la mañana anterior y el único requisito del Fósforo, como llamaban de niño a Jeireddín, fue que solo hablaría con el capitán. Él debía quedarse a esperar en *El Santa Lucía*. Echó un nuevo vistazo esperando ver a un mensajero pues, en cualquier momento les llegarían sus condiciones. Las aceptaría todas sin chistar mientras le entregaran con vida a su mujer.

Decidió subir al nido en el mástil principal y tratar de espiar desde ahí con el catalejo por dos simples razones. La primera era que los hombres de Concas ya habían cobrado por sus servicios, y la segunda

que creían que él atraía la mala suerte. Un supuesto presagio tuvo el mal tino de ocurrir durante la espera. Para sorpresa de nadie, el valor y el empeño de la tripulación se perdió justo cuando sucedió. Una verdadera estupidez, pero no llevaba tanto tiempo en el mar para desconocer el poder que tenía la superstición, el mal agüero y la pérdida de la lealtad por un servicio liquidado.

Mientras pescaban buscando abastecerse de provisiones y así regresar al Caribe, unos marineros lograron capturar un tiburón martillo gigante. Era uno de los escualos más grandes que había visto con casi cuatro metros de largo. Su hocico era especialmente ancho y tenía unos horribles ojos saltones situados en unas aplanadas protuberancias en su cabeza. Era notablemente feo, aunque fue aún más difícil de matar. La algarabía inicial de haber conseguido tal cantidad de carne, se vio empañada rápidamente. Con gran esfuerzo lo subieron, todavía con vida, hasta la proa del barco. Donde algunos navegantes le dispararon con sus mosquetes, lo apuñalaron e incluso utilizaron sus garrotes, sin efecto perceptible. El animal no se dejó vencer y se retorció tercamente negándose a morir hasta bien pasada la tarde.

Gil no pudo más que admirar al tiburón. Como lo habían capturado para aprovisionarse, el carnicero del barco no tardó en afanarse y abrirle la parte inferior del vientre derramando unos viscosos rollos de intestino. Hasta ahí, los curiosos únicamente se habían sorprendido por las dimensiones de sus órganos, no obstante, enmudecieron cuando distinguieron un destello metálico al abrir sus entrañas. Claramente era la armadura completa de un soldado español: un peto entero, el característico casco con aristas, y unas rodilleras un poco

oxidadas. Era obvio que se había tragado al sujeto entero y todavía conservaba la coraza que no había podido digerir. Su primer pensamiento fue que no podría comer ni un solo bocado de aquel crustáceo. Supuso que igual que los demás, que en silencio tiraron al pez por la borda.

—¡Es un presagio, ese de ahí es el primer español muerto! —Empezó alguno causando murmullos de miedo.

—¡Es verdad! —Continuó otro. —Nos ha obligado a perseguir al musulmán, dicen que no se quita el turbante ya que tiene el pelo rojo. —Otro sonido de asombro siguió al anterior, pues era bien sabido que se debía evitar el contacto con los pelirrojos en el mar.

—¡He oído que su mujer atacó a una gaviota! —Extendió otro, de todas las señales, tal vez esa era la más fatídica. —¡No podemos permitir que aborde *El Santa Lucía*!

—La verdad cojeó, más no se ha ahogado. ¡Daros cuenta, aunque sea tarde, que el mulato carga la malasombra!

—Por ello estaban abandonados en medio de la nada. ¿Quién no nos asegura que han causado la muerte de la tripulación de su barco? —Las murmuraciones siguieron, aunque los hombres callaban a su paso. La información real pronto se mezcló con la fantasía. Lo cual era el verdadero signo de mala suerte. No tardarían en volverse contra él.

A pesar de ello, a Gil no le importaba mientras trajeran de regreso a Rosaura. Estaba de vuelta en México, no tendría problema de salir avante de cualquier contratiempo y juraba no volver a pisar un barco de nuevo. ¡Ingratos!

No tenía tiempo para agüeros. Oteó a través del catalejo buscando

cualquier pista de lo que ocurría en *El Peregrina*. El corazón se le quería salir del pecho y las manos le temblaban con la anticipación de ver a la mujer que amaba, pero los minutos lo llenaron de desilusión. Se reprendió por su debilidad y se forzó a observar el barco sin sentimentalismos, y de manera militar.

—Únicamente cuento ocho hombres, tal vez haya otro tanto igual bajo cubierta—. Murmuraba para sí mismo. —¿Un solo barril de agua en cubierta? Qué gran descuido. Al menos las troneras están colocadas… Siento que esta tardanza es innecesaria.

Dirigió su atención a la playa donde el capitán Concas hablaba animadamente con Tulio. Aunque como corsario el africano era bastante capaz, no se caracterizaba por su elocuencia. ¿Qué tanto discutían? No se necesitaba mucho talento para ser un filibustero, a secas ser brutal y estar dispuesto a lo que fuera para obtener un poco de dinero. El fuerte de ese traidor era su inquebrantable lealtad, hasta que decidía serle fiel a otra persona, claro está. Verificó la posición del sol y notó que no era su desesperación. Estaban tardando demasiado.

—Tened fe, alguna calamidad habrá caído… —Sacudió la cabeza recordándose pensar como pirata dejando de lado las esperanzas vanas, y no tuvo problema de entender lo que ocurría.

—¡Pedazo de canalla!¡Aprestad los cañones! —Gritó mientras se deslizaba por una de las cuerdas de la gúmena. Tulio estaba haciendo tiempo. —¡Es una trampa! ¡Izad la bandera de batalla!

A pesar de las habladurías que estuvieron circulando durante el día, los marineros obedecieron al instante, en un momento el bombardeo estaba a pleno en contra de *El Peregrina*, que para sorpresa de ninguno

contestó la ofensiva sin titubear. En la playa, ambas comitivas vieron rotas sus negociaciones y procedieron a enfrentarse con las espadas. Sin perder tiempo, Gil saltó del barco y a toda prisa se dirigió al combate que se realizaba sobre la arena.

—¡Atrapad al traidor con vida! —No podía permitir que mataran a Tulio, todavía. Sin embargo, cuando alcanzó al grupo se siguió de largo. Tenía que llegar a *El Peregrina* y verificar que sus sospechas fueran ciertas, de lo cual albergaba menos dudas cada minuto que pasaba.

El contrataque de su antiguo barco se iba espaciando, lo que significaba que o no contaban con suficientes tripulantes para resistir el embate, o ya habían quitado de en medio a los pocos que habían. Fue una grata sorpresa notar que algunos marineros lo acompañaban y pronto se encontraron remando al tope de sus fuerzas desde la playa para llegar al navío. El bombardeó de *El Santa Lucía* cesó por un momento, para darles oportunidad de lograr su objetivo.

—Subieron utilizando un gancho de abordaje, lo que hizo que Gil se sintiera raro. Ahora era un extraño en su viejo hogar. El sentimiento se intensificó al verificar lo que había adivinado, era una trampa. Mandó hondear la bandera blanca ya que no quedaba un ser vivo. Ya tenía Concas su premio, no se iría con las manos vacías. Aunque, *El Peregrina* había sido desnudado de todo lo que poseía algún valor. Le entristecía el estado en que se encontraba el lugar del que por años se había enorgullecido, especialmente su camarote.

«Efectivamente, no se necesita ser muy listo para ser pirata. Solo un bruto sin entrañas». Pensó mientras veía el estado ruinoso de su

dormitorio. Se arrodilló en una esquina y moviendo una tabla floja, sacó tres talegas de tamaño mediano y un pliego con el sello real. Abrió el bolso más pequeño y con cuidado jaló una cadena.

—Por siempre. —Susurró leyendo la frase en el dije de Rosaura.

Después de recuperar el navío, regresó sin demoras a interrogar al traidor. No había esperado nada, pero ver a su segundo al mando abatido y al borde del llanto lo descolocó. Tenía el mismo aspecto que cuando lo conoció. Había sido confiscado de un galeón negrero. En aquella ocasión, el Doblón decidió que no quería lidiar con mercancía viva, y había ordenado hundir a los esclavos junto con el barco averiado. Para su buena o mala suerte, un marinero quedó impactado por la belleza del africano al verlo desnudo, lo reclamó como premio y le puso un nombre de su elección.

—Tulio… —Empezó Gil tratando de endurecer la voz. Era claro que no olvidaría su traición, pero al verlo tan roto, tampoco pudo hacerlo con la historia que los unía. Prácticamente, se habían criado juntos y por años no tuvo reparos en confiarle su vida.

—Dejad de nombrarme así, mi verdadero nombre es Abayomi de Zanzíbar, mi abuela lo escogió. Significa el que trae alegría—. Dijo riendo sin pisca de ella. —El día que os conocí vi morir a mi madre y a mis cuatro hermanos. Mi padre lo hizo defendiendo a nuestra tribu —. Estuvo a punto de sonreír al notar la sorpresa de Gil. —No os imaginabais que nací como príncipe, ¿cierto? Fui raptado, pero quedé desterrado por completo por lo que me hizo don Bartolo esa noche.

En realidad, Gil no quería saber su triste historia. Mucho menos

conmoverse, porque así lo que tendría que hacer se volvería más penoso. Nunca era fácil matar a alguien, torturarlo, menos. Pero no se detendría si eso le diera una mínima esperanza de salvar a Rosaura.

—Me habéis traicionado.

—Cierto es. En mi defensa puedo decir que mi lealtad jamás pudo comprar el afecto del Tordo.

A Gil se le fue el aire al escuchar aquella fuerte declaración. Lo había sospechado, aunque nunca creyó que Tulio se atreviera a confesarle su amor.

—Creí que el Fósforo, me daría lo que vos no pudisteis. Lo triste es que se las arregló para darme aún menos. Me engañó—. Gil decidió esperar, aunque el africano guardó silencio, parecía arrepentido y dispuesto a confesar. No se equivocó pues cuando estuvo listo, agregó con voz clara y llena de resentimiento. —El plan fue que *El Peregrina* sería un señuelo, al final nos usó a modo de distracción. Como podéis notar, nunca llegó a atraparlos en la marisma a dos fuegos, en cambio aprovechó el tiempo para fugarse.

—No obstante, habéis escondido de él una buena suma en mi camarote.

—Gran poder tiene el fornicio, pero el dinero lo tiene mayor. Es lo que he ganado con mi vida en el mar. Un solo arrepentimiento conocí, pues este negro a todo se educa, y eso fue traicionaros. Rescatad a vuestra dama y pedidle disculpas en mi nombre. Mi envidia fue tal, que no me hizo daño el amor que no recibí, sino el que le distéis a ella. Qué razón tan vil de mi parte para proceder. Pensé que no la tolerabais, sin embargo, lleva a vuestro hijo y nunca os vi tan feliz.

—Os habéis desahogado, ¡decidme ya si se encuentra bien!

—Se encuentra en buena salud y seguirá así mientras Jeireddín os tenga pisándole los talones. Sabe que puede negociar con ella su vida. Tiene en la mira las ciudades del Pacífico, no están tan azotadas por los ingleses y es un atajo hacía Asia. Tenía planes de cruzar el Istmo de Tehuantepec y llegar a Cruz de las Salinas[77], o por lo menos eso era lo planeado cuando nos separamos.

Las implicaciones de aquella confesión le hicieron dar vueltas la cabeza, no tenía ni un segundo que perder. Si lo que decía Tulio era cierto, la mayor probabilidad que Rosaura viviera no era tan solo seguir su rastro, sino que el maldito Fósforo fuera consciente de ello. Tan desorientado se sentía, que no pudo reaccionar a tiempo cuando el africano se acercó para desenfundarle el espadín de resguardo que llevaba al muslo.

—No me deis sepultura en tierra, pues no tengo patria—. En seguida se llevó la navaja al cuello y se abrió la garganta de tajo.

—¡Tulio! —La sorpresa y la confesión le hicieron acercarse a su compañero de aventuras.

—Tordo, llamadme por mi nombre y cantadme por última vez.

Gil rebuscó en su memoria para recordar el nombre que recién le había confiado. Sin embargo, una tonadilla africana que entonaban de muchachos salió de su mente sin esfuerzos. Con los años de servicio, le empezaron a integrar letra en castellano. Cantaban los deberes que debían hacer mientras limpiaban el barco. Generalmente la improvisaban, pero la tonada jamás cambiaba. Una especie de triste nostalgia brotó de su alma, con el recuerdo de lo inocentes que alguna

vez fueron y los villanos que se habían visto forzados a ser.

—*El negro Abayomi, de su pueblo salió. No fue su voluntad, y de niño a su familia abandonó. Surcó por los mares, aventuras vivió. Hoy es su destino, terminar lo que ese día empezó. Viaja ya mi negro, ve con papá. Abraza a tu madre que aguardando está. Dile adiós a esta vida, que no te tocaba; yo pido por tu alma, que ya está cansada…* Dejó de entonar la melodía al notar que Tulio estaba muerto. Oró por él, esperando de corazón que las frases de su canción se cumplieran, pero lo dudaba. Aquel hombre fue un pirata, y para sobrevivir en ese mundo había sido especialmente brutal.

Se levantó y se sorprendió al ver las pesadas arracadas de oro de Tulio en su mano, la emoción del momento le había evitado sentirlas cuando se las dio. Tenía un deber y lo cumpliría; había empeñado su palabra al igual que lo hizo con el Doblón. En caso de fallecer, sería enterrado como rey.

El capitán Concas golpeó con los dedos el escritorio. —Muy bien—, dijo al fin. —Es mi deber informarles de manera formal que la Corona estará muy disgustada ya que hemos fallado en la captura. El rey, pues, tomará una quinta…

—¡Un quinto! Normalmente el rey toma un décimo, o incluso un quinceavo.

—La verdad os asiste señor Conde, pero fuera del barco, no hay nada que justifique ante las leyes reales que haya descuidado mi puesto por

una derrota. Su Majestad tendrá un quinto.

Gil lo comprendía bien, sin embargo, *El Peregrina* había sido su hogar, su escuela y su prisión por tanto tiempo que se negaba a que terminara como un barco atunero.

Observó su casco ligero y afinado lo que la hacía tan endemoniadamente veloz. Sabía que tenía veinte metros de eslora por casi nueve de manga, las cuales lavó y pulió infinidad de veces en su infancia y exigió que brillaran bajo su mando. Detuvo su vista en el aparejo redondo y sus tres mástiles. Esas velas se hinchaban para llevarlo a más de ocho nudos[78] con estupenda maniobrabilidad.

—La compro.

—Vamos que, aunque no está en buenas condiciones, tampoco es una bagatela—. Respondió el capitán Concas incrédulo que pudiese cubrirlo.

—Dos talegas de escudos[79] y una de reales como desembolso inicial además del doble cuando me dejéis en Puerto de Veracruz.

—Eso será suficiente. —Dijo sonriendo el capitán. Sospechaba que era dinero obtenido del barco, pero si los piratas no habían podido dar con él, seguro que se habría perdido. Aquel había pasado a ser un excelente día. —¿Qué pretendéis hacer con el navío? Podemos remolcarlo hasta Coatzacoalcos para que se le hagan las reparaciones pertinentes.

—No mi capitán. He decidido hundirlo.

El resto de la tarde se llevaron a cabo los preparativos. Los hombres de Concas llenaron las bodegas de pólvora y se les dio permiso de

tomar lo que les llamara la atención. Gil colocó a los fallecidos en sus antiguos camarotes o hamacas, debidamente vestidos y aseados. Todos habían sido mercenarios, tenían una triste historia y compartieron su vida con él. A Tulio lo acomodó en su viejo camarote. Al fin del día, era el último capitán que había dirigido *El Peregrina*.

Concas leyó el salmo veintidós, que a él le parecía particularmente bello para despedir al barco y a su tripulación. En realidad, se conmovió tanto que entonó una canción a los fieles difuntos que terminó de manera especialmente emotiva y espectacular con la explosión de la pólvora en las bodegas de la galera.

—Juro ante lo más sagrado y pongo de testigo a Dios nuestro Señor y a los presentes, que con ese barco ha terminado mi carrera en el mar y si mi misión me lo permite *El Santa Lucía* será el último navío que llegaran a pisar estos pies. He quemado mi nave, ¡no hay vuelta atrás!

Al cumplir con su deber, instó a Concas a llevarlo sin dilación al Puerto de Veracruz. Incluso a la distancia, no volvió en ningún momento la vista ni para ver el humo acre que se elevaba en el horizonte que marcaba el destino final de *El Peregrina*. Ni siquiera con el ocasional estallido de las cargas explosivas.

***

El tiempo se estaba alargando. ¿Fueron minutos? ¿O eran horas? No podía calcularlo sin mirar al cielo o por lo menos ayudarse con un

ligero rayo de luz. Ya deberían haberlo liberado. ¿Qué estaban haciendo ahí afuera? ¿Afilar cuchillos? ¿Riéndose de lo tonto que era? ¿Andarían planeando sacarlo para llevarlo al cepo?

No, no pensaría en la muerte. Sabía que Ferri haría lo posible para sacarlo de ahí pronto. Tendría que estar vivo cuando eso sucediera. Se aferró a la esperanza de sobrevivir, incluso si el temor de volver a ser lastimado le traía nuevos horrores. Sus deducciones le habían fallado, seguía atrapado pues ahora en lugar de ser el declarante, se había convertido en el acusado, pues lo culpaban del asesinato de Ilucan.

No creía en la suerte, la ley de probabilidades era exacta. De las cuarenta y siete mazmorras que contaba el edificio, solo había una probabilidad que el viejo fuera puesto en su misma celda por accidente, contra cuarenta y seis que hubiera sido a posta.

Cuando llegó a declarar por la muerte de fray Bernardino de Salazar sin pruebas, fue obligado a firmar un documento que confirmaba que respaldaría con las labores de confesión su palabra. El monje que lo recibió, tuvo la amabilidad de repetirle en cuatro ocasiones a lo que se enfrentaba. Aunque le dijo que ya lo había considerado, el cura volvió a preguntarle si sabía lo que significaba.

—Sustantivo femenino que refiere a un grave dolor físico o psicológico infligido a alguien, con métodos y utensilios diversos, con el fin de obtener de él una confesión. En situaciones aisladas se utiliza como prueba moral en caso de no tener una evidencia física—. Fernando se preguntaba si el fraile pensaba que era corto de entendederas. Cuando vio su expresión pasmada, decidió que talvez el tonto era él. Resolvió hablarle lentamente para que pudiera seguir su línea de pensamiento.

Pero, no tuvo oportunidad.

Pronto un grupo de monjes empezaron a revolotear a su alrededor. Aunque, lo trataban amablemente, se estaba desesperando. Entonces, el primer cura lo llevó a un patio central donde vio un poste de aproximadamente tres metros, con una resistente polea en lo alto. Observó la posición del sol y le sorprendió la relativa rapidez con que se había desarrollado el suceso.

—Hoy día de nuestro señor cinco de septiembre de 1675, siendo las tres horas pasadas del medio día, y ante Fray Andrés Pacheco arzobispo de México y representante de Diego Plascencia de Valladares, arzobispo de Valencia y Gran Inquisidor, doy por comenzada la ceremonia de Juramento. Decid vuestro nombre y asunto.

—Mi nombre es Jorge Rodolfo Juan Fernando de Vivero y Aberrucia. Soy católico, apostólico y romano, firme creyente de Jesucristo y las leyes de su Iglesia que es la fe verdadera—. Sin lugar a dudas, está declaración fue la más cuidadosa que emitiera en su vida. Cualquier error, lo podía condenar. Él también profesaba las creencias de su madre, y si se llegara a entrever en sus palabras no solo sería quemado por hereje, su familia podría seguir sus pasos y su fortuna sería incautada. No por nada, el Inquisidor General se había apresurado a estar ahí en tan rápidamente.

—Acuso a don Pedro Tesifón vizconde de Ilucan de envenenar a fray Diego Plascencia—. No diría más hasta que no llegara Ferri. Si venía solo, explicaría lo que sabía de doña Juana. Si lo acompañaba el virrey, no mentiría, aunque se mantendría en silencio dejándola fuera

de la confesión.

Toda denuncia, incluso anónima, era válida a ojos de la iglesia. Aunque solo se abría un proceso si había pruebas, o una confesión como la que él estaba dispuesto a presentar. Se hacía de esta manera, para evitar que se les diera un mal uso y alguien obrara con dolo o por venganza. Una vez recibidas dichas acusaciones, se empezaba una investigación secreta, que el virrey tendría tiempo de maquillar si es que se aliaba a ellos.

—¿Juráis denunciar a todas las personas que consideréis sospechosas y prestar al tribunal la ayuda que podáis?

—Prometo ante ustedes por la gracia de Dios, que denunciaré a las personas que *considero* y prestaré la ayuda que *pueda* al Santo Oficio —. Repitió aquella oración a puntillas, agradeciendo la pésima elección de palabras del Inquisidor. Diría lo que sabía a *consideración* de los intereses de los Tecamachalco.

—En actas queda don Fernando. ¡Qué se lea el edicto de gracia! — Entonces empezó a sudar frío, pues al terminar el escrito comenzaba el castigo. De repente cayó en cuenta que no habría escapatoria al dolor. Sabía que era una posibilidad, pero había tenido la esperanza que se pudiera evitar. La lectura se le antojó demasiado corta. Fueron unas cuantas oraciones conminando a quienes se sintieran culpables, a denunciarse a sí mismos dentro de un plazo de tres días.

De inmediato le ataron las manos a la espalda y con la misma cuerda lo elevaron hasta el tope del pilote, haciéndolo oscilar en una postura extraña. Fernando sintió un dolor desgarrador en los hombros que soportaban su peso, pero dedujo que podría tolerar el suplicio si

concentraba su mente en algún juego mental.

—Ocupaciones; pintor, agricultor, escritor, profesor, cochero—. Pensó distraerse con asociaciones de palabras, el tormento no le permitía hacer nada más complejo. —Razas de perro; pastor, xoloitzcuintle, labrador… colores; amarillo, rojo, verde... ¡café!

Gritó la última palabra cuando de pronto lo dejaron caer de forma sorpresiva para frenar la bajada abruptamente sin dejarlo llegar a tierra, lo que provocaba un tirón en los brazos que no era soportable y definitivamente era el punto que coronaba el sufrimiento. Al principio había creído soportarlo, sin embargo, su mente se nubló incapaz de pensar en otra cosa que no fuera dolor. Recordó a Metsli, su esposa, que siendo una niña sufrió peores castigos y no lo delató. Él no podía ser menos. Con gran determinación se concentró en guardar silencio hasta tener la señal. No mentiría, jamás podría hacerlo, diría solo lo que les convenía. No supo cuántas veces fue izado, pero casi se desmaya de alegría cuando vio al marqués justo al lado del virrey.

—Juro, lo mismo que he firmado en actas, que el asesino es don Pedro Tesifón—. Dio nuevamente la información que lo incriminaba. La de doña Juana se la guardaría hasta la tumba. Gracias a los dioses, que no se llegó a tanto. Al terminar otras diez caídas sin variar el testimonio, perdió el conocimiento.

Cuando despertó, el dolor de sus brazos le recordó lo sucedido. Apenas podía mover el cuerpo y notó que se encontraba encadenado de la pierna a la pared. Su ropa estaba hecha girones y había perdido el calzado. Tembló al pensar en cómo sería tratado un inculpado, si esta era la suerte de un acusador.

Al poco rato escuchó un jaleo en la sala de guardias y la puerta de su celda se abrió dejando entrar a un nuevo reo. No lo reconoció inmediatamente. El vizconde era uno de esos seres escurridizos que continuamente andaba huyendo de acreedores o de crédulos que habían sido estafados por él, siempre confiando en su influencia con el virrey y en su título.

Fernando se encontraba en un lugar particularmente oscuro de la mazmorra, así que pudo observarlo con detenimiento. Tampoco se detendría, aunque se diera cuenta. Las personas empezaban a actuar diferente cuando se sabían observadas. El vizconde era exageradamente delgado, de piernas zancudas y rodillas nudosas. Se movía con cierta agilidad, pero una mala postura le había provocado una pequeña joroba. Su tez era extremadamente blanca, de aquellas que pierden el color por no exponerse al sol, buscando parecer más europeo. Deducía que coloreaba con aceites sus mejillas y labios tratando sin éxito de verse juvenil.

—Llamad al virrey, él los recompensará bien. ¡Os digo que lo mandéis traer! —Gritó don Pedro por los barrotes y siguió haciéndolo al tope de sus pulmones. Todavía venía pasmado por las repercusiones de sus propias confesiones y se repetía con desesperación si ardería por el asesinato del obispo, lo que le provocaba incesantes temblores. Permaneció indiferente a sus alrededores hasta que una voz profunda y rasposa lo sacó de sus reflexiones.

—Veo que vuestra gorguera[80] sigue almidonada y blanca. Lo mismo que siguen impecables vuestras calzas castañas y chaquetón. Incluso me parece que las medias de seda permanecen planchadas. Doble o

nada a que no habéis recibido ni un coscorrón.

El vizconde no lo reconoció al principio, aunque juzgó insufrible y extraño que un fulano valorara sus ropajes en una situación tan precaria. Prefirió pensar que era la envidia que en general sufrían las clases bajas ante él, a admitir que sus vestiduras delataban su cobardía.

Eventualmente los ojos del viejo, se fueron adaptando a la penumbra y con curiosidad trató de identificar al osado impertinente. ¿No había escuchado que él era un noble del reino? De pronto, cayó en cuenta de la identidad de su compañero de celda y un pavor mayor al de estar frente al inquisidor le poseyó. Creyó que su sentencia había sido decidida y era morir a manos del Lobizón.

—¡Piedad! ¡No me dejéis morir así, por el amor de Dios! —Con nuevo ímpetu empezó a clamar por su vida, y a acusarlo de querer matarlo, comerlo o beber su sangre.

—¿Comerlo? ¿Acaso se creía pipián verde[81]? —Fernando detestaba que las personas supusieran que eran comestibles, cualquier variación en su rutina, el ruido, la estupidez, la cobardía y el color café. Ese hombre representaba cada una de ellas y otras más que ya empezaba a aborrecer.

«Dulce Jesús, una semana en esa pesadilla y comenzaré a babear por puré de manzana y la compañía de extraños». —Cosas que generalmente odiaba. Se retorció en las cadenas y sus caderas golpearon contra las esquinas de la pared. «¿Cuánto faltaría para que lo dejaran salir de la maldita celda?»

No sabía quién había dado la orden de encerrarlo con Ilucan, pero

estaba seguro que apostó a las probabilidades. Si querían su dinero, tenían que encontrar algún pretexto para inculparlo, no les daría esa satisfacción. Empezó a procesar datos para tranquilizar la mente y olvidar los horrores que había sufrido. Un escalofrío le recorrió solo de recordar la garrucha[82], que a pesar de no ser un tormento capital, le desarticuló ambos brazos.

—Si juntas a dos enemigos en un lugar cerrado, —empezó a calcular después de un profundo suspiro. —La resolución del conflicto es de nueve contra uno; pueden negociar, obtener una mediación, esperar un dictamen, lograr la conciliación, efectuar una transacción, adjudicar un inmueble para reparar un daño, no hacer nada mientras estuvieran recluidos, morirse repentinamente o agarrarse a golpes. Las primeras cinco, quedaban descartadas por la necesidad de un tercero. Tomando en cuenta que estaban solos, les restaban tres opciones; vegetar, morir o liarse a patadas.

Mientras estaba sumido en sus pensamientos, observó como el temor regresaba a Ilucan. Su frustración era tanta, y el resentimiento que sentía por aquel facineroso[83] era tan desbordado, que seguro se le notaba en el rostro. No entendía cómo podía ser, pero no cesaban de decirle que tenía la mirada pesada. Pasó años investigando los gramos que podía tener un vistazo sin encontrar respuesta, hasta que Mercedes le explicó que era una analogía. Tampoco comprendía la lógica de estas.

Regresando a aquel ser estúpido, que se encogía de miedo sin considerar su estado actual ni el hecho que estaba encadenado, decidió que el resultado de sus calculaciones no sería el más probable,

pero sí el que más gozo le daría. En cuanto recuperara el movimiento de sus brazos, lo iba a moler a golpes. Aunque bien sabía que ese era el plan original de sus celadores.

Sin embargo, olvidó prever un factor de peso, la cobardía de Ilucan. Así como no llegó nunca a la tortura, pues al muy gallina le había bastado entrar a la cámara de martirio y ver los instrumentos con los que iba a ser atormentado, para declararse culpable por el asesinato del obispo. De la misma forma tampoco consiguió pasar la noche. El siguiente día tuvo la desgracia de amanecer con su cadáver. Seguramente su corazón no aguantó el miedo y murió durante el sueño. La vida era injusta, y solo pudo pedir a los dioses del Mictlán[84] que le hicieran pagar lo que quedó a deber en la tierra.

El muy desgraciado era un incordio hasta en la muerte. Ese mismo día aceptaron su declaración en la garrucha como innegable, confirmando así la culpabilidad de Ilucan. Le otorgaron momentáneamente su libertad, para detenerlo de nuevo aun antes de incorporarse, acusado por el asesinato del vizconde.

Habían concluido que a pesar del lamentable estado en el que lo dejaron después del tormento, junto a la inmovilidad a la que estaba sometido por una cadena de cuarenta y siete eslabones que no le permitía alejarse más de medio metro de la pared, había podido liquidar al viejo.

—¡Lo ha matado, ha usado sus artes oscuras y la ayuda de lucifer! —Juraba el mismo guardia que veinticuatro horas antes, había ignorado al vizconde sin mayor preocupación.

Lo que le daba ocho días a Ferri, para sacarlo de ese apuro antes que

lo sometieran nuevamente a labores de confesión. Un violento estremecimiento lo atravesó, pues ahora enfrentaría la cuna de judas, la rueda de despedazar o cualquier otro instrumento usado para pena capital. Las lágrimas que soltó fueron por Mercedes y los niños, los defendería con la verdad, no podía hacer otra cosa.

Por primera vez oró con el corazón abierto, pues siempre le había parecido que ninguna fe tenía sensatez. Rogó por igual a los dioses cristianos y paganos para que le evitaran la pena de vivir otro suplicio. Sus oraciones se debilitaron en convicción, perdiendo su atractivo, cuando recordó que él solo se había puesto en aquella situación. Ningún dios había tenido nada que ver con eso. La duda se coló en su mente, ante la aplastante incertidumbre de un rescate divino, de la capacidad de sus hermanos y hasta de sí mismo.

—Padre celestial, por favor ayúdame. —Repitió, dándose cuenta que estaba en manos de un ser al que nadie había visto, vivía en los cielos y tenía el poder de crear la vida en siete días. Nada de eso era racional, sin embargo ¿qué más podía hacer?

Camino de Chalco, entrando a la muy augusta Ciudad de México
Día de san Juan Crisóstomo de 1675
(Treceavo día de septiembre)

Gil apenas reconoció el camino por el cual venía cabalgando. Por disposición del pasado rey, Felipe IV, se habían reforestado los montes

que fueron pelados a consecuencia de la explotación de la plata. Los hornos de fundición requerían la madera forzosamente. También la siempre creciente población de la Nueva España, que necesitaba casas, apuntalamientos y diversos utensilios. Se dio cuenta del paso del tiempo, pues la ley se había decretado después que comprara su primer barco. Ahora, las veredas estaban repletas de árboles crecidos. Tenía que haber regresado antes a su tierra, es más, se regañó; nunca debió haberse ido.

Los ollares[85] del caballo que había cambiado en el último pueblo se encontraban dilatados, su respiración era anormal y el pulso en su cuello se notaba acelerado. Sabía que debía descansar al animal pues estaba sufriendo, pero, no podía parar. Tenía que darle alcance a Jeireddín o por lo menos que supiera con certeza que lo andaba buscando. La seguridad de Rosaura dependía de eso, del bebé no quería pensar. Un embarazo de seis meses no era la situación más adecuada para viajar y mucho menos de ser secuestrada. Las posibilidades de perder a su hijo eran elevadas. Una nueva queja de su montura lo decidió a tratar de cambiarla en cuanto entrara a un poblado nuevo, o se quedaría tan solo con la rapidez de sus pies.

Siempre sintió repudio hacia el abuso de animales, incluso Rosaura fue víctima de uno de sus primeros ataques de furia. Cuando era casi una niña, forzó por su inexperiencia a una pobre yegua. Sabía que lo había hecho para impresionarlo, pero en aquellos ayeres, él al que quería asombrar era a su adalid Alvar.

Espoleó al potro, tenía que salvar a su mujer y pedirle perdón por esta afrenta que se sumaba a todas las demás. A la distancia le pareció

descubrir a un viejo mercader que iba por su mismo rumbo. Caviló por un momento, sabiendo que su caballo no llegaría muy lejos. No sería la primera vez que intercambiaba finura por frescura. La montura de aquel hombre cubriría sin problemas los cincuenta kilómetros que faltaban a Tecamachalco. —Esperad, buen hombre. Tengo un negocio que proponerle…

Dos y media horas después

—Sacadlo de las mazmorras como sea, me oís bien, ¡qué todavía no os enteras de lo que puedo hacer!

—Ay madre de los lamentos, esto ya es un tormento. Tranquilizaros ya Mercedes, que no es por gusto que el Marqués no ha podido liberar a vuestro marido y usad la sesera para encontrar una solución—. Josefina trataba de calmar a su hermana, pero sabía que las opciones se habían acabado ya.

Ferri había hablado con cuanta persona podía ayudar. Hasta el Virrey había fallado en convencer a Fray Andrés, quien era la máxima autoridad de la Inquisición en México. Incluso le habían ofrecido un jugoso soborno, que el muy ladino se embolsó como donativo dejando a Fernando donde estaba.

—No hay forma de salvarlo apegados a la ley del rey o a la del dinero. Hoy volveremos a vestir de negro para liberarlo a la fuerza.

Alvar que se encontraba en el lugar, asintió en silencio. Inés necesitó una confirmación, pues le era imposible entender cuando todos interactuaban a la vez. Estuvo de acuerdo con las posibles

consecuencias. Liberarían a Fernando, aunque la iglesia confiscara todos sus bienes y tuvieran que huir.

Las tres familias se encontraban nuevamente en Tecamachalco, el peor lugar al que podían haber regresado. Pero la tropa no había resistido a la distancia, sabiendo los problemas que se enfrentaban en la casa principal. Ferri creía que solo la ida y venida de su familia crearía un canal en la carretera. No sabía para que se molestaba en tratar de protegerlas, si las tres mujeres tenían ideas propias. Francamente, agradecía pasar por este trance sabiendo donde se encontraba cada uno de los miembros de su familia.

—Podríamos tomar lo posible, y una vez que tengamos a Fernando con nosotros, viajar a San Fernandino con Gil—. Propuso Josefina, secretamente deseaba ver la cara de Rosita cuando la pandilla entera llegar a su casa a vivir.

Alvar no quiso romper sus ilusiones, pero ya no estaban seguros del paradero del muchacho. Ya verían como contactarlo. Primero, era rescatar al Lobizón, lo demás vendría después.

La reunión fue interrumpida por la gritería de los niños que entraron espantados y se aferraron a sus padres, hablaban todos al mismo tiempo y era difícil comprenderlos. No hubo llamada de atención o abrazo que pudiera calmarlos para que pudieran darse a entender.

—¡Es el hombre del saco que nos viene a llevar en su burro!

—¡Estáis equivocado, es el coco! Os juro que es un monstruo negro con los ojos grandes y mucho pelo. ¡Ha atrapado a Adolfo!

Esto último si lo pudo entender, así que tomando su espada Ferri salió corriendo pues sospechaba que alguien del Santo Oficio pretendía

capturar a su hijo.

—Su ilustrísima, hemos cerrado las puertas como ha mandado, pero hay un loco que amenaza en tirarlas si no mandáis abrirla, vuestro hijo… —No se detuvo a escuchar al lacayo y apuró el paso. ¿Qué las desgracias no los dejarían en paz? En la puerta junto al burro más feo que había visto en su vida, había un hombre sucio y desarrapado con el pelo hecho girones. Parecía que incluso tenía quemado la parte derecha de la cabeza y tenía abrazado a su precioso heredero.

—¿Gilberto? —No escuchó la contestación porque el asno empezó a rebuznar. Con rapidez abrió la verja, quitó a su hijo de en medio y abrazó a su hermano menor. —¿Qué ha pasado?, ¿por qué tenéis tan mala pinta?, ¿estáis bien?

La familia, como siempre lo había seguido e inundaban al mulato de preguntas a un mismo tiempo, sin dejar duda alguna a quien se parecían sus críos.

—Luego, luego. Que necesito de vosotros primero. ¿Dónde se encuentra el Lobizón?

Minutos más tarde, Gil apenas toleraba el dolor de cabeza. Había pasado de la alegría de saber que Rosaura era viuda, a la condena de Fernando. Inés y Mercedes habían estado un rato a su lado felices de su regreso, pero decidieron llevarse a los niños para que pudieran discutir en privado los problemas que enfrentaban. Josefina no dejaba de llorar y comportarse como una madre que no se ha dado cuenta que su niño ya estaba bastante crecido. Pronto y sin hacer caso de protestas, lo dejó en calzas y se encontró sumergido en un tonel de

agua caliente en la cocina, mientras lo frotaban y acicalaban como cuando era pequeño.

—No os avergoncéis, que en ocasiones también he tenido el mismo recibimiento—. Le comentó Alvar a Gil, mientras Ferri le lanzaba una mirada burlesca que hizo sentir incómodo a su buen amigo.

—Me alegra que estéis aquí hermanito, esta noche rescatamos a Fernando y huimos del Santo Oficio.

—¡Por la virgen de la Soledad! Que la caridad socorra a mi pobre marido. Mi hermana también se encuentra en peligro. ¿Cómo podrá hacerse cargo de ambas cosas a un tiempo?

—Pues por alguna habrá de empezar, y la que apremia es sacar de la cárcel al Lobizón.

—El tiempo apura —Interrumpió Gil. —Rosaura va con niño—. Sintió que le aferraban con fuerza la cabeza y lo zambullían sin miramientos en la bañera. Hasta ahí habían llegado los mimos y atenciones.

—¡Granuja! ¿Os he educado de tan mala manera? Lo más fácil de todo es hacer el mal; es tan sencillo que se hace solo. Pero ¿teníais que manchar la inocencia de Rosita? Tendréis que casaros con ella. ¿Habéis pensado ya en algún nombre?

—Alvar, controlad a vuestra esposa—. Interrumpió Ferri, sintiéndose un poco mal por la mujer pues era su forma de controlar su desazón.

—Tenemos problemas más apremiantes que cuidar una honra que lleva más de medio año perdida. ¿Habéis dicho que no tenéis ninguna pista de *El guarín*?

Preguntó errando por completo el nombre del musulmán. Gil rio por la confusión, pero no era tiempo de correcciones. Entre tanto barullo,

por fin sentía que podría salir avante. Era un alivio no estar solo en momentos como ese.

—Alvar avisad a la familia Cansino, entre todos la sabrán encontrar—. Por años, Ferri se había dedicado a encontrarle buenos esposos a la familia del lado materno del Lobizón, que por alguna razón eran todas mujeres. Ahora se encontraban desperdigadas por el país y tenían una increíble red de comunicación.

—Me parece perfecto, solo necesitamos a Fernando. Traedme mis ropas que me voy a catedral a hablar con el arzobispo.

—Nada de harapos, que ya los he mandado quemar, buscad uno de los trajes de domingo del marqués—. Ordenó Josefina a una criada, yéndose a asomar a la puerta. Gil trató de obviar que estaba desnudo en las cocinas con tanta gente pendiente de él. Se resistió a repetirles que ya no era un crío, aunque el calor de familia le reconfortaba el dolor en el corazón.

—No deseo galas, el más austero y oscuro que encontréis. Finita, cortadme las trenzas y que me preparen el borrico.

—¿Pero, que desfiguros son esos? Un hermano mío no va a andar por ahí luciendo escasez y menos si no la posee. Además, fray Andrés Pacheco no entiende razones, alianzas, conveniencias, de lloriqueos o de corrupciones. ¡Os digo que hemos intentado todo, es una pérdida de tiempo!

—No se ha arreglado porque vos sois un político, Alvar un soldado, Fernando un estratega y no hay lágrimas que conmuevan a un Inquisidor que no ha llegado a obispo. Lo que necesitáis para solucionar esto, ¡es a un pirata!

Capítulo 13

Es justo que pierda lo suyo, quien quiso lo tuyo

Ese mismo día más tarde

Y visto fo ado en confiar en Gil que insistió en ir solo con el arzobispo. a podía decir que nada lo sorprendería. Se había El muy granuja lo había apabullado con su presencia. Ahora comprendía como había sido capaz de controlar un barco lleno de trúhanes, y se sintió orgulloso de lo bien que había crecido… Hasta que se subió a su montura. Ver a aquel hombretón montado en un burro de la mitad de su tamaño, con la cabeza rapada y vestido de negro, le daba muy poca confianza. Tampoco le gustaba que se hubiera guardado en total secreto los pormenores de su plan. ¡Si parecía San Martín de Porres! ¿Qué necesidad tenía de ir arriba del jumento, si su zancada era más larga que la del pobre animal? Un real y dos tostones a que llegaría más rápido si se decidía continuar a pie.

—Me estoy haciendo viejo y todavía no dejáis de asombrarme, realmente sois un necio. ¿Creéis que debo ir con él a escondidas? —Preguntó Alvar a su lado. —¿Os ha compartido su ardid? La última vez que alguien os guardó un secreto, terminó en la garrucha. Aparte, no es que haya pasado tanto tiempo para que volváis a cometer la misma falta.

—¡Madre del cielo! Yo quejándome de aquel pobre asno y no me he

visto las orejas—. Dijo el Marqués despertando de su aturdimiento y con creciente preocupación dio media vuelta apurado para dirigirse a la caballeriza. —Alvar, reunid la información que llegue de las muchachas Cansino, que os ayuden vuestra mujer, Mercedes y la mía. Por aquello que, si las dejamos solas, por costumbre o por jarana vuelvan a empacar todo y se vayan para regresar tres días después. Dejo los pormenores a vuestra discreción. Rosaura está en suelo mexicano y no podemos volver a perderla. Yo me lanzo tras Gilberto, y que Dios nos agarre confesados.

***

Había días que el impulso que tenía de herir o matar era demasiado fuerte para negarlo. Ocasiones en que vestía un manto imaginario de civilidad, que amenazaba en deslizarse del cuerpo a la menor provocación, revelando el monstruo que llevaba en el alma y que tanto le gustaba dejar salir a jugar. Aquella tarde, era uno de ellas.

Había alquilado un par de galeras de alquiler para viajar a Acapulco, pero el calor y la incomodidad del viaje le hicieron replantearse el plan original. No estaba dispuesto a cubrir los seiscientos cincuenta kilómetros que lo separaban de aquella costa en las condiciones en que se encontraba. También consideró que podía ser más seguro buscar «La Escondida». Un puerto pirata utilizado por los ingleses. Si las cosas salían como quería y sus conjeturas eran correctas, el capitán

Andrew Drake[86] pronto lo esperaría ahí.

El nuevo plan era llegar a Santa Cruz Huatulco[87], que se encontraba cuatrocientos kilómetros más cerca que Acapulco, para mandarle un mensaje a Drake. Estarían ahí unos días, y luego contratarían a algunos mixtecos locales para que los llevaran por la selva hasta «La Escondida». Antes ya había hecho tratos con el pirata inglés y esperaba que pudiera facilitarle un galeón.

Ignorante de los planes de Jeireddín, Rosaura se mantenía apretada contra su costado de muy mala gana y en total silencio. El hombrecillo la acunaba con el brazo y de vez en cuando le acariciaba el pelo que le llegaba hasta la cadera. Le había prohibido recogerlo. No es que tuviera muchas opciones, la llevaba encadenada a su cintura y el desgraciado tenía un punzón que no dudaba en usar. Su toque le causaba asco, pero agradecía que por lo menos no poseyera interés en ella como mujer. Más bien era su mascota, tal como lo había sido en *El Savarona* meses atrás. Podría decirse que la trataba mejor, aunque le espaciaba las comidas y la lastimaba igual que en el barco, pues a ante los ojos de la gente aparentaba que tenían una linda relación. Repelía a ese hombre con la misma intensidad que la aterraba.

Estaba sofocada por el pesado velo que le obligaba a usar. Entendió tener que portarlo en Coatzacoalcos, pues ocultaba la forma en que iba atada al musulmán, pero en medio de un camino remoto a solas con él en un carruaje, la única razón que se le ocurría era que la quería fastidiar. Trataba de no darle gusto de quejarse, ese hombre era un sádico.

Hasta ese momento, Jeireddín no le había causado un mal real, y así

seguiría pues ella era su boleto de salida en caso que Gil los alcanzara. Sin embargo, eso no evitaba que la aterrorizara. Si le parecía que no era lo suficientemente rápida u obediente, le hablaba con un tono engañosamente dulzón y le enterraba la aguja en la pierna. En una ocasión le tomó la mano y después de besársela, le encajó la saetilla en una de las uñas. Saber que era en esos momentos que en verdad sonreía con placer, le aterraba.

—¿Tenéis frío querida mía? Espera, dejadme poner sobre vuestras piernas la manta de armiño. No queremos que os resfriéis y vuestro amancebado juzgue que os he tratado mal.

—Muchas gracias capitán, muy amable—. Se le atoró el odio en la boca, y trató lo mejor posible que no se le notara. Aborrecía, que continuamente hiciera referencia a que no estaba casada con Gil ensuciando su relación. Por el momento, sus posibilidades de escape eran nulas. Protegería a su hijo y encontraría la forma de fugarse.

Esa misma noche llegaron al puerto de Huatulco. Se sorprendió del estado de deterioro que presentaba el pueblo pues, aunque tenía diversos edificios señoriales, se encontraban en ruinas o abandonados. Era una lástima que una ciudad con tanta riqueza estuviera a punto de quedar en la ruina por los continuos saqueos de los piratas como el que la llevaba secuestrada[88].

De pronto recordó un comentario de Pedro Tesifón, ¿le había dicho que una de las chicas Cansino celebraría sus nupcias con el Alcalde Mayor de Huatulco o sería el de Mihuatlán?

El virrey anterior, Antonio de Mendoza, había ordenado que trataran

de reconstruir los puertos. Sin embargo, si en un plazo de ocho años les era imposible, ordenó entonces que las ciudades porteñas de la zona fueran abandonadas y destruidas. No podían arriesgarse ante la posibilidad que enemigos holandeses o ingleses, se apoderaran de territorio virreinal. Parecía que en aquella ocasión Pedro tuvo razón al no confiar en la reconstrucción. Rosaura consideró que estaba atestiguando los últimos días de esa población.

Sin embargo, en aquel momento poco le importaba. Debajo del velo buscaba con ahínco a alguna muchacha de pelo azabache y piel morena que le pareciera conocida. Le había dado clases de catequismo a la gran mayoría de las chicas Cansino, aunque había sido fue mucho tiempo antes, cuando eran niñas.

—Amado corazón, no os quedéis atrás. No hay posada en este pueblo, pero algo podremos encontrar en la alcaldía—. Un pinchazo junto con la voz acerada de Jeireddín, la sacó de su concentración. Con gran esfuerzo contuvo el quejido provocado por aquel castigo, pues la salvaba de otra picadura y no le quería dar otra satisfacción al trastornado.

Rosaura no se sorprendió cuando los llevaron a un salón privado para comer, pese a que el lugar estaba casi desierto, el pirata siempre buscaba tener la máxima privacidad. Su cuerpo pedía a gritos algo para beber, pues el calor era insoportable y las capas de ropa que le obligaba usar no hacían su existencia nada cómoda. A pesar de ello, no pediría agua. No le eran desconocidas las privaciones, y sabía que su sufrimiento le daba un extraño placer a Jeireddín, así que no se lo hacía saber. Tal vez para su propia comodidad, el hombre decidió

soltar su amarre. Esperaba que hubiera bajado la guardia creyendo que la tenía dominada.

—Preciosa mía, ya podéis quitaros el abrigo, aunque conservad el velo hasta que nos traigan la comida. Ya sabéis lo mal que me sienta compartir incluso vuestro rostro—. Rosaura se obligó a no aventar el maldito gabán y a olvidar las empalagosas frases que tanto le gustaba usar. Tocaron a la puerta y obedientemente se sentó en una pequeña mesa como le indicó el hombrecillo con un gesto.

Esperó a que entrara el servicio y al principio solo pudo centrar su atención en la jarra de agua fresca que traían para la comida, tenía mucha sed. Después, llamó su interés el vestido de manta con holanes que lucía una hermosa indígena. Estaba adornado con exquisitos adornos calados, que de alguna forma le recordaban la transparencia de las aguas del mar. El toque de color en su vestimenta, lo brindaban unas flores bordadas con maestría y le sorprendió notar que la falda incluía caracoles realizados con delicadas puntadas. Su rebozo era tan blanco que resplandecía y llevaba al pecho un enorme crucifijo de madera, que más tarde supo era símbolo del culto que se tenía a una cruz cercana al lugar.

Finalmente, notó sus aretes de perla y oro enmarcados por unos pesados rizos azabache con reflejos de cobre. Jadeó de pasmo tratando de esconder su sorpresa, pues si bien la joven lo llevaba recogido, percibió claramente el sello irrefutable de la familia materna del Lobizón.

—¡Mamá! —Una versión más pequeña de la chica entró al salón con pasos tambaleantes para aferrarse a su pierna. El pelo, idéntico al de

su madre, apenas podía ser trenzado, pero se las habían ingeniado para colocarle un enorme moño en la cabeza que la hacía lucir adorable.

—Malú, ve con tu nana. Ahora estoy contigo, cuando acabe de atender a estos señores. Disculpe su merced, hay poca gente en el pueblo y le llaman la atención los forasteros.

—Pierda cuidado, siempre es lindo ver pequeños corretear—. No lo dijo por decir, tenía años sin convivir con un pequeño de esa edad. También quería mantener a la moza un poco más en la habitación, tratando de recordarla. De pronto, la reconoció cuando sonrió al ver una gracia de su hija, ¡debía ser Catalina! Estaba ya crecida, pero ahora veía a la niña traviesa que había sido. Alargó la mano a un florero que estaba lleno de margaritas, y sin pensarlo agarró unas cuantas para trenzarlas en una pulsera. La manualidad captó la atención de la criatura que brincó llena de satisfacción cuando se la colocó en la muñeca. Un gesto que solía llevar a cabo con sus alumnas al terminar el catecismo.

Para su desilusión, la madre sin dar muestras de identificar la práctica, tomó en brazos a su hija y dándole unos besos en el cuello llenos de cariño, salió entre las carcajadas infantiles del salón hundiendo el ánimo de Rosaura. —No me ha reconocido. Claro, ahora luzco tan distinta de la muchacha risueña y rolliza que fui —. Sintiendo lástima por si misma se sumió en sus pensamientos hasta que la voz que tanto odiaba la interrumpió.

—Qué tierno momento. Aunque, permitidme preguntar, ¿cuándo os di mi venia para que pudieses hablar? De jovencito, me quitaron la mala

costumbre con la falanga. Ahora que lo pienso, vos ya la conocéis. ¿Recordáis a nuestro buen amigo Kadir? Creo que su trabajo no surtió efecto y tendré que remediar lo que no supo hacer.

Claro que se acordaba de aquel desgraciado, pero se negaba a entablar conversación. En ese momento estaba concentrada en encontrar una salida. Con desesperación corrió a la puerta. Sin embargo, la fuga y sus gritos quedaron ahogados por la rapidez con la que el rufián la sometió. Le llenó la boca con un trapo impidiéndole gritar, usó las ataduras de siempre para fijarla al poste de la pesada mesa y le descubrió los pies.

Rosaura supo que no tenía caso seguir luchando, pero se prometió en ese momento que aguantaría para proteger a su bebé, y que ese hombre pagaría con su vida, no por lo que le hacía, sino porque no dejaría que lo volviera a hacer.

—Buenos días don Abel, veo que ha vuelto a caminar con su mujer. Me alegra que disfruten de la belleza y el clima de nuestro poblado. Le tengo buenas noticias, un barco pesquero llegó esta mañana con una carta para su merced. De haber sabido que iba a andar hasta el muelle, no la hubiera llevado al pueblo y se la habría guardado aquí —. Les saludó el único amarrador del puerto.

—Un gusto mi señor, entonces no debemos dilatar el regreso a la alcaldía. Mi querida esposa necesita ejercitar sus pies.

—No se marche todavía, no es siempre que tenemos el gusto de recibir gente fina por aquí. ¿Desea tomar asiento su señora? Permítame

traerle un poco de téjate[89] para refrescar la garganta.

—Muy amable de su parte, pero mi amada esposa, se encuentra en estado de buena esperanza. Habiendo realizado su ejercicio mañanero, será mejor que la lleve de regreso a descansar —. A Rosaura se le atragantaron las palabras que quedaron en la boca, todavía no le sanaban los pies del castigo recibido unos días antes. Sonrió, aunque estaba segura que no se percibía debajo del maldito velo y se aferró al brazo de «don Abel», del mismo modo que este dirigía el punzón a sus costillas.

—Entonces no lo detengo, y muchas felicidades. ¡Esperemos que sea varoncito! —El amarrador se quitó el sombrero y realizó una pequeña reverencia a lo que Jeireddín hizo lo que se esperaba y le lanzó unas monedas tratando de esconder su molestia. —¡Cuide mucho a su mujer, no le vaya a pasar lo del pirata Drake[90], ya ve que por estos puertos las mujeres son pocas y si se descuida uno se esconden!

—No os confundáis mi señor, que fui yo quien os lanzó las monedas y vos quien las recibió —. Jeireddín no tuvo que alzar la voz para mostrar que el comentario le había enfurecido. Solo Rosaura sabía que debajo del velo su brazo sufría.

—Perdone su merced, soy únicamente un indio tonto sin educación. Me refería a que es la única mujer que queda en este miserable puerto y es tan fina que debiera…

—¿Qué hay de la mujer del alcalde? —Preguntó súbitamente interesado.

—Partió hoy a vivir con su madre. Se ha llevado a sus dos niños—. Contestó todavía nervioso por la volubilidad del extraño. El hombre

secretamente se reprendió por tratarlo con confianza, ahora que lo pensaba parecía que tenía algo que esconder. —Disculpe mi impertinencia y reconsidere tomar un refresco con nosotros, quedamos pocos en la ciudad, pero pronto nos reuniremos aquí. Queda cordialmente invitado —. El pobre individuo se mordió la lengua por la mentira. Esperaba que creyera que aun confiaba en él, y que se marchara rápido.

Aquella plática deprimió a Rosaura pues ahora estaba segura que Catalina no la había reconocido. Trató de encontrar algo de esperanza en la leyenda que el amarrador había insinuado, y miró discretamente hacia la espesa selva. Se entretuvo cavilando si podría esconderse en ella como la pobre mujer mixteca.

Jeireddín también estaba pensativo. Independientemente de lo que dijera la carta que le habían mandado, esa noche dejaría aquel caserío, había cambios que lo ponían incómodo.

—Vamos mascotita mía, si os seguís portando bien, hoy os dejaré comer.

***

Fray Andrés Pacheco se frotaba las manos con anticipación, la información que le traía el conde de Miravalle era de gran relevancia y podía ser el motivo por el cual su nombre fuera recordado en la historia episcopal. Inclusive, si tenía suerte, cabía la posibilidad de

llegar a ser elegido obispo, o incluso de ser nombrado cardenal al servicio del papa. No obstante, estaba indeciso en ceder ante sus exigencias.

Aquel hombre no era nada de lo que hubiera esperado. Vestía con ropa de calidad, pero era más digna de un monje que de un señor de alcurnia. Llevaba la cabeza casi rapada y tenía tan hundidas las mejillas que le sorprendía que hubiera pasado su vida de corsario en vez de en una capilla haciendo ayuno y devoción. Tenía que creer en su humildad, pues montaba en burro pudiendo costear un fino corcel.

Además, las pruebas que presentaba no dejaban lugar a dudas y respaldaban su declaración. De reojo, volvió a leer el pergamino donde se le había otorgado rango de nobleza y condición de hidalgo de Santiago por haber rescatado a un total de treinta y siete personas entre hombres, mujeres y niños en Argel.

Cuando le avisaron que el conde necesitaba verlo, pensó en negarse ya que era difícil tratar con los familiares de un reo que «purificaría» sus culpas con ayuda del fuego y de la Santa Inquisición. Estuvo a punto de rechazar el encuentro, pero, recapacitó y decidió saciar su curiosidad. Resolvió conocer a la persona que había transformado la humilde ermita del Rosario en el poblado de Antigua, en un hermoso santuario de devoción. Aparte que, a pesar de su pagana profesión, era célebre por su piedad. Lo que no pudo prever fue que su historia lo obligaba a tomar acción inmediata de ser cierta. Sería su deber divino ayudar a ese hombre y rescatar los testimonios de la verdadera fe, aunque en ello le fuera la vida.

Gil confiaba en obtener el apoyo del arzobispo. Sabía que era un

hombre de vocación y jamás liberaría a Fernando si no consideraba que era un favor para la iglesia. Era bien sabido que era un católico radical, al que nunca le había interesado el dinero o el poder. Su único deseo era servir a Dios, al Papa y hacer arder a quien deshonrara su divina palabra.

—¿Estáis seguro que se trata de una astilla de la Santa Cruz de la crucifixión de Cristo?

—Tan seguro como que he recorrido la mitad del mundo por ello. Es parte del madero que encontró Santa Helena de Constantinopla[91] en uno de sus viajes a Jerusalén. La reliquia fue custodiada en Roma hasta que el papa Clemente VI, hace casi medio siglo, se la regaló a su amigo Juan Fernández Heredia. A quien se la robaron los musulmanes en un viaje por el mediterráneo. No podía creerlo cuando un infiel me dijo que la tenían en custodia en Argel, y mucho menos que estaba en manos de un pirata de nombre Jeireddín. Traté de comprarle las reliquias a cualquier precio, pero se negó rotundamente. Sospecho que desea profanarlas, ya sabéis que son bien valoradas por los que practican las artes —. Ambos se persignaron al unísono ante tal probabilidad.

—¿Artes oscuras? ¿Y cómo es que no lo ha hecho antes?

—Porque lo he venido persiguiendo con gran ahínco y enorme desvelo. De Argel a La Española, enseguida perdí mi barco y terminé en una isla del Caribe. Lo volví a encontrar en Santa Fernandina y lo acosé a Coatzacoalcos. Creo que piensa escapar de la justicia de la verdadera Iglesia cruzando nuestro territorio y huyendo por el Pacífico.

Fray Andrés pensó que no podían dejar salir las Santas Astillas de la Vera Cruz del territorio mexicano. Incluso fantaseó en incluirlas a la Capilla del Santo Cristo, en el interior de la Catedral, donde se resguardaban reliquias de primer grado. Decidió que el sitio verdadero de dicho tesoro era al lado de la espina de la corona de Jesucristo, que ya se adoraba en el lugar.

—¿Lo único que deseáis es la liberación de don Fernando de Vivero?

—Correcto. Es el mejor estratega que he tenido el gusto de conocer y de quien me fío a la vez. Sería una tragedia confiarle esta misión a otra persona que se llene de codicia y secuestre la reliquia nuevamente. Aún para un judío, quien no valora el tesoro de las astillas, el relicario que las contiene podría tentarlo a hurtarlas. Conozco a don Fernando, doy fe de su capacidad y apuesto mi vida a su integridad. Lo necesito en este asunto su ilustrísima.

—Se le acusa de servirse del diablo para quitarle la vida a el vizconde de Ilucan.

—Don Pedro no necesitaba de intermediarios, había firmado un pacto con el maligno y el cobro se vencía el mismo día de su muerte.

—¿Tenéis pruebas de ello?

—No se encuentran en mi poder. Sin embargo, sé que el manuscrito lo guardaba en su mayorazgo de Jaso en Tula. Y aun si no se hallaran, estoy dispuesto a probarlas con mi palabra bajo tortura.

Fray Andrés no dudó ni un segundo de ello. Parecía que aquella familia no tenía el mayor respeto por su trabajo y estaban dispuestos a someterse a tortura a la primera oportunidad. Decidió que, si se llegaba a tal percance, no le pondría el tormento fácil para que no se

convirtiera en costumbre venirle con lo mismo a cada rato.

—Concedido, solo le entrego a vuestro pariente con la condición que recupere la Reliquia Sagrada y pruebe el pacto de don Pedro Tesifón. La iglesia no financiará la búsqueda ni la captura del pirata que menciona, pero, de ser detenido en tierra mexicana deberá ser juzgado por el Santo Oficio. De fallar en alguna de estas dos encomiendas, el que se encuentre en las mazmorras esperando a la cuna de judas[92] seréis vos. ¿Trato hecho?

Ferri no pudo entrar a la casa parroquial pues se encontraba franqueada por un par de monjes que de tan grandes podrían haber trabajado como lanceros. Según le informaron, el arzobispo no deseaba volver a verlo, además que le ratificaron que el caso de su hermano estaba cerrado. ¿Qué no sabían que era persona importante y gran benefactor de la Catedral Metropolitana? Sospechaba que sí, pero poco les había importado.

Esperó en el lugar para tratar de que el aire le regresara algo de compostura. No supo si fueron minutos u horas las que estuvo ahí parado, con la única ilusión de ver al espantoso borrico amarrado en la entrada principal. Trataba de mantener la confianza que Gil pudiera triunfar donde ellos habían fallado. Pero la poca esperanza que le quedaba, se perdió cuando vio a su hermano bastante maltrecho acercarse a él cargando un cuerpo inerte en brazos. Una pavorosa sensación le recorrió el espinazo, pues revivió un momento de su pasado en que creyó muerto a Alvar y lo vio envuelto en un petate en

las minas de San Ramón.

Gil puso su carga sobre el asno y cruzó por el portal. A Ferri se le atragantaron las palabras al ver el precario estado del Lobizón, aunque su hermano menor tampoco se quedaba atrás. Antes en el alcázar, había pensado que solo se veía desaseado, ahora apenas reconocía al hombre que lo había corrido de su barco cuando iniciaron toda esa aventura. ¿Quién habría imaginado que rescatar a Rosita sería tan complicado?

—¡Manuel! —Llamó al cochero que lo esperaba en el carruaje. —Tomad la yegua fina y cabalgad sin demora a la casa principal. Avisad a doña Mercedes del rescate de su marido para que prepare lo necesario para su curación. Ningún hermano mío va a sufrir más de lo debido si se lo puedo evitar.

Pretendía dar otra indicación, pero la voz se le quebró. Solo pudo indicar al palafrenero que se marchara con un movimiento de mano, al tiempo que subían a Fernando a la galera confiando que no fuera demasiado tarde. Ahora que tenía un poco de paz, empezó a preocuparse por Gil, mientras examinaba a placer sus manos huesudas, las uñas rotas y la piel muy bronceada… quizá era momento de hacerle una observación. Decidió callar al sentir su mirada, era la que cualquier individuo desearía ver en un hombre que lucha a su lado, el mulato no solo podía cuidarse a sí mismo, también podía defender a los demás.

—¡Ay! Siento algo extraño en el pecho. ¿Me habré indigestado? —Se preguntaba Ferri mientras se subía a la galera.

—Vamos hermano, atendamos a Fernando. No sabes la alegría que me

da verlos a todos, pero especialmente a vos —. Le contestó Gil mientras le daba unas palmadas en la espalda guiándolo a su asiento.
El malestar de Ferri se intensificó al verlo tan formado y maduro que estuvieron a punto de mojársele los ojos. —¡Orgullo! —Pensó. —El sentimiento que me embarga es simple y llano orgullo por el muchacho. Quiso decir algo acorde al momento, pero las palabras no le salieron.

No sabía cuánto tiempo había estado en la inconsciencia, pero entre sueños a Fernando le pareció distinguir a su madre. La primera vez, no había tenido la fuerza para permanecer despierto. Así que hizo un gran esfuerzo al verla sentada a su lado como cuando era pequeño.
—*Nantsin. ¡Ixkichi nimitstlailnamiki!* —«Madre querida. ¡Te he extrañado tanto!»
—*Xokoyotl, piltsin, no Kuetlachtli, kaua aik. Ixtosolixtli akopa*. —«Mi niño pequeño, mi hijo amado, mi Lobito, nunca te abandoné. Te vigilo desde arriba.»
— *Nantsin, amikita itskuintli, amikita Canela*. —«Mamita, no maté al perro, no asesiné a Canela.»
—*Nikmati, Kuetlachtli. Kochkia, aiman*. —«Lo sé Lobo. Duerme tranquilo, todavía no es tu hora.»
Inmediatamente se volvió a caer en un profundo sueño al escuchar la vieja canción de cuna que su madre le cantaba de niño. Cuando la mujer vio que Fernando estaba profundamente dormido, sin hacer ruido salió de la habitación donde se encontraba Mercedes esperando

pacientemente a que le diera el diagnóstico de su marido.

—El brebaje que le di solo lo adormecerá una hora o dos. Le he recolocado los brazos y curado las heridas. Hay alguna que habrá que vigilar, nada grave.

—Qué linda melodía habéis cantado. Jamás había escuchado a Fernando hablar en su lengua materna.

—Nuestra madre nos la cantaba de chicos, ha creído que soy ella. No lo saquéis del error, ha cargado una culpa y a penas a podido soltarla.

—Muchas gracias Luz María, id con vuestra hija. Ya me quedo cuidando a mi marido —. La mujer le obsequió una cálida sonrisa y dio media vuelta para alejarse sigilosamente.

Mercedes la observó con nuevos ojos, y se dio cuenta que aquella hermana de Fernando debía parecerse mucho a *Tlahuili Culúa*, su madre. Tendría alrededor de la misma edad de esta cuando falleció. Le impresionó su porte, y se alegró de tener cerca a la familia indígena de su marido.

Se sentó en el lugar que recién acababa de dejar Luz María y se dedicó a observar a Fernando, tenía curadas las lesiones más graves, pero notó arañones en su cara y sus dedos algo torcidos. En un momento acercó la jofaina con agua caliente y aplicó un poco de yodo en sus heridas para desinfectarlas, con un cuidado que incluso a ella le parecía extremo. Había tenido pavor de perderlo. Solo entonces, concentró hasta la última fibra de su ser en un desesperado ruego.

—Señor—gritó en silencio, tratando de controlar el miedo que le atenazaba la garganta—, si vais a hacer algo por ayudarme, tendréis que hacerlo ya, pues dentro de un rato habré sufrido demasiado.

Sanad ya a mi marido, que verlo, así como me lo han traído me va a poner a llorar.

Al darse cuenta de la estupidez de reprender al Altísimo, se apresuró a cambiar el tono de su súplica:

—¿Acaso no he procurado serviros bien? —Susurró en silencio—. ¿No he obedecido como se espera de mí? … Bueno, casi siempre —. Rectificó Mercedes al punto. —Es difícil ser dócil y obedecer al marido si se va sin preguntar a que lo estiren en un potro, le corten un tajo o le quemen sin clemencia. Tampoco es fácil evitar que le salgan a uno obscenidades de la boca, cuando se encuentra al hijo haciendo bebés con la lavandera. ¡He sufrido un verdadero suplicio! —Se interrumpió pensando que ella no era nadie para hablarle de tormentos al Señor. —¡Sabéis perfectamente lo mucho que lo he intentado! —Concluyó desesperadamente. —Si sanáis a Fernando jamás volveré a pediros nada.

—No es verdad —. La voz de Fernando se escuchaba pastosa, pero sus ojos tenían el brillo de su inteligencia habitual. Con dificultad le acomodó a Mercedes un lacito rojo que siempre llevaba prendido en el vestido para hacer feliz a su marido.

—Gracias—, dijo la mujer sabiendo lo que el gesto comunicaba—. Sé que debes descansar, pero ahora que os tengo despierto, dudo que pueda dejaros dormir. ¿No sería mejor que os instaláramos en nuestra habitación?

—No.

—Me incomoda estar en el ala del marqués, tan lejos de vuestro hijo. Me gustaría que platicaras con él de un asuntito del que no puedo

ocuparme yo —. Al notar que no respondía, percibió que su marido no la entendía, así que modificó la petición. Fernando era muy literal. — Necesito que tengas una charla de hombres con Ramón Federico.

—Ahora no.

Con un suspiro, decidió comentarle más tarde de eso, tanta ansiedad le había corroído la paciencia. Después de un rato, mientras acariciaba la mano de su esposo volvió a hablar.

—Prometedme que nuca volveréis a hacer una tontería como esta de nuevo.

—No.

Mercedes había comprendido perfectamente lo que la respuesta de su esposo significaba, él jamás podría romper una promesa y se volvería a portar de similar manera para sacar a los suyos de algún apuro. Claro que lo entendía, no obstante ¿le era imposible mentirle, aunque fuera una vez? Además, le empezaba a molestar que le respondiera con monosílabos, y todos negativos. Tal vez un poquito también que Fernando había dejado de prestarle atención desde que le acomodara el lacito. Sabía que era muy mezquino de su parte, después de todo, era una señal que estaba volviendo a la normalidad, pero aun así teatralmente continuó:

— ¡Ay de mí! ¿Alguna vez sabré si tendré una vida tranquila y llegaré a vieja? ¿Podrá acaso mi marido decirme si sabe el futuro que nos espera?

—No sé.

Meche observó a aquel hombre con el que había hecho su vida, aun después de años era incapaz de notar los cambios y matices de su voz,

situación que le divertía.

—¿Fernando, como es posible que no lo sepáis? —Continúo en esa ocasión fingiendo un tono agresivo.

—Nadie tiene la capacidad de ver el futuro y el que lo presuma está mintiendo. Ya lo he comprobado.

Bueno, por lo menos dos oraciones completas, pero su marido seguía sin notar su dramatismo. Ese hombre, tan plantado, tan fuerte, tan hosco y tan sincero de verdad estaba necesitado. Definitivamente estaba necesitado de ella. Después de darle un ligero beso en los labios y con un tono normal le dijo;

—Esposo, debéis prometerme que dejaréis de exponeros. Me aterra que en una de vuestras aventuras perezcáis y no tenga más remedio que quedarme sola.

—No vale la pena que os aflijáis. Hoy por fin he comprobado que al morir os vais a la luna. Así que juro que, si marcho primero, os esperaré mientras os cuido de lejos. ¿Me haríais la misma promesa?

—No hay necesidad que la haga, pues ese es nuestro destino. ¿Acaso no soy vuestra luna y vos mi lobizón?

En el escritorio principal de la biblioteca se encontraban el marqués, Gil, Alvar y Catalina Cansino con su madre. Estaban parados alrededor de un mapa tratando de descubrir la estrategia de Jeireddín.

—La última vez que vi a la señora, se encontraba aquí —. Dijo Catalina señalando una de las bahías del pueblo de Huatulco, un poco cohibida pues no sabía cómo llamar a doña Rosita. Acababa de

enterarse que don Gilberto la había preñado estando casada con otro. Lo que se podría remediar con una boda, pero ahora dormía en la misma habitación que el pelirrojo. Eran cosas muy mal vistas por la sociedad, a pesar de saber que el hombrecillo la tenía contra su voluntad. Sentía una enorme lástima por ella, nadie merecía su sufrimiento. Al principio, no se dio cuenta de su predicamento. Aunque, le pareció que a veces la jalaba por una cuerda oculta. Pensó que eran figuraciones suyas hasta que fabricó la pequeña guirnalda de flores y vio las marcas de un punzón entre las yemas y uñas de sus dedos. Fue ahí cuando reconoció la manualidad de su maestra de catecismo, así como sus ojos a través del pesado velo.

—Mi marido me pidió decirles que don Abel, como se hace llamar el pelirrojo, mandó un mensaje al mar. Sospecha que pretende arrendar un barco clandestino, pues alcanzó a escuchar algo. No hay pruebas, pero un hombre que trata así a mi ama no puede tramar nada bueno.

—Muchas gracias Catalina, si no tenéis nada que agregar podéis reuniros con vuestras hermanas. Pedidle a vuestro marido que se os una. El puerto de Santa Cruz ya está perdido, le encontraremos un puesto mejor aquí —. Ya vería Gil como recompensarla, había corrido gran peligro y abandonado a su esposo únicamente por lealtad. Lo que era una cualidad invaluable y poco común.

Una vez que la puerta se cerró tras de ella, los tres hombres se quedaron tratando de encontrar una solución y debatieron varias opciones.

—¿Decís que no recibiremos ayuda económica de la iglesia? ¿Aún con la fábula que les habéis contado? No queda más remedio que partir

mañana a convencer al virrey, aunque no estemos seguros que el musulmán ataque por el Pacífico. La pura sospecha debería bastar para que nos apoye. Estamos hablando de buscar a Rosita por la mitad del territorio, no sé si podamos solventar un ejército de tales magnitudes.

Gil estaba de acuerdo con su hermano. Sin embargo, la Nueva España no se comparaba con los siete mares que ellos le habían encomendado recorrer para buscarla en un principio, y así se los hizo saber.

—Calmad los bríos, que estamos todos en el mismo barco. Por lo pronto, hay que estar al tanto de los muelles en peligro —. Alvar esperaba que el pirata no siguiera los pasos del viejo Francis Drake, que, a pesar de haber saqueado las costas mexicanas, terminó muriendo en Panamá. No deseaba tener que rescatar a Rosita hasta la Patagonia. —Debemos asentar vigías en los Puertos del Ángel y del Marqués. Así como en Río Ometepec y Acapulco. Si no hay noticias, entonces tendremos que probar suerte en el sur.

Era un volado apostar a que Jeireddín se dirigiera al norte, pero no tenían los recursos para hacer una ofensiva si se dirigía en la dirección contraria. Convinieron que, si no había noticias del pirata en alrededor de tres semanas, lo más conveniente sería seguirlo por agua. Gil esperaba no volver a pisar un barco, no obstante, lo haría sin dudar si fuera necesario para el rescate.

—Tal vez deberíamos mandar a alguno de nuestros navíos mercantes a buscarlo… —Sugirió Ferri, pero de repente guardó silencio junto con los presentes, al ver al Lobizón entrar a la habitación.

Daba impresión verlo tan lastimado e incluso tuvo que contenerse

para tomarlo de un brazo cuando trastabilló. Había sido necesario drogarlo varias veces para reducir el dolor y relajarle un poco, para acomodarle la bola superior de ambos huesos en las cavidades de los hombros. Ahora tenía un doble cabestrillo para mantener todo en su lugar y la hinchazón a raya, pero era obvio que todavía sufría de dolor. A pesar de ello y como siempre, se acercó a la mesa y después de algunas preguntas les sugirió un plan.

—No es necesario vigilar el litoral completo. Debemos mandar aviso al Fuerte de San Diego. Los demás puertos no merecen ser atacados y si no lo sabe, se dará cuenta cuando vea la bandera de la peste que los tiene asolados.

Quedaron en silencio. A partir de la muerte del padre Ignacio, no había en el alcázar un verdadero curandero. La hermana del Lobizón era versada en remedios tradicionales, y tal vez sería la mejor apuesta para contener las enfermedades. Desde la llegada de los españoles, no habían podido erradicar ni la viruela ni el sarampión. Parecía que la peste andaba de nuevo suelta, lo que decidió a Ferri a pedirle que se quedara en Tecamachalco. Le aterraba que el mal los atacara.

A parte, se negaba a ponerse en manos del presbítero don Cayetano de Cabrera, el médico más prestigioso en la Nueva España. El inepto cura ya se había rendido, y afirmaba que no podía hacer nada aparte de rezar al altísimo. Había concluido que las plagas se debían a que la gente no tenía suficiente «linfa» en la sangre, la que la pudría. Esto era causado por ser víctimas del mal de ojo, por el aire que respiraban o por la comida o la bebida. Según él, también había que cuidarse del movimiento constante o por el sedentarismo, por el sueño o la vigilia

y por la mayoría de las pasiones de ánimo. En pocas palabras no tenía idea.

—Entonces habrá que evitar el Puerto del Ángel y el del Marqués y que Dios tenga misericordia de sus almas —. Dijo santiguándose Alvar. Las plagas atacaban con mayor fuerza a los indios ya que los españoles, al haberlas importado, estaban mejor inmunizados. Sus hijos tenían la sangre muy mezclada y temía por su salud.

—Si Jeireddín se hizo de un barco, deberá abastecerlo. No puede llegar muy lejos sin aprovisionarse o sin atracar un puerto para poder adentrarse en alta mar. Estoy seguro que se dirige al norte, pues los puertos norteños presentan una mejor probabilidad de ganancia.

Gil se reprendió por no haber pensado en ello primero y haberse informado de las noticias, no podía alegar que estaba cansado. El Lobizón apenas se sostenía y había elaborado un plan congruente.

—Salgo hacia Acapulco, si me doy prisa podré llegar antes que el pirata —. Anunció Alvar.

—Marcho con el virrey, necesitamos refuerzos si hemos de luchar contra el musulmán —. Secundó Ferri.

—Esperad Alvar, quedaos en la ciudad con el Marqués, si es preciso que se reúna a mercenarios, es mejor que vos os ocupéis —. Interrumpió Gil. —El fuerte de San Diego, por el momento solo precisa de aviso. En caso necesario, mandaré a pediros refuerzos —. Todos estuvieron de acuerdo con lo planeado y extendieron las manos con las palmas al frente hasta unirlas, algo que hacían siempre como ritual antes de entrar en acción.

—¡Somos cuatro hermanos Tecamachalco, y los que piensan que

nuestra riqueza proviene de la plata, están como cabras, pues nuestra fuerza e inmensa fortuna es que somos uno! Partid pronto que debemos arreglar esta complicación con la mayor presteza.

—*Fortitudo nostrum unum sumus.* —«Nuestra fuerza es que somos uno», repitieron al unísono el lema familiar que en aquella ocasión se sintió especialmente intenso.

Sin demora alguna Alvar dio media vuelta para emprender su misión, pero antes de cruzar la puerta le dijo socarronamente; —Esta vez, hacednos el favor de viajar en un corcel. ¡Dejad al pobre asno descansar de vuestra piel!

Gil sonrió ante la rima, no porque fuera buena, sino admirando la sangre fría que tenía el buen Alvar.

—Abramos la cámara secreta —. Pidió Gil a su hermano mayor mientras se levantaba con decisión para dirigir sus pasos al librero que se encontraba al lado del enorme cuadro de la Anunciación de María. Extendió las manos y se sorprendió de alcanzar ambas palanquillas sin esfuerzo. En su juventud, siempre necesitó asistencia, ya que estaban separadas pensando en la formidable envergadura del viejo marqués. Parecía que ahora él también la podía abrir sin esforzarse. La compuerta se movió dejando al descubierto una recámara oculta que, a pesar de no haber visto en años, le era extremadamente familiar.

—¿Todavía tenéis la vitela[93] con aréolas y el antiguo relicario de oro?

—¿Cómo sabéis…? —Guardó silencio al recordar el tiempo que Gil estuvo encerrado ahí tantos años atrás. Parecía que se había entretenido esculcando entre sus tesoros.

—Tendréis que descontármelos de la herencia que me toca.

***

Día de san Eustaquio de Roma, una semana después
(Veinteavo día de septiembre)

Jeireddín llegó a Acapulco con una tripulación prácticamente intacta, contando con cerca de ciento doce hombres. El cambio de mandos no fue bien recibido por los marineros holandeses que hasta ese entonces habían servido a Drake. Desde que el Mulato hundiera *El Savarona*, no había podido hacerse del mando de un barco decente. Pero este, era el peor. Se había dejado timar por pura desesperación. Al principio, confiando en Tulio, se había enfrascado en una búsqueda y después en una huida desesperadas. Ahora, solo quería salir tablas y regresar al mediterráneo donde podría disponer de algún navío de su flota, o acceder a su fortuna.

Ancló frente al fuerte de San Diego y mandó un mensaje con uno de los prisioneros capturados en Santa Cruz. Tenía la esperanza de intercambiar a sus rehenes a cambio de víveres. Incluso estaba decidido a deshacerse de su *mascota*, aunque estuviera pronta a parir, a canje de un buen rescate. En su mundo, no era habitual ver *cachorritos*.

—Preciosa mía. —Llamó a Rosaura con un tono acerado que no

engañaba a nadie. A pesar que la mayoría de los marineros solo entendían neerlandés, eran pocos los que lo consideraban un «hombre de dulce disposición» pues ya se habían dado cuenta de su arrogancia y crueldad.

—Preguntadle al Sr. Ambroos cuantos marineros tienen escorbuto —. Los hombres se avergonzaban de la enfermedad y hacían hasta lo imposible por esconder los síntomas. Así que había establecido revistas regulares para buscar ampollas, úlceras y encías ensangrentadas que descubrieran a los enfermos.

—Cuarenta y siete —. Respondió escuetamente Rosaura que hablaba francés al igual que el Sr. Ambroos y que últimamente servía de intérprete.

—Decidle que, sin importar que se decida, los eche al mar junto con los rehenes apenas llegue la respuesta —. Apretó la cuerda que ahora tenía alrededor de su cuello, ya que en el barco no le importaba ocultarla. Rosaura se sentía harta de ese hombrecillo, pero decidió que por el momento era mejor hacer lo que pedía. Mentalmente calculó que los enfermos tendrían más oportunidades en tierra, ya que no estaba tan lejos de la playa.

—Sesenta y cuatro marineros y yo. —Calculó los hombres con los que contaba. La misiva que había enviado, iba escrita con un claro mensaje intimidatorio, pero siendo realistas, no tenía la fuerza necesaria para atacar un puerto tan resguardado.

—*¡La réponse vient mon capitaine!* —No hubo necesidad de traducción, pues el hombre señalaba a un bote que venía con don Genaro, el Alcalde Mayor de Huatulco y esposo de Catalina, a quien había

enviado como emisario.

—Ordenadle que leve el ancla por si hay que huir, aseguraos que lo haga de forma discreta —. Indicó a la joven madre mientras esperaba que el bote se acercara lo suficiente para oír la respuesta. Unos minutos después, está no lo sorprendió.

—Los residentes de Acapulco le ofrecen veinte escudos de oro y treinta reales de plata para que se marche. Rechazan terminantemente avituallar a extranjeros o darles de la poca agua con la que cuentan debido a las sequías.

—Por ese dinero se podrán llevar a todos los rehenes menos a la vizcondesa—. Gritó Jeireddín, y a pesar de la incomodidad de don Genaro, el Almirante del puerto aceptó.

Sin demora los habitantes que habían sido capturados en Huatulco fueron bajados al bote intercambiados por unas minúsculas talegas con dinero. El pelirrojo estaba tan frustrado por su mala suerte, que en cuanto se alejaron un poco, mandó deshacerse de los enfermos. Pensando que tal vez aquello lograra animarlo.

—¡Mirad, Gil! Un galeón extranjero en la bahía. Deben ser ellos.

—¡Apuraos Perico! —El hijo del Lobizón torció el gesto al escuchar el mote. Llevaba toda la vida respondiendo a «Lobito» y ahora, que pensaban que había crecido, pretendían llamarlo como un pajarraco. Corrigió por enésima vez a su tío; —Mi nombre es Ramón Federico, escoged el que os plazca.

Esfuerzo que se perdió, pues Gil no le prestó atención ya que estaba concentrado en llegar al fuerte para negociar el rescate de Rosaura. Le

valía un cacahuate si Jeireddín escapaba, se quedaba pobre, perdía sus títulos o reventaba su caballo. La esperanza de verla al fin lo impulsó. Sin embargo, al acercarse vio algo extraño. Una barcaza llena de paisanos se alejaba del galeón. Trató de distinguir a su mujer entre los pasajeros, cuando de forma sorpresiva notó como tiraban a varias personas al mar. Instintivamente, redujo la velocidad para poder enfocar la vista y un golpe seco del corazón le comunicó lo que temía.

—¡Sigue en cubierta, mi tía Rosita continúa en el barco!

Algunos tripulantes sanos que quedaban en el galeón se unieron a sus camaradas enfermos, muy molestos por el vacilante e infame proceder de su nuevo líder. Estaban desmoralizados y decidieron desertar entregándose a la guardia española en el puerto. El fuerte aprovechó la confusión para detonar una carga de cañones para ahuyentar a la nave enemiga.

Mientras tanto en el barco Rosaura vio su oportunidad, el caos reinaba en cubierta pues los marineros empezaron a brincar al mar dejando a su capitán pasmado. La cuerda con que regularmente la sujetaba estaba suelta y en la huida algún marinero dejo su daguilla. Se abalanzó al arma cortando sus ataduras y se encontraba a punto de saltar cuando un fuerte movimiento en el vientre la hizo titubear.

—Aguanta un poco hijo mío y aferraos a mis entrañas que debo escapar—. Tomó impulso encomendándose a Dios y su salto se vio truncado con un fuerte jalón de pelo.

—A dónde vas palomita mía. Vos os quedáis a mi lado, que con alguien habrá que desquitar mi enojo por esta traición—. La desilusión la invadió. Sin embargo, en un último desesperado intento trató de

cortar el pelo por donde la tenía agarrada y falló. Jeireddín le arrebató el arma y se la puso al cuello. —Mirad el cielo por última vez, y llevaos al infierno al hijo del mulato que lleváis.

—¡Rosaura! —Una voz familiar y desgarrada se escuchó a lo lejos. Se le saltaron las lágrimas pues pensó que no la oiría jamás.

—¡Gil! —Contestó con otro grito desesperado, esperando que la oyera por encima de los cañones. Buscó con la vista a su amado y lo encontró con el agua hasta las rodillas en la playa más cercana. Se llenó con la visión de aquel hombre y solo pudo hacer una seña mientras Jeireddín apretaba el cuchillo contra su cuello.

—A Gil no le importa vuestra vida, pero si me matáis no descansará hasta veros en el infierno.

Jeireddín sabía que era cierto, y con recelo alejó el cuchillo del cuello de la joven madre. Estaba harto y se reprendía por haber salido de su territorio. Tomó una cadena y aseguró a Rosaura a uno de los aparejos. Era una opción bastante mediocre para evitar que escapara, pero la mantendría en el barco hasta que se las ingeniara para escapar con un mínimo de gente.

Mientras tanto en tierra Gil se sentía devastado, por más que había clamado y gritado durante su galope que no cerraran las negociaciones y que él pagaría lo que pidieran con tal de recuperar a su esposa, fue demasiado tarde. En un último intento trató de hacer saber a Jeireddín que le seguía los pasos. De modo que gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Sospechaba que se había rasgado las cuerdas vocales y dudaba que pudiera decir alguna palabra. Estaba

demolido, la había perdido de nuevo.

—Tío, nos está mandando un mensaje.

Gil levantó la vista y buscó su catalejo. Casi desvió el lente pues no soportaba ver a Rosaura visiblemente embarazada, maltratada y atada. Pero, se concentró en mirar si era cierto lo que el Lobito decía. Empezaba haciendo una señal de victoria que era seguida por su índice derecho en la palma izquierda. Terminaba por un suave balanceo de ambas manos.

—No entiendo.

La desesperación le nubló la mente y le hizo imposible entender lo que Rosaura le quería decir. Entendía que era la lengua de señas de doña Inés. Pero, él tenía años que no utilizaba el idioma de la marquesa. No cabía duda, la pobre había repetido el gesto tres veces antes que la perdiera de vista. Sin pensarlo, repitió él mismo los signos tratando de no olvidarlos.

—¡Valle Banderas! Nos ha indicado el camino—. Leyó su sobrino que no había podido apreciar a Rosaura por la lejanía.

Claro, el hijo del Lobizón era ducho en aquel idioma. Un nuevo brío lo inundó y con decisión volvió sobre sus pasos. Con la voz rota, Gil susurró lo que quiso gritar.

—Clamé al cielo con gran fe, y no me escuchó. Me robaron de nuevo el alma, con la quimera de una pobre pista. Si la puerta me vuelve a cerrar el altísimo, de mis actos en la tierra solo tenga la culpa Él, no yo. Es hora de reunir un ejército.

Capítulo 14

Bandera roja

Sierra del 7º Cantón de Jalisco[94]

Día de santa Engracia de 1675

(Veinticinco de octubre)

Jeireddín no podía creer su mala suerte. Después de huir de Acapulco los problemas se sucedieron uno tras otro. Para empezar, trató de liderar un barco que requería por lo menos cien hombres, con una fuerza de cuarenta. Habían llegado a Valle Banderas, solo para enterarse que ahí se ubicaba una de las Audiencias Generales más resguardadas. ¿Cómo iba a saber que los indios del lugar querían independizarse de La Nueva Galicia? No le requirió ningún esfuerzo mental darse cuenta que tenía aún menos posibilidades de obtener alguna ganancia que en el Fuerte de San Diego. Se encontraba fuertemente custodiado.

Lo que él deseaba era ya largarse de ese maldito continente y a regañadientes siguió el protocolo de guerra. Una vez más se encontró enviando una carta pidiendo víveres frescos y otras vituallas a cambio de liberar a la vizcondesa de Ilucan. Se conformaba con lo indispensable para marcharse sin causar problemas. Lo que no esperó, es que la milicia lo atacara con todo su poder apenas saber sus términos.

—¡Disparad los cañones, eleven anclas! —Era tanta su desesperación que acompañó su mandato con sonidos de cañón e imitó el movimiento de los brazos para operar la manivela de aldabas. Afortunadamente, el señor Ambroos le entendió en seguida y dio las órdenes pertinentes.

Corrió a las almenas para ayudar en la refriega. No contaban con suficiente munición. ¡Maldito Drake! Lo había timado con un navío lleno de problemas. Sorpresivamente, la tripulación parecía entender mejor con su recién aprendido vocabulario de señas y onomatopeyas.

—¡Pum, Pum! ¡Hala, vos! Si, vos… ¡Fuuuuu! —Se sintió especialmente ridículo al tratar de imitar el sonido de las velas, mientras hacía movimientos con los brazos para que uno de los marineros las arriara. Esto no podía ser más que el resultado del mal agüero. ¿Habría un *gafe*[95] abordo?

Jeireddín era supersticioso en extremo y la posibilidad de ser atacado por una ola de mala suerte le aterró.

—No gozo del tiempo, ni de la ocasión de perder a otro marinero, —pensó. Después del chasco de Acapulco no tenía suficiente tripulación. De pronto una revelación le cruzó la mente. —¡Este montón de maderos no tiene nombre!

Nunca consideró el barco como suyo, así que no se había preocupado en rebautizarlo. Al darse cuenta de su error, con rapidez corrió a la bodega para agarrar una de las últimas botellas de ron. Reprendiéndose por haber sido el causante de tan incómoda cadena de sucesos infortunados, no tuvo problemas de estrellar el botellín contra el mástil principal.

—Os nombro; *«La Maldita Babel»*

Gil estaba completamente frustrado. Habían llegado a tiempo para negociar la liberación de Rosaura, pero, el representante del Regio Patronato en la Asamblea General se negaba rotundamente a hacerlo. Resulta que existía un conflicto entre los delegados eclesiásticos y los seculares que buscaban cualquier excusa para coartar la autoridad del otro. Para su consternación, en lugar de actuar, se había desarrollado un debate que parecía no era nuevo en el territorio neogallego. Lo triste era que la razón de aquella discusión, la había creado él.

—¡No podemos negociar con un apóstata!

—Señor subdelegado[96], no podemos hundir el navío si en él van las reliquias. Debemos capturar al infiel y entregarlo a la justicia—. Reviró Gil preocupado que lastimaran a Rosaura que seguía a bordo del galeón.

—Don Gilberto, entiendo su preocupación, pero no podemos permitir que el musulmán vuelva escapar. Incluso, tengo la seguridad que los inquisidores preferirían perder las reliquias, a que el hereje tenga la posibilidad de corromperlas.

—Calma, no hay razón para sulfurarse. Estos conflictos son el pan nuestro de cada día. Por cierto, ¿nos habéis informado de vuestro nombre? Le agradecería que llamara a mi hermano don Gilberto de Vivero Conde de Miravalle, de manera sencilla, o por su título y tratamientos de cortesía. Lo mismo que a mí, ya que estamos en eso.

Verá soy Marqués de Tecamachalco. A menos que sea usted un duque, un príncipe o un rey y no tenga la obligación de mostrarnos respeto.

—Disculpe su ilustrísima. Francisco Fernández de la Cueva para servirle a usted, a la Santa Iglesia y al Rey.

Ferri reprimió una sonrisa, mientras daba las gracias por la suerte de haber nacido con un rango de prestigio. Ser el marqués de Tecamachalco, era un trabajo arduo, pero tenía sus ventajas. —Según entiendo, usted es parte de las Autoridades Temporales, ¿no es así? Hasta donde recuerdo el propósito de su cargo es buscar el cumplimiento de la justicia, lograr el buen gobierno y mantener la armonía en los territorios que le adjudicó la corona. Sin embargo, hay algo que no me queda claro. ¿Cuenta con la autoridad para intervenir en los asuntos eclesiásticos?

—Su ilustrísima, es mi deber salvaguardar los intereses de los súbditos de la corona y colaborar con los de la iglesia.

—Que encantador. Aunque, me parece mi querido funcionario, que aquí el meollo de la cuestión es que usted tiene un *puesto temporal.* ¿No ha considerado que, si llega a estar equivocado su carrera podría llegar a un abrupto final? Realmente me llama la atención algo que nos ha dicho acerca de sus principales funciones, ¿qué término empleó? Ah, sí… «Salvaguardar». Mi sobrina es rehén de ese barco y hasta donde recuerdo, es un súbdito de la corona. Vamos a ponérselo fácil, detenga el ataque y yo me hago responsable de las consecuencias. Siga con su capricho y tendrá el disgusto de haber ganado un enemigo.

Jeireddín quedó de una pieza. En cuanto bautizó al navío, los cañonazos cesaron. Reponiéndose de la sorpresa, como pudo dirigió a sus hombres para que emprendieran la huida. Sin embargo, no se lograba convencer que lo que convenía era seguir por mar. El barco se encontraba fuertemente dañado, no estaba avituallado y la tripulación no era de fiar. Volteó al horizonte y calculó que tenían todavía unos buenos treinta minutos de luz. Necesitaba a la mujer. ¿Dónde la había dejado?

—Tranquilizaos muchacho, confiad en nuestro buen Alvar—. Le dijo el marqués mientras intentaba descubrir lo que estaba ocurriendo a través del catalejo. —¡Por los clavos en la cruz! Cuándo uno necesita a la luna, la señora se niega a aparecer. ¡No distingo nada!

—Prestad. —Dijo el mulato arrebatando sin ceremonias el artefacto a su hermano. —No han salido aún a mar abierto, aunque creo que el subdelegado está dispuesto a seguirlos hasta las islas de Tres Marías.

Le parecía que Jeireddín estaba echando mano de un recurso bastante desesperado, pues en las circunstancias en las que se encontraba su barco, únicamente postergaba lo inevitable. Alvar iba a su encuentro junto con don Francisco y algunos militares en una pequeña fragata[97]. Contaba con la seguridad que les darían alcance antes que entraran en altamar. La noche estaba por llegar, pero confiaba que por

fin podrían salvar a su mujer.

—No entiendo la razón por la que debo esperar—. Susurró nervioso.

—¿Quién os dijo que hay necesidad de que lo entendáis? Debe bastaros que el Lobizón lo planeó así, y hasta el mes pasado, jamás había errado. Me imagino que es mejor que no os halléis en el barco cuando Fernández *encuentre* las reliquias. Alvar sabrá ingeniárselas para ponerlas en su camino.

Su buen amigo era muy hábil en aquellos menesteres, todavía se preguntaba donde había escondido los artefactos. Fue incapaz de percibirlos cuando Alvar partió con el subdelegado y eso que no llevaba chaquetón y sus calzas le parecieron especialmente ajustadas.

Gil siguió pegado al lente tratando de advertir cualquier actividad en el horizonte, mientras recordaba como Josefina había pasado una noche entera escribiendo en la vitela lo que se volvió el «contrato» de don Pedro Tesifón con el diablo.

Ojalá no hubiera tenido que involucrarla, él era un devoto creyente y en su fe sabía que había cometido un sacrilegio. Se sentía culpable de involucrar a quien consideraba una madre y temía a las consecuencias divinas que pudieran acarrearle. Sin embargo, ella se obstinó en ayudar y se convirtió en pieza clave del engaño por dos simples razones; gozaba de una excelente caligrafía, y contaba con acceso directo al matadero de las cocinas. Tenía que admitir que el documento se miraba justo como él esperaba que se viera un pacto diabólico; escrito de forma impecable, en un pedazo de piel y con sangre de chivo. Los «maderos de la cruz de Jesucristo», fueron más sencillos de obtener. La nostalgia le había hecho tomar unas astillas de

El Peregrina antes de hundirlo. Solo tuvo que colocarlos en un antiguo relicario que ya poseían. Pensaba que no habría mejor lugar para ellos, que en una vitrina de algún templo. De todas maneras, insistió que nadie más se enterara del ardid.

—Mm. Qué curioso. ¿Una sombra? —Pensó regresando al presente al advertir algo extraño cerca de la costa, pero se distrajo cuando el asalto se hizo inminente.

—¡Han lanzado los ganchos de abordaje! ¡Los tenemos dominados!

Gil no quiso quitarle la ilusión a su hermano, era justo el momento en que cualquier ataque se volvía precario. Estaba inquieto, y al no poder hacer nada, alzó su voz en uno de los cantos que tanto le gustaban a Rosaura, rogando que acabara ese infierno. No supo si fue melancolía o anhelo, pero su mente le jugó una treta; escuchó como en sueños, la voz de su mujer llamándole.

Un bofetón la silenció. Le había sido imposible quedarse callada cuando oyó la voz de Gil. Gritó su nombre por instinto, pues no podía estar a más de cien metros de ella. El golpe fue tan contundente, que perdió el equilibrio y cayó al piso del bote donde iba a la costa. La acompañaban catorce marineros y Jeireddín. Si hubieran llegado diez minutos antes, estaba segura que la habrían rescatado. Si la luna no se hubiera apagado, el Mulato la habría notado. Si no se hubiera casado con Pedro… Qué triste era, que el «hubiera» no existiera. Pensó mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas, humedeciendo el fondo del batel.

Durante el cese al fuego y antes de subirse al bote de remos, el musulmán había reunido a los tripulantes que quedaban en *La Maldita Babel* para darles tres opciones; lo seguían a tierra, huían a Las Islas Marías, o se entregaban a las autoridades. Para su sorpresa solo se formaron dos bandos. Los que quisieron entregarse y ellos, que iban a tratar de encontrar suerte en suelo firme.

A pesar de la barrera del idioma, gran parte de la tripulación lo había seguido e iban remando sigilosamente a la orilla. El grupo estaba integrado por marinos curtidos y desertores militares con experiencia. No conocía la historia de todos, pero sí de algunos quienes decepcionados o huyendo de los abusos de sus superiores, habían abandonado el camino del bien para decantarse por la libertina vida de un filibustero. El movimiento de los remos era preciso y las expresiones en sus rostros mostraba una tremenda iniciativa para enriquecerse y el arrojo necesario para lograrlo. En cuanto llegaron a tierra, sin apenas dirigirse la palabra hicieron gala del «sexto sentido táctico» que el personal militar generalmente desarrolla. Notaron que la mujer no estaba en condiciones de seguirles el paso y le formaron una especie de silla para montarla con una pequeña soga a la espalda de uno de los piratas.

Rosaura se encontraba muy deprimida por los acontecimientos previos y le costaba mantener la fe, así que no le importó que la treparan en aquel artilugio. Su vientre estaba ya bastante abultado y era obvio que no deseaban que los retrasara.

—Ojalá tuvieran menos arrojo y más inteligencia para aprender idiomas. Bueno, supongo que, si hubieran servido para la escuela, no

andarían delinquiendo—. Odiaba que se reusaran a abandonarla pues servía de intérprete.

Ahora quien tenía que probar su valía, era Jeireddín. Ya no contaba con la autoridad del barco, era tan forastero en aquellas tierras como su tripulación y no hablaba su idioma. No por nada, el pelirrojo se veía profundamente concentrado en tratar de capitalizar todas sus habilidades para hacerles ganar. Como bien sabía cualquier capitán pirata; no había mejor manera de escudar la vida que con escudos[98], sobre todo los novohispanos.

Por dos días caminaron evitando veredas y carreteras mientras Rosaura dormitaba en su improvisado asiento. Se sentía irremediablemente cansada, lo que a nadie sorprendía. Estaba en las últimas etapas de su embarazo, la comida era poco frecuente, y además la marcha era continua y forzada. Ahí desde su silla, a punto de quedarse dormida con el continuo bamboleo del paso del marinero, recordó como en un espejismo la historia de la primera esposa de su padre.

—¡Auuuu! —Empezó a imitar un aullido, al principio en voz baja y poco a poco fue aumentando el volumen. No lo hizo con intención, sino que, en el tedio de las horas y el aturdimiento del duermevela, recordó la historia como se la contara el padre Ignacio durante su primera infancia. El cura siempre empezaba el relato emitiendo unos lamentos y voces tenebrosas que los hacían temblar. Recordaba cómo se abrazaba a un muy joven Gil, que trataba de hacerse el fuerte ante los sustos de la narración. Tal vez, aquella nostalgia había sido

provocada por la agobiante caminata en una selva que, a pesar de haber vivido en una isla desierta, le parecía lúgubre y peligrosa.

—Así debió ser el lugar donde el cura Ignacio encontró herida de muerte a la madre de Josefina y Mercedes. Pobre, hizo lo que pudo para aferrarse a la vida con tal de salvar a sus pequeñas. ¿Repetiré su destino? ¿Podré conocer a mi bebé? —Se preguntaba Rosaura mientras los piratas la ignoraban por completo. Les convenía que viviera, pero si no lo hacía, encontrarían a otro traductor.

Esa misma tarde, la comitiva hizo un abrupto alto. La amarraron a un tronco como era su costumbre, pero sin ninguna necesidad. Era incapaz de dar un paso, mucho menos de escapar. A esas alturas, su única meta, era retrasar todo lo posible el parto con la esperanza de ser rescatada. No tenía duda que Gil y sus cuñados estarían moviendo cielo, mar y tierra para dar con ella. No entendía el porqué, pero se creía más en control en ese momento que cuando estuvo cautiva en el barco de Jeireddín. Esto no quería decir que pensara que estaba fuera de peligro, solo que, a pesar de sus circunstancias, no se sentía abandonada.

—Repetidles lo que he dicho—. Ordenó Jeireddín más tarde ese día después de relatarle sus propósitos. No deseaba ser parte de tal infamia y sintió el deseo de desaparecer o por lo menos de mentir. Tenían la intensión de invadir y robar a su paso, lo cual ya había imaginado. Pero, la falta de humanidad en sus planes le revolvía el estómago. Ya estaban decididos. Lo veía en sus rostros, nada los detendría y solo querían ponerse al tanto de los detalles. Así que cumplió su función, aunque se le dificultó repetir algunas palabras.

A la mañana siguiente, antes que saliera el sol, los catorce hombres se dividieron en tres pequeños grupos. A ella la dejaron amarrada y amordazada, como ya se les había hecho costumbre. Lo cierto fue que tuvieron razón en hacerlo, había planeado gritar al tope para tratar de alertar a los habitantes de la pequeña aldea.

El primer grupo liderado por Jeireddín, entró por lo que parecía ser la calle principal, prendiendo fuego a las primeras casas que encontraron. Totalmente desprevenidos, los hombres del lugar, todavía a medio vestir, salieron desenfundando sus machetes para proteger a sus familias. A pesar de su valentía, no fueron rivales para los mercenarios entrenados contra los que estaban peleando.

Los mayores y mujeres trataron de huir corriendo hacia la dirección contraria con la intención de proteger a los pequeños. Sin embargo, los dos grupos restantes de filibusteros los atraparon y catalogaron como si se tratara de reses. Los que se veían fuertes, pobres, ricos, jóvenes o viejos recibieron distintas suertes. Los niños que parecían estar mejor acomodados, se tomaron de rehenes con la intensión de pedir rescate por ellos y usarlos como escudos humanos. Los más impetuosos, para reclutarlos a la fuerza y que sirvieran de carne de cañón y servidumbre. Las jóvenes… ya todos sabían para lo que servirían. Los miserables tenían demasiado tiempo sin compañía femenina.

Cuando la pequeña aldea de pescadores estuvo sometida y los hombres satisfechos, fue el turno de Jeireddín de decidir cuál sería el siguiente paso.

—Me niego a seguir dando vueltas por esta maldita selva—. Se acercó

a uno de los hombres que habían capturado y que parecía ser un comerciante por su vestimenta. —¿Podríais llevarme sin contratiempos a otros poblados como este?

Al no recibir respuesta, de un solo movimiento le cortó el cuello al muchacho que no tardó en caer sin vida a sus pies. Sin pausa y sin prisa tomó del montón de prisioneros, a una niña que no pasaría de los cinco años y colocó la ensangrentada daga en su garganta. La pequeña estaba tan asustada que no emitió sonido, mientras los ojos se le inundaban de lágrimas.

—¿Alguien puede ser mi guía? —Sin perder el tiempo los rehenes señalaron a un hombre bajito con mirada inteligente que aceptó con renuencia el puesto que le *ofrecían*. —¡Perfecto! ¿Les costaba algún trabajo? Ahora, —dijo sin separar la daga del cuello de la niña. —¿Quién puede prepararnos una comida?

El dinero ganado había sido relativamente poco, pero lo consideraron un rotundo éxito. Así que repitieron el plan en Punta Sayulita, Las Varas y Compostela. Evitaron la ciudad de Tepic, donde supieron que estaban asentados temporalmente varios indios yaquis y coras quienes habían resultado particularmente aguerridos y molestos.

Durante sus asaltos, los invasores ejecutaron a mujeres y frailes para amagar a la población y conseguir un mejor botín. Además, los prisioneros se volvían más dóciles debido al miedo. El rescate debía pagarse principalmente en oro, pero también aceptaban carne roja, pescado y víveres. Ya que últimamente su lucha había sido por sobrevivir y no morir de hambre. No era fácil alimentar a tanta gente entre rehenes, piratas y mercenarios que se les iban uniendo.

Cuando llegaron a San Blas, ya contaban con caballos, carruajes y carretas que trasportaban municiones y alimentos. Habían conseguido convertirse en un temible ejército y para su sorpresa encontraron que su fama los precedía. El alcalde del lugar negoció la paz de su pueblo, y después de un buen festín, una noche cómoda y muchas miradas suspicaces, salieron mucho más ricos hacia Tuxpan.

—Aquí no vamos a lograr nada Marqués. El subdelegado no tiene más interés que adjudicarse las loas desde que le llevó personalmente al Inquisidor la reliquia y el contrato de don Pedro Tesifón. Vos y yo sabemos que no tuvo mérito alguno en encontrarlas.

—Calma Gil. Era primordial darle tiempo al asunto. Fray Andrés no posee dudas que tiene en sus manos una de las más prestigiosas reliquias de toda América y ese era el objetivo. A mí me alegra disminuir la lista de familiares que necesitan rescate. Estáis fuera de sospecha y ahora nos podemos concentrar en Rosita.

—¿Qué propone Fernando? —Continuó evitando decirle que le venía sin cuidado estar fuera de peligro. El foco debería estar en rescatar a su pequeña familia. Una vez más hizo cuentas y alzó una oración para que Rosaura siguiera con vida y el niño dentro de su vientre. Esperaban al bebé en octubre y pronto estaría a término.

—Se encuentra en el fuerte de San Diego esperando la orden del virrey para zarpar a estas tierras, sin importar si el subdelegado está dispuesto a ayudarnos a repeler a los piratas.

—El muy imbécil se está haciendo guaje—. Dijo con rabia Gil. El subdelegado no solo se había negado en apoyar con el rescate de Rosaura, sino que los obstaculizó desde el momento en que regresó a tierra con la supuesta reliquia. Estaba engolosinado con la repentina fama que había logrado por recuperar un galeón robado, atrapar a un grupo de maleantes y ser el nuevo héroe de la grey episcopal.

Al advertir que no tenía intenciones de salir de la seguridad de su enclave, el Lobizón partió con la excusa de llevar a los prisioneros a la Ciudad de México y de ahí a negociar la renta de un ejército en Acapulco. Alvar estaba reuniendo a un grupo de indígenas yaquis y coras que deseaban junto con ellos, expulsar a los extranjeros. El marqués partía al día siguiente para exigirle al virrey una orden irrefutable para que don Francisco dejara de hacerse el sueco. Por su parte, Gil poseía la desesperante tarea de averiguar la próxima movida de Jeireddín con base en las noticias que le llegaban al terreno del Regio Patronato.

—¿Cuál fue su último asalto? —Preguntó Ferri.

—San Blas—. Contestó frustrado. —Su grupo de piratas se ha ido incrementando rápidamente y no solo de rehenes. Han llegado reportes que han contratado a varios jóvenes bajo sus órdenes que van con la esperanza de escapar a la pobreza. Pobres incautos, a Jeireddín le interesa únicamente tener esclavos, les exigirá su sangre por unos cuantos tlacos[99].

—La presencia del musulmán se ha vuelto clara en la zona. El gobierno de la Nueva España no puede seguir ignorándolo. Confiemos en Alvar.

—No hay mapas, ni indicaciones para poder encontrarlos en la Sierra del Nayár. Tal vez sus hombres nos puedan ayudar a rastrearlos. Marqués, acudid con el virrey y exigidle los permisos que nos liberen las manos para acabar con Jeireddín. ¡Maldito descastado, su vida no será suficiente pago por lo que ha hecho!

—Conservad la calma, amenaza que se canta, se malogra y se la lleva el aire. Os juro que veréis el tiempo de cobrar.

Después de lo sencillo que resultó el asalto a San Blas, le fue difícil convencer a los holandeses de regresar al mar. Hecho que inquietaba a Jeireddín. Pensaba, y no estaba equivocado, que su antiguo compañero no cesaría hasta atraparlo y que la suerte que tenían podía acabar en un santiamén.

Sin embargo, tenía una inquietud que lo convenció de quedarse más tiempo en el lugar. Sabiendo el poder que daba el miedo, recordó una táctica que usaba el Mulato en *El Peregrina*. Levantó al frente del grupo el estandarte colorado que tenía pintados en blanco, una calavera y dos fémures humanos cruzados que afortunadamente había recuperado de ese barco.

Lo importante fue que logró difundir el simbolismo que había hecho famoso a su enemigo: si la conocida bandera negra se desplegaba, el pueblo invadido y los oponentes tendrían la oportunidad de negociar o rendirse. Pero, si se presentaban con la nueva de color rojo, más valdría que encomendaran sus almas pues no habría cuartel, se

enfrentarían a un despiadado derramamiento de sangre cuyo único desenlace sería la muerte. No estaba arriesgando el pellejo para actuar como un mediocre[100].

Día de todos los fieles difuntos del mismo año
(Segundo día de noviembre)
Ocho días después

—¿Quién vive? —Preguntó el guardián de la entrada apostado en la atalaya frontal.
—El cura coadjutor de la Catedral de la Asunción, con un mensaje urgente del Virrey —respondió el jinete con voz grave y sonora para hacerse escuchar mientras se sacudía la lluvia con fuerza del capote.
Una noticia acarreada por un personaje tan importante y en tales condiciones definitivamente no podía esperar. Muy pronto y sin las usuales excusas, don Francisco Fernández se encontraba leyendo las órdenes que venían marcadas como inaplazables.
—He quedado a cargo de la captura de los piratas—. Gil se sintió aliviado de poder entrar en acción.
—Excelente, no hay tiempo que perder. Los malhechores se han movido hacia el norte desde que asaltaron San Blas. He urdido un plan esperando el apoyo de la caballería virreinal—. La adrenalina invadió el cuerpo de Gil que por fin veía su oportunidad para entrar en acción. Le dolía el alma por contenerse y no salir solo para rescatar a Rosaura. Alvar, que todavía seguía reuniendo mercenarios, lo mantenía al tanto de la ubicación de Jeireddín, por si podían repelerlo antes que pudiera

formar su destacamento.

—Podemos planear una emboscada en el Cañón de Tenamache, estoy seguro que se dirigen a Acaponeta y se encuentra en el punto medio.

—¿Estáis seguro que pasarán por ahí?

—Podemos mandar pequeñas tropas que los hagan desistir de regresar a Tuxpan o alejarse al Zapote, y de alguna forma obligarlos a entrar al cañón donde estaremos esperándolos.

Mantuvieron un debate apoyándose en los más experimentados militares del fuerte, para ultimar los pormenores del asalto, hasta que tuvieron un plan que le parecía simple y elegante. Sin embargo, Gil no logró que se aceptaran algunos detalles que tenían el fin de proteger a los rehenes. Aun así, dio su brazo a torcer. Ya encontraría la forma de salvar a Rosaura.

—Muy bien don Francisco. Espero órdenes para salir.

—¿Órdenes? Su ilustrísima, su merced se queda a salvo aquí. Después de mi éxito con las reliquias, el Inquisidor General ha recomendado que sea yo quien capture a los impíos.

Para la frustración de Gil, el lechuguino bastante crecido por sus imaginarios logros, encabezó a la caballería virreinal para seguir su plan a la mañana siguiente. La pompa y el boato de su salida, parecía más un desfile que una maniobra militar.

—¡Por el Rey y por la Santa Virgen de los Remedios! No habrá rehenes, escuchadlo bien. Decreto carga de aniquilación. ¡Por la victoria!

Gil sintió como se le revolvía el estómago. Ese torpe era tan ciego, que era incapaz de ver su propia inutilidad. El subdelegado subestimaba la

astucia y los conocimientos tácticos de Jeireddín. Si seguía anunciando su ataque con tanta teatralidad, el Fósforo no tendría problema en derrotarlo.

Desgraciadamente acertó. Unos días después se enteró que el pirata no había tenido problema en anticipar los propósitos de don Francisco, e ideó una estratagema para superarlo sin complicaciones, haciendo que el pobre hombre quedara muy mal parado ante sus superiores.

Jeireddín, como era de esperarse ante tanta pompa, se dio cuenta que les pisaban los talones. Así que chantajeó a uno de los lugareños para suministrar al ejército del virrey con información falsa, instándolos a emboscarlos un día después de lo que tenían planeado. Firmando su derrota pues el que llegara primero al cañón de Tenamache tendría la ventaja. Las mentiras afirmaban que los piratas habían enfermado y retrasado el paso. Don Francisco cayó en la trampa y terminó siendo el cazado haciendo justo lo que se esperaba de él, e incluso menos. Pues al creer que los extranjeros estaban desmejorados, mandó de regreso al fuerte a una tercera parte de sus tropas.

Cuando los «Dragones novohispanos» –las fuerzas al servicio de la Corona–llegaron, fueron recibidos por una turba de banderas rojas y un ejército de nuevos piratas que se habían unido por la promesa de aventuras y oro. Ante esta imagen, los soldados que marchaban en la punta se replegaron y huyeron. Al oír la conmoción, los militares que iban rezagados, pensaron que la emboscada había sido efectiva y se lanzaron a la carga… Demasiado tarde se percataron que ellos se habían convertido en la presa y terminaron aniquilados sin piedad. El subdelegado salvó la vida de milagro junto con un puñado de sus

hombres, pues no los acompañó al combate. Acción que fue ampliamente documentada causando que perdiera su puesto, su carrera y su reputación.

—El muy idiota cuando se santigua, se saca un ojo—. Pensó Gil exasperado por la oportunidad desperdiciada.

Derrotada la caballería, el asentamiento de Acaponeta[101] se halló abierto de par en par al asalto de la siempre creciente turba de malvivientes que se unía a Jeireddín, que iba crecida por la victoria y por la promesa de riquezas. Los saqueos, violaciones, robos y despilfarros fueron de proporciones extraordinarias y solo comparados, si acaso, con las vejaciones que sufrió el puerto de Veracruz unos años antes por Lussan. Rosaura jamás creyó presenciar tanta destrucción en la vida, y menos hacerlo por segunda vez. Los lugareños no pudieron defenderse, y se encontraron del todo desprotegidos de tan artero ataque.

Jeireddín, envalentonado por el triunfo, exigió a las autoridades novohispanas el pago de un amplio rescate por liberar la localidad. Estaba consiente que era la primera vez que un pueblo completo y de tal importancia se volvía rehén de los piratas[102].

Una jornada y media después en el Palacio Virreinal de la muy augusta Ciudad de México

—Tomad asiento Tecamachalco—. El virrey don Antonio Maldonado lo había mandado llamar en calidad de urgente. —No hay tiempo de disculpas o formalidades. Debí escucharos en el caso del pirata, pero

ya es demasiado tarde. ¡Ha tomado de rehén a un pueblo entero!

—¿Qué reporte os ha entregado el subdelegado?

—No me volváis a nombrar a ese mequetrefe. Se ha humillado de una manera colosal y a mí por asociación. No debí hacerle caso al Inquisidor. Exigen cien mil reales de plata, ochocientos vagones de trigo, doscientas cargas de mula de maíz y ochocientas cabezas de ganado o su equivalente en carne[103]. Es un precio altísimo, pero estoy dispuesto a daros el doble si limpiáis mi nombre ante el Rey y salváis mi puesto.

—El dinero empleadlo para costear el ejército—. Estipuló Ferri.

Sin muchas negociaciones, el virrey aceptó poner a su disposición la tropa asentada en el Fuerte de San Diego y otorgar financiamiento para los mercenarios que ya se encontraban cerca de la localidad de Acaponeta.

Ferri, vio concluida su misión. Aunque la frustración de no poder ayudar más le carcomía las entrañas, era consiente que no tenía formación militar. Haría lo posible desde las trincheras, como siempre. Estaba a punto de retirarse cuando el virrey lo sorprendió.

—Marqués, el Séptimo Distrito se ha quedado sin delegado y no tengo tiempo de encontrar a alguien que cuide mis intereses como lo podéis hacer vos. Me interesa destruir la puerta a los filibusteros por el Pacífico y debemos apagar cualquier tendencia que invité a otros piratas de servirse de la riqueza del país. Si hay prisioneros y son traídos a la Ciudad de México, mis contras pueden politizar su captura y culparme por la entrada de bucaneros desde el este.

—¿Qué es lo que pretendéis de mí?

Por primera vez en su vida el marqués de Tecamachalco se despidió de Inés prometiéndole regresar por ella, o dimitir en cuanto su familia estuviera fuera de peligro. Otra novedad poco bienvenida para él, fue aceptar un cargo en el gobierno que lo obligaba a partir al fuerte del Regio Patronato en calidad de delegado. Su tarea era juzgar y ver que cumplieran su pena los presos acusados de andar pirateando. El pretexto era que debían enfocar los gastos de los traslados en la administración de justicia. También, evitar que más lugareños se unieran a los maleantes bajo la esperanza de mejorar sus ingresos y que el ejemplo de las penas les ayudara a disuadirlos de delinquir.

—¿Vais a castigar a los malos? —Le preguntó su pequeño hijo Adolfo, mientras lo acompañaba a la galera donde viajaría hacia el norte.

—Es una de las razones por las que marcho hijo mío. La principal y la que siempre debe ser el motor de cualquier marqués de Tecamachalco, es proteger a los suyos. Seré la máxima autoridad de la región donde se encuentran en peligro. Esa es mi misión y la tuya cuando crezcas.

Lo levantó en brazos como no hacía en mucho tiempo, pues ya estaba crecido, y le plantó un sonoro beso en cada mejilla. El niño lo abrazó como despedida y trató de ser valiente conteniendo las lágrimas. Su papá viajaba continuamente, pero esta vez algo se sentía diferente.

—Os quiero mucho padre.

—Yo daría la vida por vos. Cuidad a vuestra madre y a Berti.

Regio Patronato. Sierra del 7º Cantón de Jalisco. Poco tiempo después

La etapa que siguió para el marqués, fue tal vez la más difícil que hubiera experimentado. Su fuerte siempre había sido la diplomacia, pero ser el verdugo del virrey le estaba pasando factura.

Las indicaciones expresas de don Antonio, habían sido que las penas se cobraran pública e inmediatamente después de emitir el juicio. Los parámetros para fijar los castigos eran los siguientes: doscientos azotes por robar una mula, cincuenta por forzar a una mujer, trescientos por ayudar o unirse a las actividades de los piratas y muerte por garrote vil [104]a secuestradores.

Pero, ¿qué se suponía que dictara si su primer acusado había quemado a toda una familia y el segundo decidió convertir en «juguetes» a un grupo de muchachitas que no podían considerarse mujeres? Pronto se encontró buscando a un hombre fornido que deseara fungir como ejecutor.

El ejército formado por indígenas coras y yaquis, mercenarios profesionales y familiares de las víctimas con conocimiento de armas que habían reclutado Alvar y Gil, resultó bastante efectivo. No solo arriesgaban la vida por la paga, sino que estaban en el mismo barco que ellos mismos. Querían rescatar a sus seres queridos o cobrar venganza. Así que los prisioneros empezaron a llegar a carretonadas, y aunque se sentía sereno por aplicar sentencias justas, el estómago se le empezaba a descomponer por mandar a tanta gente a la muerte. Lo menos que podía hacer para mantener la conciencia tranquila, era encontrar a un verdugo más apto.

Supuestamente, la muerte por garrote era rápida y piadosa. El collar

de hierro era atravesado por un tornillo acabado en una bola. Al girarlo, causaba que a la víctima se le rompiera el cuello. Pero, eso dependía de la fuerza física del ejecutor. La experiencia le demostró que un fallecimiento veloz era la excepción y no la regla. La agonía de varios condenados se alargaba y ocurría con excesiva lentitud. Lo que lo decidió a suspender las sentencias hasta encontrar a la persona idónea. No estaba dispuesto a presenciar torturas de más de cuarenta y cinco minutos para oír como excusa que el reo tenía un «cuello poderoso».

Pese a sanciones tan extremas y los ataques del ejército de Gil, las agresiones de Jeireddín continuaron triunfando. Lo que lo obligaba a seguir en tierra novohispana muy en contra de sus deseos. El Sr. Ambroos y sus paisanos estaban engolosinados por el dinero que seguían acumulando y les seducía la relativa sencillez con el que lo conseguían. En ese territorio, a diferencia del caribeño, la gente no estaba prevenida para a ese tipo de eventos y parecía que le estaban robando a niños.

Lo que los holandeses fallaban en considerar, era que los ataques eran cada vez menos fáciles y que sus rutas de escape estaban siendo eliminadas. El Sr. Ambroos tenía razón al exponer que la mayoría de sus hombres no conocían la vida en un barco, y los nueve piratas que quedaban no serían suficientes para liderar un regreso al mar.

Aparte, el escudo humano que iban acumulando era usado como servidumbre. Aquellos rufianes jamás habían sido tratados con tal

cuidado y tenían mujeres para dar y repartir. Sus estómagos estaban bien atendidos con manjares inesperados, la comida de aquellas tierras eran una agradable sorpresa. Así que no sentían ningún afán en adentrarse otra vez a los mares.

Jeireddín, seguía sin querer tentar a su suerte y tenía la fortuna necesaria para regresar a su territorio. Pero, Acaponeta lo proveía de todos sus caprichos. Fueran estos, mocitos, platillos ricos y variados o personas a quienes torturar. Siempre encontró difícil decirles adiós a sus placeres y dejaba su marcha para el día siguiente. Eso sí, no perdía de vista a su mascota. La tenía algo olvidada, pues había muñequitos nuevos más jóvenes e impresionables. Sin embargo, no olvidaba que en caso de emergencia, ella era su boleto de salida.

—Gil, preparad a vuestros hombres. Debemos atacar Acaponeta al instante.

Gil había visto a Alvar cabalgar a toda velocidad hasta el asentamiento donde acampaba con sus tropas. Se encontraban al este de la ciudad en el camino a Huajicori, y los hombres de su adalid muy cerca de Cofradía.

—Hace una semana ha zarpado desde Acapulco una escuadra naval y no deben tardar en atracar en las playas de Novillero. Tienen la consigna de rescatar a los rehenes y hacer todo lo posible para abatir a los piratas—. Anunció Alvar aún antes de desmontar su cuaco. —El Lobizón viene con ellos, el marqués le ha conseguido carta blanca del

virrey.

—¡Una escuadra naval! No tendremos problemas para acabar a Jeireddín con su ayuda, pero estamos demasiado lejos de la costa.

—Cuarenta kilómetros no son nada si actuamos con inteligencia.

—¿Sabe el marqués que están próximos a desembarcar?

—Él ha mandado el mensaje.

Pasaron las siguientes horas discutiendo el plan que se había fraguado. Gil no estaba sorprendido por los pormenores, habían trabajado duro para conseguir estar en la posición en la que se encontraban desde el fiasco del antiguo subdelegado. El esfuerzo había sido faraónico para reunir los cuatro ejércitos que ahora tenían y poder atacar a los piratas por todos los frentes. Uno de indígenas, otro de mercenarios, los «Dragones» del Real Patronato y la armada que venía de Acapulco.

Con un suspiro pensó en todo el esfuerzo que se pudieron haber ahorrado, si les hubiesen permitido actuar antes. Era increíble que la ineficacia de un solo hombre, y la lentitud para entender el peligro del actual virrey, los hubiera llevado a necesitar tal fuerza para apagar el saqueo en masa que sufría la región. Sin embargo, eso no lo inquietaba. Luchaba internamente contra un miedo creciente que abrigaba en las entrañas. No sentía temor por el combate, la muerte o las privaciones. Pero, trató de sacudir el horror que le daba no poder ser capaz de salvar a Rosaura o de perder a su hijo.

Alvar venía con órdenes claras del Lobizón. La intención era atacar la localidad de Acaponeta por el este. Los «Dragones» del marqués les bloquearían por el sur dejándoles únicamente salida por el noroeste. La armada al mando de Fernando, desembarcaría en la playa de

Teacapán y entrarían en barcazas más rápidas y pequeñas al canal para cerrarles el paso en la barra de Novillero. Ahí los trúhanes estarían momentáneamente varados ya que no tendrían un cruce sencillo por el río, para luego seguir a pie hacia el mar. Se tomaron un tiempo tratando de prever los inconvenientes y resolver los conflictos de cualquier posible eventualidad. Cuando estuvieron satisfechos, Gil ordenó traer una sopa que habían cocinado en el campamento.

—Temo por los rehenes y Rosaura—. Declaró al fin tratando de buscar puntos en los planes que aun necesitaran pulirse. Tenía miedo que cualquier falla terminara en masacre.

—Como lo hacemos todos, por eso hay que forzarlos a la negociación —. Remató Alvar.

—Repasemos de nuevo las maniobras …

—Mulato, la guerra no es una ciencia exacta. Se traza un proyecto y se sigue lo mejor que se puede. No hay garantías. Rosaura, en este instante es como si estuviera muerta. Lo que vamos a hacer es darle una oportunidad de vida. Estoy dispuesto a morir por ella, lo mismo que el marqués y el lobizón. Trata de relajarte y despejar la cabeza, que si lo que planeamos no funciona, habrá que improvisar y para eso se necesita agilidad mental.

Gil sabía que lo que le decía su adalid era cierto, y sintió como el caldo que trataba de pasar por la garganta se atoraba. Agradecía por su familia, y decidió darle más que una oportunidad a Rosaura ya que él también estaba dispuesto a ofrecer su vida. Más tarde vio a Alvar galopar a su campamento y miró la posición de la luna. Atacarían a primera hora, ¡Dios estuviese de su parte!

En los primeros albores de la mañana, los tres regimientos se acercaron a Acaponeta. Pronto Jeireddín supo que estaba rodeado y esta vez los ejércitos iban encabezados por el Mulato. No se andaban con sutilezas y avanzaban rápidamente a su encuentro. Lo que lo obligó a huir hacia el oeste por la espesura de la sierra en condiciones climáticas nada favorables. A pesar de la época del año, una onda de calor hacía el desplazamiento bastante lento y complicado.

—¡Repetid lo que os he dicho!

—Mandad a los mexicanos a defender la entrada este de la ciudad y reunid los caudales y a los rehenes para huir rumbo al oeste—. Repitió Rosaura en francés al señor Ambroos quien no tardó en responder. Después de oír su respuesta continuó;

—El mar está en esa dirección, pregunta si es viable dirigirse hacia allá si no cuentan con una embarcación.

—Negociaremos. ¡Escoged a los retenidos más valiosos y cargad con todo el oro que podáis!

Para la sorpresa de ambos, y después de escuchar unas cargas que anunciaban la pronta liberación de la ciudad, el señor Ambroos aferró del brazo a la joven madre y amagó a Jeireddín con su espadín. No cabía duda que hasta ahí había llegado su frágil lealtad y el holandés buscaba salvar el pellejo negociando su libertad por la de Rosaura.

—¿Por qué no me sorprende? —Dijo para sí mismo el pelirrojo. Con habilidad alejó la cuchilla de su cuello y le apuntó con rapidez un

arcabuz a la cara. El señor Ambroos murió con gesto de sorpresa al recibir una bala entre las cejas. —Repetidle las mismas órdenes a ese holandés—. Indicó a la joven mientras señalaba a otro hombre del que no recordaba el nombre. Pero, se interrumpió y guardó silencio sorprendido al sentir como se le mojaban los pies. La torpe mujer había escogido ese momento para romper aguas. —Si el que sirve bien no vale de nada, el que lo hace mal ¿qué espera? ¿Así pagas todos mis cuidados? Anda, cumplid mis mandatos y apretad la barriga que no se me da la gana que paráis hoy a vuestro hijo.

Apenas tuvieron tiempo para huir de la ciudad cuando las calles y entradas principales fueron recuperadas. La mayoría de los habitantes y campesinos recibieron con vítores a sus liberadores y muchos otros se unieron a ellos para vengarse de los salteadores. Esta maniobra fue descubierta por los piratas, quienes divisaron el avance de los defensores.

Jeireddín no tuvo más remedio que mandar a un segundo grupo de mercenarios novohispanos para hacerles frente rápidamente. Sin embargo, el lugar que escogió para hacerlo era poco conveniente para efectuar cualquier jugada militar. Aun cuando el terreno era desfavorable para ambos bandos, terminó por perder a otro buen tajo de sus filas.

Gil no se arredraba ni con las dificultades, ni con el clima, ni mucho menos con la agresividad de los contrarios pues estaba decidido a salvar a Rosaura y sabía que cuando no se lograba aprovechar la fuerza, uno se debía servir de la maña. Que podía decir, tantos años de pirata lo habían vuelto mañoso.

—¡Llegan los «Dragones»! —El grito lo alcanzó junto con un grupo de militares que se incorporaron a la batalla. Su intervención fue decisiva en el resultado final. No más de dos horas después el disturbio había sido sofocado y el gran ejército de Jeireddín había quedado desarticulado. Solo les restaban alrededor de ochenta rebeldes que habían logrado escabullirse entre la selva con unos cuantos rehenes. También faltaban algunos extranjeros y el botín que no pudieron recuperar.

La lucha había sido relativamente rápida, ya que en un día se había logrado recobrar la ciudad ocupada. Su trabajo no consistía únicamente en entrar en combate, sino en restaurar el orden en el territorio ocupado. Así que, en ese momento la gente del marqués lejos de descansar, estaba trasladando a los malvivientes que habían quedado vivos para ser juzgados por crímenes de pillaje.

Aquella noche y cerca de una hoguera se juntaron los tres hermanos. Estaban cansados, llenos de agitación y debían ponerse nuevamente de acuerdo para empezar de nuevo al amanecer. En contra de los deseos de Gil, que deseaba proseguir la búsqueda, sus hombres precisaban descansar. No había sido capaz de rescatar a Rosaura y empezaba a desesperar.

Trataba de serenarse para estar en condiciones de formar una nueva estrategia, cuando a pesar de la jornada que acababa de vivir, hubo algo que lo impresionó. No era ajeno a la lucha cuerpo a cuerpo, pero le costó un momento reconocer a sus hermanos mientras se acercaban a él. El marqués tenía la mirada endurecida y su actitud en general, aunque seguía siendo educada y cortés, era tensa y bastante hosca.

Por su parte Alvar, parecía otra persona. No quedaba rastro del padre amoroso que sabía que era. Los horrores vividos en esa sierra, sin dudas habían dejado su huella. Se tomó un minuto para gradecer al cielo por tener la dicha de verlos ilesos.

—Hasta aquí mi aporte. Mañana me llevo a los prisioneros para que paguen sus fechorías. Pedid por mi alma, tal vez sea insalvable. Mientras hablamos, se están montando dos sillones más para la pena de garrote.

—No carguéis con culpa alguna. Los malhechores sabían a lo que se exponían, el virrey es quien ha impuesto la pena y vos solo cumples vuestras órdenes. Es lo que significa ser un militar, y por fin habéis cumplido ese deseo.

El viejo marqués le había prohibido unirse al ejército junto con sus hermanos en su juventud. Una de muchas acciones que le resintió en aquel momento y que ahora comprendía. —Qué razón tenía nuestro padre, yo que fui incapaz de entenderle en vida—. Murmuró abatido dándose cuenta que con los años repetía la frase con más frecuencia.

—Deberíamos mandar una avanzada para tratar de atraparlos—. Interrumpió Gil que no estaba para recuerdos o ninguna otra cuestión que no fuera rescatar a Rosaura. Tenía un mal presentimiento y le costaba tener paciencia para salir a buscarla.

—No es seguro avanzar de noche, resistid. No tienen a donde ir. Están por llegar a la barra y no les será fácil cruzar el agua. El Lobizón debe ya andar monitoreando la zona, estaos tranquilo, tendrán que negociar.

Las palabras de Alvar hicieron poco para calmarlo. Todo apuntaba a

que el día siguiente recuperarían a los rehenes, pero el dolor en el pecho causado por un mal presentimiento apenas lo dejaba respirar.

Rosaura apenas podía caminar por los dolores. Jeireddín la había separado del grupo y la llevaba con un palo atado a la boca para acallar sus gritos a veces en brazos y otras jalándola. Las contracciones la debilitaban y nada conseguía hacer al respecto. Cuando la lucidez le llegaba, entendía que aquel proceder no era natural y empezaba a temer que la matara. En un momento el sentido de la supervivencia, el repudio que sentía por el pirata, junto con el instinto materno la golpearon, e intentó defenderse luchando por su vida. Estuvo a punto de abatir al pirata usando la cuerda con la que la jalaba para ahorcarlo, cuando otra contracción la atacó.

—Quieta mujer, que estoy tratando de salvarnos. Los holandeses no son de fiar y os habéis convertido en algo por lo que vale la pena matar.

Rosaura no creyó que quisiera salvarla, pero la contracción la distrajo de las verdaderas intenciones de aquel mal nacido, quien nuevamente la tomó en brazos. Sentía como iba perdiendo la conciencia pues su cuerpo se encontraba totalmente drenado de energía. Entre los espasmos que sufría, sin proponérselo, le pareció percibir una profunda preocupación en Jeireddín, aunque podía estar soñando. No recordaba haberlo visto alguna vez así. El maldito no demostraba sus emociones y solía ser frío y cruel.

—¡No os desvanezcáis! En verdad estáis pesada mujer. Aquí tendrá que ser mascotita—. Le dijo depositándola en lo que parecía ser una pequeña cueva que apenas la protegía del viento. Le dejó una cantimplora con agua y encendió una hoguera que no duraría mucho. ¿Quién la iba a mantener? El pirata la miró pensativo y agregó; —Sobrevive, por tu hijo, por tu amante o si quieres hazlo por obstinada. Si lo logras mañana estarás con los tuyos y yo, si Alá lo permite, lejos de esta tierra impura y condenada.

El alba fue testigo de un zafarrancho entre los rufianes de Jeireddín y los hombres del Lobizón. La lucha produjo graves bajas en los mercenarios piratas, y se rompió nuevamente la línea de la estrategia. Los salteadores de Acaponeta estuvieron unidos en la abundancia, pero al verse perdidos se desperdigaron en pequeños grupos por la selva.

En algunos casos, se mataron entre ellos buscando hacerse del botín que habían logrado y de algún rehén que pudieran usar como escudo humano. Lentamente, pero de manera constante fueron cayendo en manos de la armada naval. Sin embargo, para desesperanza de los Tecamachalco, dentro de los asegurados, no había rastro de Jeireddín o de Rosaura.

Finalmente, frente a la playa entre Novillero y Teacapán[105] , se suscitó una última chamusquina contra los mermados mercenarios que habían logrado llegar al mar. La clara ventaja fue de los buques de la

Armada Real. Sin embargo, al darle prioridad al rescate de los rehenes, el desenlace fue desfavorable para la gente del virrey. Tratando de recuperar la mayor cantidad de vidas humanas y por lo menos parte del botín, fueron burlados por los piratas[106]. Los extranjeros negociaron un pequeño bote a cambio de la liberación de los retenidos y la rendición de sus compinches novohispanos. Ambos bandos estuvieron de acuerdo y los forajidos regresaron sobre sus pasos después de entregar a los suyos. Poco más tarde los militares cayeron en cuenta que, dentro de la multitud rescatada, no se encontraba ni la vizcondesa ni un solo tlaco de todo lo que habían robado.

Los piratas holandeses, quienes fueron los iniciadores de tal desbarajuste, además de huir con todo el oro, aprovecharon la confusión de la entrega de rehenes, para abandonar al total de sus compinches mexicanos.

Los incautos habían creído que los recolectarían en un barco grande en un punto más al norte. No estuvieron al tanto del acuerdo y esperaban ser salvados. Los traidores que se habían enriquecido con la lealtad de sus adeptos, escaparon furtivamente por el Río de la Barra en un bote militar sin ningún remordimiento.

Los esbirros se sintieron profundamente traicionados. Habían arriesgado su vida por nada y pronto pagarían por sus transgresiones. Lo peor del caso era que estaban más arruinados que antes de delinquir. Muy tarde se dieron cuenta que para ser pobre no se necesitaba empeño, pero para morir en el garrote se debía trabajar muy duro para un miserable. Al principio, mientras todavía abrigaban

alguna esperanza, creyeron que habían malinterpretado las ordenes de los extranjeros, ya que la mujer que hablaba su idioma estaba desaparecida. Ahora, al saberse entregados, la mayoría no tenía reparos en tratar de congraciarse con la milicia ofreciéndose como guías o dando pistas para atrapar a los estafadores.

—Quien del traidor se fía, lo sentirá algún día. Vosotros ya sufrís hoy. Pero, si os hiciera caso, os convertiríais en traidores y no tengo intenciones de confiar en vosotros para padecer mañana—. Dicho esto, Fernando empezó a organizar a los prisioneros para mandarlos al Regio Patronato para ser juzgados, y a los liberados para que rindieran declaración y fueran entregados a sus familias. Calculaba que, entre todos hubieran quedado algunos huérfanos, habían ocurrido demasiadas muertes. Ya vería con Mercedes como cuidar de ellos.

—¿Quién se lo va a decir a Gil? —Preguntó Alvar mientras se atareaban con los preparativos, esperando que Fernando se ofreciera voluntario. No fue necesario hacerlo, ya que el mulato había llegado a la playa y buscaba con desesperación a Rosaura entre los liberados. Daba pena verlo.

—¿Hacia dónde se han ido? —Exigió Gil a quien no faltaba preguntar que se traía en manos ya que se había dado cuenta que no estaba su mujer.

—Van hacia el sur, a Palmar de Cuautla. Jeireddín no va con ellos, pero su mayor probabilidad de supervivencia es alcanzarlos antes que lleguen al océano. Apuraos, os llevan ventaja y solo son veinte kilómetros para que hallen la puerta al mar. Alvar, marchad con él. Llevaros a por lo menos dos docenas de hombres.

Una legión entera le parecía poco a Gil, pero lo que realmente interesaba era la velocidad y mover a una tropa mayor los retrasaría. De joven, Alvar había fungido como su adalid y le había entrenado en lo más básico de la disciplina militar. Lo que agradeció en ese momento, ya que con un mínimo de comunicación fueron capaces de dirigirse de regreso a la barra de Novillero y empezar la búsqueda de Jeireddín.

—Va solo. ¿Estáis dispuesto a liberarlo si os entrega a Rosaura?

—No solo a eso, si me la da sana y salva soy capaz de regalarle mi mejor flota. Si la ha dañado…

—¡Malditos holandeses! Me han visto correr tras ellos y les ha dado lo mismo que distinguir un pedazo de excremento—. Estaba extraviado, sediento, adolorido por andar detrás de esos bribones y se encontraba seriamente considerando embarrarse en suciedad si eso mermaba el incansable picoteo de los insectos que lo tenían asolado. Jeireddín había perdido todo y se reprendía fuertemente porque pudo haberlo evitado un centenar de veces. Si no fuera por aquel deseo de ver al mulato humillado.

—Pues será mejor que se me vaya olvidando. Esos bastardos no regresarán por mí, así que debo prepararme a negociar. Espero que mi mascotita haya sobrevivido... ¡Ingrata mujer, a la hora que se le ha ocurrido parir! —Se sentía verdaderamente víctima de las circunstancias.

—Bueno, donde una puerta se cierra hay otra que se abre. No será de mi agrado, pero en las circunstancias actuales, cualquier descompuesto es mejor que mis realidades.

Completamente resignado y con calma, trató de hallar un sitio donde el mulato pudiera toparlo y siguió el ruido del agua. Caminó por la orilla del rio y remojó su cabeza en la frescura de la corriente. Cuando hubo encontrado un buen árbol para guarecerse del sol inclemente, decidió disfrutar del lugar. Esa tierra estaba maldita, repleta de gente ignorante y no veía la hora de salir de ahí. Sin embargo, era especialmente bella y sería un necio si no fuera capaz de reconocerlo.

Alargó el brazo para tomar una hoja ancha que se le antojó perfecta para abanicarse, cuando un piquete le provocó un dolor intenso y ardiente. —Me lleva satanás, pero que fregados… Rápidamente inspeccionó su mano y notó dos pequeños orificios que le provocaron un escalofrío seguido de náuseas y entumecimiento. ¡Lo había mordido una serpiente! Con urgencia se hizo un torniquete con el trapo que justo había usado para refrescarse y con su daga abrió un canal en la piel con la esperanza de sacar el veneno. No habían pasado ni de diez minutos, cuando escuchó el galope de caballos.

Un zumbido le inundó la cabeza y con esfuerzos enfocó la vista para descubrir la atractiva cara del mulato frente a él.

—Fósforo, reacciona—. Escuchó su voz llena de preocupación. Tal vez debería decirle donde encontrar a su mujer… Pero, recordó que aquella ansiedad no era por su bien. El mulato sufría por su mascota. El cuerpo empezaba a paralizársele, estaba llegando a su final. Siempre supo que moriría joven, pero nunca creyó que fuera de forma

tan ridícula. Forzó su atención y notó la cara consternada de Gil y no pudo más que reír.

Las carcajadas que salían de aquel hombre le causaron escalofríos a Gil. ¿Qué no se daba cuenta que estaba al borde de la muerte? Era la risa de un loco que apenas pudo tomar aire para exclamar;

—Me ha costado mulato, mira que si he pasado trabajos. He cruzado los mares y gastado la fortuna de jeques para ver la cara que tienes ahora. Os he ganado, os he humillado y me llevo lo que más quieres.

—Fósforo, por lo que más quieras. ¡Decidme dónde está Rosaura!

—Bendito seas Alá, mira que hasta me ruega—. Dijo para volver a estallar en risas. —Ay Gil, conmigo, lo habrías tenido todo. Sin mí… Bueno, nos iremos todos al infierno.

Capítulo 15

Doble problema

Gil resistió el impulso de patear el cuerpo sin vida de Jeirodín. Lo había visto a la distancia, sentado muy ufano esperándolo bajo la sombra de un tremendo árbol. El alivio que sintió en aquel momento solo se equiparaba a su desesperación actual. Era obvio que su antiguo amigo de la infancia lo había estado esperando para negociar.

—¡Está viva Alvar!

Se encontró preparándose mentalmente para la negociación con plena disposición de ceder su fortuna entera junto a los títulos con su nuevo nombre, con tal de recuperar a su mujer. No podía permitir que siguiera en cautiverio ni un minuto más, menos sabiendo lo que había sufrido a manos de ese imbécil en el suelo la primera vez. Recorrió el círculo del dije que llevaba en la mano. No tenía que verlo para sentir la forma de un pajarillo en vuelo que portaba una rosa en el pico. —«Por siempre»—susurró esperanzado de poder cumplir la promesa pronto. Sin embargo, todo se fue al traste en un segundo.

Con incredulidad observó como aquel pelirrojo malnacido acercaba la mano con imprudencia a unos matorrales que tenía cerca. ¿Qué estaría pensando? ¿Creía que estaba en un jardín del Cáucaso? La sierra estaba repleta de alimañas.

—¡No…! —Interrumpió su grito de advertencia al ver que el pirata

respingaba. El muy tonto podía ser muy ducho en la batalla y en el mar, pero tenía poca experiencia en tierra firme. Apretó el paso de su corcel solo para confirmar lo que ya sabía. Distinguió como una serpiente negra de escamas encrestadas y un patrón de manchas en la cola se alejaba velozmente. ¡Una mamba! Si las dejabas en paz, eran tranquilas. No obstante, cuando se sentían amenazadas, podían resultar muy agresivas. No había nada que hacer, su veneno era tan potente, que Jeireddín tendría suerte de vivir unos veinte minutos más.

Trató de ayudarlo y de hacerlo confesar el paradero de Rosaura. Sin embargo, aun al verse perdido y en medio de los estragos del veneno, halló consuelo en causarle sufrimiento. Le habría rogado si no lo hubiera conocido. El dolor ajeno le causaba placer y decidió arrebatarle ese gusto. Ambos sabían que el Fósforo estaba fuera del alcance de cualquier redención o arrepentimiento. Se dirigía, sin dudas, directo al infierno y una última caridad no habría cambiado aquel hecho. El infeliz estuvo consciente de ello hasta el final.

Gil se levantó dejando el cadáver inerte en el piso para montarse en su caballo sin saber qué rumbo tomar. Alvar y sus hombres le siguieron en silencio. A nadie le importó dejar ahí el cuerpo del musulmán. El mulato estaba en total incredulidad observando con desesperanza los miles de kilómetros de la zona serrana, preguntándose por dónde empezar a buscar a Rosaura. Encontrarla en aquella inmensidad le parecía una empresa inmensa y ardua, por no decir imposible. No podía creer que después de tanto trabajo, todo se resumiera a buscarla por debajo de las piedras de la forma más literal.

Tampoco podía dar crédito a los últimos minutos de Jeireddín. Había visto a muchos morir, y antes de partir siempre habían tratado de arreglar algún pendiente; decir alguna verdad, disponer de sus pertenencias o pedir perdón… ¿Por qué el Fósforo gozó al causarle tal sufrimiento?, ¿qué daño le hizo Rosaura? ¿no habían sufrido juntos en la infancia bajo las mismas circunstancias en el barco del Doblón?

—Gil, ¿vais a algún lado o pretendéis quedaros ahí parado? —Preguntó Alvar poniéndose a un costado.

—No sé qué más hacer. —Su voz rota sorprendió a su adalid. Parecía siempre tan seguro… Sabía que estaba desesperado por encontrar a Rosita, pero había supuesto que lo hacía por algún sentido de responsabilidad. El Mulato se encontraba quebrado y si no quisiera tanto a su propia familia, jamás habría reconocido lo que el muchacho sentía; estaba profundamente enamorado de la joven.

—¿Qué decís? Obviamente empezaremos a buscarla.

Como madre primeriza, sentía pánico de estar viviendo su primer parto de peor forma que si se hubieran quedado en la isla. En el palenque que habían construido, se habría sentido segura y Gil hubiera estado a su lado compartiendo aquel aprieto. ¿No había sido él quien insistía en salir de ahí para que no enfrentara el parto sola? Suspiró hondo pensando que ya no había remedio. Tenía dos opciones; enfrentarlo o llorarlo. Las lágrimas hace tiempo se le habían acabado. Así que trató de contar sus bendiciones que, aunque no eran muchas, tendrían que valer.

—Estoy acostumbrada a sobrevivir en campo abierto, he presenciado un par de partos de mi hermana Josefina y finalmente soy libre… — De entre los dolores y una sonrisa sincera alcanzó a surgir. Estaba en una situación muy precaria, pero la libertad era motivo de celebración y agradecimiento. —Santo Padre, he llorado, gritado en completo silencio y sonreído al que me ha visto sufrir. Pero, no ha ocurrido sin que escuches mis ruegos. Mi bebé nace libre y yo me encuentro muy lejos de ese mal hombre. No me desampares en esta hora de necesidad, cúbrenos con tu protección y trae al padre de mi nene a nuestro lado—. Rezó con fervor y lo repitió incansablemente esperando un milagro.

Mientras pedía al cielo, se apresuraba a buscar otros maderos antes que la sorprendiera otra contracción. Era importante abrigar al niño en cuanto naciera y alejar con el fuego a cualquier depredador. El olor a sangre pronto atraería mapaches, jabalíes o hasta un tigrillo que eran bastante comunes en la región. La hoguera debía protegerlos del frío, del peligro y de la oscuridad. En cuanto cumplió su cometido, un nuevo dolor la acometió con mayor fiereza. Venían cada vez más seguidos, aunque todavía no sentía la cabeza del nene coronar entre sus piernas.

—Madre Santa, parece que tiene el cordón enredado cómo Ángela, la segunda hija de Josefina… ¿o habría sido Isabela? ¡No! Ya lo recordaba, el que se había enmarañado era Jorge—. Se ocupaba en recuerdos insignificantes a propósito, porque no quería encarar lo que se avecinaba si sus sospechas eran ciertas. No obstante, había visto una aguja de maguey no muy lejos que serviría en caso de ser

necesario.

Buscó también algunas hojas olorosas, ya que no creía encontrar las de laurel que Finita empleaba en sus alumbramientos. Se utilizaban con la intención de que los vapores humedecieran y ablandaran las partes pudendas y facilitaran la salida del bebé. Se acomodó en cuclillas justo como había visto hacer a su hermana, ya que según la partera aumentaba la presión en el abdomen y facilitaba el nacimiento. Como no había nadie que la socorriera para permanecer cómodamente en esa posición, se recargó en un tronco cercano hasta que decidió que era lo mejor que podía lograr sin ayuda y se concentró en dar a luz. Sin embargo, conforme el tiempo transcurría, los dolores se hacían más intensos y seguidos y su hijo no nacía. Tratando de serenarse para guardar fuerzas, empezó a entonar una canción, algo que solía hacer Gil cuando se encontraba en medio de un trance. Esperaba que le ayudara a alumbrar para librarse de utilizar su último recurso con la aguja de maguey. Mientras cantaba, con un hondo suspiro, la puso a desinfectar cerca del fuego.

San Bartolomé se levantó
Pies y manos se lavó,
Y a Jesucristo encontró.
—¿A dónde vas Bartolomé?
—Señor, contigo me iré.
—Vuélvete, Bartolomé,
a tu casa, a tu mesón
te vengo de dar un don

que no merecía varón.

En la casa donde asistes

No caerá piedra ni rayo

Ni morirá mujer de parto

Ni criatura de espanto.

Al principio sintió algo de alivio al cantar, pero mientras las contracciones avanzaban se volvían menos tolerables. Empezó a toser y a fingir estornudos, que según la comadrona de su hermana ayudaba a fortalecer el empuje. Sin embargo, el bebé no llegaba. El miedo que estuviera asfixiándose le dio el valor necesario para recurrir a su última esperanza.

Tomó del fuego la espina de maguey y la examinó concluyendo que estaba desinfectada. Alzó un sentido ruego al cielo y durante los siguientes dolores, se hizo a tientas un corte para facilitar la salida de su hijo.

Habían recorrido gran parte del territorio comprendido entre Acaponeta y la barra de Novillero sin encontrar rastros de Rosaura. Por primera vez desde que se separara de ella había perdido completamente la esperanza. Su preocupación había sido recuperarla lo más pronto posible para evitarle sufrimiento, pero de alguna forma sabía que Jeireddín no le quitaría la vida siempre y cuando el anduviera tras de su pista. Ahora, esa seguridad no tenía razón de ser.

Aquella tierra era un lugar difícil para sobrevivir. No se parecía casi en nada a la fértil isla en la que Rosaura había aprendido a subsistir, y eso que al principio estuvieron a punto de morir. Seguramente no contaba con armas para protegerse y estaba el asunto del niño. Tal vez al día siguiente debieran concentrarse en encontrar un cuerpo sin vida, no podía dejar que la fauna salvaje le arrebatara la oportunidad

enterrar a su amada como Dios mandaba y darle un lugar para descansar en paz. El dolor que le producía si quiera el pensamiento de haberla perdido, le arrebataba las ganas de vivir. Incluso, encontró algo de consuelo al pensar en compartir con ella el ataúd.

—No debéis llamar a la muerte ni desear morir. Esta llega cuando es su menester venir—. Gil dio un respingo de sorpresa por las palabras de su adalid. —¿Os asombráis? Con esa cara no podéis esconder vuestros pensamientos. ¿Qué ha sucedido con vuestra fe? ¿Ya tan pronto la habéis extraviado? Un hombre como vos ya debería saber que lo irrealizable para unos es el día a día para otros. Ya habéis logrado imposibles anteriormente.

Gil agradecía la intención de Alvar de motivarlo, pero sería un necio si cerrara los ojos a la realidad… Sacudiendo la cabeza se regañó mentalmente, no podía seguir alimentando aquel ánimo derrotista. Moría más gente por mal comer que por entrar en batalla; se aferraría a cualquier esperanza por difícil que le resultara.

—Deseo regresar con Mercedes—. Interrumpió Fernando mientras se unía a ellos en la hoguera causándole un nuevo sobresalto. Al Lobizón le era imposible ocultar su molestia, en tanto veía sin disimulo al grupo de mujeres que se ocupaban de servir atole unos cuantos metros atrás. Era obvio que venía de ahí, pues le estaba ofreciendo un jarrito de bebida caliente

—¡Qué novedad! —Soltó Alvar al tiempo que recibía su tazón tratando de aligerar el ambiente con algunas chanzas—. Es el mismo cantar desde que la conocisteis en la cuna. Concentraos Nahual, que tenemos un trabajo que cumplir antes de partir con la familia—.

Fernando resopló enojado por las palabras de su buen amigo. Todavía no sanaba del maltrato sufrido por la Santa Inquisición y el dolor le robaba la poca paciencia que tenía.

—¿También vos me vais a llamar de ese modo? Mi nombre es Fernando. ¿Cuándo entenderá la gente que no soy hijo del diablo, ni convoco nahuales y que soy igual a los demás?

—¿Por qué lo decís? —Preguntó Gil repentinamente interesado.

—Las personas de ahí, me miran con desconfianza y hablan mal de mí.

Durante el resto de la tarde empezó a prestar atención a la gente del campamento y se reprendió al notar que Fernando era el blanco de murmuraciones. Como líder debió estar al tanto de ambiente y percibirlas. El grupo no era muy diferente a la tripulación de un barco. La convivencia generaba dificultades y había que estar atento y actuar con mano dura para que los problemas no se salieran de lo manejable.

Su experiencia le indicaba que, si no hacía algo acerca de las murmuraciones, él sería el último en enterarse de cualquier conflicto. A pesar de las rivalidades, la gente no era muy adepta a sincerarse con el capitán. Los delatores eran considerados como judas y desaparecían en circunstancias dudosas, no llegaría a ningún lado simplemente preguntando. Así que utilizó un viejo truco.

—Buenas noches sargento. Un día agotador, ¿no cree? ¿Me permite compartiros la cena?

—Con gran gusto su merced.

—Parece imposible hallar a la vizcondesa. Sargento, he visto vuestra dedicación y desempeño. Me pregunto, ¿qué haría si estuviera en mi posición? —Preguntó mientras le vertía un poco de alcohol al jarrito

de atole. No era una receta muy tradicional, pero se usaba lo que se tenía para quitar el frío.

—Su ilustrísima me halaga con el mero hecho de tomar en cuenta mis esfuerzos. Soy un hombre humilde con ideas aún más simples—. Declaró hinchando el pecho por el cumplido y con falsa modestia. Sin embargo, después de un rato y casi la mitad de la botella se empezó a ir de la lengua.

—Mire señor conde, usted me cae muy bien. En serio, se ve que es un hombre de ley. Pero, si mi opinión tiene algún peso, yo le aconsejaría que mandara a don Fernando de Vivero de regreso al fuerte con su hermano el marqués—. La expresión en la cara de Gil, asustó al militar que creyó haber ido demasiado lejos.

—¿En verdad? ¿Cuál sería la razón para hacerlo? —Su voz calmada y llena de interés lo animó a proseguir.

—Mire usted, sea cierto o no, su fama le precede y dicen las malas lenguas que atrae la mala suerte además de a los demonios chocarreros. Claro que no es mi caso, no vaya su merced a creer que caigo en tal ignorancia, se nota a leguas que es de sangre noble—. Repitió tanteando el terreno, pues se había ido de la lengua nuevamente. Envalentonado al tener a su superior atento a sus palabras prosiguió. —En días pasados, los hombres notaron que miraba a la luna como embrujado. Incluso algunos decían que estaba llamando al mismísimo satanás. A mi parecer estaba invocando a su madre, para pedirle ayuda o alguna otra cosa, ya que es de todos sabido que era bruja. Por esta mera —dijo besando una cruz que formó con el índice y el pulgar—, creo que acerté.

—¿Cómo es eso?

—Anoche, a mí y a mis hombres nos tocó inspeccionar el lado de las cañadas. Me quedé cuidando la retaguardia cuando de repente noté que los de avanzada regresaban atemorizados. Di la orden que continuaran con la misión, pues ya sabe que soy muy celoso de mi deber. Fue entonces que un horrible alarido traspasó la noche. Era como un cuchillo que rasga una lona. Me mantuve firme durante el segundo grito, pero al tercero que estaba lleno de profanidades, comprendí que a un soldado se le puede exigir que luche contra los vivos, pero jamás con espíritus o entes del mundo de los muertos.

Gil miró al sargento cargado de confusión. ¿Le acababa de confesar que había desobedecido las órdenes por temor a los fantasmas?

—Rápidamente regresamos buscando protección en el campamento. Le juro su ilustrísima que no había ni un solo hombre que dudara que eran los lamentos de una de esas brujas de los indios, o un ánima del purgatorio. ¡El Nahual la ha invocado!

Los hombres sentados cerca de ellos fijaron la vista en Fernando, que se encontraba a una distancia prudente escuchando el relato. Aunque estaba acostumbrado a los gestos de odio y desconfianza le seguía sorprendiendo que con los años la historia se fuera nutriendo. Le afligía intensamente que involucraran a su madre. Gil notó como se removía en el lugar donde se hallaba ante la mirada grosera de sus subordinados.

—¡Dejad de decir tonterías! —Vociferó Gil perdiendo los estribos—. La gente con mente débil seguía tales supersticiones como una verdadera religión. —¿No se os ha ocurrido que podía ser el lamento

de una parturienta? ¡La cual era vuestro deber encontrar! ¿Hace cuánto de esto?

No les dio tiempo de responder mientras giraba instrucciones para salir en búsqueda del lugar que había relatado el militar. —¡Sargento, vos venís conmigo! ¡Alistad a vuestros hombres ahora!

Cambiando de tono prosiguió; —Por favor Alvar, ocupaos de Fernando. No lo dejéis solo. Estos ignorantes podrían intentar algo a causa de sus supersticiones. Alistad a un curandero. Dios quiera tengamos en que ocuparlo y que Rosaura continúe con vida.

Sin pensarlo, salió con una confianza renovada de encontrar a Rosaura llevando su rosario en la mano. Sentía como la emoción de verla crecía en su pecho y necesitaba toda la ayuda posible para que la suerte no le volviera a fallar. La providencia pareció escuchar sus ruegos y un inesperado viento se llevó las nubes que oscurecían la caída de la tarde. Caminaron con rapidez por senderos más iluminados por la luna que por las antorchas que cargaban siguiendo la ruta donde habían escuchado los aullidos. Aguzó el oído con la esperanza de oír, aunque sea un lamento. Pero aquella noche, ni los grillos se dignaron en cantar.

—No sigo más su merced, azóteme si lo desea. Pero, este indio no entra.

Gil se reprendió por haber llevado a los mismos hombres que habían huido anteriormente. En un barco se hace para templar a los marinos, así que ni siquiera pensó hacerlo de modo diferente. Los indígenas yaquis de la zona eran obedientes, valientes y muy trabajadores. Pero, tenían la terquedad de una mula y no había poder humano, ni

celestial, que los hiciera cambiar de opinión.

—¡Qué sigan los valientes! —Indicó sin querer perder el tiempo en sin sentidos. —Los demás esperadme aquí—. Por un instante creyó que seguiría solo, pero en el último momento se le unieron unos cuantos soldados.

Hallaron sangre y restos de entrañas sobre la falda de un monte a la orilla de una cuevecilla. Una pequeña hoguera había ardido ahí y algunos residuos de carne estaban parcialmente quemados. Como si no hubieran cuidado el fuego y este se hubiera extinguido sin completar su trabajo de eliminación.

Gil observó la escena tratando de entender la situación mientras inconscientemente se rascaba el mentón con nerviosismo y apretaba en la mano el rosario.

—¡Dios nos ampare! —exclamó el guía, e hizo la señal de la cruz tres veces. —Esto es el mondongo que deja un alumbramiento. Mirad el tamaño de la bolsa y eso que se ha quemado la mitad.

El grupo lo miró con aprensión y creyó que saldrían corriendo para unirse a sus compañeros. No entendía el motivo de su actitud, él se sentía aliviado de no haber encontrado el cadáver de su mujer en el lugar donde obviamente había dado a luz. La esperanza dio paso a la desesperación por verla.

—¡Probablemente siga con vida!

—El tamaño de la placenta es demasiado grande, parece de un animal. ¿La señora no es pariente del nahual? ¿No habrá nacido un nahualito? —Murmuraban entre ellos los hombres.

Gil alcanzó a escuchar e interrumpió el intercambio sacando una

talega de monedas de su faltriquera. —Este es el oro de San Telmo, fuerte protección divina contra demonios y espíritus malignos. Apretadlo junto a vuestro corazón y seréis inmunes a los malos influjos—. Lo cual era una reverenda mentira. Esperaba comprar con dinero o con idolatría un día más de lealtad de esos ignorantes.

La treta pareció surtir efecto y el rastreador retomó su tarea, no que hiciera falta. El estómago se le revolvía al ver el rastro de sangre y las pisadas irregulares de Rosaura. Un temor frío se le instaló en el alma con una funesta premonición. El subibaja de emociones hacía estragos en su cuerpo y en momentos se le dificultaba seguir avanzando tras su guía. Ojalá su aprensión también se pudiera suprimir con un escudo de oro.

La noche anterior Rosaura había luchado por mantener la conciencia. Parecía que hacerlo se había convertido en su principal batalla desde que las contracciones se volvieran más frecuentes. Continuamente se daba bofetadas para despabilarse, pues en medio de la serranía no contaba con alguien en quien confiarse. El ambiente o el esfuerzo, no estaba segura, la mantenían empapada en sudor. Era como si se hubiera metido totalmente vestida al río. En un momento, a pesar de sus afanes había quedado inconsciente debido a los dolores y al calor extremo. Incluso, llegó a pensar que no sobreviviría, recordando una conversación entre Alvar y Finita. No eran cosas que se discutieran con muchachas solteras, pero en aquel instante, su cuñado había estado tan preocupado por el nacimiento de una nueva criatura, que

no reparó en ella.

—Pero Finita, no puedo calmarme. Cada vez que quedas con niño se me va el alma y solo me regresa cuando lo estamos bautizando.

—¿Cómo podéis vivir sin fe? Sabeos que una sola madre vale lo que cien profesores. ¡Ay de mi san André! Recordadle a mi marido que no es ningún maestro, pero yo sí una buena madre.

—Nada de santos mi señora, los números cuentan. En al menos uno de cada diez partos fallece el niño y en uno de cada cien la madre. Cada hijo que deseáis aumenta la posibilidad de vuestra muerte y solo eso me hiere en lo vivo. Adoro a nuestros hijos, pero amo más a mi mujer.

En aquel momento le había parecido muy romántica la conversación, pero ahora entendía que un parto era una situación de riesgo. Ya contaba con un sangrado importante y eso que todavía no completaba la incisión con la espina de maguey que ya tenía preparada, calculaba que tenía que abrir un poco más. Las contracciones llegaban por lo menos dos veces cada diez minutos y a tientas sintió como los pliegues ya estaban borrados por la cabecita del bebé empujando para salir. No sabía cuánto tiempo se había encontrado en tal estado, no obstante, deducía que era más de lo recomendado.

Trató de sobrecogerse al temor de estar sola, cuando empezó a notar la necesidad de apretar. La agresión al cuerpo que provocaba parto, obligaba a contar con ayuda y un lugar adecuado para poder sobrevivir. Era muy probable que su experiencia terminara en tragedia. Para poner las cosas aún más difíciles, a pesar de pujar con lo que le restaba de fuerza, el niño no daba muestras de avanzar.

—Si no profundizo el corte, me voy a desgarrar—. No tuvo dudas en

su cabeza y supuso que el sufrimiento no podía ser más extremo. Completó la incisión esperando no lastimar al bebé ya que no tenía modo de ver con sus propios ojos la maniobra. Un aullido y varias palabras mal sonantes salieron desde sus adentros como respuesta a su equivocación, con certeza había sido posible provocarse mayor dolor.

A pesar del sufrimiento se alegró al advertir que la maniobra había sido justo la necesaria. En un movimiento fluido y en cuanto los hombros del bebé libraron la salida, su hijo salió de su vientre. Una vez que finalmente estuvo fuera, se lo colocó sobre el pecho para guardar contacto, piel a piel. Le dio unas firmes pero suaves palmaditas en la espalda hasta que la criatura empezó a llorar.

—Ay hijito mío. Estoy tan agotada que me parece imposible asomarme para ver si sois niño o niña… Ahora me conformo con oíros sollozar. Llorad todo lo que necesitéis que, si ha sido la décima parte de difícil para vos que lo que ha sido para vuestra madre, tenéis el derecho de reclamar a Dios.

Apenas tuvo tiempo de pinzar y cortar el cordón umbilical, en cuanto percibió un nuevo conjunto de contracciones cortas. Había algo que no cuadraba bien. Según recordaba de los dichos de la partera durante el alumbramiento, cuando se desprende la placenta, se distinguía un dolor agudo pero continuado. ¿Por qué ella sentía que el bebé seguía adentro? El impulso de pujar de nuevo la sobrecogió.

—Gracias Dios mío por las pequeñas bendiciones—. Agradeció Rosaura por el abrigado chal que había tenido el tino de escoger la

mañana en que Jeireddín la alejó del campamento. Si hubiera elegido un atuendo de verano o simplemente no hubiese habido tiempo para agarrar aquel pedazo de tela otra historia se estaría contando. Tenía mucho frío y no estaba segura si era por el clima o por la pérdida de sangre. Se las ingenió para envolverse y proteger a su pequeña familia de los elementos. Se había recargado sobre la loza de una roca para proteger su retaguardia y tenía un madero en forma de mazo que había encontrado cerca de la mano y que había recogido con la intensión de protegerse de algún depredador. Dudaba que sirviera de algo, pues desde hacía unas horas no se consideraba lo suficientemente fuerte para levantarlo. También, se alejó del lugar donde había dado a luz, apestaba sangre y seguramente atraería a alguna fiera. Sin embargo, extrañaba la hoguera.

El zumbido que sacudía su cabeza fue inesperadamente interrumpido por unas voces que al parecer se iban acercando. No se molestó en gritar para pedir auxilio, pues juzgó que eran parte de unos de los juegos que desde hace un rato le venía haciendo su cerebro. Tampoco habría podido, la debilidad le imposibilitaba de hacer cualquier cosa que no fuera abrir los ojos. Con esfuerzo se concentró en dirigir la mirada hacia el rumbo de dónde provenía el ruido y fue entonces que lo vio. ¡No podía creerlo, su mente la enredaba con una cruel charada! Sus sentidos quedaron avasallados con la presencia de Gil. Quien en su imaginación caminaba con gracia, pero con paso firme entre los matorrales del camino como era su costumbre.

Rosaura no comprendía en absoluto lo que decían aquellos sujetos imaginarios, pero a pesar que veía a Gil acercándose, las voces le

parecían cada vez más lejanas. Sin embargo, el mulato se acercó para tomar la mano que ella había extendido sin percatarse. Cómo deseaba que no fuera un nuevo espejismo. Parpadeó al notar que su cabello había desaparecido casi por completo, jamás lo había imaginado a rapa. Por alguna razón aquello le provocó las lágrimas que llevaban meses sin salir.

—Gil, ¡os habéis cortado el pelo! —El mulato se arrodilló junto a Rosaura y depositó con delicadeza un beso en su sien. No pudo evitar quedarse mirándole fijamente sin saber qué hacer. Se encontraba paralizado sin descifrar cómo actuar. Por un lado, quería abrazarla con fuerza y por otro tenía miedo de lastimarla.

—¡Por caridad! Está más frágil de lo que imaginaba—. Pensó mientras ella permanecía inmóvil, mirándole con unos ojos llenos de incredulidad que se veían demasiado grandes en su enflaquecido rostro. Aun así, le pareció estar frente a una imagen que el padre Ignacio guardaba en la armería de la Virgen de los Remedios. El oscuro pelo enmarcaba una cara algo pálida pero extremadamente hermosa.

Con mucho esfuerzo, logró contener su impaciencia y sin dejar su lado continuó examinando a la mujer con la que pretendía casarse, si Dios le prestaba vida. Le daba la impresión que estaba a punto de fallecer.

—¡Por los clavos de Cristo! Esto no puede estar sucediendo —pensó contrariado. —¡Ayuda! —Gritó al tope de sus pulmones. —Indicadme que debo hacer. ¿Podéis caminar?, ¿os puedo mover? ¿ha sobrevivido el niño?

Mientras hablaba, con ojo crítico Rosaura examinó a su vez la

apariencia de él, sin hallar nada que salvase su deslucido aspecto; estaba demasiado ajado y había bajado de peso. Llevaba la cabeza mal rapada y estrenaba dos surcos en el entrecejo que anteriormente no estaban ahí. La indecisión y el sufrimiento en su mirada eran algo nuevo que tampoco le agradaba.

—Oh, diablos... aunque fuera sin pelo y todo lo que os ha afeado, desearía que no fuerais parte de mi imaginación—. Se lamentó acongojada. ¿Sería que en realidad la había encontrado?

A Gil le sorprendió que a pesar del esfuerzo que visiblemente le suponía pronunciar las palabras, estas fueran para criticar su aspecto. Fuera de los problemas que le había causado su color de piel, era la primera vez que alguien lo consideraba feo. Incluso cuando Rosaura estaba enojada, él siempre había sabido que lo encontraba atractivo. Un golpe a su ego junto con un empujón lo sacaron de su ensimismamiento.

—A un lado mulato, que no ayudáis a nadie solo con mirarle fijamente. ¡Improvisad con esos troncos una camilla! —Ordenó Alvar a uno de sus subalternos tomando el mando de la situación. Actuaba con brusquedad, pero en el fondo no culpaba en absoluto a Gil. Parecía que su cuñada estaba a punto de desmoronarse y morir. Incluso le daba impresión tener que tocarla. —Debemos trasportarla inmediatamente con quien pueda ayudarle.

El mulato se alegró que no hubiera seguido su indicación de quedarse en el campamento y lo siguiera hasta el lugar. En ese momento, él daba lo mismo que un matorral. No servía más que para estorbar.

—Rosita, hija. Pedidme y os lo daré. ¿Queréis agua, alcohol o comida?

—¿Sois reales?

—¿No creéis que tendríais la bondad de imaginarme más guapo si fuese un espejismo? —Dijo Gil un poco herido por no ser del agrado de su mujer. La joven por su parte apenas pudo esbozar una sonrisa al aceptar la verdad en aquella extraña lógica. ¡Gil estaba a su lado y había llegado a rescatarla! Las lágrimas empezaron a salir silenciosamente como un torrente. No tenía capacidad ni animo de pararlas, pues eran de alivio y felicidad.

—Hija, ¿qué ha pasado con el bebé? Este zoquete que tenéis embobado nos ha dicho que os encontrabais en feliz espera. ¿Ha sobrevivido? —Era un mal momento para la pregunta, pero con el rastro de sangre y muerte que había dejado la joven y aunque no tenía esperanza de recibir buenas nuevas, debían auxiliar también al niño o darle cristiana sepultura.

—¿Cuál niño?

Gil todavía algo conmocionado no pudo reaccionar con claridad. Sin embargo, entendió que el niño no había logrado subsistir. Por lo que se sorprendió cuando Rosaura con un pesado movimiento apartó el chal para mostrar a un diminuto bebé. No era ningún experto, pero parecía ser más pequeño de lo normal y con una cabeza desproporcionadamente grande. Se veía muy delgado y de rasgos afilados. Tragó saliva al comprobar que su pobre mujer había pasado hambre, pues la criatura no contaba ni con una poca reserva de grasa. Eso sí, tenía la mollera cubierta de cabello muy fino y ondulado un poco más claro que el suyo. Con dolor se dio cuenta que podía estar viendo los últimos instantes de vida de aquel bebé.

—¡Está respirando! —Se dijo mentalmente después de su inicial sorpresa, al notar la respiración fatigosa de su hijo. En lugar de estar entumecido como un tonto, ese era su momento para actuar. Se quitó la capa y los envolvió con ella. —Ponedla con cuidado en la camilla. Mandad a un postillón para que de aviso de nuestra llegada. Necesitaremos ayuda médica en cuanto lleguemos. ¡Agua! Traedme un vaso para mi mujer. ¿Estáis lista? ¿Podemos moveros?

—Esperad a que acabe de comer—. Gil miró a su mujer totalmente perplejo sin saber a quién se refería. Su diminuto hijo estaba completamente dormido. Entonces Rosaura destapó su otro hombro para descubrir a un segundo bebé idéntico al primero que hacía su mejor esfuerzo para pegarse al pezón de su madre.

Las piernas de Gil se volvieron de mantequilla y estuvo a punto de caer de bruces cuando se le oscureció la vista. Por suerte, un chorro de agua cortesía de su adalid, lo regresó al mundo de la conciencia.

—No es hora que empecéis con flaquezas. Enderezaos y procurad por vuestra familia. Están con vida, pero si os despistáis podrán perderla —dijo mientras se disponía a conseguirle más agua a Rosita.

Las palabras de Alvar surtieron efecto. El mulato pronto dispuso de lo necesario y antes de lo esperado estuvieron en camino a la civilización. Amaba a esa mujer y nada le impediría criar a sus hijos juntos y permanecer por siempre a su lado.

Rosaura por fin se permitió caer dormida. *Había* sido duro, *habían* pasado años, también *había* tenido que viajar por medio mundo, pero por fin podía casarse con el hombre que *había* deseado y tenía a los hijos que tanto *había* anhelado. Lo último que pasó por su mente, es

que en su vida siempre reinó el «hubiera»; si se hubiera quedado, si no me hubiera casado… Ahora parecía que el que gobernaría sería el «había» … de *había una vez*…

***

Gil supuso que Rosaura se había olvidado de avisar a sus hermanas de su arribo, como le pidió en su última carta. De por sí, aún estaba molesto pues después de llegar a la Ciudad de México lo primero que hicieron los de San Juan, la muy querida familia de su adalid, fue arrebatarle a su mujer y a los bebés para llevárselos a su hacienda en Santiago de Querétaro. Le explicaron, como si él no se hubiera dado cuenta, que ya no vivían en un barco o en una isla desierta y había reglas sociales que se debían seguir y reputaciones que tenían que limpiar. Lo que le pareció muy correcto, aunque al mismo tiempo no podía estar en mayor desacuerdo. Protestó, gritó y amenazó, pero no hubo poder humano que hiciera cambiar la opinión de Josefina o la de Mercedes. Lo que le dolió fue que los guerreros que lo habían apoyado hasta la muerte en la serranía, agacharon cabeza ante sus mujeres.

—*Todo ze adleglará*—. Le dijo en esa manera tan peculiar que tenía la marquesa mientras giraba el dedo índice sobre la palma de su mano izquierda. Era sorda desde muy pequeña y usaba un distintivo lenguaje de señas. En ese momento le había confortado saber que contaba con tan poderosa aliada, pero todo se fue al garete cuando se enteró que apoyaba a sus cuñadas.

Más de una semana después, se hallaba sentado en la sala de la

hacienda de Alvar manteniendo una complicada conversación con las hermanas de Rosaura. Apostaría diez reales por cada tlaco a que se encontraban incómodas y estaba seguro que no hallaría opositor.

Finita, contrario a su costumbre, ya que era muy refinada, se mecía en la silla. Mercedes, por su parte, mordía la punta de su dedo índice. Incluso, cuando llegó justo detrás de Gil, le pareció que se hubiera retirado cuando lo vio ahí parado de haberlo podido hacer decentemente. Leonorcita, que para su sorpresa ya era toda una mujercita, lo miraba a través de un abanico de plumas y no le había quitado la vista de encima desde su llegada. Había un leve dejo de diversión en su rostro, algo que le recordaba a su madre cuando tenía la misma edad. Aquel cumulo de actitudes lo ponía nervioso, parecía que tenían que decirle algo que no le iba a gustar.

Ansiaba ver a Rosaura pues habían transcurrido ya varios días desde que la dejara viajar desde el Fuerte del Patronato en Jalisco junto con los San Juan, y que estos prácticamente la raptaran de su lado en Tecamachalco. Por supuesto y para su mala suerte, había tenido que llegar una tarde en que ella no estaba en la casa principal. Aunque, para su consuelo, la esperaban en cualquier momento para tomar un refrigerio. Josefina seguía mirando nerviosamente la ventana como si pudiera retrasar la llegada de su hermana menor, que se estaba quedando en una de las dependencias aledañas donde solía vivir de soltera.

En realidad, era bueno que no estuviera en casa, decidió Gil. Ya había hecho suficiente charla trivial, necesitaba entrar en la cuestión que lo había traído hasta ahí.

—Hay un asunto que deseo discutir con vosotras antes de hablar con la vizcondesa—, dijo dirigiéndose a las hermanas. —Quizás sea bueno que también estuvieran presentes los maridos—. Murmuró entre dientes, pues se sentía superado en número. —A pesar que no comprendo la razón de tanta formalidad en privado, deseo preguntaros si tendrían alguna objeción a que le cambiara el nombre a la vizcondesa por condesa de Miravalle.

Josefina lo miró distraída mientras Mercedes se golpeaba las mejillas con ambas manos volteando a cualquier lugar que no fuera hacia él. La incomodidad de Gil se acrecentó, ¿por qué actuaban con tal apatía? Era lo que se esperaba que viniera a hacer. Fue Leonorcita quien le respondió después de un breve silencio.

—Rosita se alegrará.

—Pero Leonor —dijo Mercedes, —Rosa siempre está feliz.

Gil se asombró con aquella afirmación. ¿Estaban hablando de la misma Rosaura que conocía? Supuso que al estar en un ambiente seguro le había relajado… pero no pudo dejar de sentirse olvidado. Él no la estaba pasando nada bien lejos de ella.

—No me importa si se alegra o no. He decidido negaros su mano—. Interrumpió Josefina causando que Gil se quedara mudo de sorpresa.

—Imposible —. Alcanzó a decir de entre todas las cosas que le llegaron a la cabeza. Tenía deseos de maldecir, pero consideraba a Josefina como una madre. Sin contar que también estaban Mercedes y Leonor en la habitación. ¡Maldita educación que le contenía la lengua!

—Señora, no es de vos de quien tiene que salir dicha autorización, sino de vuestro esposo. Dudo que queráis que la reputación de vuestra

familia quede manchada afectando a doña Leonor, aquí presente, además de a Ángela, Esperanza, Isabela y a la pequeña Julianita. Eso sin tener en cuenta el honor de vuestro marido, y el de su primogénito Alejandro, el de Jorge y del pobre chiquillo que lleváis en la barriga. A parte, esta formalidad es simple y llano circo. Rosaura es mi mujer y pretendo hacerme cargo de mis hijos.

—¡Dios bendito! —Respondió Josefina escandalizada por el tono. Claro que el mulato llevaba razón, aunque no se la iba a poner fácil. No estaba dispuesta a permitir que diera la vuelta nuevamente y se ausentara otros quince años. —Me niego. Podréis tener toda la sabiduría del mundo, pero no puedo consentir que se repita «aquel desgraciado día».

Mercedes y Leonor le hicieron señas para que no ahondara en el tema, pero en su frustración Gil tuvo el desatino de preguntar; —¿A que os referís?

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? Al día en que pedisteis la mano de Rosita.

Uno no llega a la posición que había alcanzado en la vida sin una mente dotada de un gran poder de observación, así que SABÍA que esa aseveración tenía que significar algo importante para Josefina, además de las obvias desgracias que habían acontecido para Rosaura y para él en aquella desdichada fecha.

—Ninguna persona en su sano juicio nos abandonaría sin despedirse. Bien, respóndeme a esto, Carlos Gilberto: ¿qué tipo de animal se ofendería y se marcharía así sin más sin siquiera probar la leche costrada, los chilacayotes, el acitrón con calabacitas rellenas y las

pechugas de ángel que tanto os gustaban. ¿Sabéis las horas que pasé en las cocinas haciendo las quesadillas de regalo y las frutas cubiertas? Os esperé por años y ni un abrazo apartasteis para mí. Vuestro estúpido orgullo fue la excusa que escogisteis para ir a divertiros jugando a los barquitos como cuando eras un niño. Jamás nos dedicasteis un momento y lo más importante… olvidasteis lo mucho que os quiero—. Josefina se rompió con los recuerdos.

Gil iba comprendiendo su pesar; lo que estaba atestiguando era dolor de verdad. No había invocado a un solo santo. Le sorprendía que recordara cada uno de sus platillos favoritos. Aquel día, no se había condenado únicamente a él y a Rosita, también había desechado el cariño de quienes lo amaban.

—Lamento mucho no haberlos probado Finita, sé el esfuerzo que debió suponer prepararlo todo. Me arrepiento profundamente de mi inmadurez. Los títulos que porto son irrelevantes si los comparo con el cariño que me han mostrado todos. No lo sabía entonces y además ahora tendré que lamentar no haber disfrutado de tan estupendo banquete. Pero, más me disgusta el haber fallado en mostrar el amor que tengo por vos y por Mercedes. ¿Quién puede presumir que a falta de una madre el destino le regaló dos?

Después de sonarse discretamente Josefina añadió: —En cualquier caso, eso es irrelevante ahora. Os eduqué con esmero y de forma estricta, así que, pensar en mi desilusión debe ser la última de vuestras preocupaciones. Solo me inquieta una cosa, por la que no puedo aceptar que os caséis con Rosita… ¿sabéis lo que es?

En ese punto Gil estaba empezando a sentirse un poco hipoglucémico.

¿Cómo podía testificar su devoción por Rosaura, si recorrer medio mundo para rescatarla parecía no ser suficiente para Josefina? Necesitaba ayuda y sin pudor lanzó una mirada suplicante a Mercedes. Afortunadamente, como era de las dos la más ecuánime, le hizo una sutil indicación como las que normalmente le hacía a su marido el Lobizón. Comprendiendo lo que debía hacer prosiguió;

—No sucederá, os lo prometo. Jamás separaré a vuestra hermana y a los niños de vos… Compraré una heredad en Tula, en la Ciudad de México o donde nos recomendéis. Siempre seréis bienvenidos a nuestro hogar, y no como mis cuñadas, sino como la madre y la querida madrina que son para mí. Os juro ante la virgen que ya no soy lo que fui: y viendo en lo poco que me he convertido, dejo que me aconsejen lo que es mejor para mí.

Esperaba que su discurso surtiera efecto. Quería relajarse, pero obviamente tenía que permanecer sentado esperando zanjar ese lío. Las discretas miraditas que le lanzaban Mercedes y Leonorcita le indicaban que había dado en el clavo. Respiró tranquilo pues hasta entonces comprendió que aquello solo era un trámite para seguir con la boda. Así que, aunque estaba hambriento y con dolor de cabeza, su única opción era dedicarse a calmar el corazón herido de las mujeres en su familia.

—¡Así será Gil! Glorioso san Vladimir, a ti acudo para que atestigües estas promesas que, aunque el muchacho no lo quiera, tendrá que cumplir —. Se santiguó obligándolos a todos a hacer lo mismo.

—Mi única pregunta es: ¿Cómo podéis seguir así? Venid, dadme los abrazos que me debéis. Ah, dejemos las formalidades a un lado, que

corta mucho llamaros por su gracia o su excelencia… Habéis de entender que los adultos siguen siendo niños para los mayores y no nos engañéis pretendiendo otra cosa.

Se sentía tan feliz, que empezó a planear los platillos que se servirían en la boda.

—¡Josefina! Llego tarde para el tentempié—. Entró diciendo Rosaura.

—Le estaba dando de comer a mis criaturas y se durmieron como suelen hacer a la mitad del almuerzo. Pobrecitas almas que no acaban de descansar del día en que llegaron al mundo. No obstante, al levantarme para salir de puntillas, se despertaron y me entretuvieron mientras se terminaban de alimentar. Me da mucho placer escucharlos reír sin razón al terminar—. Se iba sonriendo del recuerdo, cuando abrió la puerta y entró sin ceremonias, con uno de los vestidos rosados que Gil sabía le gustaba usar. Se veía tan bonita en aquella sencilla vestimenta, igual o más que cualquier dama de alcurnia con nuevas galas en la Madre Patria.

—Oh— dijo ella, con la sonrisa detenida en el rostro. Gil se había puesto de pie y le estaba haciendo una reverencia.

—Vizcondesa.

—Su gracia —. Contestó haciendo una reverencia y odiando las formalidades a los que los obligaban su abundancia de títulos y la carencia de un registro matrimonial en medio de la sociedad civilizada.

Mercedes se puso de pie. —Su ilustrísima desea hablar con vos en

privado. Vamos Leonor, acompañadme. Iremos a… otro lado—. Concluyó haciendo señas con los ojos a su hermana para que la siguiera.

—Preferiría llevar a la Vizcondesa al patio lateral, señoras —declaró Gil. No más de un minuto o dos después, salieron por la puerta principal. Subieron por los escalones poco profundos hasta la fuente central y caminaron hacia el tranquilo jardín cuadrado que había visto por años en sus sueños, pues de niños habían jugado allí.

—Mis hermanas debieron avisarme antes entrar en la sala de estar. Podría haberme vestido con algo más bonito—. Se sentía inexplicablemente tímida, desde que vivieran sin complicaciones en la Isla de Santa Fernandina. Ahí no habían necesitado un papel que los uniera, en la Nueva España…

—En primer lugar, no creo que se perdieran de nada de lo que me hicieron pasar en la sala por ir a buscaros. Y, por otro lado, os veis adorable tal como estáis.

Colocando sus manos detrás de la espalda continuó; —Primero, debo deciros que nunca podré ser el hombre con el que soñáis…

—Sí podéis, —dijo ella rápidamente, interrumpiéndolo. —Podéis y lo sois. Eréis todo lo que podría imaginar y más. Fuisteis el protagonista de mis sueños de juventud, donde añoraba que la felicidad llegara de vuestra mano para compartir juntos mis anhelos. Los que fueron pasear por el mundo, tener aventuras y formar una familia. Me distéis exacto lo que esperaba. Claro que en el proceso sufrimos un poco, pero la vida real nunca se comporta como lo que uno espera.

Ahí se fue el discurso que Gil había preparado con tanto cuidado. —

¿Me aceptaréis, entonces aun cuando no he podido expresaros cuanto os amo?

Ella se rio, como él pretendía. Dio la vuelta y se abrazó de su brazo mientras seguían caminando alrededor del patio consientes de los ojos de sus chaperonas. —Excelencia yo…

—¿Debéis llamarme así? —le preguntó a ella. —Matadme o dadme la vida: pero por el amor de Dios, dadle un medio a estos extremos. Jamás me llamasteis de esa manera cuando sobrevivíamos en la isla y yacimos tanto que no hicimos uno, sino dos bebés.

Ella se sonrojó bastante, aunque no apartó la mirada de él. —Gil, tengo treinta y dos años, los cumplí hace unos días.

—Ah. Entonces, con lo mucho que me hacéis sufrir puedo fingir que tengo por lo menos cinco años más que vos.

—Sabéis lo que quiero decir. No me aceptasteis cuando era joven y célibe. Ahora que sois tan importante, que sabéis por lo que he pasado y casi se han consumido mis años fértiles…

—Rosaura, dejad de decir tonterías. Después de viajar por el mundo durante tantos años, supe que jamás podría casarme a menos que conociera a la mujer que podría ser el alma de mi alma. Francamente, no esperaba conocerla nunca. Fui lo bastante torpe para darme cuenta que no había que buscarla y fallé en protegeros. Yo soy el que no os merece, fui tonto y ciego. Rosaura, sois lo que para mí es la encarnación de todo lo que aspiro. Si aceptarais ser mi esposa, dedicaría mis esfuerzos a crear a la familia que siempre deseasteis. Tenemos como ventaja, que ya hemos vivido todos los sufrimientos que a un ser humano le pueden tocar, nos ha durado tanto el mal, que

no puede más que empezar a irnos bien. No me dejéis solo, cuando es únicamente dicha lo que nos espera.

La risa se extendió en el rostro de Rosaura. —Os amo ya seas capitán, mulato, tordo o pirata—. Dijo con una inflexión traviesa en su voz.

—¿Es verdad? —Tomó ambas manos entre las suyas y se las llevó a los labios. —¿Lo hacéis? ¿Lo suficiente como para arriesgaros a formar una familia a mi lado? Será mejor que os advierta, si os casáis conmigo, debéis esperar ser adorada por el resto de vuestra vida.

—Creo que podría soportarlo si me esfuerzo mucho—. Dijo riéndose, y él le devolvió la sonrisa lentamente. Empezaba a recordar lo risueña que era, había olvidado esa parte de su carácter mientras vivían tanta contrariedad.

—Bien—. Le agarró con más fuerza. —Bien—. Se arrodilló en la hierba ante ella y volvió a besarle las manos en el regazo sobrecogido de sentimiento. Con cuidado saco una bolsita y desenvolvió un dije con un pajarillo una rosa. La emoción de ver nuevamente la joya, le impidió a Rosaura percibir de inmediato que estaba un poco cambiada.

—¡Tiene dos diamantes!

—Uno por cada uno de nuestros hijos, y aunque hay espacio para más piedras, lo que importa es la promesa que os repito con el corazón; POR SIEMPRE.

Volvió la cabeza y sus labios se encontraron.

Epílogo

Ciudad de México, Alcázar del Marqués de Tecamachalco

Días después…

Ferri se encontraba sentado en la capilla del alcázar el cual estaba anegado de flores para el inminente casamiento. Se preguntaba si los botones y capullos que había escogido eran los adecuados. Al principio meditó en utilizar rosas de Julieta que simbolizaban el cariño, la pasión profunda, la sinceridad y la inocencia. Sin embargo, pensó que podría ser descortés pues Rosita no calificaba en el último punto. Una lástima, tenía unos pétalos impresionantes y le gustaba su aroma. Después consideró las hortensias con sombras intensas de rosa, azul, borgoña y púrpura. Representaban gratitud, gracia, belleza y felicidad… pero también las había usado para el funeral de la pareja. Quedaron descartadas. No podía encontrar el arreglo perfecto para tan esperada boda. Dado a las circunstancias el evento sería discreto, por lo mismo él necesitaba que fuera muy sentido. Entonces Inés le recomendó las peonias. Eran tiernas como el rubor del primer amor y exuberantes como los sentimientos más reales. Su figura redondeada y aterciopelada encarnaba el romance y la prosperidad, lo que las convertían en un presagio de buena fortuna y un matrimonio feliz. Adoraba a su mujer,

pensaba igual que él sino es que un poco mejor.

—El castigo más piadoso de dos que se quieren bien es casarlos—. Le dijo Alvar mientras se sentaba a su lado en el banco de la capilla. Ferri se contuvo de bromearlo porque iba muy acicalado, lo mismo que la tropa de hijos que llegaron tras de él.

Viendo el lugar desde el frente de la nave parecía que no cabía un alma más. Hecho que no era muy sorpresivo, la capilla era bastante pequeña. Pero, le daba un aire muy íntimo y agradable.

—¿Qué hacéis aquí sentado? ¿No es vuestro deber entregar a la novia?

—Eso es lo que pensaba yo. No obstante, la novia ha dejado muy claro que piensa entregarse sola. Eso sí, quería estar segura de mi bendición.

—Los chicos de ahora, ¿a dónde nos va a llevar tanta modernidad?

En ese momento Rosaura levantó el brazo y los saludó alegremente desde el atrio. Ferri agradeció que tal informalidad no hubiese sido presenciada por la alta sociedad, aunque también le alegró ver radiante a la novia.

El marqués sintió como unos suaves dedos envolvían su mano y se la alzaban hasta sentir una cálida mejilla. Una expresión de afecto típica de Inés que adoraba las bodas. Jaló con cuidado y a su vez se los llevó a los labios para besarlos. Inmediatamente, la soltó para colocarse el dorso de su diestra en la sien para continuar tocando suavemente con el índice la punta de la barbilla de ella. Terminó entrelazando las manos y esperó la respuesta de su mujer a quien no tardó en iluminársele la cara. En su boda no había tenido oportunidad de pedirle formalmente que fuera su esposa, y ahora cada vez que iban a una de estas ceremonias, le hacía la misma seña renovando la promesa

de sus votos.

—*ZZí, ez lo que máz quiero.* —Dijo en su peculiar forma de hablar.

Gil que no tenía ojos más que para Rosaura, mientras la esperaba frente al altar, levantó una mano y también la saludó. Como no había mucho más que hacer, se mantuvo firme en espera de la novia. Eso sí, sonriendo como lo había hecho desde esa mañana. Supuso que la vida seguiría siendo una aventura, aunque se prometía no salir jamás de la Nueva España.

La ceremonia transcurrió sin contratiempos y fue corta pero muy emotiva. Aprovechando el festejo, se había decidido continuar con los bautizos.

—Oh, Gil—, dijo Rosaura, —esto es tan emocionante. —Él se rio mientras ella envolvía su brazo entre el suyo. De pronto, llovieron pétalos sobre ellos e inevitablemente sintiéndose algo travieso, se agachó para recoger un puñado para arrojárselo a sus hermanos Fernando, Alvar y al marqués con una risa encantada. Era tan patente su regocijo, que incluso el Lobizón reconoció el sentimiento con facilidad. Rápidamente los presentes se contagiaron de la dicha.

—Por fin. No creí en nuestro «felices por siempre» hasta ahora. Os he buscado literalmente por los siete mares y por continentes enteros para poder cumplir está promesa—. Miró a su novia, esposa y condesa y no pudo dejar de acunarla en sus brazos.

—Felices para siempre no, Gil. Eso sería algo tan estático y aburrido. No lo deseo. Quiero la felicidad, la vida real con todo y peleas. También ambiciono reconciliaciones y aventuras y…

Gil se inclinó para besarla en los labios.

—Bueno, y eso también—. Concluyó la recién casada con una carcajada mientras la congregación en la capilla lanzaba una ovación. Mercedes y el Lobizón llegaron a su lado cargando dos bultos vestidos con unos hermosos ropones blancos para fungir como los padrinos de bautizo. Fernando se veía algo confundido, pero contento de ver a la madrina feliz. Rosaura no podría haber deseado mejores tutores para sus bebés.

—Rosaura, no os enojéis, pero con tantos acontecimientos no me han dicho si son niños o mujercitas. Al principio no era importante, y después me ha dado impresión preguntar—. La mirada de Rosaura le recordó porque no lo había hecho antes. Su última esperanza había sido ver un moño o un ropaje que delatara el género de los infantes.

—No os ofusquéis, que a mi parecer estamos iguales. A que no os habéis acercado a mí para escoger los nombres. Ahí pudisteis ponerme al corriente … —Decidió quedarse callado al ver que se estaba cavando un hoyo cada vez más profundo y empezó a planificar lo de la reconciliación.

Se esperaba que los invitados ingresaran al alcázar después del servicio religioso al que todos habían asistido para celebrar un banquete en su honor.

Juan Carlos Ignacio de Vivero y Aberrucia, heredero del conde de Miravalle, compartía esa distinción junto con sus padres y su hermano José Rodrigo. Quién, por cierto, nunca se daba cuenta de nada pues se la pasaba durmiendo.

Aunque, momentos antes se había despertado completamente sobresaltado cuando el agua que les habían dicho iba a estar tibia, aterrizó en su frente y le goteó hacia atrás de la cabeza. Durante unos minutos su hermano lloró, mientras él lo juzgaba de quejica.

Cuando llegó su turno comprendió al pobre; los habían timado. El indeseable líquido estaba congelado. Se quejó al tope de sus pulmones decidido a no dejar pasar tal vejación a su orgullo e integridad. Menos mal que pronto se secó, y fue entregado al cuidado de unos brazos que le dijeron con bastante firmeza que, si bien era amado incondicionalmente, debía aprender a no deshonrarse llorando por nada. Muy bien, decidió no seguir con su queja porque descubrió que ahí se estaba calientito.

Sin embargo, a su edad solo podía defenderse a base de llantos y no pretendía desperdiciarlos. Como se sentía seguro, resolvió seguir el ejemplo de Rodrigo en lugar de discutir el punto y se volvió a dormir. Lo cual resultó tener sus complicaciones. Tenía montones de tías y tíos para mimarlo, así como primos, la mayoría de los cuales exigieron que se les permitiera cargarlo después de que lo llevaran de regreso a la casa en brazos de su papá. También gozaba de muchos compañeros de juegos como Adolfo y Berti y un mundo de personas de la familia Cansino. Todos querían arrullarlos e incluso tuvieron que tomar turnos para hacerlo.

Lo más bonito es que estaba su mamá para besarle la mejilla regordeta y su papá para besar la otra después de dejarlos en sus cunas y evitar que los siguiera empalagando la multitud. No se molestó. Se sentía plenamente indiferente, cómodamente envuelto en sus mantas y casi

dormido.

Sin embargo, comenzaba a distinguir las dos voces que hablaban sobre él mientras acomodaban a Rodrigo a su lado. Eran las más queridas para él, si su mente hubiera sido capaz de razonar así a la tierna edad de seis semanas y dos días.

—Nuestro pequeño milagro—, dijo su mamá cariñosamente.

—Nuestra pequeña bola de problemas—, respondió su papá con más firmeza, pero con el mismo cariño. Juan Ignacio no solo estaba enojado en la iglesia, Rosaura. Se sentía furioso. Vamos a tener las manos llenas con él, estoy seguro de ello. Rodrigo a repelado, sin embargo, se ha portado con mayor calma.

—Debemos agradecer que tenga un carácter así, estuvo a punto de morir.

—No me cansaré en todos mis días de hacerlo.

El futuro conde de Miravalle dejó de prestar atención. Ya iban a empezar con sus cosas. Así que se concentró en la caricia de dos dedos que rosaban suavemente su mejilla y trató de sumirse nuevamente en el sueño. Estaba a punto de lograrlo cuando escuchó;

—Espero amor mío—, susurró su madre con mayor deleite del que había tenido antes. —Que tengan hermanos y hermanas para llenar aún más nuestras vidas. Tener una gran familia siempre ha sido mi sueño.

—Bueno, si hay algo que pueda hacer para ayudarte a cumplir tu deseo, mi amor, házmelo saber. ¿Es necesario regresar a una isla desierta? ¿Soportar un maremoto o perseguiros por la sierra? Pide y os lo concederé.

Su madre se rio suavemente. El pequeño heredero ni siquiera sabía qué eran hermanos y hermanas. Pero, antes de dormir supo que su padre cumpliría su promesa. . .

[1] Saco o bolsa ancha y corta, de tela fuerte que sirve para guardar o transportar cosas
[2] Barco preferido por los Filibusteros, por su rapidez.
[3] Antigua Veracruz es el asentamiento original de los españoles en México, en ella se encuentra la primera casa de Hernán Cortés.
[4] La bandera roja significaba que no habría misericordia, el corazón sangrante la promesa de una muerte lenta y dolorosa, la cruz de san Jorge se cree que fue predecesora de las tibias cruzadas de las banderas piratas posteriores y en esta historia un recuerdo de la fuente a la entrada del Alcázar de los Tecamachalco.
[5] Se dice cuando alguien logra hacer algo por medios ocultos o extraordinarios.
[6] Mercado
[7] la Gran Calle de los mercados (Souks)
[8] Incursiones esclavistas musulmanas, donde los piratas berberiscos capturaban cristianos en ciudades y pueblos costeros europeos, principalmente en Italia, Francia, España y Portugal, pero también en las Islas Británicas, los Países Bajos, y tan lejos como Islandia.
[9] Los comerciantes árabes, adquirían moneda de plata batida en México para introducirla en el Imperio Otomano, ganando con ello un premio de un seis, ocho o diez por ciento sobre su valor debido a la calidad del metal mexicano. La misma moneda, en el Cairo y Estambul, tenía un premio de hasta un 50%. Con valor aproximado $30 dólares por unidad.
[10] Del turco Hayredin; el asombroso. Se pronuncia *Jairedín*.
[11] El más bajo representaba el salario de 8 años de un trabajador agrícola. Un escudo era aproximadamente 50 reales de plata.
[12] Adorno de lienzo en forma de fuelle, del que se formaban ciertos cuellos alechugados.
[13] El agua en altamar solía estancarse, así que los marineros preferían ponerle alcohol para esconder el sabor o de plano beberlo sin agua. Por ello la fama de los piratas que siempre van ebrios.
[14] Media, calceta.
[15] Accesorio utilizado para provocar deliberadamente dolor o incomodidad en quien lo viste. Su uso estuvo extendido por mucho tiempo en comunidades cristianas como medio de mortificación corporal.
[16] Actual Cuba, República Dominicana y Puerto Rico.
[17] Método de tortura en el que las plantas de sus pies eran golpeadas sin piedad.
[18] Pan turco en forma de dona.
[19] Un barrio de la ciudad de Valencia (España), perteneciente al distrito de Poblados Marítimos.
[20] Los títulos nobiliarios empezaron a ser pasados a personas merecedoras o simplemente ricas a través de instituciones religiosas, conventos, monasterios y cabildos municipales en diferentes ciudades en el siglo XVII por determinado precio. Hecho que se intensificó en las décadas sucesivas. El producto se invirtió en la financiación de determinados servicios para la Corona y el de la milicia para aliviar la economía.
[21] Se emplea para referirse a caer en lo mismo después de haberse librado de un mal.
[22] Frase que alude a un problema de difícil solución que debe solucionarse sin miramientos y de manera tajante ya que puede traer gran ventaja.
[23] La suerte está echada. Se utiliza para marcar una decisión irrevocable después de mucha vacilación.
[24] Haití
[25] Se afirma de una cosa que es cierta y clara.
[26] Caer en el lazo o trampa.
[27] Expresión antigua, se define como diminutivo de nave de cualquier tipo de embarcación de forma cóncava y construido en madera o metal, destinado para pasajeros, mercancías o para combate.
[28] Nombre del corsario otomano Jeireddín Barbarroja.
[29] Fastidiar o perjudicar.
[30] Isla en la costa norte de Campeche llamado también Hanal, de “ha” o “ja” que significa agua y “na” que significa Casa, lo que se traduce en “Casa en el agua”.
[31] Una milla náutica por hora. (1852 m)
[32] Eventualmente, al asentarse en ella de piratas franceses le cambiaron el nombre a Cap-Haïtien.

[33] Planta del que se extrae un veneno muy utilizado en la época de la colonia y que fue utilizado en el marqués y en su compañero Alvar en libros anteriores.
[34] Palabra que proviene del náhuatl que significa persona cargadora. Los tamemes llevaban a sus espaldas las cargas que podían ser personas, tributos, artículos para comercio, etcétera.
[35] Banda de algodón sujeta por sus extremos a dos cuerdas que sirven para sostener una carga. La banda protege la cabeza y el cuello, haciendo que la carga se equilibre y que se distribuya por cuerpo del cargador.
[36] Delicia para solteros
[37] Tratado firmado entre Francia, España y el Sacro Imperio Romano que ponía fin a la Guerra de las Reuniones, acordando una tregua de veinte años.
[38]Es una modalidad de caza que consiste en la búsqueda de un animal seleccionado por su trofeo, o simplemente su valía, efectuando un acercamiento sigiloso para matarlo.
[39] El Bribón
[40] Galleta que se elabora con piloncillo y se acostumbra comer para acompañar el café en Veracruz.
[41] Coloquialismo veracruzano que refiere a un amigo.
[42] Este incidente junto con el asedio de Veracruz sucedido 10 años después en 1683, dio origen a la letra de la canción popular «La Bamba». “Yo no soy marinero por ti seré.” “Para subir al cielo se necesita una escalera grande y otra chiquita, ay arriba y arriba iré.” “Yo no soy marinero soy capitán.” La condesa de Malibrán existió y jamás pudo ser madre. Fue asesinada junto con Málaga al ser descubiertos por el conde y cuentan que su alma en pena sigue asustando a los lugareños.
[43] Villancico colonial de 1615 escrito por Gaspar Fernández compositor activo de la catedral de Puebla que tenía la peculiaridad de escribir las mismas canciones en español y náhuatl.
[44] Embaucador
[45] Principal puerto esclavista de África.
[46] En una embarcación a vela, barlovento es por donde acomete el viento a la embarcación. La parte de sotavento es el lado opuesto, teniendo como referencia el centro de la embarcación.
[47] Posición en el ajedrez donde no se pueden realizar jugadas legales, pero no está en jaque. Al no poder mover, y no ser mate, la partida es tablas.
[48] El Bandera en francés, símbolo que era el navío principal y podía esperar otros.
[49] ¿Quiere un poco de agua?
[50] Alto miserable
[51] Por el amor de Dios. Mis últimas palabras son para prometerte un final igual al mío.
[52] A volar palomita
[53] Que sorpresa, una mujercita. Bastante fea, pero servirá para algo de diversión.
[54] Vaya, vaya. Un día de suerte.
[55] “No codiciarás la casa de tu prójimo, ni codiciarás la mujer de este, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo. El que mira a una mujer deseándola, ya cometió con ella adulterio en su corazón.”
[56] Pantalón bombacho de la época que llegaba a la rodilla.
[57] Animal que golpea con la cabeza.
[58] Dicho que refiere a lo inoportuno de las visitas.
[59] Dicho que advierte a las mozas del peligro de caer embarazadas de un mozo que solo tiene brío sexual, pero poca voluntad y consciencia para la paternidad.
[60] Fragmento de Génesis 7:19.
[61] La muerte es tu castigo, mi regalo, y una bendición para los que permanecemos con vida.
[62] No lo maten todavía, todavía tiene que responder.
[63] Uno de los nombres de Cuba, bautizada en honor del Rey Fernando IV, siguió del utilizado por Colón cuando llegó a la isla, Juana, en honor a la hija del rey Fernando II de Aragón e Isabel de Castilla. Ninguno trascendió ya que se siguió utilizando el nombre aborigen taíno original.
[64] Tomó parte con la Escuadra de Méndez Núñez en la acción del Callao (1666). Más tarde, en varios desembarcos que se hicieron contra los insurrectos en la isla de Cuba. Siendo Segundo Comandante de la Corbeta *Santa Lucía*, naufragó en los mares de China en 1678 tres años después de nuestra historia.
[65] Carta resumida de la sentencia original de Lussan.
[66] Uno de los establecimientos de café y pastelillos más antiguos en el La Habana, que

eventualmente se convirtió en una fábrica de dulces y conservas al vapor de gran tradición.
[67] La Iglesia Católica celebra las Misiones en octubre, puesto que fue en esté mes que se descubrió el continente americano, abriendo así una nueva página en la historia de la Evangelización.
[68] Por la fuerte endogamia practicada en los miembros de la estirpe de los Habsburgo que le causó graves problemas de salud y una marcada deformación en la mandíbula.
[69] Fullero; tramposo en el juego de las cartas.
[70] Consistían en jinetes (nobles) que colocados en hileras se lanzaban cañas como si fueran lanzas normales, y que debían detener con sus escudos. Se seguían estrategias militares y de combate y eran motivo de apuesta.
[71] Salmo veinticinco utilizado para pedir perdón del corazón.
[72] Puchero de lomo de res y sus vísceras como hígado, sesos, corazón y riñones, los cuales se cuecen y condimentan con jitomate, ajo, pimienta, orégano, y otros ingredientes; originario de Campeche.
[73] En 1629: el 21 de septiembre, una fuerte lluvia, que llamaron “el diluvio de San Mateo”, se prolongó aproximadamente durante 40 horas. La ciudad quedó bajo el agua que alcanzó un nivel superior a dos metros. En 1692 el deseo de Ferri se hizo realidad, un motín de indígenas inconformes lanzaron piedras y prendieron fuego a las casas del cabildo y al palacio virreinal. Dando pie a la construcción del actual Palacio de Gobierno.
[74] El 23 de febrero de 1663 Christopher Mings y un corsario francés saquearon el puerto de Campeche atracando en Lerma. Se llevaron el oro, la plata y los suministros del año causando hambruna. Solo Maldonado y Aldana se hizo cargo del único fuerte que decidieron no atacar dejando intacta su fortuna.
[75] Segunda esposa de Carlos II de España. (El hechizado)
[76] Hecho real acaecido en 1645 en el pueblo de San Cristóbal de las Casas.
[77] Actualmente la Ciudad de Salina Cruz en Oaxaca.
[78] 15 km/hora.
[79] El escudo es la unidad para la moneda de oro acuñada desde Felipe II hasta Fernando VII, y que equivalía a 16 reales de plata. Esta moneda fue utilizada en todo el imperio español, pero con la que se comerciaba alrededor del mundo era el real de plata mexicana.
[80] Cuello rígido, redondo, generalmente de lino o encaje, doblado formando pliegues y ondulaciones.
[81] Plato favorito de Moctezuma y del Lobizón.
[82] Consistía en atar las manos del condenado a la espalda, y tras esto, izarlo lentamente mediante una polea, normalmente situada en el techo. Lego se le dejaba caer con violencia, pero sin que llegara a tocar el suelo.
[83] Facineroso: delincuente habitual; hombre malvado, de perversa condición.
[84] Mundo de los muertos de la cultura Mexica. También llamado Chicnauhmictlán; inframundo.
[85] Orificios de la nariz de los caballos u otros animales.
[86] Pariente del famoso Sir Francis Drake.
[87] Al principio del mestizaje, Huatulco fue utilizado ampliamente como puerto comercial, y logró un verdadero éxito que provocó las incursiones de piratas: Francis Drake, en 1578, y Thomas Cavendish, en 1587.
[88] Oaxaca era una zona rica en cacao, maíz, sorgo y sobre todo la grana cochinilla. Que era el principal tinte para el rojo mexicano y se llegó a conocer como el oro rojo.
[89] Bebida oaxaqueña refrescante de origen prehispánico elaborada a base de maíz, utilizada principalmente durante los rituales de siembra y cosecha; que significa: "bebida de los dioses"
[90] Francis Drake, famoso pirata inglés, ancló su barco en la bahía cuando el área estaba deshabitada, huyendo de las autoridades virreinales. Secuestraron una joven mixteca de Huatulco y la llevaron a esa playa. La joven logró escapar y esconderse en la selva. Los piratas intentaron encontrarla. Con el tiempo comenzaron a referirse a la mujer como "La Escondida". A ello se debe que la bahía fue bautizada como la de "La Escondida", ahora se conoce como Puerto Escondido.
[91] Se atribuye el hallazgo del madero al siglo IV, cuando Helena de Constantinopla, la madre del emperador romano que legalizó el cristianismo, afirmó haber encontrado la cruz de Jesús en una visión divina. Siendo así proclamada santa.
[92] Estaba compuesta por un sistema de cuerdas que elevaba al prisionero y una pirámide de madera con una punta afiladísima sobre la que quedaba suspendido. El reo, de relajarse, se

clavaba la puntiaguda parte del artefacto en los genitales. Si seguía sin soltar prenda, los verdugos le dejaban caer con fuerza destrozándole las partes íntimas.

[93] Pergamino hecho con piel de animal, en algunos casos se puede apreciar lunares, pezones u otras partes del mismo.

[94] Antiguo nombre de Nayarit. Nombre que cambió el 18 de septiembre de 1846 una vez que el estado de Jalisco se integró al Pacto Federal, constituyéndose en 5 Departamentos: Acaponeta, Ahuacatlán, Sentispac (hoy en día Santiago Ixcuintla), Compostela y Tepic.

[95] Persona cuya presencia se considera que acarrea mala suerte a los demás. Generalmente, los tiraban al mar para restablecer el buen agüero.

[96] Funcionario que remplazó a los alcaldes mayores.

[97] Buque de guerra concebido para actuar en misiones especializadas de escolta, guerra naval.

[98] Nombre genérico dado a las monedas de oro y plata que tenían en una de sus caras un escudo.

[99] La moneda de más baja denominación que se acuñó en la Nueva España.

[100] Hecho real ocurrido en el ataque de Acaponeta de 1688. Sin embargo, contrario a nuestra historia, ahí fue donde por primera vez se izó esta bandera convirtiéndose en un emblema y se difundió su uso por todo el mundo marcando un hito en la piratería.

[101] Con el asalto a Acaponeta se inició una nueva época en la piratería. Donde los bastiones españoles en las costas del Pacífico, se volvieron igualmente deseables. Se había mostrado que piratas y filibusteros motivados y con experiencia podían realizar ataques anfibios y derrotar a la Armada Real con sus propios medios, tácticas y doctrina.

[102] Este ataque fue perpetrado por un pirata llamado Franco. Por libertades literarias se le adjudicó el hecho a Jeireddín. El ataque cambió la marinería del siglo XVII, así como la seguridad marítima y portuaria. Quedó simbolizado por la bandera roja con una calavera y los huesos cruzados como desafío, reto e ideología.

[103] Rescate real pedido por el pirata Franco en Acaponeta.

[104] Procedimiento para ejecutar a un condenado comprimiéndole la garganta con una soga retorcida con un palo, con un aro metálico u oprimiéndole la nuca con un tornillo. Utilizado en España hasta 1959.

[105] En náhuatl que quiere decir “lugar de valientes”. La denominación se relaciona con que se llevaba a cabo una constante vigilancia para evitar el desembarco de bucaneros en estas costas.

[106] Estos piratas continuarían su campaña de ultrajes y agravios por lo menos hasta 1693, año a partir del cual los registros españoles carecen de más información sobre ataques filibusteros en el Pacífico a manos de dicha tripulación.